RUMBO A **STAR WARS: EL DESPERTAR DE LA FUERZA**

LA GUERRA NO HA TERMINADO

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana...

STAR WARS

CONSECUENCIAS

CHUCK WENDIG



La segunda Estrella de la Muerte ha sido destruida, el Emperador ha muerto y han derrotado a Darth Vader. Ha sido un golpe devastador para el Imperio y una gran victoria para la Alianza Rebelde, pero la batalla por la libertad todavía no ha terminado.

Un grupo variado de rebeldes, atrapado en un planeta aislado, es lo único que se interpone entre la furia del Imperio y la libertad de la galaxia.



Consecuencias

Chuck Wendig



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Star Wars: Aftermath*

Autor: Chuck Wendig

Arte de portada: Scott Biel

Traducción: Jaume Muñoz Cunill

Edición española

Publicación del original: setiembre 2015

4 años después de la batalla de Yavin

Digitalización: cnmcleod

Revisión: Satele88, Bodo-Baas, Klorel

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.5

21.03.17

Base LSW v2.21

DECLARACIÓN

LA SEGUNDA ESTRELLA DE LA MUERTE HA SIDO DESTRUIDA, EL EMPERADOR HA MUERTO Y HAN DERROTADO A DARTH VADER. HA SIDO UN GOLPE DEVASTADOR PARA EL IMPERIO Y UNA GRAN VICTORIA PARA LA ALIANZA REBELDE. PERO LA BATALLA POR LA LIBERTAD TODAVÍA NO HA TERMINADO.

El Imperio se tambalea tras la gran derrota en la Batalla de Endor. La Alianza Rebelde, convertida en una incipiente Nueva República, aprovecha su ventaja y va a la caza de los restos del ejército enemigo, antes de que puedan reagruparse y contraatacar. Pero hay una concentración ominosa de fuerzas imperiales por encima de un planeta remoto llamado Akiva. El piloto Wedge Antilles, en plena misión de reconocimiento en solitario, descubre una concentración de Destructores Estelares imperiales, como aves de presa preparándose para una cacería. Pero lo capturan antes de que pueda informar a los líderes de la Nueva República.

Mientras tanto, en la superficie, Norra Wexley vuelve a su planeta natal. Norra es una expiloto rebelde agotada por la guerra, dispuesta a reencontrarse con su hijo tras muchos años de separación y empezar una vida nueva en algún lugar lejano. Pero cuando Norra intercepta el mensaje de auxilio de Wedge Antilles, se da cuenta de que sus días como soldado rebelde no han terminado. Lo que no sabe es lo cerca que está el enemigo. O lo decisiva y peligrosa que será su nueva misión.

La élite imperial sobreviviente, decidida a conservar el poder del Imperio, se ha reunido en Akiva para celebrar en secreto una cumbre de emergencia. Es imperativo consolidar sus fuerzas y preparar un contraataque. Pero no son conscientes de que Norra y sus nuevos aliados (el genio técnico de su hijo, una cazarrecompensas zabrak y un desertor imperial libertino) están dispuestos a hacer lo que haga falta para acabar de una vez por todas con el reino opresivo del Imperio.

Para Tracy, por llevarme a ver mi primera película de Star Wars (¡El Imperio contraataca *en un autocine!).*

Para mamá por comprarme todos aquellos preciosos muñecos de la compañía Kenner.

Para Michelle y Ben, por acompañarme en esta locura de viaje a toda velocidad y hacerlo diez veces más increíble de lo que ya es.

AGRADECIMIENTOS

El escritor es como Han Solo: es el capitán de la nave pero está perdido sin su tripulación. Y por eso quiero mencionar a toda la gente gracias a la cual este libro se ha hecho realidad: Shelly Shapiro, Jen Heddle, Gary Whitta, Jason Fry, David Keck, Pablo Hidalgo y mi agente, Stacia Decker.

Gracias también a algunos de mis amigos escritores que me ayudan a conservar la cordura: gente como Kevin Hearne, Delilah S. Dawson, Stephen Blackmoore, Ty Franck, Adam Christopher, Julie Hutchings, Mur Lafferty, J. C. Hutchins y Sam Sykes. Por último, gracias a la comunidad de fans de Star Wars por divertirse conmigo en Twitter (GeekGirlDiva, va por ti).

De hecho, gracias a Twitter en general, porque sin los medios sociales no creo que hubiera llegado a escribir nunca este libro.

os dedico un brindis con mi vaso de leche azul

Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana…

La segunda Estrella de la Muerte ha sido destruida. Se rumorea que el Emperador ha muerto, y también su poderoso sicario: Darth Vader. El Imperio Galáctico está sumido en el caos.

A lo largo y ancho de la galaxia, algunos sistemas lo celebran, mientras que en otros las facciones imperiales conservan su poder. El optimismo se codea con el miedo.

Mientras la Alianza Rebelde se enfrenta a lo que queda de las fuerzas del Imperio, un explorador rebelde solitario descubre una reunión imperial secreta…

PRELUDIO

Hoy es un día de celebración. Hemos vencido sobre la maldad y la opresión. Le hemos dado a la Alianza (y a toda la galaxia) la posibilidad de respirar y celebrar que estamos recuperando la libertad que nos arrebató el Imperio. Los informes que hemos recibido del Comandante Skywalker confirman que el Emperador Palpatine ha muerto, y con él su sicario Darth Vader.

Pero aunque podamos celebrarlo, no deberíamos pensar que es momento de descansar. Le hemos asestado un gran golpe al Imperio, y ahora hay que aprovechar la oportunidad que hemos creado. Hemos destruido el arma del Imperio, pero el Imperio en sí sigue existiendo. Su mano opresora se cierra sobre el cuello de la gente buena y librepensadora de toda la galaxia, desde el núcleo de Coruscant hasta los sistemas más remotos del Borde Exterior. Tenemos que recordar que nuestra lucha continúa. Nuestra rebelión ha terminado. Pero la guerra… la guerra no ha hecho más que empezar.

—Almirante Ackbar

CORUSCANT

Hace muy poco.

En la Plaza de los Monumentos.

Las cadenas repiquetean al cerrarse sobre el cuello del Emperador Palpatine. A continuación llegan las cuerdas, enlazadas alrededor de la parte central de la estatua. Vítores desenfrenados de la multitud al tirar, tirar y tirar. Quejidos desilusionados al ver que la estructura de piedra no cede. Pero entonces alguien ata las cadenas a la parte trasera de dos repulsores pesados. Los motores rugen, los dos vehículos se ponen en marcha y la multitud vuelve a tirar de las cuerdas.

Suena como un hueso gigantesco partiéndose.

Aparece una fractura en la base de la estatua.

Más vítores. Chillidos.

Y aplausos cuando la estatua se derrumba.

A la estatua se le desprende la cabeza, que sale rodando y choca contra una fuente. Salpicaduras de agua oscura. La multitud ríe.

Entonces se produce un estallido de cláxones, acompañado por una marea de luces rojas. Tres aerodeslizadores bajan en picado desde las vías de circulación. La policía imperial. Con cascos rojos y negros, donde se reflejan las luces de los vehículos.

No dan ningún aviso. No le piden a la multitud que se disperse.

Los cañones láser delanteros de los aerodeslizadores abren fuego. Rayos rojos que atraviesan el cielo. La multitud se divide. Cuerpos caídos, acribillados.

Pero la gente no se acobarda. Ya no son una mera concentración de gente. Ahora son una turba exaltada. Empiezan a recoger fragmentos de la estatua de Palpatine y a lanzarlos contra los deslizadores. Uno de los deslizadores se hace a un lado para evitar una piedra y choca contra otro deslizador, cuyos disparos se detienen. Algunos manifestantes trepan hacia lo alto del monumento de piedra que hay detrás de los deslizadores (un chapitel en el que están escritos los valores imperiales del orden, el control y el estado de derecho) y empiezan a saltar sobre los vehículos de la policía. Un agente con su casco sale volando. El otro se encarama al capó del deslizador y abre fuego con un par de blásteres. De repente, una piedra le impacta en el casco y cae al suelo sin sentido.

Los otros dos deslizadores toman un poco de altura y siguen disparando.

Gritos de fuego y humo.

Dos ciudadanos de la multitud, Rorak y su hijo Jak, corren a esconderse detrás de la estatua caída. El rumor de la batalla campal que se ha desatado en la Plaza de los Monumentos no se agota. A lo lejos, el sonido de más enfrentamientos, una columna de

llamas, destellos de disparos de bláster. A lo alto, entre las vías de circulación, una pantalla se llena de interferencias.

El chico solo tiene doce años estándar, no tiene edad para luchar. Todavía no. Mira a su padre con ojos suplicantes, y grita por encima del estruendo:

—¡Pero si la estación espacial fue destruida, papá! ¡La guerra se ha acabado!

Lo han visto hace apenas una hora. El supuesto fin del Imperio. El inicio de algo mejor.

En los ojos brillantes del chico se percibe claramente la confusión: no entiende lo que está ocurriendo.

Pero Rorak sí. Ha escuchado historias de las Guerras Clon, historias que le contó su padre. Sabe cómo es la guerra. No se trata de muchas batallas sino de una sola guerra, librada una y otra vez. Pero se divide en varias para que resulte más manejable.

Hace mucho tiempo que a su hijo no le cuenta la verdad, sino una esperanza idealizada: *Un día el Imperio caerá y las cosas serán muy distintas cuando tú tengas hijos*. Y todavía es posible que llegue ese día. Pero ahora necesita una verdad más fuerte, más aguda:

—Jak, la guerra no ha terminado. La guerra no ha hecho más que empezar.

Rotak se acerca a su hijo.

Y le pone un trozo de estatua en la mano.

Entonces coge otro trozo para él.

PRIMERA PARTE



CAPÍTULO UNO

Ahora:

Líneas estelares sobre un cielo negro.

Una nave sale del hiperespacio. Es un pequeño saltador estelar, una nave de un solo tripulante. Es la nave preferida de los sectores más indeseables del Borde Exterior: piratas, corredores de apuestas, cazarrecompensas y gente por cuyas cabezas ofrecen recompensas. Esta nave en concreto ha visto mucha acción. Hay marcas de plasma por todas las alas y hasta en los finos alerones. Tiene una abolladura en el morro como si un Caminante imperial le hubiera pegado una patada. Ideal para pasar desapercibido.

Ahí delante, Akiva. Es un planeta pequeño. Desde aquí, se ven estriaciones marrones y verdes, y unas nubes blancas muy densas por encima de la superficie.

El piloto es Wedge Antilles, que en su día fue Líder Rojo y ahora… ahora es algo distinto. La función que desempeña no tiene un título formal de momento. Porque las cosas son muy nuevas, muy diferentes, todo está todavía en el aire. Ahí sentado, Wedge se toma un descanso.

Se está bien aquí arriba. Tranquilo.

No hay cazas TIE. No hay disparos por encima de su Ala-X. Tampoco tiene su queridísimo Ala-X, pero en todo caso sienta bien estar ahí fuera. Tampoco hay ninguna Estrella de la Muerte. Al pensar esto, Wedge se estremece. Porque él contribuyó a derribar las dos. Algunos días se enorgullece de ello. Otros es algo distinto, algo peor. Como si se viera arrastrado de nuevo a todo aquello. Como si todavía estuviera en pleno combate. Pero hoy no es uno de esos días.

Hoy se está tranquilo.

A Wedge le gusta estar tranquilo.

Saca su tableta de datos. Baja por la lista tocando el botón lateral. Tiene que darle varios golpecitos para que funcione. Si hay algo de lo que tiene muchas ganas cuando todo esto haya terminado, es de que se empiece a fabricar tecnología nueva. De alguna manera, a esta tableta de datos le ha entrado tierra dentro. Por eso se atascan los botones. Va viendo pasar la lista de planetas.

Vamos a ver, hasta ahora ha estado en cinco de ellos. Florrum. Ryloth. Hinari. Abafar. Raydonia. Este planeta, Akiva, es el sexto en una lista de muchos, de demasiados.

Fue idea suya, fue su iniciativa. Las facciones restantes del Imperio han conseguido de alguna forma seguir adelante con su esfuerzo de guerra incluso meses después de la destrucción de su segunda estación espacial militar. Wedge tiene la sensación de que se han trasladado al Borde Exterior. Estudiando la Historia, es fácil ver que las semillas del Imperio crecieron aquí, lejos de los sistemas del Núcleo, lejos de los ojos entrometidos de la República.

Wedge se lo dijo a Ackbar y a Mon Mothma: Podría ser que volvieran a estar ahí. Escondidos ahí fuera. Ackbar dijo que tenía sentido. Al fin y al cabo, Mustafar tuvo mucha importancia para los altos mandos imperiales. Corren rumores de que en el pasado Vader se llevó a algunos Jedi a este planeta y los torturó para conseguir información antes de ejecutarlos.

Ahora Vader ya no está. Palpatine tampoco.

«Me falta muy poco», piensa Wedge. Cuando encuentre las líneas de suministro que están utilizando los imperiales, se sentirá muchísimo mejor.

Activa el comunicador. Intenta establecer contacto con el mando, pero…

Nada.

Quizás esté roto el comunicador. Es una nave muy vieja.

Wedge toquetea el lateral del asiento, hasta que encuentra el transmisor personal que cuelga de su cinturón. Toca el lateral del transmisor, intenta conseguir señal.

De nuevo, nada de nada.

Casi se le para el corazón. Durante un momento, tiene la sensación de estar cayendo. Porque solo hay una explicación lógica:

La señal está bloqueada. Algunos de los sindicatos criminales que siguen en activo tienen la tecnología suficiente para hacer esto de forma local, pero no pueden bloquear una señal en el espacio por encima del planeta. De ninguna manera. Solo hay una facción que posea esta tecnología.

Aprieta la mandíbula. Su incesante dolor de barriga queda justificado cuando de repente un destructor estelar sale del hiperespacio como un cuchillo afilado. Wedge enciende los motores. *Tengo que salir de aquí.*

Un segundo destructor estelar aparece junto al primero.

Los paneles del tablero de mandos del saltador estelar empiezan a parpadear en color rojo.

Le ven. ¿Qué puede hacer?

¿Qué es lo que decía siempre Han? *Pilota con naturalidad*. La nave va de incógnito por una razón: a juzgar por su aspecto, podría ser de cualquier contrabandista de poca monta del Borde Exterior. Akiva es un hervidero de actividad criminal. Los gobernantes son sátrapas corruptos. Varios sindicatos compiten por los recursos y por las oportunidades. Todo el mundo conoce su mercado negro. Hace décadas, la Federación de Comercio tenía aquí una planta de producción de droides. Lo cual significa que si quieres comprar un droide en negro, puedes venir aquí a comprar uno. De hecho, la Alianza Rebelde consiguió aquí muchos de sus droides.

Aparece un nuevo dilema. ¿Y ahora qué?

¿Descender hasta el planeta para hacer un reconocimiento aéreo, siguiendo el plan original, o trazar una ruta para volver a Chandrila? Aquí pasa algo. ¿Dos destructores estelares que aparecen de la nada? ¿Las comunicaciones están bloqueadas? Esto significa algo. *Significa que he encontrado lo que estaba buscando*.

Quizás incluso algo mejor.

Significa que ha llegado el momento de trazar una ruta para salir de aquí.

Pero para eso tardará unos minutos. Volver desde el Borde Exterior no es tan fácil como dar un largo salto de aquí hasta ahí. Es un salto peligroso. Hay infinitas variables: nebulosas, campos de asteroides, restos de naves estelares de numerosas escaramuzas y batallas… Lo último que quiere Wedge es volar alrededor de un agujero negro o atravesar una estrella en fase supernova.

Se oye el crujido del comunicador.

Lo están llamando.

En el canal se oye nítidamente una voz imperial.

—Este es el destructor estelar *Vigilancia*. Ha entrado en espacio imperial —Wedge piensa: *Esto no es espacio imperial. ¿Qué está pasando aquí*?—. Identifíquese.

De repente lo sacude el miedo, como si le hubieran dado un electroshock. Este no es su mundo. Hablar. Mentir. Un canalla como Han Solo podría convencer a un jawa para que comprara una bolsa de arena. Wedge es piloto. Pero han pensado en una situación así. Calrissian preparó la historia. Se aclara la garganta y aprieta el botón:

—Aquí Gev Hessan. A los mandos de un saltador estelar HH-87, el Trotamundos —dice, mientras transmite su tarjeta de datos—. Os envío mis credenciales.

Pausa.

—Explique la naturaleza de su visita.

—Carga ligera.

—¿Qué carga?

La respuesta típica es: componentes de droides. Pero es posible que esto no funcione aquí. Piensa rápidamente: Akiva. Calor. Humedad. Principalmente jungla.

—Piezas de deshumidificadores.

Pausa. Una pausa insoportable.

La navicomputadora sigue haciendo sus cálculos.

Ya falta poco…

A través del altavoz enlatado se escucha otra voz distinta. Una voz de mujer. Una voz de acero. Menos agradable. Sin cadencia. Se trata de alguien con autoridad, o al menos alguien que cree tener autoridad.

La voz dice:

—Gev Hassan. Número de piloto 45236. Devaroniano. ¿Correcto?

Eso concuerda. Calrissian conoce a Hassan. El contrabandista… perdón, el piloto y empresario legítimo que trabajó pasando mercancías de contrabando para ayudar a Lando a construir la Ciudad de las Nubes. Y es devaroniano.

—Exactamente —dice Wedge.

Otra pausa.

La navicomputadora casi ha acabado de hacer los cálculos. Otros diez segundos como mucho. La pantalla está llena de números que parpadean…

—Es curioso —dice la mujer—, nuestros registros indican que Gev Hassan murió bajo custodia imperial. Permítanos que corrijamos nuestros registros.

La navicomputadora acaba los cálculos.

Activa la palanca propulsora con la palma de la mano…

Pero la nave solo da una sacudida. Entonces el saltador estelar vuelve a temblar, y empieza a desplazarse hacia delante. Hacia los dos destructores estelares. Significa que han activado los rayos tractores.

Se vuelve hacia los controles de armamento.

Si va a salir de esta, es ahora o nunca.

La Almirante Rae Sloane examina la consola y luego mira a través del cristal. Las estrellas blancas en el vacío negro del espacio le hacen pensar en una manta con agujeros. Y ahí fuera, como si fuera un juguete en la manta, hay un pequeño caza de largo alcance.

—Examinadlo —ordena. El Teniente Nils Tothwin alza la mirada y le dedica una sonrisa servil.

—Por supuesto —dice, con su rostro cetrino estirado por la sonrisa. Tothwin es la viva imagen del problema actual de las fuerzas imperiales: los mejores ya no están. Quedan las sobras. Las hojas y ramitas que encuentras en el fondo de una taza de té especiado. Sin embargo, él hace lo que le mandan, que ya es algo. Sloane se pregunta cuándo empezará a fracturarse el Imperio. Cuándo empezarán las tropas a hacer lo que quieran, cuando quieran. Habrá caos y anarquía. El momento en el que una figura destacada se separe del resto y vaya por libre, estarán perdidos.

Tothwin escanea el saltador estelar mientras el rayo tractor lo va acercando, lenta pero inevitablemente. La pantalla que tiene debajo se ilumina y delante suyo aparece una

imagen holográfica de la nave, que parece construida por manos invisibles. La parte inferior de la imagen parpadea en rojo. Con pánico en la voz, Nils dice:

—Hessan está cargando sus sistemas de armamento.

La Almirante frunce el ceño.

—Cálmese, teniente. Las armas de un saltador estelar no son suficientes para… —Pausa. Mira de reojo—. ¿Eso es lo que creo que es?

—¿El qué? —preguntaTothwin—. No veo…

La Almirante señala con el dedo la parte delantera del ho-lograma, alrededor de la proa ancha y curvilínea del saltador estelar.

—Aquí. Artillería. Torpedos de protones.

—Pero un saltador estelar no iría equipado… Oh, oh.

—Aquí hay alguien que viene listo para luchar —dice, y vuelve a activar el comunicador—. Aquí la Almirante Rae Sloane. Te veo, pequeño piloto. Preparando un par de torpedos. Deja que adivine: crees que un torpedo de protones anulará nuestro rayo tractor el tiempo suficiente como para que puedas escapar. Esto podría ser preciso. Pero permite que te recuerde que en el *Vigilancia* tenemos suficiente artillería como para reducirte no solo a chatarra, sino a finas partículas. A polvo en medio del oscuro vacío. El tiempo no está a tu favor. Dispararás tu torpedo. Nosotros dispararemos los nuestros. Incluso si cuando nos alcanzas con los torpedos nuestro rayo está desactivado —chasquea la lengua—. Bueno. Si crees que tienes que intentarlo, entonces inténtalo.

Ordena a Nils que apunte al saltador estelar.

Por si acaso.

Por dentro, Rae espera que el piloto sea inteligente. Que no sea un necio. Probablemente sea un explorador rebelde, un espía… que ya de por sí es algo bastante ridículo. Claro que no tanto ahora que la segunda Estrella de la Muerte ha sido destruida como su predecesora.

Razón de más para estar atenta. No por nada el destructor se llama *Vigilancia*. La cumbre de Akiva no puede fracasar. Tiene que llevarse a cabo. Tiene que dar resultado. Parece que todo pende de un hilo. El Imperio entero está al filo del abismo, al borde de un acantilado que se derrumba.

Siente mucha presión. Casi literalmente, como su tuviera un puño oprimiéndole la espalda, quitándole el aire de los pulmones.

Es su oportunidad de destacar.

Su oportunidad de cambiar el futuro del Imperio.

Se acabaron las viejas formas.

Completamente.

Wedge hace una mueca. El corazón le bate en el pecho como un propulsor iónico. Sabe que la almirante tiene razón. El tiempo no está a su favor. Es un buen piloto, quizás uno

de los mejores, pero la Fuerza no está en él. Si Wedge lanza esos dos torpedos, ellos le dispararán con todo lo que tienen. Y ya no importará si se libera o no del rayo tractor. No tendrá más que un segundo para escapar de la descarga que le echen encima.

Algo está pasando. Aquí, en el espacio por encima de Akiva. O quizás abajo, en la superficie del planeta.

Si muere aquí, nadie sabrá de qué se trata.

Eso significa que tiene que hacer bien las cosas.

Desactiva los torpedos.

Tiene otra idea.

Muelle 42.

Rae Sloane se encuentra en el balcón recubierto de cristal, supervisando el batallón de soldados de asalto. Al igual que Nils, son imperfectos. Los que recibieron las mejores notas en la Academia fueron a servir en la Estrella de la Muerte o en la nave de comando de Vader, el *Ejecutor*. La mitad de ellos ni siquiera completaron su formación en la Academia, ya que los reclutaron antes de tiempo.

Pero cumplirán su cometido. De momento. Delante suyo está el saltador estelar, atravesando el vacío del espacio en dirección al destructor, atraído por la mano invisible del rayo tractor. Pasa por delante de una formación de cazas TIE (la mitad de los que necesitan, un tercio de los que a ella le gustaría tener). Se acerca lentamente a la formación de soldados de asalto.

Tienen un ejército suficiente. Lo más probable es que el saltador estelar tenga un piloto, y como máximo uno o dos tripulantes más.

Cada vez está más cerca.

La oficial se pregunta: ¿Quién eres? ¿Quién se esconde dentro de este pedazo de lata?

Entonces se produce un destello brillante y una sacudida. De repente, un brillo azul inunda la proa del saltador estelar.

Y explota en una nube de fuego y chatarra.

—Quienquiera que fuera —dice el Teniente Tothwin—, no quería ser descubierto. Supongo que habrá preferido una salida rápida.

Sloane se pasea entre los restos llameantes del caza de largo alcance. Apesta a ozono y a fuego. Llegan un par de droides astromecánicos de color negro reluciente, que rocían espuma extintora sobre las últimas llamas. Tienen que esquivar una media docena de cuerpos inertes de soldados de asalto. Cascos fracturados. Armaduras chamuscadas. Rifles bláster esparcidos, rotos.

—No sea tan ingenuo —dice Sloane, frunciendo el ceño—. No, el piloto no quería que lo descubrieran. Pero sigue aquí. Si no quería que lo abatiéramos ahí fuera, ¿en serio cree que estaría dispuesto a morir aquí dentro?

—Podría tratarse de un ataque suicida. Maximizar los daños…

—No. Está aquí. Y no puede andar lejos. Encuéntrelo.

Nils asiente, firme y nervioso.

—Sí, Almirante. Inmediatamente.



CAPÍTULO DOS

—Tenemos que dar la vuelta —dice Norra—. Traza otra ruta.

—Espera, espera, no —dice Owerto, medio riendo. Levanta la mirada hacia ella. La mitad del oscuro rostro de Owerto está recubierto de cicatrices. Cada vez que cuenta la historia de estas cicatrices, cambia la causa: lava, wampas, fuego de bláster, se emborrachó con ron coreliano y cayó sobre un fogón hirviendo…—. Señorita Susser…

—Ahora que estoy en casa, vuelvo a utilizar el nombre de casada. Es Wexley.

—Norra. Me has pagado para que te lleve a la superficie de ese planeta —señala por la ventana. Ahí está su hogar. O estaba. El planeta Akiva. Con nubes que se arremolinan en lentas espirales sobre las junglas y las montañas. Y por encima, dos destructores estelares como dos espadas presidiendo la superficie del planeta—. Y lo más importante de todo, no eres el único cargamento que llevo. Voy a terminar este trabajo.

—Nos han dicho que demos media vuelta. Esto es un bloqueo espacial.

—Y los contrabandistas como yo somos muy buenos saltándonos bloqueos.

—Tenemos que informar a la Alianza… —se corrige a sí misma. Ese término es antiguo—. La Nueva República. Necesitan saberlo.

De repente, un tercer destructor estelar aparece en medio del espacio, alineado con los otros dos.

—¿Tienes familia ahí abajo?

Ella asiente con firmeza.

—Por eso estoy aquí.

Por eso he vuelto a casa.

—Siempre ha habido riesgo. El Imperio lleva años en Akiva. No de la misma forma que ahora, pero… están aquí y tendremos que hacer algo.

Owerto se inclina hacia ella y dice:

—¿Sabes por qué a esta nave la llamo *Polilla*?

—No.

—¿Alguna vez has intentado atrapar una polilla? ¿Cogerla con las manos? ¿Perseguirla? Polillas blancas, polillas pardas, polillas de cualquier tipo… No las puedes atrapar. Siempre se escapan. Bailan hacia arriba, hacia abajo, a la izquierda, a la derecha, como una marioneta bajo las cuerdas. Ese soy yo. Así es mi nave.

—Sigue sin gustarme la idea.

—A mí tampoco me gusta, pero la vida está llena de cosas que no nos gustan. ¿Quieres volver a ver a tu familia? Entonces vamos a hacerlo. Ahora es el momento. Parece que se están poniendo en formación. Quizá hay más en camino.

Su ojo bueno brilla con un punto de locura. El otro ojo es una lente de un rojo implacable rodeada por una junta tórica mal encajada, fijada a su piel llena de cicatrices. Sonríe, dejando entrever unos dientes torcidos. En realidad, disfruta con esto.

«Contrabandistas», piensa ella.

Bueno, Norra ha pagado por su billete.

Y el trayecto está a punto de empezar.

La gran mesa negra refleja el resplandor de una imagen ho-lográfica: un esquema del muelle del *Vigilancia* y las zonas circundantes. El esquema incluye el escaneo que acaban de realizar los droides, y muestra daños en dos de los cazas TIE. También se ven los cuerpos de los soldados de asalto, que se han quedado ahí como recordatorio de lo que puede ocurrir cuando se lucha contra los rebeldes.

¿Y el piloto del saltador estelar? Sin duda alguna, un rebelde. La pregunta es la siguiente: ¿ha sido un ataque? ¿Sabía el piloto que estaban aquí? ¿O su encuentro ha sido una confluencia de sucesos, una mera coincidencia?

Esto es un problema con el que lidiar más tarde. Ahora el problema es descubrir a dónde se dirigía. Porque, tal y como la Almirante imaginaba, la nave no llevaba más tripulación.

Está segura de que el piloto ha preparado los torpedos de protones para que estallaran. Pero justo antes… ¿qué ha hecho el piloto? Sloane toca un botón, vuelve al esquema del saltador estelar, que ha sacado de las bases de datos imperiales. Ahí. Una puerta lateral en popa. Pequeña, pero suficientemente grande para cargar y descargar mercaderías pequeñas.

Su nuevo amigo, el piloto del caza, se ha escapado por la parte trasera. Ha tenido que ser un salto considerable. ¿Es un Jedi? No. No puede ser. Solo queda uno de ellos ahí fuera… y es imposible que los rebeldes hayan enviado a su niño bonito, Skywalker.

Vuelve al esquema del muelle.

Lo hace girar. Se centra en los conductos de acceso.

Eso es. Activa el comunicador.

—Tothwin. Nuestro piloto está en los conductos. Me apuesto todos mis créditos a que encontraréis un conducto de ventilación abierto…

—Tenemos un problema.

«El problema es que me has interrumpido», piensa ella, aunque no lo dice.

—¿Qué es?

—Una nave se ha saltado el bloqueo.

—¿Otro terrorista?

—Podría ser. Aunque parece un contrabandista corriente. Vuela en un pequeño carguero coreliano, un… vamos a ver… un MK-4.

—Enviad a los TIE. Que se encarguen ellos.

—Por supuesto, Almirante.

Todo parece que vaya a cámara lenta. Norra está inmóvil, sentada en la silla del capitán junto a Owerto Naiucho, el contrabandista con la cara llena de cicatrices. En su rostro se reflejan destellos de luz, el resplandor verde de los rayos láser que los atacan y la luz anaranjada de la explosión que acaba con un caza TIE. En el exterior, un escuadrón de cazas TIE se cierne sobre ellos como un enjambre de insectos. Norra siente la vibración debajo de su asiento cuando pasan los cazas con ese chillido horrible, y se agarra al tablero de mandos con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos. En los momentos en los que parpadea, no ve la oscuridad del espacio. Ve cómo se desarrolla otra batalla…

—¡Es una trampa! —dice la voz de Ackbar por el comunicador. La sensación de terror cuando los TIE imperiales se les echan encima como avispas enfurecidas saliendo de una colmena. La oscuridad del espacio se ilumina con un destello de luz viridiana, que proviene de la Estrella de la Muerte a medio construir. Y el Imperio echa una paletada más de tierra sobre la tumba de la Alianza cuando destruye una de sus naves principales, barrida en un estallido de luz y fuego.

El carguero se lanza haciendo tirabuzones hacia la superficie del planeta. Varios impactos de láser sacuden los laterales de la nave. Los escudos no aguantarán para siempre. Owerto le grita:

—¡Tienes que encargarte de las armas! ¡Norra!

Las armas. Pero no se puede levantar de la silla. Sus manos empalidecidas no pueden separarse del tablero de mandos. Se le ha secado la boca. Tiene las axilas húmedas. El corazón le late como un pulsar antes de apagarse.

—Queremos que vueles con nosotros —dice el Capitán Antilles. Ella se niega, evidentemente. Lleva ya unos años trabajando para los rebeldes, desde antes de la destrucción de la primera Estrella de la Muerte, pero siempre como piloto de carga. Llevando droides mensajeros, pasando armas de contrabando o simplemente transportando gente de un planeta a otro, de una base a otra.

—Eso no cambia el tipo de piloto que eres —dice el capitán—. Lograste dejar atrás un destructor estelar. Hiciste chocar a dos Interceptores TIE. Siempre has sido una gran piloto. Y te necesitamos ahora, para cuando el General Solo inutilice los generadores de escudos —Se lo vuelve a preguntar. ¿Cuentan con ella? ¿Volará con los escuadrones Rojo y Oro?

Sí. Dice que sí. Por supuesto. ¿Cómo podría decir que no?

Una gran sensación de mareo. Luces parpadeando por toda la carlinga. Un destello de chispas por detrás de los asientos. En la *Polilla*, todo parece estar pendiendo de un hilo. A través del cristal, ve el planeta. Las nubes que se acercan. Varios cazas TIE agujereando la nave, que va dejando un rastro de humo. Norra se levanta, con las manos temblando.

Dentro de las entrañas de la bestia. Tuberías y vapor hirviente. Vigas esqueléticas y manojos de cables y conductos. Las entrañas de la Estrella de la Muerte, resucitada. Los escudos han caído. Esta es la única oportunidad que tienen. Pero los cazas TIE están por todas partes. Pisándoles los talones, como halcones picoteándole las plumas de la cola. Ella sabe cómo acabará todo esto: sabe que va a morir. Pero así es como se hacen las cosas. Llega un mensaje del Líder Oro. Escucha la voz de Lando y la de su copiloto sullustano. Le dicen lo que tiene que hacer. Y vuelve a pensar: ha llegado el momento, así es como moriré. Acelera el caza. La señal térmica del núcleo está a la izquierda. Ella hace girar su Ala-Y hacia la derecha. Un grupo de cazas TIE se separan del escuadrón y la siguen de cerca. Alejándose del Halcón Milenario y de los Ala-X. Los impactos de láser le están friendo los motores. Le hacen saltar la cabeza a su droide astromecánico. La cabina se llena de humo. Olor de ozono…

—No soy artillera —dice—. Soy piloto.

Entonces aparta a Owerto del asiento del piloto. Owerto protesta, pero ella le clava una mirada, una mirada que ha practicado, una mirada dura como acero frío, la mirada de un ave rapaz antes de arrancarte los ojos. El contrabandista asiente con la cabeza, casi imperceptiblemente. Y hace bien. Porque tan pronto como se sienta y toma el control de la nave, ve un par de cazas TIE acercándose por delante a toda velocidad.

Aprieta los dientes con tanta fuerza que cree que se le partirá la mandíbula. Les llueven disparos láser como rayos demoníacos.

Tira de la palanca de mando. La *Polilla* detiene su descenso hacia la superficie del planeta. Los disparos fallan por poco, pasan rozando el techo del carguero y se pierden en el espacio.

Bum.

Derriban dos de los cazas TIE que les están siguiendo de cerca. Sigue tirando de la palanca de mando. Su estómago y su corazón intercambian posiciones, la sangre le ruge en los oídos. Logra hacer un rizo con la nave, justo a tiempo para ver la colisión de los dos cazas TIE restantes. Las alas verticales chocan entre ellas y los cazas imperiales salen despedidos por el espacio, haciendo piruetas como las ruedas pirotécnicas del Día de la República.

—¡Se acercan más! —le grita Owerto por detrás, y entonces oye el crujir de los engranajes de los cañones gemelos de la *Polilla* cuando la torreta se pone en posición y empieza a escupir fuego.

Empiezan a atravesar nubes.

La nave tiembla y se estremece al abrir un agujero en la atmósfera.

Esto es mi casa, piensa.

O lo era. Creció en Akiva. Y lo más importante, la Norra de entonces era como la Norra de ahora: no le interesaba demasiado la gente. Iba mucho por su cuenta. Exploraba los alrededores de la capital, Myrra. Los viejos templos, los sistemas de cuevas, los ríos, los cañones.

Conoce estos lugares. Cada curva, cada recodo, cada recoveco, cada grieta. Vuelve a pensar: *Esto es mi casa*. Con este mantra en modo bucle, se le calman las manos temblorosas y se inclina a estribor, haciendo tirabuzones para evitar los disparos láser.

La superficie del planeta se acerca a gran velocidad. Demasiado rápido, pero se dice a sí misma que sabe lo que está haciendo. Allá abajo, un mar de colinas verdes converge en el serpenteante Cañón de Akar. Hacia ahí dirige la *Polilla*. Hacia el cañón cubierto de pluviselva. Con la visibilidad enturbiada por la llovizna, que cae a toda velocidad. El carguero se contonea a derecha e izquierda, rompiendo ramas a su paso con las alas y dejando atrás una nube de hojas arrancadas. Resulta dificilísimo disparar contra la *Polilla*.

Los disparos láser barren los árboles por encima del carguero.

Y entonces: un banco de niebla.

Empuja la palanca de mando hacia delante, y el carguero baja todavía más. Aquí el cañón es más estrecho. De las protuberancias rocosas salen árboles que se extienden como manos retorcidas. Norra roza deliberadamente los árboles, primero por la izquierda, luego por la derecha. La torreta de la *Polilla* no deja de escupir fuego, y de repente un caza TIE se les tira encima como una roca arrojada a toda velocidad. Logra ladear la nave violentamente para esquivarlo y el caza se estrella contra un árbol, causando una gran una explosión de fuego.

El carguero se estremece.

Más chispas. La carlinga se queda a oscuras. Owerto grita:

—¡Hemos perdido la torreta!

«No la necesitamos», piensa Norra.

Porque ya sabe lo que viene ahora. Un complejo de templos abandonados. De los más antiguos que existen. Un reducto arquitectónico de una época muy remota, de cuando los Ahia-Ko todavía vivían aquí. Pero justo antes hay una cascada, un torrente de agua plateada que salta por un acantilado. A este acantilado lo llaman el Dedo de la Bruja porque parece un índice retorcido y acusador. Hay un espacio por debajo de ese puente de piedra, una canal de piedra muy estrecho. *Demasiado estrecho*, piensa. Pero quizá no. Especialmente ahora que se han quedado sin torreta. Es demasiado tarde para hacerlo de otro modo.

Inclina el carguero a un lado.

Ve una abertura debajo de la roca. La cascada a un lado. La abrupta pared del acantilado al otro. Norra contiene la respiración. Abre bien los ojos.

Dice su mantra una última vez, en voz alta:

—Esto es mi casa.

El carguero atraviesa el canal de piedra.

La nave tiembla como un viejo borracho. Lo que quedaba de la torreta sale despedido. Rebota contra la roca y desaparece entre el agua de la cascada.

Pero han salido. Sanos y salvos.

En el tablero de mandos, dos puntos rojos parpadeantes.

Cazas TIE. Detrás de ellos.

Espera un poco.

Espera… un poco…

El aire se estremece con un par de explosiones.

Los dos puntos rojos titilan y desaparecen.

Owerto chilla y da una palmada.

—¡Estamos salvados!

Vaya si lo estamos.

Le da media vuelta al carguero y pone dirección a las afueras de Myrra.

Nils Tothwin traga saliva y pasa por encima de los cristales rotos y del charco de licor espumoso. Son los restos de una botella ceremonial de vino de grosella lothaliano, un vino tan púrpura que es casi negro. A primera vista, el charco podría llegar a confundirse con un agujero en el suelo.

Tothwin se frota las manos. Está nervioso.

—No lo has encontrado —dice Rae Sloane.

—No.

—Y he visto que la nave del contrabandista ha desaparecido.

—Ha desaparecido… Quiere decir que ha escapado.

Ella entrecierra los ojos.

—Ya sé lo que quería decir.

—Por supuesto, Almirante.

El charco burbujea. Recibió esa botella para celebrar su promoción a almirante. Resulta apropiado que se trate de una botella ceremonial, porque en eso se ha convertido su cargo. Su mando es una mera ceremonia. Hace años que la tienen marginada. Cierto, la pusieron al mando del *Vigilancia*. Pero el *Vigilancia* no jugó un papel significativo en la lucha contra el ascenso de la Rebelión. Tareas insignificantes. Patrullas por el Borde Exterior, principalmente. Proteger y escoltar a burócratas, moffs, dignatarios, embajadores.

Todo se debe a que hizo demasiados enemigos en el pasado. Sloane siempre fue propensa a decir lo que pensaba. No era consciente de su posición. Y esto le hizo mucho daño.

Pero ahora tiene una segunda oportunidad.

Rompe el silencio:

—Este es un mal momento para el caos, Teniente. Ahí fuera, ya han llegado dos de nuestros apreciados huéspedes —en el destructor estelar *Victoria* va Moff Valco Pandion, y en el *Coronación* se encuentra la General Jylia Shale, una de las mentes tácticas más brillantes y veteranas del Imperio Galáctico—. Pronto llegarán los demás. En un momento así, no puedo demostrar debilidad. No podemos dar la impresión de que no controlamos nuestro propio entorno, porque ello significaría (especialmente para Pandion) que ni siquiera podemos controlar esta reunión. Y esta reunión… Esta reunión hay que controlarla.

—Absolutamente, Almirante. Encontraremos al intruso…

—No. Lideraré yo misma la búsqueda de nuestro huésped inesperado. Usted prepare un equipo. Baje a la superficie antes de la reunión. Siga al contrabandista del carguero que nos ha evitado. Asegúrese de que no forme parte de algo más grande. Esto tiene que salir bien. Si sale mal, le haré personalmente responsable de ello.

El poco color que le quedaba en la cara se esfuma.

—Como desee, Almirante.

De la superficie de la *Polilla* salen vapores con forma de espectros sinuosos. Ha dejado de llover y ha salido el sol. Un sol cálido y brillante. Un aire denso debido a la humedad. El pelo de Norra, que normalmente es liso y plateado como la cascada por la que ha pasado hace menos de una hora, está empezando a enredarse y a rizarse por las puntas. Un pensamiento extraño: *¿He traído peine?* ¿Habrá traído también la ropa adecuada? ¿Qué pensará Temmin de ella?

No ve a su hijo desde hace… desde hace demasiado. ¿Tres años estándar? Se pone triste al pensarlo.

—Tu forma de pilotar es de locos —dice Owerto, saliendo por el lateral de la nave. Le da unos golpes al fuselaje: *clang, clang, clang*—. Soy lo suficientemente hombre como para reconocer que acabas de salvarle el pellejo a la *Polilla*.

Ella le dedica una sonrisa tersa.

—Bueno. He tenido un buen momento.

—Pilotar así no es cuestión de suerte. Es habilidad. Eres piloto rebelde, ¿no?

—Sí.

—Entonces parece que estás en el equipo ganador.

«Todavía no», piensa ella. Pero lo que dice es:

—Eso espero.

—¿Han desaparecido de verdad? ¿El Emperador? ¿Y ese hombre-máquina, Vader? ¿Y han vuelto a destruir la Estrella de la Muerte?

—Eso seguro. Yo estuve ahí. Estuve… de hecho estuve dentro.

Owerto da un silbido lento y silencioso.

—Eso explica tu forma de pilotar.

—Quizá.

—Felicidades, eres una heroína. Debió de ser algo muy fuerte.

—Sí, fue muy fuerte —incluso ahora, al pensar en ello un escalofrío le recorre la espalda, a pesar del calor opresivo. A otros la batalla les pareció una experiencia emocionante. Pero ella la sigue reviviendo en sus pesadillas. Ver a innumerables buenos pilotos bajando en espiral hacia la superficie de esa estación espacial descomunal. Escuchar sus gritos por el comunicador—. Tu dinero —dice abruptamente. Saca un saquito de su bolso de viaje y se lo lanza—. Diez mil al llegar, tal y como acordamos. Gracias. Lo siento por tu nave.

—Ya la mandaré reparar. Buena suerte con tu familia.

—Mi hijo, más que nada. He venido a buscarlo y nos vamos otra vez.

Owerto arquea la ceja del ojo bueno.

—Eso no será nada fácil, con el bloqueo espacial. ¿Has pensado en cómo saldrás del planeta?

—No. ¿Te estás ofreciendo?

—Si me pagas lo mismo y me prometes que si las cosas se tuercen volverás a pilotar tú, tenemos un trato.

Ella alarga el brazo. Sellan el trato con un apretón de manos.

—Por cierto —añade él al alejarse—. Bienvenida a casa, Norra *Wexley*.



CAPÍTULO TRES

En Akiva siempre había habido imperiales. Solo que no eran fuerzas de ocupación. Al igual que muchos otros mundos del Borde Exterior, que rotaban en los confines del espacio conocido, los imperiales siempre habían utilizado este planeta. Sin embargo, nunca habían declarado oficialmente que el planeta fuera suyo. Estos exoplanetas eran bestias demasiado salvajes y extrañas como para someterlas al yugo del Imperio Galáctico. Cuando los imperiales venían aquí, era normalmente por razones personales: para beber, para conseguir especias, para fumar, para apostar, para obtener mercancías del mercado negro. O acaso solo para contemplar los rostros salvajes y los singulares alienígenas que se cruzan en este agujero de malhechores decadentes.

Esto fue lo que lo trajo hasta aquí. *Todo esto*.

Sinjir Rath Velus. Oficial imperial de lealtad.

Bueno. *Ex*-oficial imperial de lealtad.

Las mareas galácticas lo arrastraron hasta aquí. Acabó varado en este planeta de junglas salvajes y montañas escarpadas, de volcanes negros y playas de arena vítrea. Y aquí sigue. En el mismo asiento del mismo bar, en el mismo callejón del mismo distrito de Myrra, con el mismo camarero mon calamari sirviendo bebidas en la barra de madera de oka.

Entre las manos sostiene una copa de hidromiel con hoja de sashin, esa bebida dulce y dorada que tiene un sabor a medio camino entre el fruto del jybbuk y los oi-ois, esas pequeñas bayas rojas que recogía su madre. Es la tercera que se toma hoy, y no hace

muchas horas que ha salido el sol. Su cabeza es como una mosca atrapada en una telaraña pegajosa, que lucha por liberarse y salir volando pero acaba fracasando y cae en un letargo letal.

Siente que el interior de su cabeza es un terreno acuoso, pantanoso, viscoso.

Sinjir alza la copa y la observa como quien mira al objeto de su deseo. Con pasión y fervor, le dice a la copa:

—Puedes contar conmigo. Aquí me tienes —dice, bajando la copa con un movimiento brusco. Este hidromiel entra muy bien. Se estremece de placer. Entonces hace repiquetear el vaso sobre la barra de madera—. Camarero. Guardián de las bebidas. ¡Vendedor de licores extraños! Otra, por favor.

El mon calamari, llamado Pok, se acerca trabajosamente. Es viejo, este mon calamari. Los tentáculos de la barbilla, o lo que sea eso, se han hecho largos y gruesos, como una barba de piel roja, como flecos retorcidos, como percebes relucientes. Le falta un brazo, que ha sido sustituido por la extremidad plateada de un droide de protocolo. Un ensamblaje hecho rápido y mal, con los cables conectados desordenadamente en su hombro rojo. No dan ganas de contemplarlo, pero a Sinjir le importa muy poco en estos momentos.

No se merece nada mejor que esto.

Pok borbotea y le refunfuña en lo que sea que hablen los mon calamari. Cada vez tienen la misma conversación:

Pok hace sus *sonidos*.

Sinjir le pide al camarero… luego le exige que hable en básico.

Pok dice, en básico:

—No hablo básico —y vuelve a borbotear en su lengua alienígena.

Entonces Sinjir le pide lo que quiere, y Pok le rellena la copa.

Al final de este intercambio, Sinjir pide algo nuevo:

—Voy a tomar… por todas las estrellas del cielo, hace mucho calor, ¿no? Creo que tomaré algo refrescante. ¿Qué tienes que sea refrescante, mi querido amigo cara-calamar? Ponme de eso.

El camarero se encoge de hombros, haciendo girar esos ojos gelatinosos de rana, y prepara una copa de madera con un par de cubitos de hielo en el fondo. Pok elige una botella sórdida de la estantería, que lleva algo escrito en un idioma que no es básico. Si Sinjir no puede entender las palabras del mon cala-mari, tampoco puede traducir lo que hay escrito en la botella. Al Imperio siempre le ha interesado muy poco las formas y los idiomas de otras culturas. Nunca ha interesado que la gente aprendiera en su tiempo libre.

Sinjir recuerda que una vez encontró a un joven oficial estudiando ithoriano. De todos los idiomas que hay, el ithoriano. Un oficial de rostro muy joven, sentado con las piernas cruzadas en su camastro, recorriendo con un largo dedo índice línea tras línea de escritura alienígena.

Sinjir le rompió ese dedo índice. Dijo que era mejor que cualquier castigo administrativo. Y más rápido.

Sinjir también recuerda: *Soy una persona terrible*. El sentimiento de culpa y la vergüenza hacen un duelo en sus entrañas como un par de gatos de Lothal.

Pok le sirve de la botella.

Sinjir hace girar el licor dentro del vaso. El olor que desprende bastaría para desconchar el casco de un piloto de TIE.

Lo prueba, esperando que se le incendie la lengua y la garganta. Pero es más bien al contrario. No es exactamente dulce, pero sí floral. El sabor no tiene nada que ver con el olor. Es fascinante.

Suspira.

—Eh —le susurra alguien que está a su lado.

Sinjir lo ignora. Le da un sorbo largo y ruidoso a este extraño brebaje.

—*Eh*.

Le están hablando a él, ¿no? *Puf*. Inclina la cabeza y arquea las cejas con expectación. Lo que encuentra es un twi'lek ahí sentado. Con la piel rosa como un recién nacido. Una de las colas de su cabeza, que salen de una frente demasiado ancha, le baja por el hombro y sigue por debajo de la axila. Recuerda al modo en el que un obrero lleva una manguera o una cuerda enrollada.

—Colega —dice el twi'lek—, eh.

—No —dice Sinjir secamente—, no, mira, no hablo con la gente. No estoy aquí para hablar. Estoy aquí para esto —dice, levantando la copa de madera y agitándola un poco para que el hielo haga ruido— y no para esto —y gesticula con los dedos apuntando al twi'lek.

—¿Has visto el holovídeo? —pregunta el twi'lek, dejando claro que es uno de esos individuos impulsivos y beligerantes que solo entienden las convenciones sociales cuando se las sirven en forma de puño o con la punta de un rifle bláster.

Un momento… ¿qué holovídeo? Siente curiosidad.

—No. ¿Qué es?

El twi'lek mira a la izquierda y derecha y saca un pequeño disco. Más grande que la palma de su mano, pero más pequeño que un plato. Rodeado por una anilla metálica. Con un cristal azul en el centro. El alienígena se relame sus dientes pequeños y afilados, y entonces pulsa un botón.

Una imagen aparece flotando por encima del disco.

Una mujer. Vestimenta majestuosa. Tiene la barbilla levantada. Incluso en la imagen holográfica borrosa, puede ver que sus ojos desprenden astucia e inteligencia. Evidentemente, quizá sea porque ya sabe quién es: la Princesa Leia Organa. En su día, Princesa de Alderaan. Actualmente, una de las heroínas y líderes de la Alianza Rebelde.

La imagen de la princesa empieza a hablar:

—*Soy Leia Organa, última Princesa de Alderaan. He sido miembro del Senado Galáctico y líder de la Alianza para Restaurar la República. Tengo un mensaje para la galaxia. Nuestra galaxia y sus habitantes han quedado liberados del yugo del Imperio*

Galáctico. La Estrella de la Muerte que sobrevolaba la luna boscosa de Endor ha desaparecido, y con ella los altos mandos imperiales.

Aquí el holograma cambia a una imagen que a Sinjir le resulta muy familiar: la Estrella de la Muerte explotando en el cielo por encima de Endor.

Lo reconoce porque estuvo ahí. Vio la gran explosión, la luz, el fuego, esas nubes enormes que parecían un cerebro arrancado de la cabeza partida de alguien. Todos los restos flotando en el vacío como desechos galácticos. La imagen tiembla y vuelve a verse a Leia.

—El tiránico Palpatine ha muerto. Pero la lucha no ha terminado. La guerra continúa, aunque el poder del Imperio esté disminuyendo. Pero estamos aquí para vosotros. Estéis donde estéis, aunque viváis en el rincón más remoto del Borde Exterior, la Nueva República viene a socorreros. Ya hemos capturado docenas de destructores y naves capitales imperiales —ahora la imagen tridimensional muestra un grupo de soldados imperiales bajando por la rampa de una nave, esposados—. *Y en los meses que han pasado desde la destrucción de la temible estación espacial militar, ya hemos liberado incontables planetas en nombre de la Alianza* —y aparece una nueva imagen: rebeldes recibidos como salvadores y liberadores por una multitud de… ¿Dónde es eso? ¿Naboo? Podría ser Naboo. Y volvemos a Leia—. *Sed pacientes. Sed fuertes. Luchad allá donde podáis. La maquinaria de guerra imperial se va desmoronando con cada nave, cada arma y cada soldado de asalto que derrotamos. Llega la Nueva República. Y necesitamos vuestra ayuda para terminar la lucha.*

Una última imagen temblorosa: cazas de la Alianza alzando el vuelo entre fuegos artificiales.

Esta imagen también le resulta familiar. Vio a los rebeldes victoriosos lanzando fuegos artificiales por encima de los enormes árboles de Endor. Y de fondo los vítores de esas estrafalarias criaturas que parecen una mezcla entre rata y oso, mientras Sinjir se escondía entre la maleza, frío y solo.

—Es un nuevo día —dice el twi’lek con una amplia sonrisa, que deja entrever esas hileras serradas de dientes pequeños y puntiagudos.

—Un conquistador sustituye a otro —dice Sinjir, con el labio alzado en señal de desprecio. Pero su expresión no coincide con el sentimiento que tiene en el corazón, al igual que la bebida que tiene delante no huele igual que sabe. En su corazón siente una oleada de… ¿esperanza? ¿En serio? ¿Esperanza, felicidad y una nueva promesa? Qué desagradable. Se relame el labio y añade—: Sea como sea, vamos a volver a verlo, ¿vale?

El twi’lek asiente sorprendido, y vuelve a pulsar el botón.

Detrás de ellos se oyen unas botas que se acercan. Pok, el camarero, gruñe alarmado.

Un guante negro chirriante se posa sobre el hombre de Sinjir. Otro en el hombro del twi’lek. Este más fuerte y doloroso.

Sinjir reconoce el olor de cuero lubricado, de ropa planchada, de detergente reglamentario. Huele a pulcritud imperial.

—¿Qué tenemos aquí? —dice una voz brusca y gruñona.

Al volverse, Sinjir encuentra un oficial de voz gutural y aspecto bastante descuidado. Se le sale la panza por debajo del uniforme gris, y unos de los botones inferiores está desabrochado. Va sin afeitar y con el pelo revuelto.

El que está a su lado tiene un aspecto considerablemente mejor. Mandíbula firme, ojos claros, uniforme planchado y lavado. Y con esa sonrisa engreída que no se aprende, sino que sale de forma natural. Sinjir la conoce muy bien.

Detrás de ellos, un par de soldados de asalto.

Eso es sorprendente. Soldados de asalto. ¿Aquí, en Akiva?

En Akiva siempre ha habido imperiales, sí… pero nunca soldados de asalto. Estos soldados de armadura blanca son para las guerras y las ocupaciones. No vienen aquí a tomar algo, bailar un poco y luego irse.

Algo ha cambiado. Sinjir todavía no sabe lo que es, pero la curiosidad le corroe por dentro como un topo en busca de larvas.

—Yo y mi amigo cabeza de cola estábamos viendo un poco de propaganda —dice Sinjir—. Nada que pueda alarmar a nadie.

El twi'lek levanta la barbilla. Le brilla el miedo en los ojos, pero hay algo más. Algo que Sinjir ha visto en mucha gente que ha torturado y atormentado, en todos aquellos que creen que no cederán: coraje.

Coraje. Qué cosa más estúpida.

—Vuestra época ha terminado —gruñe el twi'lek con voz temblorosa—. El Imperio se ha acabado. La Nueva República se acerca y…

El oficial zafio le asesta un puñetazo duro y directo en el cuello. El twi'lek gorjea, con las manos en la tráquea. El otro oficial, el engreído, pone la mano con firmeza en el hombro de Sinjir. Es un aviso sin palabras, pero el mensaje está claro: haz un movimiento y te pasará lo mismo que a tu amigo.

Se oye una especie de ladrido detrás de la barra. Pok gruñe y hace una especie de aviso en su propio idioma, señalando hacia arriba. Es un cartel escrito en básico que dice: NO SE ADMITEN IMPERIALES.

De hecho es por este cartel que Sinjir se ha pasado la última semana aquí, día y noche. Para empezar, porque nadie del Imperio vendrá, y eso significa que nadie lo reconocerá. En segundo lugar, le encanta la ironía.

El oficial zafio le sonríe al camarero mon calamari.

—Los tiempos están cambiando, barba de calamar. Quizá quieras replantearte lo del cartel. —Hace una señal brusca con la cabeza, y los dos soldados de asalto dan un paso adelante y apuntan con los blásteres directamente a Pok—. Estamos aquí para quedarnos.

Después de decir esto, empieza a golpear al twi'lek, que empieza a llorar de dolor.

Así no es como tienen que ir las cosas. De ninguna manera. Sinjir toma una decisión. Decide sencillamente levantarse y salir por la puerta, dejar todo esto atrás. No es necesario buscarse problemas. No tiene que convertirse en una señal luminosa en el radar de alguien. Salir por la puerta. Buscar otro bar.

Eso es lo que decide hacer.

Pero, sorprendentemente, no es lo que hace.

Lo que hace es levantarse de golpe. Y cuando el oficial engreído intenta obligarlo a sentarse, Sinjir se defiende, le agarra la mano y le dobla dos dedos con un movimiento muy rápido. Los aprieta hasta que crujen.

El oficial grita de dolor. Y no es para menos. Sinjir sabe cómo infligir dolor.

Esto provoca una reacción entre los compañeros del oficial, claro está. El oficial zafio tira al twi'lek al suelo y saca la pistola. Los dos soldados de asalto se vuelven y lo apuntan con los rifles.

Sinjir está borracho. O, al menos, un poco achispado. Normalmente, esto supondría un problema. Pero para su sorpresa, no lo es. Es como si el calor provocado por ese extraño licor hubiera eliminado todas sus inhibiciones, todo el sentido común que normalmente le impediría actuar. Se mueve con rapidez, sin dudarlo ni un segundo. Aunque con poca elegancia, eso sí.

Se pone detrás del oficial engreído, que está sollozando de dolor. Le levanta el brazo como si fuera la palanca de una tragaperras coreliana, y con la otra mano le saca la pistola de la cartuchera con un movimiento muy rápido.

Pero el oficial zafio dispara antes el bláster, y le hace saltar el suyo de la mano. Bueno, no el suyo, el del oficial engreído.

«Maldita sea», piensa.

Sinjir agarra con más fuerza el brazo del oficial y lo hace girar para escudarse del ataque. Los disparos láser le atraviesan el pecho y el oficial chilla por última vez, antes de quedarse sin fuerzas. Entonces hace fuerza y lanza el cuerpo inerte del oficial hacia los dos soldados de asalto, que no se esperaban un ataque así.

Los dos caen de espaldas sobre unas mesas.

El oficial zafio grita y vuelve a levantar la pistola.

Sinjir analiza rápidamente las defensas del oficial. Una mano debajo de la muñeca. Con la pistola levantada, dispara hacia el techo. Les llueve una nube de polvo. Sinjir le pega una patada en la espinilla, otra en la rodilla, otra en el muslo. El cuerpo del imperial se tambalea como una mesa con una pata rota, pero él no lo deja caer. Lo agarra de la muñeca y con la mano libre golpea los puntos vulnerables. Nariz. Ojo. Tráquea. Barriga. Y vuelve a la nariz. Le introduce los dedos en los orificios nasales con un par de dedos crueles, y lo obliga a tumbarse. El oficial solloza, balbucea y sangra.

Pero todavía faltan los dos soldados de asalto.

Se están intentando levantar, tratando de apuntar con los blásteres… cuando alguien se lanza sobre el soldado de la derecha con una silla en la mano y le asesta un golpe despiadado. La silla le impacta justo debajo del casco blanco y lo hace girar. El soldado se desploma. En ese preciso momento, una botella de licor sale volando y golpea al segundo soldado en el casco. La ha lanzado el brazo robótico del mon calamari desde detrás de la barra.

Para culminar, Sinjir retuerce la muñeca del oficial zafio para hacerse con el control de la pistola. La gira y dispara dos veces. Un impacto en el centro de cada uno de los cascos.

Los soldados de asalto caen. Esta vez no se levantarán.

Sinjir se alza sobre el oficial zafio. Vuelve a agarrarle la nariz. La retuerce.

—La nariz tiene algo maravilloso, y es que está unida a todas esas terminaciones nerviosas que hay detrás de la cara. Esta protuberancia carnosa, que en tu caso parece un hocico de cerdo, es la razón por la que tu cabeza se está llenando de mucosidades y tus ojos de lágrimas.

—Escoria rebelde —musita el oficial zafio.

—Eso me ha hecho gracia. Mucha gracia —*Idiota. Te crees que soy uno de ellos, cuando en realidad soy uno de vosotros*—. Quiero saber qué está pasando.

—Lo que está pasando es que el Imperio está aquí y tú estás…

Lo retuerce. Gritos.

—Ahórrame el discurso reglamentario. Detalles. ¿Por qué estáis aquí? Con soldados de asalto.

—No lo sé…

Vuelve a retorcerlo. Más gritos.

—*¡Te juro que no lo sé!* Está pasando algo. Se está precipitando rápidamente. He bajado… hemos bajado del *Vigilancia* y entonces han caído las comunicaciones, y el bloqueo espacial…

Sinjir mira a Pok.

—¿Tu sabías algo sobre que hubieran caído las comunicaciones? ¿O sobre un bloqueo?

El camarero se encoge de hombros.

Sinjir suspira, y le pega un puñetazo al oficial zafio.

La cabeza del oficial cae hacia atrás y pierde el conocimiento. Sinjir lo deja caer. Entonces se dirige a Pok:

—Alguien tendrá que limpiar todo esto. Ah. Buena suerte.

Y entonces empieza a silbar y sale tranquilamente por la puerta de la cantina.

INTERLUDIO

CHANDRILA

Una imagen desenfocada.

Un sonido: *crec, crec, crec*.

La imagen desenfocada se agita. Se desenfoca un poco más durante un segundo y entonces se enfoca en otro plano. La imagen se aclara de forma brusca.

Hay dos mujeres de pie. Una es humana. Alta, esbelta, profesional, con el pelo negro peinado en lo que parece una ola a punto de romper. Alrededor del cuello lleva un collar que parece una bandada de pájaros unidos en una cadena. El collar refleja la luz del sol. Su sonrisa es amplia, ensayada.

La otra mujer es más menuda. Pantorana. Piel azul. Pelo dorado recogido en una trenza práctica y sencilla. Va vestida en consonancia. Hay quien dirá que es una vestimenta humilde y modesta. Otros dirán que es poco sofisticada, incluso anodina. Las únicas joyas que lleva son un par de brazaletes de plata. Su sonrisa también es ensayada, pero nerviosa.

Detrás de las dos mujeres se ve el sencillo perfil de la capital, Ciudad Hanna.

La primera mujer, Tracene Kane, le dice al trandoshano que hay detrás de la cámara:

—¿Qué tal se ve, Lug?

Detrás de la cámara se oye una especie de gruñido siseante.

—Se veía mal. Le he dado un golpe. Ahora se ve bien.

Tracene mira a la otra mujer, Olia Choko, y encoge los hombros como pidiendo disculpas.

—Tecnología antigua. No siempre funciona.

—Es tu primera emisión —dice Olia—, es comprensible.

—Creo que hoy es la primera vez para las dos —dice Tracene, riendo. Es una risa fuerte, casi demasiado fuerte. Quizás ella sea así. O quizá su risa, al igual que su sonrisa, sea preparada, calculada—. A ver, la cosa irá así. Yo empezaré la entrevista y haré una breve introducción: blablablá… es el primer día del nuevo Senado Galáctico, es un nuevo amanecer para la galaxia… y entonces pasamos a ti: Olia Choko, representante de relaciones públicas de Mon Mothma y el nuevo Senado. Entonces entramos en materia.

—Genial—dice Olia, respirando profundamente—. Sencillamente genial.

—Pareces nerviosa.

—Lo estoy… un poco.

—Irá bien. Eres guapa. Eres alienígena. Causarás sensación.

-—¡Ah! —dice Olia, levantando un dedo—. Saldrá también la ciudad de fondo, ¿no? Ciudad Hanna es un símbolo de los orígenes modestos del Senado. Estamos aquí para la gente de la galaxia, toda la gente trabajadora. Y además Mon Mothma es de aquí, de modo que…

Tracene le pone la mano en el hombro.

—Lo tenemos controlado.

—¡Ah! Pero… No os olvidéis de la instalación de arte que hay en el centro de la ciudad… Es una serie de cascos de soldado de asalto, pintados de colores distintos y marcados con diferentes símbolos, como explosiones y emblemas de la Alianza. Es obra del artista…

Tracene aprieta el brazo de Olia.

—Te he dicho que *lo tenemos controlado*. Tenemos las imágenes. Tú eres el último eslabón de la cadena. Hablamos contigo. Entonces entra el Senado. Nada saldrá mal. ¿Estás bien?

Olía duda. Su sonrisa empieza a ser forzada. Parece un fermomurciélago congelado ante el frontal de un minero. Pero asiente con la cabeza.

—Sí. Estoy bien. Muy bien. Puedo hacerlo.

Tracene mira hacia la cámara.

—Entramos en tres, Lug. Tres, dos… —y articula la palabra «uno».

—Aquí Tracene Kane emitiendo en el primer día del Canal Reina del Núcleo. Me acompaña Olia Choko, representante de relaciones públicas de la Canciller Mon Mothma y del nuevo Senado Galáctico, aquí en Chandrila…



CAPÍTULO CUATRO

El droide interrogador se acerca flotando. Se abre una pequeña compuerta de la parte inferior con un zumbido metálico y un *clic*. Se despliega un brazo extensor, un brazo que termina en unas pinzas de aspecto cruel. Son tan precisas y afiladas que podrían arrancarle a alguien un ojo de la cabeza de forma totalmente limpia. Una operación que este droide seguro que llevó a cabo en algún momento de su pasado. El brazo desciende hacia su objetivo.

Levanta el dado de diez caras y lo deja caer.

El dado rueda. Sale un 7.

El droide exclama en una voz fuerte, monótona y enlatada:

—AH. ME HA SURGIDO LA OPORTUNIDAD DE OBTENER UN NUEVO RECURSO. COMPRARÉ UN SEGMENTO DE RUTA DE ESPECIAS. LA CONECTARÉ CON MIS CUATRO SEGMENTOS DE RUTA DE ESPECIAS. ESTO ME DA UN TOTAL DE CINCO SEGMENTOS, LO QUE ME CONCEDE UN PUNTO DE VICTORIA. AHORA VOY GANANDO. LA PUNTUACIÓN ES DE SEIS A CINCO.

Temmin aprieta los labios. Su rostro tiene un velo de frustración. Entre él y el droide hay un tablero con un mapa formado por incontables territorios hexagonales. Algunos de los hexágonos contienen planetas, otros estrellas, cinturones de asteroides o nebulosas.

Nunca ha ganado una partida de Expansión Galáctica contra el droide interrogador reconvertido. Pero ahora está muy cerca. Nunca ha estado tan cerca.

—Afloja el acelerador, arrogante pelota de *borgleball*. Un solo punto no te convierte en un conquistador —tira el dado y obtiene un 5. No es suficiente para conseguir un

recurso nuevo, pero puede colocar una nueva línea de suministros o ruta de contrabandistas. Tiene que pensárselo. Se inclina hacia atrás en la silla. Su mirada se pasea por todo su taller, que hace las veces de tienda. Las mesas y estanterías están hasta arriba de lo podría definirse como trastos y chatarra. Una gran cantidad de trastos y chatarra. Piezas de droides astromecánicos. Restos de naves estelares. Blásteres desmontados. En un rincón hay un droide reparador WED, difunto desde hace tiempo, cubierto de lucecitas parpadeantes. De los cables trenzados del techo cuelga una moto deslizadora cubierta de marcas de láser.

Y ahí, apoyado en la pared del fondo, hay un viejo droide de combate de la Federación de Comercio, plegado en posición de reposo y cubierto por una manta raída.

No es uno de los B2, los droides de combate con un cañón en el antebrazo y armadura pesada en el pecho.

Tampoco es uno de los droidekas, esos mortíferos droides destructores. Como si un escorpión de la jungla hubiera tenido un hijo con un detonador termal rotativo.

Solo es un viejo B1. Un pedazo de hojalata.

Todo lo que hay aquí son pedazos de hojalata. O eso parece.

Temmin coge una pieza marcada con una línea roja discontinua, que corresponde a una ruta de contrabandistas. Está a punto a colocarla en el tablero cuando el droide interrogador se da la vuelta repentinamente.

Como para encararse a alguien.

—TIENES CLIENTES —dice el droide.

Temmin se cruje los nudillos y se levanta, poniendo su mejor sonrisa de comerciante. El adolescente aparta la silla con ruedas y se da la vuelta para dar la bienvenida a… tres individuos con muy mala pinta. Su sonrisa tiembla, pero solo durante un segundo.

—Esto es un koorivar, un ithoriano y un abednedo que entran en una chatarrería —dice, haciéndose el gracioso. A sus visitantes no les hace mucha gracia—. Es como el principio de un chiste —explica Temmin, y entonces añade—, pero si hay que explicar el chiste, pierde la gracia —entonces junta las manos y añade—. ¿Qué puedo hacer por estos caballeros?

—Soy una *mujer* —suelta la koorivar, dando un paso adelante. Se ajusta la capa carmesí y levanta la barbilla. El cuerno que le sale de la cabeza describe una espiral muy retorcida. Saca una lengua pálida y se relame los labios, arrugados y escamados.

Tiene un cuchillo largo y serrado que le cuelga de la cadera.

Temmin sabe quién es. Sabe quiénes son los tres.

El abednedo de nariz chata y rizos de piel alrededor de una boca arrugada es Toomata Wree. Conocido habitualmente como «Tooms».

El ithoriano de ojos soñolientos y chaqueta andrajosa que lleva un rifle colgado de un hombro robusto como la rama de árbol es Herf.

Y la koorivar es Makarial Gravin. Cuando la ha visto entrar, Temmin creía de verdad que se trataba de un varón. Con los koorivar no es fácil identificar el sexo.

Los tres trabajan para Surat Nuat. O, mejor dicho, le pertenecen. Son propiedad del sullustano.

—¿Qué puedo hacer por usted, mi señora? —dice Tem-min, abriendo los brazos con ademán servil—. ¿En qué puedo ayudarle hoy? ¿Qué delicias del desguace le puedo ofrecer para…?

—Ahórrate esa saliva de rancor, pequeño desperdicio —le corta el abednedo.

A lo que el ithoriano añade, hablando en su idioma alienígena:

—Le has robado al ilustre salvador de Myrra, Surat Nuat.

—No, no —dice Temmin, levantando las manos—. Aquí somos todos amigos. Yo nunca, nunca, nunca le robaría a Surat. Somos colegas. Todo está bien.

—Le has robado a Surat —sisea la koorivar—. Y lo que es peor, lo has ofendido gravemente al tomar lo que es suyo por derecho.

Temmin sabía que este día llegaría. Solo que no esperaba que fuera tan pronto.

Se le revuelve el estómago de los nervios.

—Lo último que querría es insultar a Surat. A todos nos gustaría ser tan ilustres y sabios como él. No sé qué os pensáis que le robé, pero…

La koorivar, Makarial, da otro paso firme hacia delante.

—Piensa en lo que pasó en la carretera de Trabzon. ¿Eso le suena a tu bulbo raquídeo?

Temmin chasquea los dedos, un hábito nervioso que adquirió de su padre.

—¿Quieres decir el transporte que se estrelló ahí? No, no… Quiero decir… Sí, sí, *claro* que hurgué y me llevé cosas de entre los escombros. Eso lo admito. Fui yo. Pero no tenía ni idea de que fuera la nave de Surat…

—¡Pero si tenía la insignia de su gremio por todas partes! —grita furiosamente Tooms, el abednedo. Los tirabuzones de piel que le cuelgan de la cara se retuercen y se sacuden al hablar.

—Tampoco lo pude ver… el transporte fue asaltado por uugteenos. Esos primitivos, ¿sabes? Quemaron toda la nave por fuera. La chamuscaron como a un florekeeto antes de desplumarlo.

—Pero incluso así, el interior sí que lo saqueaste —dice Makarial acusadoramente.

—No pudieron cascar esa nuez. Los uugteenos, quiero decir. Con esas cuchillas tan rústicas que llevan no lograron hacer saltar los cerrojos, pero yo tenía un soplete y… —simula una risa—. Os lo ruego, amigos. No tenía idea de quién era el propietario.

Lo sabía. Por supuesto que lo sabía. Y sabía que este día llegaría. Pero claro, los beneficios potenciales…

Si algún día pretende derrocar a Surat, tiene que hacer la jugada con un as muy grande en la manga. No puede dar pasos en falso. No puede mostrarse inseguro. No puede dudar. Tiene que demostrar poder. Ser ágil como un látigo y fuerte como un toro.

—¿Todavía tienes el arma? —pregunta Tooms.

—Ahhh, ehhh, esto… —Temmin se aclara la garganta y miente con los dientes apretados—. No exactamente.

Los ojos de la koorivar se abren como platos. Temmin cree que es de rabia e indignación. Makarial se mueve rápidamente. La alienígena empuña el cuchillo y, en lo que dura el destello de un relámpago, lo aprieta contra la garganta de Temmin.

En el exterior, como actuando en consecuencia, retumba un trueno amenazador. Empieza a caer una lluvia intensa sobre el techo de la tienda de Temmin. La lluvia acentúa el silencio. Detrás de Temmin, el droide interrogador sigue flotando por encima de la mesa donde está el tablero de Expansión Galáctica.

El chico traga saliva.

—Os lo compensaré. Tengo muchas cosas que ofreceros. Ey, mira. Una moto deslizadora. También os puedo montar un par de droides…

—Todo esto es chatarra —dice Makarial—. Surat conoce tu secreto. O sea que nosotros conocemos tu secreto. Todo esto… —con la mano libre, la koorivar hace un movimiento parecido al que ha hecho Temmin cuando han llegado (quizá sea una parodia)—. *Todo* esto es una tapadera. No te dedicas a vender chatarra.

—Lo que para uno es chatarra, para otro es un tesoro…

Makarial aprieta más el cuchillo contra su garganta expuesta.

—No nos interesa la chatarra. Pero nos interesan mucho los tesoros.

—Muy bien, pues vamos a hablar de tesoros.

—Surat tiene un precio.

Nota algo húmedo que le resbala por la garganta. *¿Es sangre o sudor?* Sinceramente, no está seguro.

—Todo el mundo lo tiene. Decid el precio.

Makarial sonríe. Es una visión terrible. A ojos de Temmin, los koorivar son más feos que un happáboro caminando de espaldas. Todas esas protuberancias y escamas. Una nariz que parece una larva obesa partida en dos. Espolones por encima de los ojos. Y tampoco ayuda ese aliento como de carne putrefacta.

La koorivar dice rápidamente:

—Tu tienda.

—La tienda. ¿Quieres decir… el edificio?

—Y todo lo que hay en él. Y todo lo que hay *debajo*.

Ahora empieza el pánico de verdad. Una avalancha fría y salina en su flujo sanguíneo. Lo saben.

Saben dónde guarda algunos de sus mejores productos. La mayoría de sus mejores productos.

Eso no es ideal.

—¡Tengo algo! —exclama—. Algo grande. Algo… que Surat quiere. ¿Vale? *¿Vale?* ¿Os lo puedo enseñar? ¿Por favor? *Por favor*.

Los tres alienígenas se miran entre ellos. El ithoriano, Herf, encoge los hombros con cierta indiferencia y dice en ithoriano:

—No está de más mirar.

Makarial le aparta el cuchillo de la garganta. Temmin suelta el aliento y se palpa el cuello. Los dedos le quedan cubiertos de sudor, no de sangre. Da una palmada y dice:

—Está justo ahí. ¿Veis esa vieja manta? Está… Está ahí debajo.

Makarial le hace un gesto a Herf con la cabeza. El ithoriano se descuelga el rifle. Es un arma personalizada, creada con el cuerpo de un bláster DLT pero modificada para darle más potencia de fuego. El cañón es largo, casi tan alto como Temmin.

El ithoriano de cuello encorvado parpadea con sus ojos menudos, y entonces levanta la manta con el cañón del rifle. Ante ellos está el droide de combate de primera generación: el B1.

Se pone en pie. Al hacerlo, los huesos repiquetean. Literalmente, huesos. Son huesos de bestias, peces y aves que lleva atados a sus miembros metálicos con cuerdas y cables. Esa no es la única modificación en el aspecto del droide. Le falta la mitad de la cabeza, que ha sido substituida por un ojo rojo telescópico. La punta de la nariz ha sido afilada y es curvilínea. Pero no como una inofensiva ave acuática, más bien como un ave de presa. Y tiene todo el cuerpo pintado de negro y rojo.

Está hecho para provocar temor.

Los tres alienígenas se echan a reír. El abednedo ríe tan fuerte que se encorva hacia delante y se golpea la rodilla, y sus pequeñas orejas como setas verdes se estremecen de diversión.

—¿Un droide de combate? —pregunta Makarial. Más risas—. ¿Querías enseñarnos… un droide de combate? El droide soldado más incompetente de la historia de la República y el Imperio. El bufón del mundo de la mecánica —el alienígena pronuncia esta última frase con un toque adicional de sorna—. ¿Y crees en serio que a Surat Nuat le interesa un raquítico y miserable droide Bl?

—Yo lo llamo Señor Huesos —dice Temmin.

Cuando Temmin pronuncia el nombre del droide, se le encienden los ojos con una siniestra luz rojiza.

—SEÑOR HUESOS ACTIVADO —dice el droide con una voz chirriante, distorsionada por ráfagas de interferencias. Las palabras se aceleran y entonces se ralentizan, seguramente por culpa de un codificador de voz defectuoso—. HOLA A TODO EL MUNDO.

El abednedo niega con la cabeza.

—Un nombre estúpido para un droide estúpido.

—Creo que lo has insultado —dice Temmin.

Se detienen las risas. Al menos durante un momento, mientras tratan de entender qué quiere decir Temmin con eso… o a qué juego está jugando.

No hacen bien en dudar.

El Señor Huesos suelta una carcajada chirriante y distorsionada a través de los altavoces, mientras en la mano se le abre un compartimiento, de donde sale una vibrohoja chispeando. El ithoriano tarda en reaccionar, y cuando Herf está empezando a levantar el cañón del rifle DLT, Huesos ya le ha asestado tres golpes. El rifle cae al suelo, partido en tres trozos humeantes.

El abednedo desenfunda un bláster…

Huesos se lanza contra Herf y lo empuja contra Tooms. El abednedo pierde el equilibrio, y el ithoriano le cae encima. El guardaespaldas B1 de Temmin salta sobre el ithoriano y empieza a asestarle puñetazos con las dos manos. Con tanta fuerza que la singular cabeza del ithoriano va dándole golpes al rostro sin nariz de Tooms. *¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!*

El Señor Huesos emite sonidos y carcajadas.

Makarial abre totalmente sus fauces y exhala una expresión que combina rabia y aflicción. La koorivar se lleva la mano debajo de la capa y saca un bláster, que apunta directamente a la cabeza de Temmin. Temmin, que se ha quedado congelado, acerca la mano a su propio bláster, que se encuentra dentro de una funda de cuero en la repisa inferior de una mesa cercana.

—No lo hagas —susurra Makarial.

Temmin calcula sus probabilidades.

No son propicias.

Aparta la mano. Sonríe. Asiente con la cabeza.

—Claro. Claro.

—Dile a tu *droide* que retroceda.

—A ver, espera un momento…

—*Díselo*.

Temmin sonríe.

—¿De cuál de ellos estamos hablando?

Los ojos pálidos y fantasmales de Makarial se centran en él, y luego muestran una expresión de perplejidad… justo cuando el droide interrogador aparece flotando por detrás, con una jeringuilla al final de su segundo brazo extensor. Temmin suelta una risita.

El droide flotante le clava la aguja. Una aguja llena de un potente narcótico. De origen y producción local. Suficientemente potente como para que un gamorreano se pase media semana durmiendo.

La aguja se parte y cae al suelo. Sin haberle clavado su contenido narcótico.

Vaya, vaya.

«La piel de los koorivar es muy dura, ¿no?», piensa Temmin, bastante decepcionado Temmin corre. Salta por encima de una mesa, entonces por encima de otra mesa, entonces por después de un trío de taburetes metálicos. Los disparos de bláster llenan el aire a sus espaldas y hacen caer trozos de chatarra de las estanterías. Una lata de aceite se cae del borde de una mesa que tiene delante. Temmin chilla y corre hacia la puerta…

Ahí. Delante. La puerta está abierta. Hay alguien en la puerta.

Alguien nuevo. Con una larga capa oscura.

Alguien que lleva su propio bláster.

La figura desconocida levanta el bláster. Temmin dobla una pierna para dejarse caer al suelo. Los disparos de bláster le pasan por encima. Makarial grita de dolor. Se escucha el sonido de alguien desplomándose.

Temmin se pone en pie de un salto y se pone de espaldas a la pared de su tienda. Makarial está en el suelo, retorciéndose de dolor. El Señor Huesos ha levantado la cabeza como un sabueso inquisitivo. El visitante observa la situación, y entonces se quita la capucha.

No es *el* visitante. Es *la* visitante.

Temmin abre los ojos, incrédulo.

—¿*Mamá*?



CAPÍTULO CINCO

—Almirante Sloane, la lanzadera está lista.

Se pone en pie. Las manos en la espalda. Observa el largo pasillo. Al final hay una rejilla de ventilación cortada con un micro-soplete. Por delante suyo, los soldados de asalto entran y salen de camarotes y dormitorios compartidos. No hay ni rastro del intruso. Aprieta los dientes para contener la ira.

El Teniente Tothwin vuelve a decir:

—Almirante, he dicho que…

—Ya he oído lo que ha dicho —le grita.

—Los demás. Ya se están dirigiendo a la superficie del planeta.

—Entonces ya han llegado todos.

—Sí. Pandion. Shale. El yate de Arsin Crassus ha aparecido hace poco en la pantalla, y ahora mismo está descendiendo hacia Akiva.

—¿Y Yupe Tashu?

—La lanzadera del Consejero Tashu también está en la pantalla. Le hemos dado instrucciones para que prosiga hacia el punto de encuentro. Se espera que esté ahí antes, mi Almirante.

—Pueden esperar.

—Por supuesto. Solo es que… el moff ya está…

—Dígame una cosa —le interrumpe—. Esta cubierta. Aquí no hay nada importante, ¿no?

—¿Mi Almirante? —pregunta el oficial, sin llegar a entender.

Ella le da la espalda, impaciente.

—Quiero decir que aquí solo hay habitaciones de invitados vacías y, al otro lado, cocinas, baños y una sala de juegos —Sloane se queda pensando. ¿Podría estar por los conductos de recogida de basura? Los soldados de asalto ya los han comprobado y no han encontrado nada.

—Quizá ha pensado en robar un poco de comida…

—*No* —dice ella, que de repente lo ha entendido—. Es una treta. Con los rebeldes siempre es así. Siempre hay alguna treta, algún ardid. No se ha parado aquí. Quiere que pensemos que se ha parado aquí para hacernos perder tiempo. Ese conducto de ventilación. ¿Adónde lleva? Enséñame el diagrama.

Tothwin se apresura a encender el holodisco. Aparece el diagrama del *Vigilancia*. Sloane recorre el diagrama, moviéndose por la imagen. Resalta el conducto y lo va siguiendo hasta su conclusión lógica…

Oh, no.

De repente, exclama:

—Ya sé adónde va.

O adonde ha ido ya.

¡Maldita sea!

No tiene la pierna rota. Eso cree. Pero le duele mucho. Hace mucho tiempo, se estrelló con un Ala-A en el borde de un volcán. Era uno de sus primeros vuelos como piloto para la entonces floreciente Alianza Rebelde. Fue a petición de un amigo, un agente rebelde conocido simplemente como Fulcrum. Tras el accidente, se pasó varios meses cojeando. Se había roto la pierna. Por tres lugares ni más ni menos. Casi erradicó toda posibilidad de hacer carrera como piloto. Sin embargo, logró convencer a los rebeldes para que le dejaran trabajar en un carguero, encargándose de la artillería y de vez en cuando de la navegación.

En todo caso, está bastante seguro de que no tiene la pierna rota.

Pero le duele mucho, tras haberse lanzado desde la parte trasera del saltador estelar unos momentos antes de hacer explotar los torpedos.

Arrastrarse por los conductos de ventilación no ha contribuido a aliviar el dolor. Pero era imperativo alejarse de ojos imperiales. Desde entonces, se ha ido escondiendo sin dejar rastro, entrando y saliendo de conductos. Al principio iba sin dirección, sin plan, pero no ha tardado mucho en entender lo que tenía que hacer. Es más, estar aquí en este destructor estelar le ha ofrecido una gran oportunidad.

Las comunicaciones están bloqueadas a todo el tráfico en el espacio que rodea Akiva. Y está seguro que abajo, en la superficie, también.

Pero si alguien todavía tiene los canales abiertos, es el Imperio.

Por eso mismo, ahora se encuentra en la sala de comunicaciones. Junto a los cuerpos de tres oficiales de comunicaciones. Uno desplomado sobre su puesto, los otros dos en el suelo. Aturdidos, no muertos. Wedge no es un asesino. Es piloto. Es cierto que cuando derriba a otros pilotos, está acabando con la vida de soldados. Pero los oficiales de comunicaciones no son soldados, no son pilotos. Son gente.

«Eso es una lección que deberíamos aprender. Los imperiales son como nosotros», piensa Wedge. Al menos algunos de ellos. Es fácil clasificar a todo aquel que sirve al Imperio Galáctico como malvado, como enemigo. Pero la verdad es que a muchos de ellos les han mentido, o los han amenazado con castigos dolorosos o incluso con la muerte. Con la llegada de la Nueva República ya hay muchos desertores. Hombres y mujeres que han visto su oportunidad de escapar, de empezar una vida nueva…

Tiene que enviar el mensaje. Tiene que activar las comunicaciones y convocar su ejército.

Aparecen dos holopantallas. En un lado intenta encontrar una frecuencia subespacial hacia el espacio de la Nueva República. Pero todas estas frecuencias siguen bloqueadas. Esto presenta un problema a corto plazo y otro a largo plazo: ahora mismo, significa que no puede enviar un mensaje adonde necesita enviarlo. A largo plazo, significa que el Imperio conoce sus frecuencias. De modo que en algún lugar hay un topo entre las filas de la Nueva República. No le sorprende demasiado, pero es razón de más para hacer llegar su mensaje.

Cambia la frecuencia para buscar canales locales.

Ahí, ninguno de los canales conocidos de la República está bloqueado.

Esto significa que puede enviar un mensaje a gente leal. Pero tienen que ser de este planeta. ¿Cuántas probabilidades hay de encontrar a gente leal a la Nueva República aquí, en el precipicio del espacio colonizado?

Es su única oportunidad.

Wedge se concentra. Se conecta al canal de emergencia, y entonces descuelga el micrófono del tablero de mandos. Metal frío en la mano. Empieza a hablar por el micrófono:

—Aquí el Capitán Wedge Antilles de la Nueva República. Repito: Aquí Wedge Antilles de la Nueva República. Estoy atrapado en el destructor estelar *Vigilancia*, en el espacio por encima de Akiva. Estoy en…

Un destello de luz. El sonido de un bláster.

Grita de dolor cuando un disparo láser le agujerea el hombro. La mano se abre en un acto reflejo, y se le cae el micrófono. Se lleva la mano a la cadera en busca de su propio bláster, pero un segundo disparo hace saltar el arma por los suelos.

Wedge, respirando profundamente, apretando los dientes de dolor, se vuelve hacia su atacante. Espera encontrar un soldado de asalto o bien, irónicamente, uno de los oficiales de comunicaciones que vuelve de comer.

Pero no.

Ve a una mujer vestida con un uniforme impoluto de almirante. Tiene la piel oscura, con unos ojos marrones y fríos. Empuña una pistola de cañón largo, un bláster singular con un cromado muy elegante.

—Por favor —dice, sosteniéndose el hombro con fuerza y cojeando.

Ella da tres pasos en su dirección.

—No puedo permitir que complique lo que está a punto de ocurrir. Está en juego el futuro del Imperio… de toda la galaxia —y entonces muestra un atisbo sorprendente de empatía—. Lo siento.

—Espere. Vamos a hablarlo —traga saliva con dificultad, haciendo una mueca de dolor—. Se ha acabado. Ya sabe que se ha acabado. Podemos negociar una rendición. Una rendición *con sentido*. Aquí mismo, ahora mismo, podemos…

Por detrás de la almirante llega un pequeño escuadrón de soldados de asalto, con el característico resonar de las botas blindadas en el suelo. Levantan los blásteres cuando ella baja el suyo.

—Lo siento, Capitán —dice ella. Entonces, a los soldados—: Arrestadlo. Llevadlo a la planta de detención… No. Esperad —ordena, chasqueando los dedos—. Ponedle grilletes y llevadlo a mi lanzadera. Enviad también un droide médico —y con una sonrisa rígida le dice, como si quisiera obtener su aprobación—. No somos animales.



CAPÍTULO SEIS

Durante años, Norra no lloró. No podía llorar. Se unió a la Alianza Rebelde como piloto, y cuando tomó la decisión (más con las entrañas que con la cabeza), se endureció. Se puso una dosis extra de acero en la espina dorsal. Todos los miedos, preocupaciones y emociones se convirtieron en algo ajeno a ella. Anclas que la amarraban a su vida anterior, a una forma de pensar que ya no era la suya. Si iba a superar todo esto, tenía que cortar todos esos amarres con un cuchillo frío y despiadado. Dejarlo todo atrás.

Valía la pena hacer todo esto por la Alianza. Su lucha no les dejaba tiempo para llorar. No podían permitirse el lujo de mirar hacia atrás.

Desde que se unió a la lucha, solo ha llorado en dos momentos. El primero fue hace tan solo unos meses, justo después de la Batalla de Endor. Cuando salió con su Ala-Y, y con un droide astromecánico acribillado, del laberinto de pasajes a medio construir del interior de la segunda Estrella de la Muerte. Logró salir unos instantes antes de que la estación espacial empezara a implosionar y luego explotara a sus espaldas. La ola expansiva la hizo estremecer, y casi se desmaya. Esa noche, sentada sola en un vestuario del crucero estelar Hogar Uno, con el mono de piloto a medio quitar, se puso a llorar. Como un bebé sin su madre. Con sollozos violentos que la agitaban como el romper de una ola. Hasta acabar tumbada el suelo en posición fetal, abatida. Al día siguiente le dieron su medalla. Sonrió y se volvió hacia el público que le aplaudía. No se mostró como estaba en realidad: vacía y descompuesta.

La segunda vez es aquí, ahora. Abrazando a su hijo. Sintiendo que la rodean los brazos de su hijo. Las lágrimas de ahora no son como los sollozos descontrolados de esa noche de hace unos meses. Son lágrimas de felicidad y, aunque le cueste admitirlo, de vergüenza. Parece que se ha cerrado el círculo. Lo que perdió esa noche en la batalla le ha sido devuelto aquí y ahora. Entonces se sintió vacía. Ahora vuelve a sentirse llena.

Y entonces todo se pone en movimiento violentamente. El tiempo le arranca los pies de este momento lento y perfecto, este momento de reencontrarse con su hijo después de muchos años. De repente, resulta que Temmin ya no es un niño. Es joven, pero ya se está haciendo todo un hombre. Esbelto, fibrado, con una mata de pelo oscuro en la cabeza. Está dando palmadas y gritándole a ese extraño droide de combate que está en el suelo:

—Huesos. Lleva el deslizador a la parte de atrás. Tenemos que cargar estos tres maleantes infectos y te los tienes que llevar todo lo lejos que puedas por la carretera de Trabzon. Quiero decir hasta Kora Biedies —y al decir esto se vuelve hacia ella y dice—, esos remolinos que hay junto a la carretera. Los rápidos —entonces vuelve a hablarle al droide—. ¿Me has oído, Huesos?

El droide de combate B1 se pone en pie, con el tamborileo de todos los huesos que lleva colgando del cuerpo. El hombre mecánico hace un saludo torpe y dice, con una voz metálica y distorsionada:

—ENTENDIDO. A LA ORDEN. ADIÓS CUERPOS, MI AMO.

Entonces el androide empieza a tararear una melodía desafinada mientras arrastra a los rufianes por una puerta trasera. Temmin le grita:

—¡Cúbrelos antes de irte! ¡Utiliza esa manta!

Desde fuera se oye la voz mecánica:

—ENTENDIDO. A LA ORDEN, MI AMO.

Norra dice:

—Temmin, no sé qué está pasando…

—Mamá, ahora no —le interrumpe—. Ven, rápido.

Sale corriendo hacia el otro lado de la sala, saltando una montaña de chatarra caída. Se detiene junto al cráneo abollado de un viejo droide de protocolo, y con dos dedos le aprieta los ojos.

Al pulsarlos, se oye un sonoro *clic*.

Unos metros más allá, una estantería se desliza y, con ella, una sección de pared. En la abertura hay unas escaleras que bajan. Temmin le hace una señal con la mano.

—Vamos, vamos —dice, introduciéndose en el pasaje.

Todo esto es un poco desconcertante, pero… ¿qué otra opción tiene? Norra cruza la tienda y sigue a su hijo por las escaleras. Sus botas resuenan en los escalones metálicos. Se va haciendo cada vez más oscuro, hasta que al final no puede ver nada. Y entonces…

Clic. Luces. Luminosas y estridentes, que se van encendiendo de una en una.

Es una habitación parecida a la de arriba, solo que las estanterías están limpias, relucientes y no tienen chatarra sino verdaderos tesoros. Todo tipo de tesoros, desde tecnología de última generación hasta extraños artefactos.

—Bienvenida a la verdadera tienda de Temmin —dice el chico.

Norra ve piezas de droides que no existen desde que ella era pequeña. Una hilera de rifles bláster de calidad superior. Una caja de detonadores termales. Una estantería con viejos libros y unas misteriosas jarras mohosas decoradas con imágenes de hombres con túnicas oscuras y rostros rojos.

—No lo entiendo —dice Norra.

—Arriba, vendo chatarra. Aquí… es otra historia.

—No —le responde—, quiero decir… *antes vivíamos aquí*. Esto… esto era nuestro hogar. ¿Qué pasó?

Él se detiene y se la queda mirando. La observa casi como si fuera una desconocida.

—Lo que pasó… es que te fuiste —se hace el silencio, como un muro invisible entre ellos. Y tal como viene, se va. Y Temmin vuelve a estar correteando, sin parar de hablar—. Entonces. Surat sabe que todo esto está aquí abajo. Eso no es bueno. Y además, sabe que le robé *esto* —y Temmin señala una caja de color negro mate, sellada con carbonita—. Se lo robé a Surat. Es algún tipo de… de arma, supongo. No tengo ni idea de lo que hace. Sabe que está aquí abajo. Pero lo que no sabe, lo que *no puede* saber, es que…

Su hijo cruza la sala y levanta una lona azul. Debajo hay un viejo valacordio.

Su viejo valacordio. El instrumento no forma parte de la historia antigua, pero sí de la historia de Temmin. A Norra le asalta un recuerdo: Temmin y su padre, Brentin, sentados en ese mismo valacordio, tocando juntos viejas canciones de mineros, y riendo.

—Mira —dice Temmin—. Mejor dicho, *escucha*.

Toca cinco notas en el teclado…

Las primeras cinco notas de una de esas viejas canciones de mineros: *La cabaña del cantero y el carretero*. Y al hacerlo, se abre *otra* puerta. Esta vez con un sonido fuerte y siseante. Al abrirse la puerta, a Norra le llega una bocanada de aire de las viejas paredes de piedra que hay al otro lado. Un aire mohoso, de cerrado, de algo metálico.

—Seguro que Surat no sabe nada acerca de *esto* —dice el chico.

Y en ese momento, al observarlo, ella se da cuenta de algo. Ese destello en los ojos, esa sonrisa burlesca. Al principio, le recordaba al padre. Pero ahora quizá… quizá le recuerda a sí misma.

—Temmin…

—Entonces, si accedemos a los viejos túneles que hay por debajo de la ciudad y…

— *Temmin* —lo dice con voz *de madre*. El tipo de voz que capta la atención de la gente. Norra la suaviza—. Hijo. ¿Podemos… parar un momento?

—El tiempo corre. ¿Sabes esos matones de antes? En algún momento, se despertarán y acudirán a su jefe, que está al otro lado de la ciudad. Lo que hice, Surat no lo pasará por alto. Enviará a alguien más grande, más malvado. O lo que es más probable… vendrá él en persona.

Ella se le acerca.

—Temmin, no sé qué está pasando aquí. Todo esto… me resulta desconocido…

—Porque te fuiste. Hace *tres años*.

—Lo sé…

—Y en tres años no has vuelto.

—La Rebelión necesitaba gente…

A medida que el chico se va acalorando, va subiendo el volumen de su voz.

—No, yo necesitaba que volviera mi padre. Y tú creíste que unirte a la Rebelión te ayudaría a encontrarlo. Pero, ¿te ayudó? —él busca con la mirada detrás de su madre, como si estuviera escondiendo algo—. No lo veo por ninguna parte. ¿Has traído a papá? ¿Lo tienes escondido? ¿Es una sorpresa? ¿Es un regalo de cumpleaños para compensar los tres que has olvidado? ¿No? Ya me lo imaginaba.

—Había una guerra. No se trataba solo de tu padre, se trataba… de todos los padres, todos los hijos, las madres y las familias perdidas o capturadas por el Imperio. Estuvimos luchando. Yo estuve en la Batalla de Endor…

—¿Y a quién le importa? Ahórrate las historias heroicas. No necesito héroes.

—Vas a respetar a tu madre —le grita.

—¿Ah, sí? —y se echa a reír, pero es una risa vacía, sin alegría—. ¿En serio? Tengo holonoticias para ti: no necesito respetarte. Ya no soy un niño. Me he hecho mayor.

—Todavía eres un niño. Tienes catorce…

—*Quince*.

Ella hace una mueca. Él sigue hablando:

—Me he hecho un hombre yo solo. Otros niños tienen padres, pero yo no los tuve. Tenía una madre que se fue volando del nido. Pasaban los meses y no sabía nada de ti. Me las tuve que apañar como pude. Y ahora soy un empresario, y tengo que velar por mi negocio. Tú tomaste tu decisión. Entre la galaxia y yo, elegiste la galaxia. Así que ahora no hagas ver que te importo.

—Me importas. Temmin, por todas las estrellas, me importas. He venido a llevarte conmigo. Tengo un contrabandista preparado para sacarnos de este planeta y…

El comunicador que lleva en el cinturón se activa con una vibración.

Esto significa que hay una llamada de emergencia. Una señal de la Nueva República.

Se escucha una voz que le resulta demasiado familiar:

—*Aquí el Capitán Wedge Antilles de la Nueva República. Repito: Aquí Wedge Antilles de la Nueva República. Estoy atrapado en el destructor estelar* Vigilancia, *en el espacio por encima de Akiva. Estoy en…*

Entonces se oye el sonido de un bláster. Wedge grita de dolor y…

Fin de la comunicación.

Se le congela la sangre.

Empieza a divagar. Intenta entender lo que quiere decir todo esto. ¿El Capitán Antilles está aquí? ¿En uno de esos destructores imperiales? Aquí está pasando algo *de verdad*. Y ella está justo en medio. *Otra vez*.

—Otra vez esa cara —dice Temmin.

—¿Qué? —pregunta ella, distraída.

—Es la cara que pones cuando estás a punto de decepcionarme.

—Temmin. Por favor. Esto es importante.

—Créeme, lo sé. Siempre puedo ver cuando algo es importante porque sales corriendo a perseguirlo. Y nos dejas atrás a todos los perdedores *sin importancia*.

Y justo después, se agacha y entra por el pasaje lateral. Ella corre para seguirlo, pero él tira de una palanca al otro lado…

La puerta se cierra de golpe y los separa.

INTERLUDIO

SALEUCAMI

Cena familiar en casa de los Taffral: el patriarca de la familia, Glen, preside la mesa. A su izquierda está Webb, el mayor de sus dos hijos. A la derecha está Dav, el menor. Webb es ancho de espaldas, de pecho firme y barriga un poco redondeada. Lleva el pelo cortado a ras de cráneo, como su padre. Dav es más esbelto y más pequeño. También un poco más dejado.

Nadie habla. Pero no están en silencio. Los cuchillos raspan los platos. El cucharón golpea el fondo de un bol de madera. Las patas de las sillas rascan el suelo de madera de la vieja granja. Fuera, el viento silba a través de las cañas y trae los graznidos lejanos de las bandadas de cigrulleñas que emigran hacia el este.

Dav empieza a hablar:

—Pásame las alubias —Webb le lanza una mirada severa—. Por favor.

Webb coge el plato y se lo va a acercar, pero se detiene con el plato en la mano. Lo vuelve a dejar sobre la mesa. Aprieta la mandíbula y sigue masticando unas semillas.

—No puedo creer que volvieras aquí —dice Webb. Por la forma en que lo dice, parece como si no quisiera decirlo, como si estuviera intentando morderse las palabras. Pero las palabras acaban saliendo—. Maldito lamecolas de gualama, pedazo de escoria.

Dav resopla.

—Oye, Webb, ¿por qué no me dices cómo te sientes de verdad?

Glen no aparta la mirada de la mesa. Está callado como un juez.

—Muy bien, te lo diré. Sin tapujos. Traicionaste a esta familia en el momento en el que te fuiste y te hiciste amante de esos rebeldes. Te uniste a esos condenados terroristas como si fueran héroes revolucionarios, cuando en realidad son… ¡son criminales!

Dav suelta el tenedor y el cuchillo, que caen sobre el plato y la mesa.

—No son terroristas. Empezaron como una alianza de resistencia, pero ahora son el gobierno oficial, Webb. Son legítimos —se limpia la boca con una servilleta—. Los días del Imperio se han acabado.

Webb se levanta de repente. Al hacerlo, la silla cae hacia atrás.

—Cuidado con lo que dices. Lo que acabas de decir es trai-duría.

—Se dice *traición* —rectifica Dav, que permanece sentado—. ¿Y tú por qué eres tan amante del Imperio, eh? No completaste tu formación en la Academia. Suspendiste. Te daban palizas un día tras otro.

Webb responde con orgullo.

—Me hicieron mejor persona.

—Te hicieron un patán agresivo.

—Muy bien, hermanito, rata de ciénaga, escoria… —y al decir esto, Webb se lanza sobre su hermano por encima de la mesa. Pero Webb está medio borracho de ron de koja y Dav está sereno como el cielo del mediodía. Dav se aparta fácilmente y Webb cae sobre la silla vacía y choca contra la pared.

Pero un borracho sigue siendo peligroso. Los brazos de Webb arrastran a Dav en la caída y acaban los dos en el suelo, golpeándose con puños y pies, y gritándose todo tipo de insultos. Hasta que Glen se aclara la garganta, levanta un bol de ensalada y lo lanza contra la pared con todas sus fuerzas. El bol se rompe con estrépito, con trozos de ensalada por toda la pared y por el suelo.

Los dos hermanos levantan la cabeza como marmotas.

—Vosotros dos, sentaos —dice Glen, inclinándose para atrás en la silla—. Sentaos.

Los dos hermanos hacen lo que ordena su padre.

—Papá, ha empezado él —dice Dav.

Webb le interrumpe:

—Papá, no hagas caso a este traidor…

—Callaos. ¡Los dos! Ambos necesitáis una lección. Ya soy un viejo. Os tuve mucho más tarde de lo que me hubiera gustado. Era un hombre soltero, un sencillo granjero, hasta que llegó vuestra madre… que todas las estrellas abracen su alma —y al decir esto se lleva la mano al corazón y cierra los ojos—. Así que he visto unas cuantas cosas.

De fondo, Webb va murmurando:

— *Tuve que arrastrarme hasta la academia a cuatro patas sobre el barro y las zarzas, mientras los insectos me acribillaban las piernas…*

Glen le hace un gesto con el cuchillo:

—Chico, será mejor que dejes de murmurar eso si no quieres que te curta la espalda con una caña seca.

—Lo siento, papá —dice Webb, y deja de murmurar.

—Ahora escuchad. Lo que ha pasado antes volverá a pasar en el fututo. Antes teníamos una República, y la volveremos a tener. Y durante un tiempo, todo el mundo lo celebrará y todo irá a las mil maravillas. Pero llegará un momento en el que las cosas se torcerán y alguien decidirá que tiene una forma mejor de hacer las cosas. Y la Nueva República o la Nueva Nueva República o la República de la Semana empezará a imponer restricciones, y esa gente que propondrá una forma mejor de hacer las cosas se convertirá en la valiente Alianza Rebelde y la República se convertirá en el enemigo y la rueda volverá a girar —se frota los ojos—. Soy suficientemente viejo para recordar cuando la República se pegó un tiro en la rodilla. No fue conquistada por el Imperio. Se *convirtió* lentamente en el Imperio. No fue de la noche a la mañana, sino a lo largo de años y décadas. La fruta siempre sabe mejor cuando está madura. Pero no se queda así para siempre. Cualquier fruta se acaba pudriendo en la rama si la dejas mucho tiempo. No olvidéis eso.

—Papá —dice Dav—. Esta vez no será igual.

—Él ha elegido su bando —dice Webb—. Y yo el mío.

—¡Ese es el maldito problema! —dice Glenn, dando un golpe en la mesa—. Los dos, eligiendo bandos. El bando que *deberíais* elegir es vuestra familia. Pase lo que pase. Por encima de todo. Pero aquí estáis, como un par de cigrulleñas peleando por un gusano. ¿Os acordáis de los Lawquane? El viejo Cut luchó en las Guerras Clon. Vio la verdad de las cosas: En una guerra, ningún bando es el correcto. Él lo hizo bien. Sentó cabeza. Tuvo una familia. Nunca volvió a arrastrarse por el barro. Pero vosotros dos… No sois suficientemente buenos para…

Un sonido. Un par de aullidos. Cazas TIE.

El Imperio nunca viene hasta aquí. La conclusión no tarda en llegar.

—Me has delatado —dice Dav, horrorizado.

Webb lo mira con cara de vergüenza.

—El Imperio paga por delatar a escoria rebelde.

Pero sus palabras ya no tienen la misma seguridad de antes. Van cargadas de sentimiento de culpa y arrepentimiento.

De repente, se ve el resplandor azul de un disparo aturdidor. Webb chilla, y cae de cara sobre un bol de puré de alca-raíz. Dav mira a su padre desorbitadamente.

—Papá…

—¿Crees en lo que estás haciendo, Dav?

—… Sí.

—Vale. Eso ya me sirve. Espero que no te equivoques —suspira—. Ahora más te vale correr. Sal por la ventana de atrás. Llévate la moto deslizadora del cobertizo.

—Papá… gracias.

—Ahora vete.

—¿Tú qué harás?

Su padre se encoge de hombros.

—Les diré la verdad. Que me has disparado y te has ido —entonces se apunta con la pistola y aprieta el gatillo. El disparo aturdidor lo hace caer de nuevo en su silla. Emite un gemido y pierde el conocimiento.

Dav parpadea para contener las lágrimas. Entonces se acerca a su padre, recoge el arma y corre hacia la ventana de atrás justo cuando se abre de golpe la puerta delantera.



CAPÍTULO SIETE

Una densa neblina cubre la ciudad de Myrra. Incluso el sol, brillante, atrevido e inclemente, parece hacer grandes esfuerzos para atravesar ese aire tan espeso. Los vapores de calor que suben hacia el cielo lo distorsionan todo. La humedad no solo se puede sentir, también se puede ver.

Jas Emari tarda un rato en estar segura de lo que está viendo. En lo alto, descendiendo de los cielos como si fuera una cuádriga divina, hay una nave recortando el sol. Un yate, para ser más precisos. Una nave pomposa y ornamentada, cubierta de metales resplandecientes y conductos de color carmín. Una nave construida pensando tanto en la función como en el aspecto.

Es el yate de Arsin Crassus.

El Imperio Galáctico tiene un poder gigantesco, como un puño acorazado que aplasta a los sistemas que se atreven a negar su autoridad… Pero semejante fuerza y autoridad no surge de la nada. Ni tan solo los Sith lograrían conjurar una magia así. Lo que marcó la diferencia fue otra cosa:

Los *créditos*.

El dinero.

Crassus es uno de los principales prestamistas del Imperio. Lo es desde hace décadas. La historia es la siguiente. Érase una vez un joven de la Federación de Comercio que, cuando el Imperio todavía no estaba instituido pero ya empezaba a expandirse, llevó a los líderes de la Federación a Mustafar. Ahí fueron masacrados. Y entonces saqueó sus

cuentas para ayudar a financiar el nuevo gobierno. Y ahí ha estado desde entonces, contribuyendo al lado corporativo del gobierno imperial.

Además, es traficante de esclavos.

Y hoy, es su objetivo.

Jas se pega a la vieja torre herrumbrosa que se alza por encima del difunto Capitolio de Myrra. Está sujeta al edificio mediante unos cables alrededor de la cintura y de la pierna derecha, lo cual le permite inclinarse con libertad de movimiento. Y, lo más importante, le permite tener ambas manos libres. Todo ello sin caer.

La cazarrecompensas lleva horas aquí. Esperando. Sin apenas dormir. Está cansada. Le duelen los músculos. Pero este es su trabajo. La vida del cazarrecompensas implica muchas horas de observación y espera. Ratos muy largos alternados con ráfagas de acción breves e intensas.

Se descuelga el rifle de la espalda. Es un rifle de largo alcance que la zabrak se construyó ella misma. Se basó en un viejo rifle lanzacartuchos Czerka, que modificó para disparar distintas municiones según sus necesidades, dependiendo de qué cañón y qué recámara le colocara. Una vez Jas escuchó la historia de que los Jedi se construían sus propias espadas de luz y pensó: ¿por qué no hacer lo mismo con el rifle? Y eso mismo hizo. Porque puede hacer todo lo que se proponga.

Jas levanta el rifle y se lo lleva al hombro. Con la mano izquierda encaja el monópode telescópico en el mosquetón que tiene en la cintura para darle al rifle un poco de estabilidad adicional. Algo muy importante en una posición tan inestable como esta, suspendida por encima de la ciudad, a más de cien metros del suelo. Entonces clava el ojo en la mira telescópica.

Ahí está el yate. La mira telescópica le ofrece datos esenciales: el calor emitido por la parte trasera, la velocidad y trayectoria de la nave, un escaneo de firmas biológicas, aunque actualmente no hay ninguna lectura debido a los escudos del yate.

Apunta el arma hacia la plataforma de aterrizaje elevada que hay sobre el palacio del sátrapa. Aquí vive el Sátrapa Isstra Dirus, un gobernador corrupto famoso por interesarse muy poco por la gente de su ciudad y más por enriquecerse con los créditos de los demás.

En una galaxia perfecta, él también sería su objetivo.

Pero Jas Emari es una profesional. Nada de daños colaterales. Por mucho que estén justificados.

Lo ve a través de la mira: el yate reduce velocidad y se prepara para el aterrizaje. Aterriza soltando unas fantasmagóricas plumas de vapor y balanceándose suavemente. Se extiende una pasarela y aparece el sátrapa: un hombre alto, que en su día fue apuesto, pero incluso a través de la mira puede ver las líneas que le atraviesan la cara como el agua abriéndose paso por una montaña. Sonríe y da palmadas. Hace humildes reverencias, pero es como un pan de muftari: el reverso es salado y picante. Jas ha visto su historial, ha visto como el flujo de créditos sale de diversas corporaciones imperiales y acaba en sus arcas ilimitadas. Los planetas del Borde Exterior son un lugar muy bueno para esconder dinero y conseguir mercancías ilícitas (esclavos incluidos), y Akiva es uno

de esos planetas. Detrás del sátrapa salen dos de sus guardias. Cascos altos con plumajes rojo. Ambos llevan unas vibropicas todavía más altas que ellos, con las cuchillas hacia el cielo.

Crassus baja por la pasarela, acompañado por su propia guardia: unas mujeres que llevan unas robustas máscaras animales. Seguramente también sean esclavas.

Crassus no sería precisamente un objetivo pequeño. Es alto y orondo, con una barba teñida del color del espacio profundo. Lleva una túnica reluciente que va arrastrando por el suelo, como un pavo real con la cola en el barro. Crassus da una palmada y alarga las manos para saludar al sátrapa, cogiéndolo amablemente por las muñecas.

Los dos ríen.

Ja, ja, ja.

Tu alegría ha llegado a su fin, Arsin Crassus.

Pero hay un destello en la mira.

Se acercan naves.

Jas gira el rifle, siguiendo las flechas de la pantalla de la mira… y entonces ve una lanzadera imperial, de clase Lambda, que desciende a través de las espirales de nubes. Entonces aparece una segunda flecha. Y una tercera.

Dos lanzaderas más.

Y acompañándolas, cazas TIE.

Vuelve a apuntar el rifle a la plataforma. Crassus sigue ahí. Jas deja ir un suspiro entre los dientes, satisfecha de no haber perdido su oportunidad por culpa de una distracción. Crassus está codo con codo con el sátrapa. Su guardia personal está en formación, esperando. Crassus se ha quitado la túnica, mientras una de sus sirvientas lo abanica.

Entonces, por la puerta de la terraza entran tres soldados de asalto.

Qué curioso.

«Dispara», piensa. «Gánate los créditos».

Pero…

Pero.

Aquí está pasando algo. La información que le dieron no mencionaba nada de esto. Se maldice a sí misma por caer en una trampa que le resulta familiar. Trabaja demasiado a menudo con las anteojeras puestas. Ve el objetivo y va directamente hacia él… Pero a veces, al hacerlo, se pierde detalles. El escenario global. Enemigos ocultos. *Complicaciones*. La vista que le da la mira telescópica es la única perspectiva que necesita. O eso cree hasta que la realidad le demuestra lo contrario. Lleva un mes rastreando a Arsin Crassus. Siguiendo su estela engreída por la galaxia como un pequeño gorrión asustado. Y cuando se enteró del encuentro con el Sátrapa Dirus, no preguntó nada más.

Tendría que haberlo hecho.

El dedo le vacila. Una a una, las lanzaderas empiezan a aterrizar.

Las lanzaderas se posan en semicírculo y empiezan a abrirse.

Los huéspedes van bajando.

Al verlo, Jas se queda un momento sin respiración. Se siente como si hubiera cavado un agujero en el patio de atrás y dentro hubiera encontrado un arcón lleno de viejos diarios de la Antigua República. Un tesoro inesperado.

Arsin Crassus, sí.

Entonces sale alguien con un sombrero absurdo. Si Jas tuviera que describirlo, diría que parece como si alguien hubiera cazado un kofturogallo esmeralda y se lo hubiera puesto en la cabeza. Lleva los lujosos ropajes de color púrpura de un viejo consejero imperial.

De la siguiente lanzadera sale alguien que reconoce al instante: Jylia Shale. Una mujer mayor, encogida como un cálculo biliar y con toda la dureza de una nuez de koja sin partir. Los hombros hacia delante, las manos cerradas por detrás de la espalda. Shale lleva uniforme gris imperial, el pelo recogido en un austero moño. Va acompañada por dos guardias imperiales de casco rojo y capa roja. Miembros de la guardia real del propio Palpatine.

Queda una última lanzadera.

Moff Valco Pandion.

Es rígido, de cara afilada, y tiene una cicatriz en la ceja. El tipo de cicatriz que parece que tenga toda una historia detrás.

En el pecho lleva un emblema curioso: rectangular, con seis cuadrados azules en la fila superior y tres rojos y tres amarillos en la inferior.

No es el emblema de un moff, sino de un gran moff.

¿Un título que le fue asignado, o un título que le arrebató a alguien?

Ahí, en esa plataforma, tiene tres objetivos de peso. Crassus es su objetivo original, pero ¿y Shale? ¿Y Pandion? Se pagarían mucho mejor. Especialmente Pandion, que es el número más alto en la baraja de cartas de Pazaak que le dio su contacto dentro de la Nueva República. Cuanto mayor es el número de la carta, más valioso es el objetivo. Y aquí tiene a tres de estos objetivos.

Siente un cosquilleo de nervios en el estómago.

Mata a Pandion.

La Nueva República los preferirá vivos, pero igualmente pagarán bastante bien por sus cadáveres. Siempre y cuando no estén desintegrados. Entregar un tarro de cenizas grasientas no es la mejor forma de que te paguen. Ella siempre quiso acabar con Crassus. Un hombre así está mejor bajo tierra que dentro de una celda. Penitencia por sus crímenes.

En la plataforma de aterrizaje, Pandion se une a los demás, aunque se mantiene uno o dos pasos por detrás. Distante, altivo, resuelto a ir separado de los demás. El resto está sumido en una conversación. Se estarán presentando. O volviéndose a presentar.

Jas empieza a hacer planes mentales. Se quita las anteojeras para pensar más allá del momento, más allá del instante de apretar el gatillo.

Matar a Pandion, o a cualquiera de ellos, es una opción.

Un solo disparo y cae uno de ellos. Y ella recibe una paga significativa.

Los otros se dispersarán. Volverán a las lanzaderas o entrarán por la puerta del palacio. Si se refugian en el palacio, entonces *quizá* tenga una oportunidad de eliminar o capturar al resto. Pero si se van volando, entonces esa oportunidad desaparecerá.

Sopla el viento. Es un viento cálido, incluso aquí arriba. Como el aliento de una bestia. Sopla entre los pinchos afilados que le salen de la cabeza.

Podría funcionar.

Deja que se vayan. Consigue un objetivo.

Pero hay mucho más en juego. Todos ellos juntos. Para ella, sería un gran golpe. Jas tenía un nombre en el Imperio. También entre muchos de los sindicatos del crimen del Borde Exterior: los hutt, Sol Negro, el Sindicato Crymorah, el Cártel Perlemiano. Pero tras la destrucción de la Estrella de la Muerte *(otra vez)* y tras su cambio de lealtades, el nombre y la reputación de Jas parecen estar cambiando. Al igual que la galaxia entera. Para ganarse la vida, tendrá que asumir riesgos más grandes. Ir sobre seguro y hacer las cosas lentamente y con calma ya no es una opción. Toma una decisión y aparta el rifle.

No basta con un objetivo.

Tiene que eliminaros a todos.

Y tengo que hacerlo ahora mismo.

Hay turbulencias cuando la lanzadera entra en la atmósfera de Akiva. Sloane está sentada en la silla del capitán. Dada la corta distancia del vuelo no es un rol esencial, pero podría llevarlo a cabo si fuera necesario. Observa cómo la oscuridad del espacio va dando paso a la luz difuminada del planeta y cómo se van abriendo paso entre las nubes. En la pantalla integrada en el cristal delantero se puede ver la línea del horizonte, su trayectoria, la ruta trazada.

La mujer que tiene sentada al lado es su piloto, Morna Kee. Hace ya un tiempo que es su piloto. Es muy capaz. Es *leal* al Imperio. A Rae le gusta tener alrededor a gente que conoce, que sabe como se llaman. Pero la derrota en Endor… y los pactos de la Nueva República con gobernadores y líderes de sector para hacerse con las naves imperiales… por no hablar de la amenaza de un cisma interno. Todo esto la ha dejado conmocionada. Aferrándose a detalles que antes le parecían vitales. Detalles que ya no pueden ser importantes.

Detrás de ella está el archivista, un hombre menudo que se encargará de tomar notas durante la cumbre. Va a poner por escrito los resultados de la cumbre, para que la historia del resurgimiento imperial quede bien documentado, registrado de forma oficial. Al lado del archivista está la asistente de Rae en esta misión, una joven coreliana de ojos claros llamada Adea Rite. Por último, hay medio escuadrón de soldados de asalto. Los que tienen los mejores expedientes de entre las filas del *Vigilancia*. Vigilan a su nuevo prisionero: el Capitán Wedge Antilles. El rebelde está tumbado en una mesa médica

flotante, dormido por la anestesia que le bombean en el brazo. El droide médico flota por encima suyo, comprobando sus constantes vitales, asegurándose que todos los conductos estén bien colocados.

El prisionero supone un obstáculo importante.

Es peligroso. Los rebeldes vendrán a indagar.

¿Y entonces qué?

Siente una presión en la mandíbula. Esto tiene que funcionar. Todo esto. La reunión tiene que dar resultados. De ello depende el futuro del Imperio y la estabilidad de la galaxia.

La reunión no fue idea de ella sola, aunque los participantes así lo creen. Razón de más para que esto salga según sus planes, y sin más obstáculos. *Si la reunión fracasa, me culparán a mí*.

Por debajo, la ciudad de Myrra. Una extensión urbana de crecimiento desordenado. Edificios con ángulos extraños que sobresalen de la jungla. La jungla, a su vez, intenta recuperar terreno. Las enredaderas cubren las paredes y las baldosas de barro de las azoteas como si fueran dedos crueles intentando derrumbar la ciudad a cámara lenta. Entre los edificios hay vías demasiado estrechas como para llamarlas calles. Son más bien callejones, uno de los motivos que dificultan una ocupación imperial. Esas «calles» son demasiado estrechas para cualquiera de sus transportes, exceptuando las motos deslizadoras. E incluso las motos tienen dificultades para doblar esas esquinas tan angulosas.

No importa, se dice a sí misma. *Esto es temporal*. Esta reunión no puede durar para siempre. Aunque está segura que en algunos momentos dará esa impresión.

La lanzadera describe una curva pronunciada al descender sobre la ciudad. Justo delante, el palacio de su aliado, el Sátrapa Isstra Dirus. Un adulador insufrible. Pero se recuerda a sí misma que personas así son necesarias de vez en cuando. La máquina solo funciona cuando todas las partes están de acuerdo. El palacio es una construcción pomposa, un viejo templo adaptado para alojar la opulencia de la satrapía. Paredes de cuarcina con elementos de color bermellón intenso, decoradas con inútiles picas doradas. Las ventanas cristalinas y multifacéticas son bellas a la vista, pero les falta una de las características esenciales de las ventanas: la transparencia. Rae prefiere el diseño austero y autoritario de los…

Justo delante, movimiento.

Alguien se está deslizando por un cable desde una torre de comunicaciones cercana. Parece que la torre lleva años sin utilizarse. En su día formó parte del Capitolio, una institución que no ha logrado gobernar desde que la satrapía se hizo con todo el poder. No es una casualidad que esto ocurriera justo cuando el Imperio se apoderó del Senado Galáctico. Rae pulsa un botón y hace girar una rueda.

Una sección de la pantalla integrada en la ventana captura la imagen del intruso que se está deslizando por el cable. Se amplía la imagen. Un zabrak, a juzgar por los pinchos de la cabeza. Hembra.

Un rifle en la espalda, un rifle largo. Una francotiradora.

Cazarrecompensas.

Rae Sloane gruñe, se levanta violentamente y se sienta junto al tablero de mandos que tiene detrás. El puesto de artillería. Sea quien sea esa zabrak, Rae no tiene ni el tiempo ni la paciencia para adivinarlo. Es un poco extraño que un almirante se ponga a los mandos de la artillería. Pero el momento lo requiere.

Que se preocupen.

Toma los controles y empieza a disparar.

Jas reza para que el cable, que ha lanzado desde la torre al otro lado de la calle, aguante. Es largo y la torre en la que está amarrada es débil. Puede escuchar el chirrido de la torre a sus espaldas.

Al final, no importará demasiado.

A su izquierda aparece de la nada la lanzadera. Otro transporte imperial de clase Lambda. Con un cristal negro en la cabina alargada.

Implacable, sin compasión.

Los cañones empiezan a disparar. Jas contiene el aliento y contrae el cuerpo. Se acerca todo lo que puede al cable. Los músculos le queman. Dobla las piernas y acerca las rodillas a la barriga. Todo esto para hacerse lo más pequeña posible ante el disparo de los cañones bláster.

Los disparos rasgan el aire, delante de ella. Detrás de ella. A su lado. Por debajo y por arriba. Sabe que está gritando, un grito prolongado de miedo y rabia, pero no lo oye. Lo único que puede oír es el viento y los cañones.

La buena noticia es que los blásteres que la lanzadera tiene debajo de las alas no están hechos para impactar objetivos diminutos, como ella ahora mismo. Impactar ahora sería un acto de pura providencia cósmica, a menos que el artillero sea sensible a la Fuerza (un Jedi o una Hermana de la Noche dathomiriana).

La mala noticia es que quien sea que está disparando ha llegado a la misma conclusión.

La lanzadera se inclina ligeramente…

Y dispara contra la torre de la que acaba de saltar.

Un destello brillante de llamas detrás de Jas. Un crepitar metálico. Y la torre empieza a caer. Se da cuenta porque, de repente, el cable por el que se desliza se destensa. De ser una línea rígida, pasa a ser como un largo fideo suelto.

«Agárrate, agárrate bien al cable, bajarás pendulando…», piensa.

Pero la agitación la supera. El cable se le escapa de las manos.

Azotada por el viento. Con la ciudad precipitándose a darle la bienvenida.

Jas Emari cae.



CAPÍTULO OCHO

Norra vuelve al sótano. La puerta secreta sigue cerrada, el valacordio sigue ahí. Refunfuña. Más a sí misma que a otra cosa. Ahora tiene que hacer algo que nunca se le ha dado bien.

Tiene que recordar cómo se toca el valacordio.

Es decir, tiene que recordar cómo se tocan algunas notas en el valacordio. Nunca ha tenido ni una centésima parte del talento musical de su marido y de su hijo. Se sienta, toca algunas teclas. Cada tecla hace sonar una nota melodiosa acompañada de un leve susurro mecánico. Tap, tap, tap. No está tocando música. Está haciendo ruido.

Pero entonces… *ahh*. Ahí. Así es. Así empieza *La cabaña del cantero y el carretero*, ¿no? La vieja canción de mineros. Norra cierra los ojos. Recuerda las manos de su marido sobre las teclas. La forma en la que el pulgar y el meñique se separan. La progresión de notas, uno, dos, tres, cuatro, cinco…

Respira profundamente y empieza a tocar esas notas.

La puerta se abre de golpe, con el sonido del aire que entra.

Aliviada, Norra entra por la puerta. Otra vez está ahí ese olor. El olor de viejo, de polvo, de moho. El olor de trapo sucio en la mano, o el olor de musgo seco y desmigajado.

Delante de ella, unas paredes que parecen de piedra antigua. Myrra fue en su día el hogar de Norra. Sabe que debajo de la ciudad hay unas viejas catacumbas, una ciudad debajo de la ciudad, un laberinto de una época anterior. Corren muchos rumores sobre

este laberinto: un templo de formación de los Jedis, una trampa de los Sith, el primer emplazamiento de los primitivos uugteenos, una zona de cría de hutts babosos. Hay historias de gente que se ha perdido aquí abajo y no la han encontrado jamás. Devorada por los rancors. Cayendo para siempre por barrancos sin fondo. Bebés robados por los uugteenos y criados como uno de ellos, sean lo que sean. Hay incluso historias de fantasmas, como si el lugar estuviera encantado.

Conoce estas historias.

Lo que Norra no sabía era que las viejas catacumbas conectaban con su casa. Es increíble.

Da un paso adelante y casi grita.

Temmin está ahí sentado, en un pequeño hueco. Tiene el rostro iluminado por el resplandor azul de un pequeño ordenador holotáctil, en el que se ve un mapa. Lo apaga enseguida y la pantalla se desvanece. Está sollozando. Se seca los ojos con el dorso de la mano y levanta la barbilla, como para esconder el hecho que ha estado llorando.

Norra dice:

—Lo siento.

—Sí. Y yo.

Ella extiende la mano, él la acepta. Norra le da un pequeño apretón.

—No sabía que esto… estaba aquí.

Él mira hacia arriba, alrededor.

—¿Las catacumbas? Sí. Conseguí un mapa hace un par de años. Este laberinto subterráneo conecta con muchas casas, especialmente aquí, en la Colina de Chenza.

—Hablé con tus tías.

—¿Sí?

—Me dijeron que ya no ibas nunca a estar con ellas.

El chico se aclara la garganta.

—No. Ahora estoy aquí. Soy independiente —suspira—. ¿Las vas a ver ahora que estás aquí?

—No —dice ella.

—Lo imaginaba.

Siente un ataque de rabia. No está enfadada con Temmin, sino con las dos tías. Su hermana Esmelle y Shirene, su esposa. Sabe que no tienen la culpa, pero no puede evitar sentirse así. No han podido cuidar de Temmin y así está ahora. Tiene su tienda. Vive su vida. Casi lo matan… unos criminales. Maleantes locales. Matones.

—He hablado con ellas. No quieren irse de Akiva. Están arraigadas aquí, y supongo que no se lo reprocho.

Temmin se levanta. Con una sonrisa incrédula y sarcástica en la cara.

—¿Irse? ¿Qué quieres decir, irse?

—Temmin —Norra le aprieta la mano—. Por eso estoy aquí. He venido a buscarte. Tenemos que irnos.

—¿Irnos? Ni hablar. Esta es mi vida. Esta es mi tienda. Este es mi hogar. Estás loca si crees que me voy a ir.

—Escúchame. Algo está pasando. El Imperio no ha caído completamente. La ciudad está llena de soldados de asalto. El Imperio está aquí. Han impuesto un bloqueo espacial y han cortado todas las comunicaciones.

Temmin entrecierra los ojos. Seguro que no sabía nada de esto. La gente de Myrra probablemente no lo sabía, aunque se enterarán más temprano que tarde.

—Bueno. Me llevo bien con algunos imperiales. Les vendo cosas. No me preocupa. Tendrías que ir a salvar a tu… amigo. Wedgie o como se llame.

—Wedge.

—Eso.

—No. He oído lo que has dicho, Temmin. He tomado una decisión, y tú estás en ella. Eres la prioridad. Te voy a sacar de aquí.

—No. No lo harás. Yo me quedo aquí. Puedes irte si quieres. Seguiré haciendo lo que he estado haciendo: sobrevivir sin ti.

Ella se muerde el labio, intentando reprimir todas las cosas que amenazan con salir por su boca. Su hijo siempre ha sido decidido y obstinado, pero aquí está a otro nivel. Temmin se abre paso para ir al sótano de la tienda a través de la puerta secreta.

—Temmin, espera…

—Tengo que empezar a sacar todo esto a las catacumbas. Esconderlo de Surat. Me ha gustado verte, mamá. Ahora ya puedes irte.

Norra lo agarra del brazo cuando Temmin va a salir por la puerta. Él vuelve la cabeza y ve lo que su madre tiene en la mano. Su boca intenta protestar…

Norra le clava la aguja medio rota que le ha robado al droi-de de interrogación. Se la clava en el cuello. Cuando va por la mitad de la aguja, los párpados de Temmin empiezan a aletear como mariposas dentro de un tarro.

Norra lo sostiene cuando se desploma.

—Lo siento mucho —dice.

Entonces empieza a arrastrarlo hasta arriba.



CAPÍTULO NUEVE

Cuando la Almirante Rae Sloane entra en la sala, todos se arremolinan a su alrededor. Es una sala amplia, de techo alto, con arcos. En el centro hay una enorme mesa de madera hecha con algún árbol antiguo, con incrustaciones de teselas de espejo. Pero con toda la gente a su alrededor de esa manera, de repente siente un poco de claustrofobia, como si esta sala tan grande fuera una ilusión, como si fuera mucho más pequeña de lo que parecen sugerir sus dimensiones. Rae aguanta la presión. No vacila. No deja entrever nada.

Todos quieren saber qué ha sido eso. De todos ellos, Moff Pandion es quien hace la pregunta más concisa. Y al hablar, los demás callan.

Ella toma nota de esto. No es que le sorprenda, pero igualmente toma nota.

—Dígame una cosa, ¿qué ha sido ese sonido? —pregunta, avanzando hacia ella. Se le acerca tanto que invade su espacio personal.

—Se refiere a los cañones bláster.

—No —dice, haciendo girar los ojos—, me refiero al graznido de los pájaros, al ladrido de los perros, a la canción que usted silbaba al entrar aquí —de alguna forma, logra sonreír y fruncir el ceño al mismo tiempo—. Sí, me refiero al sonido de los cañones bláster. ¿Qué ha sido eso?

—Un insurgente —dice ella.

—¿Un rebelde? —apunta Yupe Tashu, antiguo consejero de Palpatine, con una expresión repentina de horror—. ¿Aquí?

—No —miente ella. Probablemente esta no sea la última mentira que diga durante esta cumbre—. Ni tan solo eso. Un insurgente local. Como saben… —de repente se detiene y dice— ¿Podemos esperar un momento? ¿Sentarnos? ¿Disfrutar de la comida que nos ha ofrecido el Sátrapa Dirus?

Todo el mundo asiente, pero con cierta reticencia, murmurando. Rae acompaña al grupo, saludando con leves movimientos de cabeza a los demás: Jylia Shale, Arsin Crassus, el sátrapa y su fiel camarilla de consejeros.

El servicio se mueve por toda la sala con unos boles de madera que contienen manjares muy variados, que van ofreciendo a todos los miembros de la cumbre. Es comida que Rae no reconoce. Pequeñas cosas retorcidas con tentáculos negros, como manchados de tinta. Pequeñas bolas de masa que huelen a ciruela. Bolitas cubiertas de semillas con un olor que le recuerda el momento de quitarse las botas después de un largo día caminando. Yupe Tashu va picando comida. Crassus come con voracidad. Jylia tiene un platito delante pero parece reacia a tocarlo. Pandion, como era de esperar, ha rechazado toda la comida.

—Como saben —prosigue Rae, que se ha colocado a la cabeza de la mesa pero no se ha sentado—, los rebeldes han empezado a divulgar propaganda en forma de varios holovídeos. En algunos casos, han robado y subvertido algunos de nuestros droides sonda y los están utilizando para esparcir sus mentiras.

—¿Pero son mentiras? —dice Shale, con el volumen justo para que le oigan—, ¿o somos nosotros los que nos estamos mintiendo a nosotros mismos?

Un pequeño silencio incómodo. La mirada de Pandion se clava como un puñal en la mujer mayor.

Rae ignora esta pregunta y continúa:

—Nos han traicionado diversos gobernadores y líderes de sector de toda la galaxia. La llamada Nueva República ha atacado numerosos de nuestros cargueros y transportes. Debo añadir que han sido ataques con *éxito*. Estamos disminuyendo en número. Francamente, estamos a la defensiva. Es un momento inoportuno para estar dispersos y sin líder. Este es el objetivo de esta reunión. Me gustaría agradecerles a todos por…

—Entonces, hace un momento —interrumpe Pandion— ¿nos ha atacado un insurgente local? ¿No era un… rebelde?

—No —a Rae le molesta la interrupción, pero es de esperar de Pandion—. Como ya he dicho, era tan solo un insurgente local. Seguramente inspirado por la propaganda de la que hablábamos hace un momento. Entonces, la cumbre empieza esta noche…

—Para empezar, llega tarde. Entonces abre fuego justo delante del palacio del sátrapa. ¿Y qué hay del rebelde que ha tomado prisionero? ¿O de la nave de contrabandistas que logró saltarse el bloqueo espacial y escapó? ¿Estamos seguros aquí, Almirante?

Una sensación de desasosiego se apodera de Rae. Se le revuelven los ácidos del estómago. Si Pandion sabe todo esto, significa que tiene un topo en su nave. Un *espía*.

Traición. Todavía no llevan ni una hora de reunión y ya tiene la sensación de haber perdido el control.

Yupe Tashu parece encantado.

—¿Tenemos un prisionero?

—¿Y no nos lo ha dicho? —añade Crassus.

—Esto es preocupante —dice Shale—. *Bastante* preocupante.

Rae vuelve la mirada a su propio escuadrón de soldados de asalto, que montan guardia junto a la puerta. Hace una señal con la cabeza al escuadrón y a su piloto.

Desaparecen por la puerta.

—El rebelde no formaba parte de ningún ataque coordinado —explica Rae—. Iba solo. Seguramente en busca de presencia imperial.

—Bueno, pues parece que la ha encontrado —dice Pandion con una sonrisa de superioridad.

En ese momento se abre la puerta y entran los soldados de asalto con la camilla repulsora. El droide médico acompaña al prisionero. El Capitán Antilles todavía está sedado. De momento.

—Esto —dice Sloane— supone un peligro para nosotros, pero también una suerte. Ya que no hemos capturado a un rebelde cualquiera. Este es el Capitán Wedge Antilles, uno de los héroes de la desafortunada Rebelión, que participó y jugo un papel muy importante en los ataques a las dos Estrellas de la Muerte. Antilles no solo nos servirá como fuente de información. Si los rebeldes descubren que se está llevando a cabo esta cumbre, podemos utilizarlo como baza de negociación.

Tashu levanta la mano.

—¿Podría participar en la… interrogación?

Rae lo ignora.

—¿Esto es lo que somos ahora? —dice Pandion—. ¿Nos hemos visto reducidos a vulgares secuestradores? Quizás es verdad que el Imperio Galáctico se está apagando, como una estrella brillante reducida a polvo. Al menos con gente así a los mandos del Imperio —esta última frase es como un dardo dirigido directamente a Sloane.

—La cumbre empieza esta noche —dice Sloane—. Descansen, si es necesario. El tiempo es oro. Vamos a decidir el futuro del Imperio —mira al archivista, un hombre menudo y frágil llamado Temmt, Februs Temmt—. Que conste en el registro oficial que esta cumbre pasará a la historia como el Consejo del Futuro Imperial, o CFT —hace un saludo firme con la cabeza a todos los asistentes—. Muchas gracias. Nos volveremos a ver todos esta noche.

Se apresura hacia la puerta. Sloane coge del brazo a su nueva asistenta, Adea, y la acerca hacia sí. Susurra:

—¿Algún indicio de la cazarrecompensas?

Asustada, Adea niega con la cabeza.

—No, Almirante.

—¿Problemas? —dice Pandion, que de repente aparece a su lado. Con esa sonrisa reptiliana en su rostro demasiado pálido.

—Ninguno —dice Sloane.

—Almirante, admiro lo que está haciendo aquí. En serio. No se equivoca en lo de que ahora es el momento de actuar. Mi adorado Imperio no se recuperará fácilmente de la pérdida de la Estrella de la Muerte y de nuestro liderato. Pero quiero que tenga en cuenta que el futuro del Imperio nunca lo ha decidido algo tan *débil y simple* como un consejo. Un Imperio necesita un líder. Un Imperio necesita un *emperador*.

—Entonces quizás esa será la conclusión a la que llegará el consejo —dice. Su mirada se fija en las bandas rectangulares que luce en el pecho—. Veo que ha ascendido a gran moff. Un título autoproclamado, imagino.

De nuevo esa sonrisa malvada.

—Si quieres poder, tienes que hacerte con él.

—Cierto. Quizá.

—Nada de quizá. Usted lo sabe muy bien. Me consta que usted se ha hecho con el control no solo del *Vigilancia*, sino también del *Devastador*. Y probablemente también de la flota que lo acompaña. Imagina. La pequeña Rae Sloane, a los mandos de un súperdestructor estelar. Nuestro último, ¿no es así?

Ella no dice nada. Lo único que hace es observarlo con expresión pétrea. Él prosigue:

—Era la nave del Comandante Supremo, ¿no?

—Lo era.

—Era. ¿Así que es cierto que nos ha dejado?

—Es cierto. Y triste. Era uno de los mejores.

—Lo era —y a Pandion le parpadea un ojo. Un parpadeo traidor. Tiene secretos. Todos tienen secretos. Solo que ella todavía no los ha descubierto—. La veré en la reunión, Almirante. Estoy ansioso por empezar.

INTERLUDIO

NAALOL

Un pequeño pueblo en las montañas, reducido a escombros. Se levanta el viento y las hojas secas ruedan por la carretera entre los cuerpos. Hay cadáveres por todas partes. Los cuerpos de dos soldados de asalto en la calle. Dos soldados de la Nueva República desplomados contra una casa en llamas, con el techo todavía humeante.

Más cuerpos a lo largo de la calle. Y más allá.

Mon Mothma camina entre las ruinas, flanqueada por sus dos asistentes: Hostis Ij a la izquierda y Auxi Kray Korbin a la derecha. Son como un ángel y un demonio en cada hombro, aunque sus roles no son fijos y van cambiando dependiendo de la situación. Van seguidos por cuatro soldados de la Nueva República, con los rifles bláster a punto.

«Esta es la realidad de la guerra», piensa Mon Mothma. Tiene que acabar pronto. *Debe* acabar pronto. Resolver este conflicto era la prioridad principal. Naalol era insignificante a nivel estratégico. Aquí había una serie de aldeas montañosas con sus pequeñas casas rudimentarias, pobladas por mineros, artesanos y pastores de valciervos. Pero no muy lejos de aquí había una pequeña guarnición imperial. Cuando el Imperio empezó a perder terreno por toda la galaxia, intentó ganar más poder en planetas como Naalol. Afianzando posiciones como último recurso. Lo que era una pequeña guarnición se convirtió en una más grande. Así fue como la guerra se cernió sobre esta gente. Y ahora esta gente, o al menos la gente de esta aldea, están muertos o lo han perdido todo.

Es como si Hostis pudiera leerle el pensamiento. Mientras caminan, Hostis se acaricia su larga barba y va haciendo ruidos, como *hmm* y *ahhh*. Empieza a hablar sin que se lo pidan, como es su costumbre:

—Este es el precio de la guerra. No es culpa de la Nueva República, Canciller.

—He visto la guerra —dice Mon Mothma—. Sé qué aspecto tiene. Conozco sus márgenes. Pero nunca estaré cómoda con la guerra.

«Como muchos sin duda lo están», piensa.

Camina entre algunos aldeanos que se han reunido a lo largo de una pared baja de roca. Dos soldados de la República les sirven tazones de caldo caliente. Mon Mothma va caminando y dándoles la mano, poniéndoles unos cuantos créditos en ella y dedicándoles algunas palabras de disculpa y agradecimiento. Mientras lo hace, dice:

—Es culpa nuestra y tenemos actuar de acuerdo con nuestras responsabilidades. Por eso la guerra debe acabar pronto. No podemos seguir combatiendo. No estamos preparados para ello.

—Eso no es cierto —dice Hostis con tono jactancioso—. Estamos más preparados que nunca, Canciller. El Imperio está en declive y la galaxia entera lo está viendo. Ahora que el conflicto está abierto, recibimos oleadas de voluntarios que quieren luchar por nosotros. Tenemos más naves. Más equipamientos. Más armas. Han cambiado las tornas y…

—No quiero decir preparados en un sentido literal, Hostis. Quiero decir que esta no es nuestra filosofía. La guerra no es una forma de vida. Se supone que es un caos temporal entre dos períodos de paz. Hay quien quiere que sea el statu quo, una forma de existir. Pero no permitiré que esto sea así.

En este momento, Auxi interviene. La togruta susurra:

—Canciller, un breve recordatorio. Tendremos que irnos pronto si tenemos que llegar a Chandrila a tiempo para el primer día oficial del Senado.

—Sí. Por supuesto.

Mon Monthma se queda de pie en medio de las ruinas y los cuerpos. A lo lejos se ven los restos de un caminante imperial AT-AT, caído hacia delante como un animal con el cuello roto. Cerca de los restos se encuentran las alas cruzadas de un caza Ala-X, ardiendo en un risco de la montaña. Una calle por encima, una hilera de soldados imperiales encadenados en una serie de grilletes, conectados uno con otro por un hilo energético. Los prisioneros marchan hacia un transporte, rodeados de tropas de la Nueva República.

Aquí hubo un gran momento de caos, que ahora se está desvaneciendo. La guarnición imperial está mermada. Huyeron a las montañas, perseguidas por soldados de la Nueva República. Naalol pronto quedará libre de las turbulencias de la guerra, piensa. Que es lo que tendría que ser. No obstante, la guerra deja cicatrices por muy corta que sea. Naalol no olvidará este día.

Auxi le dice a Hostis:

—Es consciente que la renuncia se llevará a cabo, ¿no?

—¿Qué? No hablará en serio… —y se dirige a Mon Mothma—. Canciller. Se lo ruego. Ahora *no* es el momento.

—Ahora es y debe ser el momento —dice con una voz serena pero firme—. Ahora mismo, pongo el dedo en cualquier punto del mapa estelar y nuestras tropas van hacia allá. Luchan. Algunos mueren. Esa es mi responsabilidad, pero no la quiero. Nunca la he querido. El título de Canciller conlleva los poderes de emergencia que estableció Palpatine. No pueden seguir existiendo. Son un veneno para la democracia. Me perjudican.

Cuando Hostis empieza a tartamudear, la Canciller se vuelve hacia él, le coge las manos y le dice:

—No soy un líder militar, Hostis. Soy la máxima representante del Senado. Y si tenemos que atraer a más mundos y convencerlos para que se vuelvan a unir a este proceso, no puede parecer que están bajo amenaza.

—Pero el ejército y la flota de la República…

—Seguirán existiendo durante un tiempo, pero no bajo mi liderazgo. Su existencia se someterá a unas condiciones que ya existen en la práctica, solo que no están recogidas por la ley: formaré parte de un consejo de sabios que determinará la mejor forma de proceder en términos de presencia militar durante esta guerra civil —hace una pausa para reflexionar sobre lo que va a decir a continuación—. Es esencial desmilitarizar nuestro gobierno para que no pueda volver a producirse una guerra galáctica como esta.

Se levanta viento, que hace volar el escaso pelo rojizo de Hostis.

—Todavía no hemos llegado a ese día. De momento tenemos que seguir demostrando fuerza militar. Si proyectamos una imagen de debilidad, el Imperio se aprovechará de ello. Dejar la guerra en manos de los caprichos de los políticos ralentizará nuestro tiempo de respuesta, debilitará nuestra determinación y nos hará parecer vulnerables. En parte, porque *seremos* vulnerables.

Auxi sonríe. Es una sonrisa irónica, de complicidad. Seguro que está disfrutando mucho con esto.

—Ah, y ahora viene lo peor, Hostis. Dígaselo, Canciller.

Mon Mothma suspira y dice:

—Hoy propondré una votación para reducir nuestra presencia militar en un noventa por ciento, una vez hayamos podido confirmar el fin de esta guerra.

El rostro de Hostis se vuelve pálido. Tiene los ojos abiertos como platos y se ha quedado boquiabierto, como si intentara atrapar una de las cierviposas de ojos anaranjados que revolotean a su alrededor.

—No puede decirlo en serio.

—Lo digo muy en serio. Mire a su alrededor. Las bajas de nuestro bando no son soldados de verdad, por mucho que queramos creerlo. Son granjeros y mineros, pilotos y contrabandistas, que se han visto atraídos a este conflicto contra un mal mayor, el Imperio. Una vez acabado el conflicto, ¿qué les decimos? ¿Que sigan luchando por nosotros? ¿Contra qué? ¿Con qué fin? ¿Por qué ideal?

—Por la democracia, evidentemente…

—La democracia no necesita que la defiendan. La gente sí. Y es por eso que conservaremos un diez por ciento. Un ejército de pacificación. Le dedicaremos mucha energía a formar los ejércitos de otros planetas. Seremos una verdadera alianza galáctica, y no una falsa alianza con un sol autoritario en el centro.

Hostis frunce el ceño y dice muy seriamente:

—Entonces veremos innumerables guerras, Canciller. Estos ejércitos pequeños son sinónimo de pequeñas guerras civiles por toda la galaxia. La opresión crecerá como malas hierbas y no tendremos ojos para verlas ni control para detenerlas. En estos tiempos de agitación, la galaxia necesitará ley y orden. Y estas medidas solo traerán el caos. Es ese tipo de vulnerabilidad lo que causó el auge del Imperio. Gente de toda la galaxia buscando una autoridad central, desesperados por obtener protección…

A continuación, habla Auxi. La mujer siempre tiene un aire irónico, mordaz, a veces incluso corrosivo.

—Parece que está en el lado erróneo del conflicto. Estoy segura que al Imperio le encantaría contar con usted, Hostis.

—Pero… ¿cómo se *atreve*…?

Mon Mothma extiende las manos.

—Basta. Por favor. No se discutan. Así no. Tenemos que respetar las opiniones divergentes. Dicho esto, Auxi tiene razón. No estamos luchando contra el Imperio para luego convertirnos en el Imperio. Esto no es una mera lucha por el poder, y eso es lo que quiero que vea la galaxia. Quiero que la gente sepa que confiamos en ellos, como siempre ha confiado la República. Si vamos a pedirle a alguien que pelee por nosotros, tiene que saber por qué pelea. Y pelearán por una galaxia unificada y democrática. No una galaxia oprimida por un puño inflexible. Debemos dar libertades. Y en relación con tu comentario sobre la historia reciente… tendremos ciertos dispositivos de seguridad. Avanzaremos hacia delante, lo haremos mejor. Iremos con más cuidado.

—Canciller… —dice Hostis, pero se queda sin poder continuar.

—Ya he tomado una decisión. Es por esto que les he traído aquí a los dos. Quería que vieran los cuerpos. Las ruinas. La tragedia de la guerra. Necesito que vean por qué debemos acabar con la guerra. No le puedo pedir a nuestra gente que luche por esto una y otra vez. No ahora que el Imperio está mermado.

Auxi asiente y dice:

—Es hora de irnos, Canciller. La Historia nos espera.

Hostis no añade nada más. Se limita a esbozar una sonrisa incómoda y se queda con una expresión adusta.

—Por supuesto —dice.

—Gracias a los dos —dice Mon Mothma.

Dan media vuelta y vuelven a cruzar las ruinas de la guerra. Es hora de volver a casa. Es hora de devolverle la democracia a la galaxia.



CAPÍTULO DIEZ

—Necesito conseguir una forma de salir de esta roca —murmura Sinjir, mientras se abre paso por las calles estrechas de Myrra. Pasa por delante de un puesto de comida. El encargado es un bith de cabeza grande. Como la mayoría de comerciantes, tiene el puesto montado aprovechando los recovecos y huecos de los edificios de la ciudad. Al pasar por delante, agarra algo crujiente que cuelga de un estante. Se lo pasa rápidamente a la otra mano para que nadie lo vea, entonces mira hacia abajo: es un pájaro pequeño, rebozado. Lo muerde. Está caliente y es jugoso. Demasiado caliente, demasiado jugoso. Pero le servirá, ya que de repente está hambriento.

Lo sigue apresuradamente el twi'lek del Bar de Pok.

—Pero, ¿por qué te quieres ir?

Para huir de ti. El alienígena lleva una hora siguiéndolo. Sinjir se ha ido del bar para aclararse las ideas y para alejarse de ese altercado absurdo… que tendría que haber evitado. Pero este estúpido alienígena no deja de seguirlo como un perro nek perdido.

—No quiero estar aquí cuando todo se venga abajo. Toda la gente corriendo de un lado para otro, gritando y… —gesticula con las manos para indicar un desorden enorme—. El caos es muy desagradable.

Justo en ese momento, como si estuviera previsto para enfatizar su explicación, les pasan por encima dos cazas TIE, muy cerca de los edificios.

Esto no será una ocupación, pero aquí está pasando algo.

—Pero… eres un rebelde. Estás aquí para luchar contra el Imperio.

Sinjir se detiene. *Eres un rebelde*. Casi le dan ganas de reír, pero la idea es absurda, demasiado absurda, tan absurda que se queda ahí plantado, casi sin poder respirar. Quizá lo mejor sea aceptar la mentira, una mentira que empezó en la luna boscosa de Endor muchos meses atrás, y seguir con ella.

—Sí —dice, volviéndose hacia el twi'lek, con una voz muy firme—. *Soy* un agente de la Nueva República. Correcto. Y tengo que llevarles la información que he conseguido aquí a mis fieles compañeros de la Alianza.

Por encima del hombro del twi'lek, ve un trío de soldados de asalto abriéndose paso por este callejón tortuoso. Hombro con hombro, con los blásteres desenfundados. Están buscando algo, a alguien. Quizás a él.

Sinjir agarra al twi'lek y lo arrastra a un pequeño hueco. Se lleva un dedo a los labios. Los soldados de asalto pasan de largo.

—¿Lo ves? Estamos en peligro.

El twi'lek asiente.

—Me llamo Orgadomo Dokura —dice el twi'lek, con las colas de la cabeza retorciéndose como serpientes cuando pronuncia su nombre, con orgullo—. Por favor. Deja que te ayude. Conviérteme en agente de la Rebelión.

—Quieres decir, de la Nueva República.

—¡Sí! Sí.

—Me llamo Markoos… Cozen —un nombre que se le ocurre en este momento. Cozen es un nombre de la familia, de un pariente lejano, por parte de madre. Markoos… se lo acaba de inventar—. ¿Quieres ayudarme? Ayúdame a encontrar un transporte para salir de este planeta. Si hay un bloqueo imperial —y al señalar al cielo, a través de las nubes arremolinadas, puede ver las formas lejanas de unos triángulos flotando en el cielo. Destructores estelares imperiales—, entonces necesito una forma secreta de escapar. ¿Quién me la puede garantizar? ¿A quién acudo, Oga-doki Domura…?

—Orgadomo Dokura.

—Sí, muy bien, excelente. Respóndeme la pregunta.

—Tendrás que ir a ver a Surat Nuat.

El gángster.

—¿En serio? ¿A él? ¿No hay otro sindicato de la competencia? ¿Aquí no hay gremio de contrabandistas? ¿No tienes un amigo que tiene un amigo que conoce a alguien que conoce a una piloto encantadora? ¿Nada de eso?

El twi'lek le dedica una sonrisa lánguida con esos pequeños dientes afilados que tiene.

—Lo siento.

—Muy bien, vamos. Enséñame el camino.

Salen de su pequeño escondite…

Y se encuentran con dos soldados de asalto. A unos centímetros de distancia. Están tan cerca que casi chocan.

—Abrid paso —grita uno de los soldados, que alarga el brazo para apartarlos.

Pero el segundo soldado de asalto gira la cabeza para mirarlos de nuevo.

—Eh. *Eh*. ¡Apresadlos!

Basta de esconderse.

Sinjir esquiva un brazo que intentaba apresarlo y golpea con la rodilla al bláster del otro soldado, que queda apuntando al cielo cuando dispara. Le arrebata el rifle, le golpea en el casco y lo hace retroceder.

Sinjir mira al twi'lek y articula la palabra: *Corre*.

Literalmente, los árboles no le dejan ver el bosque.

Lo que ve es a la princesa Leia Organa. No va vestida de princesa, de dignataria, de diplomática o de enviada de un planeta a otro. No. Va vestida de soldado. No es un disfraz. Jas ha leído los archivos. Incluso aunque no los hubiera leído, todo el mundo ha escuchado los rumores: Leia es una mujer poderosa. Tan capaz con un bláster como diez soldados de asalto. Veinte, incluso.

Y ahora mismo está herida.

Como un pájaro con el ala rota. Un objetivo fácil.

Jas está sentada en uno de esos árboles de tronco enorme que hay en Endor. Más grande de lo que se puede imaginar. Hacen que se sienta muy pequeña. Ha tardado bastante tiempo en llegar hasta aquí. Ha tenido que moverse por medio de la batalla, esquivando los disparos láser y a esas crías de rata de ojos negros que habitan en este lugar. Ahora ya está en su posición. A su alrededor, la lucha se ha detenido. Esas criaturas peludas están por todas partes, arrancándole los cascos a los soldados de asalto. Vapuleándolos una y otra vez antes de arrastrarlos por la jungla.

Entonces un caminante de exploración imperial aparece entre los árboles. Aplastando la maleza a su paso. Las armas apuntan al búnker de los escudos. Aparece Han Solo, mientras Leia está tumbada contra la puerta. Con las manos en alto. El droide dorado moviéndose nerviosamente, el droide astromecánico abatido.

Si el caminante les dispara, ¿qué ocurrirá? ¿Será capaz de recuperar el cuerpo? ¿Entregarlo y recibir los créditos? ¿Atribuirse el éxito?

Un engaño. No le gusta. Jas Emari es una profesional. Y aunque desprecia al Imperio Galáctico, son su cliente. Y si algún día se enteran… De repente se pregunta si eso importa.

Eso no tiene que preocuparle.

Solo tiene que preocuparle este momento.

Una oportunidad para acabar el trabajo.

Vuelve a centrar la mira en Leia. Su dedo se acerca al gatillo como una serpiente hambrienta y…

Un golpe de bota. Jas abre los ojos, se pone en pie. Se mueve rápidamente. Recuerda el golpe que se ha dado cayendo del cable. Ha disparado un segundo cable, pero *demasiado tarde*. El garfio se ha anclado en un balcón a tan solo tres pisos de altura. Al tensarse el cable, casi le arranca el brazo. Y se ha columpiado con el cable hasta golpear una pared del palacio. Una pared cubierta con un estucado rugoso y dentado. Tiene todo el brazo arañado, la piel hecha jirones. Ya se le está formando una costra.

Esto ahora ya no importa. Lo que importa es…

—¿Y quién eres tú?

Tiene un sullustano delante. Le falta un ojo. En su lugar tiene una catarata opalescente rodeada por tejido cicatrizal. Por debajo de las dos aletas carnosas que tiene por carrillos hay una nariz menuda formada por dos agujeritos. Y unos labios apretados. En la cabeza lleva un gorro negro que parece una araña agarrándosele al cuero cabelludo.

—Surat —dice Jas.

Y, evidentemente, no está solo. Tiene seis hombres detrás. Varios matones de razas distintas: dos narquois con los blásteres empuñados, un ithoriano con un rifle largo y un ojo magullado, un par de durosianos de cara gris y, detrás de todo, un hérglico de aspecto agitado y furioso. El espiráculo que tiene sobre su fina piel negra no para de resoplar y rociar aliento y gotas de saliva. El hérglico lleva un hacha. Un hacha muy grande.

Jas Emari se maldice.

Se ha dormido. Aquí, en la chatarrería del chico. Ha entrado, no ha encontrado a Temmin Wexley por ninguna parte, y se ha tumbado en un banco junto a una mesa donde estaba el tablero de un… juego infantil de estrategia.

—Te conozco —dice el sullustano. Viendo su cara gruesa y húmeda, se esperaría una voz lechosa, una especie de gárgara, el parloteo habitual de muchos sullustanos. Pero su voz es fina, casi aterciopelada. Como un contrabajo profundo—. Eres esa cazarrecompensas. Jas Emari.

—Me alegra que mi nombre se extienda por los círculos adecuados —y le dedica una sonrisa un poco rígida, totalmente falsa—. No sé de qué se trata todo esto, pero no me incumbe. Con tu permiso…

Se dispone a rodearlo.

Pero él da un paso atrás y le bloquea el paso. Levanta el dedo índice, y lo mueve de un lado a otro.

—Ah, ah, ah. ¿Podemos hablar?

—Estoy en medio de un trabajo. Así que a menos que te sobren unos créditos…

—Por favor. Has tenido tiempo para hacer una *siesta*. Seguro que tienes tiempo suficiente para hablar con un amigo.

Eso le pasa por quedarse dormida. Se lo merece.

—Un amigo. ¿Somos amigos?

—Podríamos serlo. Si me dices la verdad.

Jas hace una pausa. Susurra y da un paso atrás.

—Hablemos.

—¿Por qué estás aquí? Parece un lugar extraño para encontrar a un cazarrecompensas de tu calibre. Este chico… esta tienda… —el sullustano hace una cara como si acabara de lamer el trasero de un bantha—. Está muy por debajo de tu nivel.

Ella se encoge de hombros.

—Necesito una pieza para mi arma. Él tiene piezas.

—Yo también tengo piezas.

Uno de los narquois se ríe entre dientes.

—No te quería faltar al respeto. Es un componente muy pequeño, muy por debajo de tu nivel. Por eso he venido aquí.

Surat da una palmada. Suena a humedad. Clap, clap, clap.

—Muy bien. Muy bien —pero entonces la sonrisa se desvanece de sus labios arrugados. Da un paso adelante—. ¿Puedo ofrecerte mi teoría de lo que ha pasado?

A Jas se le da muy bien leer el lenguaje corporal. Es un talento que ha practicado mucho. Es uno de los sentidos que siempre tiene afilados como un cuchillo. Todo el cuerpo del gángster se acaba de tensar. Los ojos se le han estrechado y han vuelto a ensancharse. Rezuma paranoia por todas partes. Es una característica común en mucha gente en su posición. Sin duda la vida de un *jefe de un sindicato del crimen* es una vida llena de amenazas casi constantes. Su vida es parecida. Pero ella sabe controlarse. La paranoia es una emoción letal.

Letal para ti. Pero letal también para todos los que te rodean.

—Sea lo que sea lo que estás pensando…

—Estoy pensando en esa larva insolente, Temmin Wexley, que ha decidido pegármela. Ha orquestado el robo de… algo muy importante para mí. Y ahora quiere deshacerse de mí —da otro paso adelante—. El pequeño trilobite es astuto. Pero no lo suficiente. Se te va acercando de lado, como viene haciendo conmigo desde hace un año. Mordisqueándome el negocio como los larvogusanos de Sullust que arrasan nuestros jardines subterráneos, comiéndose las raíces de los árboles —las aletas húmedas de la cara del gángster tiemblan.

—Tú. Te ha contratado a ti. Para matarme.

Ahí está.

—Estás paranoico —le dice.

—La paranoia es lo que me ha mantenido con vida. A veces me equivoco, pero estoy contento de ser paranoico. No tengo ningún remordimiento. Mejor prevenir que curar.

—No he venido a matarte.

—Eso dices tú. Pero si te suelto, lo más probable es que reciba un tiro en la nuca antes de acostarme esta noche.

«Si quisiera acabar con tu vida, podría hacerlo aquí y ahora», piensa Jas.

En la espalda lleva una pequeña navaja extensible. Podría sacarla tan solo pulsando un botón. Jas es rápida. Más rápida que él. Pero sospecha que no es más rápida que toda su cohorte. Sin duda, no es más rápida que sus armas. Otra opción es huir. Agacharse,

esquivar, fintar, correr. Atacarlos a ellos, no a él. Distraerlos. Lanzarles chatarra. Pero le están bloqueando la puerta. Y además, está cansada y herida. No es la situación ideal.

Hace sus cálculos.

Solo se le presenta una opción. Es una solución atroz, pero no tiene ninguna otra opción razonable.

—No estoy aquí por ti. He venido en busca de otra persona. Pagan bien. Te daré una parte, setenta y cinco-veinticinco.

—Vaya, vaya —dice, abanicándose—. ¿Veinticinco por ciento? —Su boca se tuerce con amargura—. ¿Crees que eso es lo que vale tu vida?

Mátalo.

No.

—Sesenta-cuarenta —le ofrece—. Y tú me ofreces tu ayuda. Me ayudas a acercarme. A este nivel, mis socios tienen que ganarse la paga —una afirmación verdadera. O sería verdad, si alguna vez trabajara con socios.

—Deja que adivine. ¿Es un objetivo imperial? Ya veo qué está ocurriendo aquí. Soldados de asalto en las calles. Oficiales cacareando como pajarracos grises. Los cazas TIE. La lanzadera —sonríe con superioridad—. Se rumorea que una de estas lanzaderas de clase Lambda abrió fuego sobre el viejo capitolio.

—Entonces, me vas a ayudar.

—Por todas las estrellas, *no*. El Imperio es mi aliado. ¿Crees que no me había enterado? Ya no trabajas para gente como ellos. Ni para gente como yo. Abora eres un perro domesticado. Atado a la correa de la Alianza. Es bastante triste.

Jas siente como sus músculos se tensan. Esto no está funcionando. Hace un último intento:

—Tienes que observar las estrellas, Surat. La galaxia está dando la vuelta. Se está volviendo contra el Imperio. No apuestes todos tus ahorros a este barco, porque está a punto de estrellarse. La Nueva República…

—¡Son un hatajo de inútiles! —grita de repente, y por las mejillas le gotea una saliva hedionda. Ella empieza a volverse…

El disparo de uno de los narquois le impacta en un costado, y se desploma sobre una mesa llena de piezas de repuesto. Cae al suelo con un repiqueteo metálico. Su cuerpo queda inerte. Su mente queda repentinamente separada de los músculos. Ha sido un disparo aturdidor, no uno letal.

Surat se queda de pie junto a su cuerpo, con las manos cerradas sobre la barriga. Está furioso:

—En la Nueva República no habrá lugar para gente como yo. No voy a extinguirme a manos de un coro de bonachones moralistas. El Imperio me permite trabajar, por lo tanto el Imperio es mi amigo. Y ahora, resulta que tengo un nuevo obsequio para mi amigo.

Da una palmada, y sus seguidores recogen el cuerpo de la cazarrecompensas. El hérglico se la echa por encima del hombro. Un hombro resbaladizo y cartilaginoso. Ella

intenta mover las manos. Las piernas. Los dientes. Algo. Pero nada. Todos sus esfuerzos son en vano.

Cuando la sacan a la calle, ella piensa:

«Tendrías que haberme matado».

Sinjir deja atrás la luz menguante del día y penetra en el sótano frío y húmedo de la… ¿cómo describirlo? Probablemente se le puede llamar cantina, al menos en parte. El nombre que hay sobre la puerta de entrada dice: ALCAZAR. Pero es más que una cantina. Por el aspecto que tiene, también es un local de apuestas. Y una casa de mala fama. Probablemente también haga de mercado negro y de mercado de esclavos. En definitiva, es todo un complejo. Hay un escenario elevado en el que toca una panda gorjeadora de músicos, por llamarlos de algún modo. En la pared del fondo hay una larga barra negra lacada hecha con un fragmento de nave a la deriva. El resto de la sala está ocupado por mesas de jugadores, todos ellos rezando por un toque mágico de suerte. Ya sea jugando al pazaak, apostando a los nudillos de sheg o tirando de la palanca del Contrabandista de Un Solo Brazo.

Las apuestas. Sinjir nunca las ha entendido. En su época, tuvo que tomar medidas punitivas contra cualquier soldado u oficial imperial que intentara apostar en las literas, en el comedor, en una guardia larga y solitaria. Llegó a la conclusión que las apuestas no tenían nada que ver con los créditos. Era siempre una cuestión de riesgo.

El riesgo, y la emoción que genera.

A Sinjir no le atrae esa emoción.

Él lo que quiere es salir de este planeta cuanto antes mejor.

—Vamos, Ogly —dice, haciéndole un gesto para que le siga.

—Orgadomo.

—Ajá. Vamos a buscar una bebida —le está empezando a bajar la melopea. Es un buen momento para recuperar esa agradable sensación. Y, evidentemente, obtener un poco de información. Tira del twi’lek por la cola de la cabeza y lo lleva hasta la barra. Sinjir golpea la barra. Un golpe fuerte sobre mojado.

El camarero es un humano, más desaliñado que un wookiee y baboso como un worrt. En la boca tiene una hierba verde, la mastica. Un líquido verde le cae por la barbilla, y se relame el único diente que tiene. Un diente negro.

—¿Qué hay?

—Dos bebidas. Yo tomaré un… —se vuelve hacia el twi’lek—. Tú primero, amigo. ¿Qué tomas?

—Una… ¿cerveza?

El twi’lek parece nervioso.

Sinjir hace una mueca.

—Tomará una cerveza. Yo quiero algo más fuerte. Vamos a ver… ¿Tienes brandy de jogan?

—¿Te crees que estás en una coctelería refinada? —masculla el camarero—. Tengo cerveza. Más cerveza. Cerveza de la otra. Cerveza diferente. Grog. Y whiskey Fuego Estelar.

—Pues será eso último. Una jarra de Fuego Estelar para mí.

El camarero refunfuña. Sirve una copa de un líquido marrón y cenagoso, y le da una botella de cerveza espumosa al twi'lek.

—Serán diez créditos.

Sinjir coge al camarero por la muñeca. El tacto de su piel es fiel a su aspecto: es babosa y resbaladiza. El camarero clava su mirada venenosa en la mano de Sinjir y suelta otro chorro de fluido, que le resbala por la barbilla. Sinjir ríe, aparta la mano y dice:

—Una cosa más.

—Dime.

—Necesito ver al hombre encargado de este establecimiento. Surat Nuat.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y pagaré.

Al camarero le hacen chiribitas los ojos.

—Que sean cien créditos.

Sinjir compone una mueca de dolor. *Eso son muchas copas*. Pero se recuerda a sí mismo que ahora mismo eso le permitirá *huir* de aquí. Desembolsa los créditos y los pone en una pequeña montaña sobre la barra.

—Ahora —dice—, ¿dónde puedo encontrarle?

En la cara del camarero se dibuja una sonrisa amplia y traviesa. Una sonrisa como una mancha de barro en la pared.

—Ahora mismo está entrando por la puerta.

Sinjir suspira. Se da la vuelta y mira.

Un sullustano está entrando por la puerta. Un único ojo lechoso. Aspecto engreído y presumido. Seguido por una banda de matones. Toda la parroquia lo observa con una mezcla de genuino asombro y miedo. No hay duda sobre este alienígena. Es Surat Nuat.

Se dispone a reclamarle al camarero sus créditos.

Cuando ve a alguien más.

Una mujer. Una zabrak. ¿O es dathomiriana? ¿O iridoniana? Es difícil de saber. No está seguro de que haya diferencias entre estas razas. Esos ojos pálidos. Los tatuajes oscuros que dibujan espirales y nudos en sus mejillas, en las cejas, en la barbilla.

Durante un momento, se queda sin aliento…

Sinjir está en medio del bosque, con helechos que le llegan hasta la cintura. Hay un árbol caído sobre el suave musgo esponjoso de Endor. A sus pies, un rebelde. Muerto.

Algunas prendas de ropa del rebelde ahora cuelgan de la moto desliza-dora de Sinjir. El chaleco, el poncho, los pantalones de camuflaje. También se pone el casco. Pestañea. Traga saliva. Intenta concentrarse.

Una gota de sangre le baja por la frente. Le llega a la punta de la nariz. Se queda ahí colgando hasta que sopla por la nariz. Los oídos todavía le pitan del sonido de los generadores de escudos activándose.

Tiene las manos sucias de barro y sangre. Su propia sangre.

Cortes superficiales, se dice a sí mismo. Nada profundo. No se está muriendo.

Hoy no.

Entonces oye el crujir de una rama.

Se da la vuelta y allí está ella. Una alienígena. Con unos pequeños cuernos puntiagudos en forma de corona sobre su piel azul medianoche. Ella se gira y lo ve. En la cara lleva tatuados remolinos y espirales de tinta negra. Los observa. Parece que se muevan lentamente como unas serpientes enroscadas en su nido. Pero cuando vuelve a parpadear, el movimiento se detiene. Era solo una ilusión. Todavía está conmocionado. Quizá la mujer sea también una ilusión.

Ella lo saluda con la cabeza.

Él le devuelve el saludo.

Entonces la mujer tira de una especie de enredadera… y arrastra una serie de redes cubiertas de hojas y ramas. Una cobertura de camuflaje. Debajo hay una moto deslizadora.

La mujer se cuelga el rifle a la espalda.

Mira a Sinjir una vez más. Entonces el motor de la moto deslizadora se pone en marcha y sale disparada por la maleza, entre los árboles.

…La conoce.

—La conozco —dice en voz baja. Solo lo oye su nuevo amigo.

El twi'lek gruñe, confuso.

—A ella —le aclara Sinjir—. La mujer que va con los matones de Surat —*la vi en la Luna de Endor*—. La conozco, pero en realidad no la *conozco*. Da igual. Vamos.

Baja del taburete de un salto, se vuelve hacia la barra y se bebe toda la copa de un trago. Es como sentir un disparo láser atravesándole la garganta. Un temblor le recorre todo el cuerpo. Entonces Sinjir se va detrás de Surat y su séquito.



CAPÍTULO ONCE

Contempla el negro infinito del espacio a través de la ventana. Por delante le pasa un droide reparador, que lleva trozos de chatarra y un soldador conectado a un largo tubo negro. La *Hogar Uno* todavía necesita reparaciones, incluso meses después de la Batalla de Endor.

«*Suerte que ganamos la batalla*», piensa Ackbar.

Era su última oportunidad. Se lo jugaban todo.

Y casi lo perdieron todo. Gracias a las estrellas y a los mares y a todos los dioses y a todos los héroes… de alguna forma, *de alguna forma* lo consiguieron.

Se aclara la garganta. Ha llegado el momento. Le toca. Con una de sus manos palmeadas coge una botella de plástico y la aprieta para verter loción hidratante en la palma de la mano. Se la aplica en el cuello, en los hombros descubiertos y a lo largo de sus brazos rojos.

Toma una respiración profunda.

Le atacan de nuevo. Se mueve con rapidez. Coge el kar-shak, el arma tradicional de los mon calamari, también conocida como pértiga de red. Se mueve en círculos por la sala acolchada. De repente, aparece un soldado de asalto, con el rifle bláster a punto.

Ackbar suelta un gruñido de rabia, hace girar el kar-shak y le asesta un golpe al soldado de asalto en el casco. En un extremo del arma hay una especie de garfio de pesca. En el otro hay una red. El garfio surca el aire y atraviesa limpiamente el casco blanco imperial.

Al pasar, el arma interrumpe el holograma durante un momento.

Entonces el soldado de asalto vuelve a aparecer, y se derrumba.

Aparece un segundo soldado de asalto. Y un tercero. Ackbar captura la cabeza de uno de ellos en la red y lo arroja contra el otro. De nuevo, los hologramas se interrumpen durante un momento, y vuelven a aparecer justo antes de caer derribados.

Aparecen más soldados de asalto desde los proyectores de las esquinas. Uno, dos, tres…

Alguien se aclara la garganta.

Ackbar se detiene.

—Pausa —grita. Los tres atacantes se congelan. Un trío de imágenes relucientes.

Junto a la puerta, un joven. Un cadete.

—Señor —dice. Tiene una leve expresión de miedo en los ojos, pero está firme y con la barbilla levantada. En una mano tiene una pantalla, que lleva pegada al pecho—. Si es un mal momento…

—Deltura, ¿no?

—Alférez Deltura, sí, señor.

—No, ahora es un buen momento —gruñe Ackbar, dejando el arma en el suelo—. ¿Tengo que deducir que se trata de algo importante?

—La deducción es correcta.

—¿Y por qué no viene la Comandante Agate?

—Está ocupada con las reparaciones, señor.

Ackbar carraspea y avanza hacia el cadete. Alarga sus dedos afilados.

—Muy bien. Vamos a ver.

Deltura le entrega la pantalla.

El almirante la examina. Sus grandes ojos amarillos se clavan en el Alférez Deltura.

—¿Estás seguro de esto?

—Sí, señor. El Capitán Antilles no se ha puesto en contacto. Y no responde al comunicador. Ni siquiera podemos ubicarlo.

—¿Cuál es su última ubicación conocida?

—Raydonia.

—Y ahí no encontró nada.

—No, señor.

—Y deduzco que no estamos seguros de adonde se dirigió en su siguiente salto, ¿no?

El alférez niega con la cabeza. Claro, Wedge no quiso planificar. Al Capitán Antilles le pareció inofensivo hacer un poco de exploración. Dijo que serían como unas pequeñas vacaciones. Solo él y el saltador estelar. Él solo con sus pensamientos.

«Se lo advertí», piensa Ackbar.

Seguro que no encontraré nada, había dicho Wedge aquella vez.

Eso no lo sabe. Uno no puede prever ciertas cosas, como caer en un nido de anguilas, le advirtió Ackbar. Pero puede ocurrir.

Solo hago mi trabajo. Será divertido.

—Divertido —dice Ackbar carraspeando.

El alférez le informa:

—Los cinco planetas más cercanos a Raydonia nos dan una indicación de adonde podría haberse dirigido el Capitán Antilles —en la pantalla aparece una lista de cinco planetas. Mustafar. Geonosis. Dermos. Akiva. Tatooine. Cualquiera de ellos tendría sentido. Saben que el Imperio se está reagrupando.

—Mustafar tendría sentido, al igual que Geonosis… —Ackbar se detiene ante la mirada incisiva de Deltura, que quiere decir algo—. ¿Qué ocurre?

—Hay más.

—¿Qué?

—Algo que no está en esa pantalla.

—Suéltelo, Alférez. No tengo tiempo que perder.

—Tenemos información. Del Operador.

Ackbar se acerca a Deltura.

—¿Y cómo es que *usted* sabe algo acerca del Operador? Eso es información confidencial, Alférez.

—La Comandante Agate me ha dado autorización.

—Parece que la Comandante Agate confía en usted.

—Eso espero —dice, asintiendo bruscamente con la cabeza.

—Si ella confía en usted, entonces yo también. ¿De qué se trata la información?

Cuando Deltura se lo cuenta, Ackbar siente como si toda la humedad se desvaneciera. En esta nave siempre se mantiene un gran nivel de humedad ambiental. Al fin y al cabo, es una nave mon calamari. No obstante, de repente se nota completamente seco. Deshidratado. Vuelve a sentirse ante un precipicio. Se avecina algo más grande, algo *peligroso*. Algo invisible escondido en las sombras.

—¿Está seguro?

—No. No tenemos ningún espía en la región.

—Me estoy haciendo viejo —dice Ackbar de repente, mirando al vacío—. Si hago todo esto… si vengo aquí a practicar mis kotas con el kar-shak, es porque quiero estar en forma. Agudo. Flexible. Por delante de mis enemigos. Sé que un día no lo lograré. Casi fracasamos en la Batalla de Endor. Nos apresuramos. Fuimos negligentes. Casi nos cuesta todo lo que tenemos.

Comparten un momento de silencio. Sus orificios nasales se ensanchan.

—Señor…

—Sí, sí, envíe exploradores a cada uno de esos planetas. Pero envíe dos exploradores a Akiva. Tenemos que estar seguros antes de tomar una decisión.

Deltura le saluda.

—Sí, señor.

El alférez se retira. Ackbar vuelve a quedarse solo. Y por un momento siente todo el peso de la galaxia sobre sus espaldas. Evidentemente, es una ilusión. Él no es el

portaestandartes de la Nueva República. Nada depende de él. Pero no puede evitar sentir esta presión.

La presión va acompañada de una gran preocupación. Hasta ahora, su informante entre las filas del Imperio, el auto-proclamado Operador, siempre les ha dado información correcta. Les ha descrito rutas imperiales vulnerables, ha informado sobre convoys y les ha proporcionado una lista de gobernadores y líderes galácticos susceptibles de traicionar al Imperio. Todo ello les ha ayudado inconmensurablemente.

Entonces, ¿por qué Ackbar no se puede quitar de encima esa sensación de que están a punto de caer en una trampa? Otra vez.

SEGUNDA PARTE



CAPÍTULO DOCE

—Tenemos un problema.

Alguien despierta a Temmin con una sacudida. Resuella y se sienta en la cama, en un recoveco de la planta superior de su casa. Fuera retumban los truenos como disparos de cañones, como naves destripándose en el cielo. Destellos de relámpagos como descargas de fuego. Es un mausim, una vieja palabra akivana para referirse a las tormentas anuales que anuncian el inicio de la temporada de lluvias. Las nubes se vuelven de color negro y se ciernen sobre la ciudad como un nudo corredizo. Un mausim puede durar días, incluso semanas. Sobre la ciudad caen lluvias torrenciales, y los fuertes vientos detienen el tráfico.

Temmin resuella, se frota los ojos. Es su padre, que se encorva y le da un beso en la frente.

—Papá… ¿qué pasa?

Se oye una voz en la puerta. Es su madre.

—Brentin. ¿Quéocurre?

Su padre responde:

—Lo siento. Lo siento mucho…

Abajo, golpean en la puerta.

Vuelve a retumbar un trueno.

Brentin abraza a su hijo.

—Temmin. Necesito que te portes bien con tu madre. Prométemelo.

Temmin parpadea. Todavía está dormido.

—Papá, ¿de qué estás hablando?

Su madre ha llegado, está de pie junto a la cama. Cada relámpago que cae ilumina su rostro preocupado. Abajo siguen golpeando en la puerta. La impaciencia del visitante va en aumento, y acaba tirando la puerta abajo. Su madre chilla.

Brentin le dice a su hijo:

—Prométemelo.

—Te… te lo prometo.

Su padre le da un último abrazo.

—Norra. Ayúdame con esto —dice, y corre hacia la ventana. La ventana está cubierta por una persiana de listones metálicos. Está diseñada así como protección contra las tormentas. Si el viento llega a romper el cristal, la persiana reacciona: los listones se cierran y la ventana queda sellada al vacío. Los padres se ponen uno a cada lado de la ventana y tiran de las palancas que fijan los listones al marco. La mujer dice:

—Brentin, ¿qué está pasando?

—Vienen a por mí. No a por ti. A por mí.

Voces. El crujido de un comunicador. Pisadas. De repente llega gente a la habitación. La armadura blanca de dos soldados de asalto. El uniforme negro de un oficial imperial. Todo el mundo está gritando. Disparos de bláster. Su padre dice que se irá pacíficamente. Temmin se pone a gritar. Su madre se pone entre los soldados y su padre, con las manos en alto. Un soldado le asesta un golpe con la culata del rifle. Ella cae al suelo, soltando un grito. Su padre se enfrenta a ellos, los llama monstruos, empieza a golpear el casco de un soldado con los puños…

Un disparo de bláster. Su padre lanza un grito y cae al suelo. Los soldados se lo llevan a rastras. Su madre los sigue a gatas. El oficial de negro se queda atrás, se agacha y le pone una tableta de datos delante de la cara.

—La orden de arresto para Brentin Lore Wexley. Escoria rebelde.

Ella se agarra a su bota, pero el oficial sacude el pie y se libra de ella.

Temmin se acerca a su madre. Está en el suelo, en posición fetal, llorando. Un cúmulo de sensaciones: aflicción, miedo y rabia. Temmin se pone en pie y baja corriendo. Ya han salido por la puerta, arrastrando a su padre hacia la calle inundada, bajo la tormenta. Las botas de los soldados chapotean al caminar. Temmin sale corriendo. Todo esto le parece una pesadilla, como si todo esto pudiera ser real. Como si se hubiera abierto el cielo y hubieran bajado todos los demonios. Pero es real.

Les grita que lo suelten. El oficial se da la vuelta y ríe, mientras los dos soldados de asalto echan a su padre en la parte trasera de un bala-bala, uno de los pequeños deslizadores usados para moverse por los estrechos canales y las calles de Myrra.

El oficial desenfunda la pistola.

—Basta —dice Temmin, con una voz que parece más el aullido dolorido de un animal—, por favor.

El oficial lo apunta con el bláster.

—No te metas, niño. Tu padre es un criminal. Deja que se haga justicia.

—Esto no es justicia.

—Da un paso más y verás lo que es la justicia.

Temmin va a dar un paso…

Pero dos manos lo agarran por la cintura y lo levantan del suelo. Temmin grita y patalea. Su madre le dice al oído:

—No, Temmin. Así no. Vuelve a dentro. ¡Vuelve a dentro!

—Te mataré—grita Temmin, aunque sin saber a quién. Todavía no lo sabe—. Te lo prometo… ¡Te mataré por esto!

—Tenemos un problema.

Su madre, al oído.

Susurrando.

—¿Qué pasa? —dice él, con la boca pegajosa y seca.

—Baja la voz —le advierte ella—. Estamos en peligro.

Temmin respira profundamente. Intenta saber dónde está. Compartimento de carga. Nave pequeña. Un carguero, quizá. Diseño coreliano. Están detrás de un palé con una montaña de cajas selladas con carbonita. Un palé flotante, a juzgar por el aspecto, aunque ahora mismo está apagado y reposa sobre el suelo metálico de la nave.

Entonces lo ve: un cuerpo.

Un cadáver. Tumbado en el suelo, de lado. La mitad de su cara es como una superficie lunar, llena de cicatrices y viejas marcas de quemaduras. Los ojos han perdido el lustro. A su izquierda está la puerta del compartimento de carga. Suficientemente grande para tres de estas cajas, una al lado de la otra. A su derecha, una puerta sellada. Supone que conduce al resto de la nave.

El camarote, el puesto de artillería, la cabina, la carlinga, la proa.

Detrás de la puerta, oye el sonido de una conversación por comunicador. Y voces hablando por los altavoces de cascos.

—Soldados de asalto —dice, en voz baja.

Intenta recordar lo que ha sucedido, cómo ha llegado hasta aquí. Es como intentar atrapar nubes con unas pinzas. Pero poco a poco, la memoria empieza a aclararse. Estaba en las catacumbas. En la entrada. Sentado. Acababa de discutir con su madre. Se dio la vuelta para irse y…

Ella le clavó algo en el cuello.

Su madre empieza a decirle algo, pero él murmura:

—¡Tú me has traído hasta aquí!

—He tenido que hacerlo —dice ella, alarmada.

—Ah. ¿Has *tenido* que hacerlo?

—Es *necesario* salir de este planeta, Tem.

—¿Dónde está el Señor Huesos? ¿Dónde estamos?

—¿Tu droide? —pregunta ella, casi irritada—. No lo sé. Estamos en una nave. En las afueras, cerca de la Carretera de Akar.

Por todos los dioses. ¿Tan lejos se lo ha llevado? ¿Hasta aquí? ¿Cerca de los cañones y de los viejos templos? El pánico se apodera de él. *Mi tienda. Mis mercancías. Mis droides.*

—Ese es el piloto —dice ella, señalando al cadáver—. Nos iba a sacar de aquí. Todo esto estaba infestado de soldados de asalto, así que te he subido a la nave. Lo he encontrado aquí, muerto. Los soldados de asalto han vuelto, no sé por qué. Supongo que hacen un segundo barrido. Quizás estén buscando algo de contrabando.

«Nos están buscando a nosotros», piensa él.

—Tenemos que escapar con esta nave —dice Norra—. Podemos hacerlo juntos. Necesito que seas mi navegador. No tenemos droide astromecánico… —al ver la mirada de su hijo, añade—. Te enseñaré cómo se hace.

Le aprieta la mano.

Temmin está furioso:

—No *puedo* irme de aquí. Este es mi hogar.

—Ahora tenemos un nuevo hogar.

—No me puedes secuestrar así y…

—Puedo hacerlo porque soy tu *madre*.

Por la mente del hijo pasan mil respuestas furiosas, que dan vueltas como perros-anillo persiguiéndose la cola. Pero ahora no es el momento.

—Tengo… tengo un plan —dice Temmin. No es mentira. Pero tampoco es exacto.

—Te escucho.

—Quédate aquí. Espera mi señal.

Norra quiere protestar, pero él sale corriendo por detrás de las cajas. Se detiene delante de la puerta de la cabina. Junto a la puerta, en la pared, hay un panel. Mira a su madre, que lo observa con incredulidad.

Lo siento son las dos palabras que él articula, en silencio.

Ella abre los ojos como platos cuando se da cuenta.

Tengo un plan, solo que no te va a gustar.

Teclea rápidamente en el panel de la pared. Desactiva los goznes neumáticos del compartimento de carga, que sirven para que la compuerta de carga y la rampa se abran lentamente, con la delicadeza de una madre dejando un bebé en la cuna. Temmin no tiene tiempo para eso. Los pistones se sueltan con un silbido muy fuerte y la rampa cae y golpea el suelo con un sonoro *gong*.

Fuera, una plataforma de aterrizaje agrietada, hecha añicos. Abundantes raíces y matas se abren camino entre el plastocemento. Detrás de la plataforma, jungla y ciudad.

Y soldados de asalto.

Un escuadrón entero de soldados de asalto.

Los toman por sorpresa. No están alineados, preparados para la batalla. Están ahí fuera paseando, esperando, curioseando por la maleza y abriendo cajas.

Esto le da a Temmin una oportunidad.

Grita, corre hacia delante y golpea con el hombro el palé lleno de cajas. Con un movimiento rápido de la rodilla, pulsa el botón de los mandos del palé. El palé se eleva instantáneamente unos centímetros por encima del suelo del compartimento de carga. Su madre corre hacia él.

Pero no es lo suficientemente rápida.

Temmin corre hacia fuera, empujando la montaña flotante de cajas con el hombro. Se esconde detrás de la montaña, y así se escuda de la descarga repentina de disparos de bláster. Su madre lo llama, pero él solo puede pensar una cosa: *Ha sido una idea muy estúpida*.

—¿Tenemos un problema? —pregunta Surat Nuat.

Sinjir cruza la sala de juego, pasando por delante de jugadores de dados y cartas, y se detiene delante del gángster sullustano. El gángster se queda ahí plantado, observándolo con su ojo bueno. Sinjir se siente diseccionado, como un insecto al que un niño cruel le arranca las alas con los dedos. Una sensación intensificada por el ruido de unos cuantos blásteres que de repente le están apuntando, a punto para disparar.

Respiraciones entrecortadas por toda la sala. La música se detiene. Todo el mundo le observa.

Su nuevo *amigo* twi’lek está a su lado, temblando.

Sinjir se aclara la garganta y sonríe.

—En absoluto —dice Sinjir—. No hay ningún problema. Se trata de una petición respetuosa, si me lo permites. ¿Puedo apelar a tu… —¿qué palabra logrará satisfacer a este matón engreído? ¿Qué palabra deleitará el ego del sullustano, un ego tan hinchado y rechoncho como un esqueleto de shaak al sol?— …a tu gracia ilimitada, a tu amplia sabiduría, a tu poder eterno?

Surat aprieta los labios.

—Eres elocuente. Y educado. Eso me gusta. Aunque tengas una nariz humana torcida y llena de excrementos. A ver. Di lo que quieres. Pero que sea rápido.

Sinjir piensa repentinamente: *Vete de aquí. Esto no te incumbe. Ella no es nadie. No te importa. ¡No os conocéis! Tuvisteis un momento, un momento singular. Un momento no es nada significativo. Huye de aquí, se te da muy bien*.

Pero… esa mujer. La zabrak lo está observando. Y quizá Sinjir se lo imagine, pero le parece ver algo en su mirada. ¿Reconocimiento? ¿Un escrutinio familiar? Como para confirmarlo, ella inclina ligeramente la cabeza.

Sinjir le dice a Surat:

—La mujer. ¿Es tuya? ¿La puedes vender?

—Efectivamente —dice Surat, frunciendo los labios, divertido.

—Entonces la quiero comprar. Pagaré bastante bien por una primera vez…

—El proceso —le interrumpe Surat— para una candidata de primera como esta, sería una subasta. Así se maximiza el esfuerzo y se asegura que todos los compradores interesados tengan una oportunidad.

—Entonces te ofrezco un suplemento para no competir con nadie.

Surat levanta la mano.

—Da igual. Porque no habrá subasta para ella. Ya tenemos un comprador. A menos que creas que puedes igualar los cofres ilimitados del Imperio Galáctico.

A Sinjir se le hunde el corazón en el pecho como una piedra en una ciénaga. Pero se niega a dejar entrever el miedo y la decepción. En lugar de ello, da una palmada y sonríe ampliamente.

—Entonces creo que ha habido una confusión. Un embrollo de comunicaciones. Verás, yo *pertenezco* al Imperio Galáctico. Soy un emisario. Soy Sinjir Rath Velus, oficial imperial de lealtad, destinado por última vez en el generador de escudos de Endor. Actualmente estoy en Akiva en una… misión diplomática. ¿No te ha dicho nadie que venía? Antes todo funcionaba tan bien, antes de que esos cerdos rebeldes destruyeran nuestro juguete preferido. Pido disculpas. Pero estoy aquí ahora…

—Todavía no he informado al Imperio de esta presa —dice Surat.

—¿Qué? No te sigo.

—No saben que la tengo —el gángster señala la mujer con un gesto—. ¿Tienes un Jedi en alguna parte que ha predicho mi llamada? ¿O es que eres algún tipo de mago con una gran precognición, querido oficial imperial de lealtad Sinjir Rath Velus?

—Bueno, tengo bastante talento.

—O quizá seas un rebelde. O un simple estafador. ¿Acaso importa?

Sinjir traga con dificultad. Sonríe forzadamente y dice:

—Te aseguro…

Surat frunce el ceño.

—¡Matadlo! —grita el gángster.

Los hombres de Surat empiezan a disparar.

—Tenemos un problema, Almirante —dice Adea Rite.

Sloane cruza el vestíbulo del palacio. Las paredes están llenas de marcos dorados con retratos de sátrapas del pasado: el rostro baboso y los carretes caídos del Sátrapa Mongo Hingo; la cara cetrina y enfermiza del Sátrapa Tin Withrafisp; el apuesto y lozano Sátrapa Kade Hingo, un joven gobernador que murió demasiado temprano. La historia oficial dice que fue *asesinado*, la historia susurrada dice que fue por *enfermedad venérea*. Sloane se detiene y dice:

—¿Qué tipo de problema? Le recuerdo que estoy a punto de empezar una cumbre que decidirá el éxito o el fracaso del Imperio y de la galaxia que intenta gobernar.

A la pobre muchacha le cambia la cara: una expresión de miedo como un sol ensombrecido por las nubes. Sloane siente un poco de vergüenza por su respuesta. Sea cual sea el problema, no será culpa de la chica. No obstante, la muchacha reúne todo su valor, respira profundamente y dice:

—Dos naves exploradoras rebeldes —y hay que reconocer, a su favor, que lo dice en voz baja. ¿Quién sabe si alguien podría estar escuchando?

—¿Dónde? ¿Aquí? ¿Sobre este planeta?

—Sí —responde Adea, asintiendo con la cabeza—. Tothwin dice que se trata de dos Ala-A; lo cual apunta a la Rebelión.

Esto está sucediendo demasiado pronto.

—¿Y qué ha pasado con ellos?

No es que importe mucho.

Adea dice:

—Ambos han sido destruidos antes de que pudieran volver al hiperespacio.

Rae hace una mueca.

—¿Los otros destructores lo han visto?

—No lo creo. Al menos, no lo han comunicado. Las naves aparecieron por estribor, lejos de los otros dos destructores. La distancia entre los destructores parece indicar que no lo habrán visto.

Esto quizá les da un poco más de tiempo. Si los Ala-A hubieran regresado sin problemas y hubieran informado, el ataque rebelde sobre su bloqueo podría ser inminente. Pero como los Ala-A no pueden volver, los rebeldes no tendrán información útil. Les dará que pensar. Los cazas quizá han sido destruidos por un ataque imperial, o quizá por una nube volátil de oort. O un campo inesperado de escombros galácticos. La flota rebelde irá con cuidado.

De todas formas, esto le presenta un nuevo problema: ¿debe decírselo a los demás? De hecho, puede asumir ella la autoridad. Ni Shale ni Pandion son almirantes. *Técnicamente*, ninguno de los dos tiene la autoridad para ordenar movimientos de la flota. Sloane sí.

Pero los dos están a cargo de un destructor estelar, y actualmente las reglas no están muy claras sobre quién tiene *autoridad* de verdad para actuar.

Si ella toma una decisión determinante sin informarles…

Ellos también harán cosas a sus espaldas. Un golpe, quizá.

Entonces la cumbre se convertirá en un juego totalmente distinto.

Se contiene una palabrota.

—Muy bien —dice, y le da las gracias a su asistente.

Sloane se dirige a la primera reunión trascendental de la cumbre.

—¿Qué problema hay con… ¡*eh*!

Norra avanza hacia la voz y ve que pertenece a un soldado de asalto, uno de los tres que están entre el compartimento de carga y la nave. Los tres soldados entran, con los rifles bláster listos.

Temmin, ¿por qué has tenido que huir?

Otra voz dentro de su cabeza responde a la primera: *Porque no le has dado otra opción*.

Fuera de la nave, más allá de la puerta del compartimento de carga y fuera de su campo de visión, Norra oye indicios de batalla. Disparos de bláster. Hombres gritando.

—¡Ahí! —dice uno de los soldados de asalto al verla.

Los tres se vuelven hacia ella, apuntándola y señalando con las armas.

—Alto ahí.

—Levántate —ordena el tercero.

Lentamente, Norra se pone en pie. Siente el peso del bláster que lleva en la cintura. Como si pesara más por un gran riesgo, por una gran misión. Su mano tiene ganas de desenfundarlo, probar suerte. La sangre le retumba dentro de las venas de la cabeza, como un río de miedo y rabia. Le vuelven todos los recuerdos. Los soldados imperiales derribando la puerta de su casa, llevándose a su marido a rastras de la habitación de su hijo, golpeándola a ella con la culata del rifle.

«Eres rápida. Estos cabezalatas son lentos. Inténtalo», piensa.

Uno de los soldados se vuelve hacia el exterior. Se sobresalta, y durante un momento ella no entiende por qué.

—¡Cuidado! —empieza a decir, pero entonces unos disparos de bláster lo lanzan contra la pared. Los otros dos se dan la vuelta y empiezan a disparar, pero es demasiado tarde para ellos…

Una moto deslizadora entra en el compartimento de carga y derrapa, y al hacerlo golpea a los dos soldados de asalto en las rodillas. Gritan cuando la moto deslizadora los derriba.

Temmin levanta la visera de su nuevo casco con el pulgar.

—¡Vámonos! —dice—. *Vamos, vamos, vamos, vamos*.

Norra respira profundamente y se sube a la parte trasera de la moto deslizadora. Temmin da un giro de muñeca y el vehículo sale disparado como un cohete de protones.

—Tenemos un… —Rae empieza a decir.

—Un problema, sí —le responde Pandion—, eso creo. He oído que el Capitán Antilles no está respondiendo a nuestros… esfuerzos.

Tashu ha llegado tarde, y llevaba una extraña máscara roja de metal, de aspecto demoníaco. Ahora hace girar la máscara, que está boca abajo sobre la mesa.

—No se preocupe, Moff Pandion. Mi técnica requiere tiempo, pero me he entrenado con los mejores. Las artes tradicionales Sith de…

—Es *gran moff* —le corta Pandion—. Y quizá deba recordarle que todos los Sith han muerto y que usted no tiene su magia.

—*El problema* —dice Rae, alzando un poco la voz—, es que el *Vigilancia* ha encontrado dos Ala-A rebeldes de exploración. Los hemos despachado los dos…

Arsin Crassus se pone en pie. Ya estaba blanco como polvo de hueso molido, pero ahora casi está translúcido. La voz es de pánico, que se acentúa cuando empieza a tartamudear:

—Los rebeldes vendrán a por nosotros. Debemos poner fin a esta cumbre inmediatamente. Yo no soy un combatiente, sino un mero comerciante…

—Siéntese —ordena Rae.

Crassus duda durante un momento, frotándose los dedos de las dos manos. Un hábito nervioso.

—No sea cobarde, Crassus —dice Pandion—. Siéntese.

Crassus se sienta. No obstante, Sloane observa que solo lo hace cuando se lo dice Pandion.

—Tengo un plan —dice Rae—. Aunque pueda parecer poco convencional.

Jylia Shale se inclina hacia delante.

—Estamos escuchando.

—Propongo que los destructores estelares salten al hiperespacio. Que no vayan lejos. Pero que queden lejos del alcance de todos los sensores, tanto los ópticos como los de barrido de larga distancia.

—¡Pero quedaremos desprotegidos! —exclama Crassus.

—Si los rebeldes no encuentran nada aquí, se irán. No tienen tiempo ni recursos para realizar un seguimiento de un planeta remoto y periférico como este. Pero si ven tres destructores estelares imperiales…

Pandion se reclina en su asiento, con una sonrisa burlona.

—Parece ser que estoy en una mesa llena de cobardes. Permítame proponer una solución alternativa, Almirante. Usted está a cargo de la flota del Devastador. Es nuestro último súperdestructor estelar. Tiene esa nave y quién sabe cuántas más. Ni siquiera lo sabemos. Una cantidad desconocida, escondida como los mejores juguetes de un niño codicioso —en este momento se inclina hacia delante, señalándola con un dedo acusador—. Quizá haya llegado el momento de *compartir,* Almirante. Traiga toda su flota. No vamos a correr con la cola escondida entre las piernas. Vamos a hacer todo lo *contrario*. Consolidar nuestra presencia. Y si los rebeldes vienen a husmear, comprobarán que han revuelto un nido de víboras.

—No —dice la General Shale, golpeando la mesa con su pequeño puño arrugado. La mujer niega con la cabeza, con firmeza—. Ninguno de nosotros está listo para esto. Esto es una partida de chatta-ragul. Todas las fichas están en el tablero, nos guste o no. Secuaces, Exploradores, Caballeros… y hasta Pontífices, el Castillo, la Emperatriz. Nunca se mueve a la Emperatriz a menos que no quede otra opción. Ese fue nuestro error con la gran estación espacial de Palpatine: la Estrella de la Muerte era nuestra

Emperatriz. La movimos demasiado rápido. Fue un gambito de chatta-ragul que fracasó estrepitosamente.

—Hable claro —dice Pandion—. Esto no es ningún juego.

—*Sí* que es un juego —replica Jylia, con la mandíbula firme—. Es un juego con una apuesta muy alta, en el que tenemos que ser más astutos que nuestro oponente. El líder de la flota de la Nueva República es el Almirante Ackbar. Es un genio de la estrategia. Un guerrero de la mente. Pero no se apresurará en venir con la flota. Un rebelde desaparecido, luego dos más. Seguramente sospechará que está pasando algo, que podría ser otra trampa en la que caer. Pero al no tener más información, se lo pensará dos veces antes de enviar otro rebelde a la tumba. Seguramente, su siguiente movimiento sea enviar una nave teledirigida.

—O un droide —dice Rae.

—Sí. ¡Sí! Un droide sonda de largo alcance. Eso es muy probable. Lo enviará desde una nave que esté a cierta distancia. Lo suficientemente cerca para que los escáneres funcionen. Esto significa que si tenemos naves aquí, el droide será completamente innecesario. Y esa nave estará fuera del alcance de nuestras armas. Saltará al hiperespacio y Ackbar movilizará su flota. Y entonces será guerra abierta, una vez más. Una batalla que no podemos permitirnos perder, porque les recuerdo que estamos consumiendo recursos mucho más rápido de lo que los producimos. Hemos perdido naves, fábricas de armas, fábricas de droides, minas de especias, depósitos de combustible. ¿Quieren arriesgar todavía más? No podemos permitir pagar esa deuda.

—*Cobardes* —grita Pandion, levantándose tan rápidamente que la silla casi se cae al suelo—. El *Devastador* es un arma poderosa, y Sloane está ahí dentro como una nuna rechoncha sobre un nido de huevos que ya se han abierto —señala a Crassus y Tashu—. En esta reunión cuentan todas las voces, ¿no es así? Entonces se lo pregunto a ustedes. ¿Cuál es su voto? ¿Somos un imperio de perros callejeros y gallinas de los pantanos, lloriqueando y cacareando por la noche? ¿Qué dicen?

Crass asiente con la cabeza.

—Yo digo que adelante con el súperdestructor estelar. Digo que ataquemos —y hace un gesto torpe, golpeando con el puño en la palma de la mano.

—Crassus ya ha admitido que no es un combatiente —dice Rae—, sino un comerciante. ¿No es así, Arsin? ¿Va a seguir su consejo?

Tashu empieza a hablar, adelantándose al estallido de Pandion.

—Yo quiero decir algo. Los Sith son maestros del engaño. No es una muestra de cobardía esconderse en las sombras y atacar cuando el enemigo ha pasado de largo. Estoy de acuerdo con la almirante.

Sloane asiente con la cabeza.

—Somos tres contra dos. Desplazaremos los destructores.

—No —dice Pandion—. Yo estoy al mando de una de esas naves. Y no la voy a mover. Se queda aquí.

Su mirada tiene un toque de desafío salvaje. Esto está ocurriendo mucho antes de lo que Sloane esperaba. Siempre ha sabido que uno de ellos la pondría a prueba, probablemente Valco Pandion. Muy bien. Camina junto a la mesa y se detiene delante de él, cara a cara.

—Soy la almirante de esta flota. No tiene la autoridad, autoproclamada o legítima, para dar órdenes a una nave que entren en conflicto con las órdenes de toda la flota. No tiene autoridad para denegar mi orden.

Pandion sonríe.

—¿Y qué ocurre si lo hago igualmente?

—Entonces el *Vigilancia* barrerá su nave del cielo. Sus restos caerán como lluvia por encima de todos nosotros. Y así será como acabará el Imperio. Destruyéndonos los unos a los otros, como ratas enloquecidas por el hambre, ratas comiéndose entre ellas en lugar de salir a buscar comida.

—Podría llevarme mi nave. Huir a un sistema lejano…

—¿Huir? —pregunta Rae—. Quiere huir. Usted es el *cobarde*.

Pandion hace una pequeña respiración. Un resoplido diminuto.

Ya te tengo.

Por ahora.

—Almirante —dice, cambiando repentinamente de tono. Incluso sonríe ligeramente e inclina la cabeza—. Evidentemente, estaba haciendo de abogado del Imperio. Es importante diseccionar completamente a un animal para poder entenderlo. Le agradezco que me haya permitido desafiarle de esta forma. Proceda como le parezca adecuado.

Ella afirma con la cabeza. *Una victoria temporal*, piensa. Pero Pandion está haciendo aquí lo mismo que ella quiere hacer con la flota de Akiva: retirarse temporalmente para poder volver a luchar otro día. ¿Qué es lo que ha dicho Tashu? *Esconderse en las sombras y atacar cuando el enemigo ha pasado de largo*.

«Parece que al fin y al cabo tenemos un problema», piensa Sinjir, agachándose para esquivar disparos de bláster, saltando y corriendo entre mesas de juego. Tira por los aires una montaña de fichas, que pertenecen a un pastor de nerfs depravado con la cara cubierta de sudor. El hombre se levanta a recoger todas las fichas, y acaba recibiendo un disparo en la espalda. Sinjir hace caer los dados de otra mesa, y casi tropieza con una ruleta justo antes de dar un salto a la carrera.

Salta por la parte central de la barra. Le falta aire en los pulmones. Los disparos de bláster acribillan la pared de madera y hacen volar botellas y vasos, que se rompen al caer al suelo. Sinjir respira con dificultad pero logra moverse, con los brazos por encima de la cabeza para protegerse de los vasos y botellas que caen.

Entonces todo se detiene.

«¿Ya ha terminado?», piensa.

Una sombra se alza sobre él.

Es el camarero, que lo observa. Con una sonrisa grasienta en la cara y la barbilla verde y pegajosa por las hojas que escupe.

—Tienes un problema —dice el camarero.

Su puñetazo es como la caída de un meteorito. Golpea a Sinjir como el pistón del compartimento de carga de una nave. Los ojos le dan varias vueltas, todo se vuelve borroso y cae inconsciente.

INTERLUDIO

UYTER

—Tenemos un problema —dice el conductor.

El joven Pade ve el humo sobre las colinas mucho antes de ver de dónde viene. Pero puede adivinarlo.

Mira al resto de reclutas. O reclutas potenciales. Todos murmuran sobre lo mismo. Murmuran y abren las ventanas del transporte y miran hacia fuera.

El conductor de autobús flotante, un nimbanel bigotudo y de hocico hinchado, mira hacia atrás con esos ojos pequeños y brillantes que tiene debajo de una frente enorme. El nimbanel le dice a Pade y a los otros chicos:

—Se lo… se lo tenéis que decir. Decidles que no trabajo para el Imperio. ¡Yo solo conduzco! Lo sabéis todos, ¿no?

—Vamos, hombre —dice Pade—. Llévanos hasta ahí.

El nimbanel suelta algún improperio en voz baja.

Otro de los chicos, regordete, de pelo áspero y oscuro y varias pecas en la cara, se da la vuelta y mira a Pade.

—¿Crees que estamos acabados?

—No lo sé —dice Pade encogiéndose de hombros—. Tendremos que esperar para saberlo, supongo.

Pone cara de duro. Pero es falso, porque él también tiene miedo.

El autobús sigue avanzando por las carreteras maltrechas de Uyter. Las colinas que se alzan a lado y lado de la carretera están cubiertas de hierba. En su día era hierba verde, pero ahora es pálida, descolorida.

Pronto, entre esas colinas aparece la academia imperial de soldados de asalto.

Está ardiendo. O, mejor dicho, ha ardido. La mitad del edificio ha sido arrasado por las llamas. Desde su interior se alzan columnas de humo negro.

En el suelo hay una docena de soldados de asalto muertos.

Entre ellos hay otros hombres y mujeres. No son imperiales. Llevan sencillos chalecos y cinturones multiusos. Llevan rifles y blásteres. Todos los chicos del autobús sacan la cabeza por la ventana para mirar. Al igual que Pade, es la primera vez que ven armas tan de cerca.

Esparcidos por ahí hay horquillas, llaves y herramientas contundentes.

En su mayoría son jóvenes granjeros. Gente de la periferia. Algunos de ellos, reclutados por los oficiales.

A algunos, como en el caso de Pade, simplemente los enviaron.

Los enviaron aquí.

A un lugar que ya no es un lugar.

El autobús se detiene cuando uno de los hombres se planta delante del vehículo. *Un rebelde*, piensa Pade. La puerta se abre y el nimbanel baja. Los chicos se quedan sentados, sin saber muy bien lo que tienen que hacer.

Pade piensa que tiene que parecer duro. Baja del autobús.

El nimbanel está discutiendo con el rebelde, un hombre de barba descuidada y con una cicatriz en un lado del cuello. El nimbanel agita las manos, diciendo:

—No, no, estos niños no son mi responsabilidad. ¡No! No los voy a devolver, nadie me pagará por esto…

—Señor —dice el rebelde—, como puede ver, la academia imperial está cerrada. Este no es lugar para los niños. —Cuando ve a Pade ahí, el rebelde se aparta del conductor y baja la mirada hacia él.

—Señor —dice Pade.

—Hijo —dice el hombre—. Vuelve a subir al autobús. Volverás a casa en menos que un nerf sacude la cola.

—No quiero ir a casa.

—Da igual. Tu casa no es aquí.

—No tengo casa en ninguna parte. Mis padres me echaron y se fueron sin que me enterara. Se han ido a algún lugar a hacer de nómadas. Solo puedo ir a la academia imperial. No tengo otro lugar.

El rebelde reflexiona. Mira hacia las colinas. Entonces al nimbanel, al autobús y otra vez a Pade.

—¿Qué harás si no puedes venir a la academia?

—Ya te lo he dicho. No puedo ir a ninguna parte —Pade se mira los pies y baja la voz—. ¿Habéis matado a los chicos de la academia? ¿Los futuros soldados de asalto?

—¿Qué? Por todas las estrellas, no.

—¿Qué habéis hecho con ellos?

—Te gusta meterte donde no te llaman, ¿verdad?

—Quizá por eso mis padres decidieron deshacerse de mí.

El hombre suspira y se arrodilla.

—Algunos de esos chicos se irán a casa. Otros se van a la Nueva Academia de Chandrila. Si tienen edad suficiente, nos los llevaremos y les enseñaremos a ser soldados, si quieren unirse a la causa. De lo contrario, vuelven con sus padres. O van a orfanatos.

Pade levanta la barbilla.

—Ahí es donde quiero ir yo también. A la Nueva Academia.

—Mmh —al hombre se le estrechan los ojos—. De acuerdo, a ver —se pone la mano en el bolsillo y saca un puñado de créditos, se gira y se los pone en la mano al nimbanel. Entonces le dice a Pade—. Ciudad Central sigue estando en manos del Imperio. Asegúrate de que te lleve a Romperíos. Mañana por la mañana hay una lanzadera que sale de ahí y lleva a Ciudad Hanna. Asegúrate de estar en esa lanzadera.

Pade asiente con la cabeza.

—Gracias, señor.

—Todos los chicos que quieran pueden tomar esa lanzadera. Díselo.

—Lo haré —Pade se da la vuelta, y dice por encima del hombro—. Gracias. Que la Fuerza le acompañe, señor.

—Y a ti también, chico. Y a ti también.



CAPÍTULO TRECE

Ser padre es algo extraño. Los padres crían a sus hijos pensando que su obligación es enseñarles a… a hacerlo todo. A comer, vivir, respirar, trabajar, jugar, *existir*. Una madre le dice a sus hijos cómo enfrentarse a los abusones en la academia, o a distinguir entre las calles que son seguras y las que no, o a conducir un bala-bala sin estrellarse contra la pared. Los padres enseñan todas estas cosas porque sus hijos necesitan saberlas. Porque el niño solo no es capaz. No su culpa, claro. Nace con la mente en blanco. El trabajo de los padres es poner la primera inscripción en la pared, y asegurarse de que esta inscripción sirva de manual de instrucciones. Y asegurarse, en definitiva, de que su hijo no *muera* intentando aprender a *vivir*.

Es difícil salir de ese modo. Es difícil ver cuando tu hijo se ha quitado de encima el manto de la ignorancia y ya sabe hacer las cosas.

Ya sabe *ser*.

Y ahora mismo, Norra no lo ve.

Porque su hijo está a punto de matarlos a los dos.

Ella se monta en la moto deslizadora y Temmin se aleja de la parte trasera de la *Polilla* como un jogánlago con las alas en llamas. Ella le tira del brazo, apunta hacia la jungla. La vegetación es espesa y es fácil perderse por ahí. Estos soldados de asalto no están preparados para la jungla. No son pilotos de moto deslizadora. Entre los árboles y la maleza, Temmin y Norra podrán desaparecer. Quizás incluso bajar por el cañón.

Pero Temmin no le escucha.

Parece ser que escuchar ya no es su punto fuerte. Antes escuchaba. Era un buen *niño*. Siempre un poco tozudo, de acuerdo, pero le hacía caso a su madre. Escuchaba su consejo, hacía lo que ella le decía.

Esto ha cambiado. Está claro. Ella le dice que vaya hacia la jungla, y él va hacia otro lado. Temmin dirige la moto deslizadora hacia la ciudad.

¡Las calles son demasiado estrechas! Pueden circular por algunas avenidas principales, como por ejemplo la CBD o la Principal 66, pero la primera estará llena de gente y la segunda repleta de vehículos y rebaños de animales. Intenta gritarle otra vez para que dé la vuelta y se adentre en la selva, pero él no le hace caso.

Justo entonces, los disparos láser empiezan a hacer saltar piedra y barro a su alrededor.

Ella mira hacia atrás por encima del hombro y ve dos motos deslizadoras, acercándose a toda velocidad.

Los soldados de asalto están inclinados hacia delante, pulsando el acelerador al máximo. Entre las palas frontales de dirección de las motos, empiezan a salir rayos láser rojos. Norra le grita a Temmin al oído:

—¡Nos disparan!

Él asiente con la cabeza y hace un giro brusco a la derecha. Sube por un pequeño terraplén que lleva hasta una superficie de plastocemento hecha añicos, que desciende hacia un callejón sinuoso. Paredes a lado y lado. Norra se queda sin poder respirar unos momentos. Si se mueven unos centímetros hacia un lado, están perdidos. Si se mueve *lo más mínimo*, la pared le rasgará la rótula o el codo como una macrolijadora, y será su fin. De repente, la moto da un respingo por encima de un manojo de cables que cruza el callejón.

Detrás de ellos, los dos perseguidores hacen el mismo salto. Van uno tras otro, en línea, no uno al lado del otro. Eso significa que solo uno puede disparar. Un movimiento muy astuto por parte de su hijo. *Quizá…*

Siempre y cuando no se maten tomando una curva demasiado cerrada.

Y de hecho, Temmin toma una curva cerrada: la esquina de un edificio octogonal. *Un viejo banco*, piensa Norra, lo que significa que se dirigen a los mercados, hacia la avenida CBD. Ahí es más ancho para conducir, pero también más peligroso. Toda esa gente complicará la ecuación. Como asteroides flotando en el espacio abierto. Y lo último que quiere Norra es verles disparar a un pobre mercader estelar o a un vendedor de hojas de quilka. Lo último que quiere es un baño de sangre.

Por delante, entre montañas de cajas, el desvío que lleva a la avenida CBD.

Los disparos agujerean las cajas, que tiemblan y se desmoronan.

Llega el desvío…

Pero Temmin no gira.

Sigue recto.

Por delante, hay un muro bajo. Un *callejón sin salida*. Una montaña de chatarra, más manojos de cables, más cajas, una plancha de aluminio ondulado.

Norra empieza a gritar el nombre de su hijo…

—¡Temmin! ¡*Temmin*!—pero él se limita a levantar el pulgar y gritarle:

—¡Confía en mí!

Confiar en su hijo.

Confiar en que tomará la decisión correcta.

Confiar en que en que no se matará, llevándosela a ella también y a los dos soldados de asalto que les pisan los talones.

La pared se acerca rápidamente. Cajas, cables, plancha de metal.

Entonces es cuando Norra se da cuenta: no va a seguir hacia delante.

Va a ir hacia *arriba*.

Con un disparo rápido del bláster de la moto deslizadora, el aluminio se inclina ligeramente a la izquierda, y crea una pequeña rampa. Hace girar la moto deslizadora *impecablemente*, y lo próximo que sabe Norra es que su estómago está tres metros por debajo de ellos, en el suelo.

Norra nota cómo su hijo se tensa. Y entonces los turboace-leradores los lanzan hacia delante, con fuerza y rapidez.

La moto deslizadora sube por la rampa, salta por encima de las cajas y de la pared baja. Es una pared de cemento dentada con contornos ondulados. La moto recorre estas ondulaciones como un barco mecido por olas enormes. Van dando botes vertiginosos, y Norra resiste como puede.

Detrás de ellos, uno de los soldados de asalto intenta la misma maniobra.

La hoja frontal queda atrapada en la pared, y la parte trasera del vehículo sale despedido hacia arriba. El soldado de asalto suelta un alarido al caer hacia delante, aplastado por el peso de toda la moto deslizadora, que estalla en llamas.

La segunda moto logra hacer el salto. Atraviesa la cortina de fuego de la primera, con el cañón en disparo automático. Llenando el aire de disparos láser aullantes.

Temmin gira a la derecha. Recorre una plancha que va en diagonal del muro bajo hasta otro más alto, que pertenece a una casa con un jardín decrépito en la azotea que no se utiliza desde hace tiempo. Pasan por delante de un lutrilliano rechoncho de barbilla peluda que está sentado en una tumbona desvencijada, con un anfibio a medio comer en la mano. Apenas se inmuta al verlos pasar.

Norra se da cuenta de que Temmin no tiene ninguna intención de bajar a nivel de calle. Las azoteas, claro. Cuando alguien quiere recorrer Myrra, lo hace por la calle. Pero Temmin y sus amigos siempre fueron por los tejados. Saltando de edificio a edificio. Unos saltos que Norra no podría hacer sin quebrarse el tobillo como un trozo de madera vieja. Temmin y los demás usaban pasarelas y planchas de hojalata. Cuerdas y pértigas.

Se conoce bien las azoteas de esta ciudad.

Y entonces piensa que seguramente no es la primera vez que sube por aquí en una moto deslizadora.

Se da cuenta de que su hijo es un gran piloto.

Y una segunda voz interior le dice: *Y es igual de temerario que tú.*

De repente, un estallido de chispas a sus espaldas. Le vibran las piernas cuando un disparo de bláster impacta en la parte trasera de la moto deslizadora, que empieza a tambalearse y a inclinarse justo cuando suben por otra pasarela hasta un tejado todavía más alto. Pero Temmin logra estabilizarla.

Él coge las manos de su madre, tira de ella hacia delante y se las coloca en el manillar.

—¡Te toca! —grita. Y entonces empieza a escurrirse por debajo de su brazo.

—¿Qué? —le grita ella, en pánico.

Delante de ellos hay una barra metálica que sale de un invernadero, con una inclinación de cuarenta y cinco grados. Cuando Temmin llega a la parte trasera y su madre ya tiene el control de la moto, le grita:

—¡Nos encontramos en casa de la tía Esmelle!

¡Temmin, no!

Temmin salta de la moto.

Ella continúa hacia delante a toda velocidad. Delante tiene una plataforma metálica improvisada entre un tejado y el siguiente. Norra piensa en frenar, pero no puede hacerlo, perdería demasiada velocidad. Probablemente sea mejor saltar por el borde del muro. Y que sea lo que tenga que ser.

Hace lo que puede. Acelera.

Volviendo la cabeza, ve a su hijo dando giros en la barra metálica como un acróbata de circo. *¿Cuándo ha aprendido a hacer esto?*, se pregunta. Y justo entonces Temmin se deja caer justo detrás del soldado de asalto, en la moto deslizadora imperial.

Norra recorre la plataforma, sube a otro tejado y entonces frena.

El vehículo protesta por una reducción de velocidad tan violenta. Hace girar el manillar para detenerse derrapando, justo en el borde del edificio. Se queda sin aliento cuando ve al soldado de asalto en la otra azotea. Tumbado en el suelo, inerte.

Montado en la otra moto, Temmin desaparece en dirección contraria. Por donde han venido.

Norra aprieta la mandíbula y le da media vuelta al vehículo. Pero hace años que no conduce una moto deslizadora. Se siente patosa. Y cuando le da al acelerador y empieza a avanzar, se da cuenta de algo. Como un puñetazo en el mentón.

Lo he perdido.



CAPÍTULO CATORCE

Los truenos se ciernen sobre Myrra mientras caen relámpagos entre nubes más negras que la lengua de un dewback. La oscuridad imperante va acompañada de lluvias. Norra mira por la ventana. La lluvia acaricia el exterior del cristal circular. Norra se estremece con cada estruendo y cada destello de luz.

—Estoy segura que todo le irá bien —dice su hermana, Esmelle. Esmelle es unos cuantos años mayor que ella. Cuando Norra nació, Esmelle ya correteaba por la ciudad con su propia banda de gamberros.

Desde entonces ha perdido buena parte de ese espíritu indomable. Ahora es una mujer feliz de vivir en su hogar de la Colina del Huerto. Como si estuviera esperando que se la llevara la muerte y así unirse al resto de tumbas que hay subiendo por su calle. Tumbas debajo de árboles fruteros. PARA PODER COMER DE LOS QUE SE HAN IDO Y RECORDARLOS, dice una placa en la puerta de entrada al huerto. A Norra esa idea siempre le ha revuelto el estómago.

Norra se gira hacia Esmelle. Está intentando contener la rabia desde hace rato, como si fuera una burbuja de gas dentro de una botella. Pero está nerviosa, irritable. Siente que la botella tiembla y el cristal se está resquebrajando.

—¿En serio? ¿Y por qué lo dices?

Esmelle, pequeña y delgada, sonríe.

—Porque siempre le ha ido todo bien.

—Sí. Muy bien. Totalmente, perfectamente *bien*. Bien, como que no vive aquí con vosotras, sino en mi antigua casa. Y le dejáis que convierta la casa en un pequeño mercado negro, donde le amenazan… *criminales,* donde vende todo lo que sea que ha robado, donde…

Esmelle, siempre sonriente, da una palmada a Norra en el hombro.

—Norra, cariño, deberías estar orgullosa de él. Lo criaste para que fuera inteligente. *Independiente*. No puedes enfadarte con él por ser lo que le enseñaste que fuera.

Norra ríe. Es una risa vacía y amarga.

—No estoy enfadada con él, Esme, sino *contigo*. Lo dejé en tus manos. Se suponía que tenías que hacerle de madre. Y ahora me entero que tiraste la toalla. ¿Llegaste a intentarlo?

—¿Que si lo intenté? —la sonrisa se desvanece del rostro de Esmelle como la última hoja de un árbol agitado por una tormenta. Se le estrechan los ojos. *Muy bien*, piensa, *vamos a discutir sobre esto*—. Te recuerdo que fuiste tú, querida Norra, la que se fue. Yo no me fui a perseguir la cruzada de algún pobre diablo por media galaxia, como tú. Yo no dejé que mi prioridad fuera otra gente antes que mi propio hijo, sangre de mi sangre. Y —aquí Esmelle hace un sonido exasperado*, ¡bah!*—, y si te preguntas por qué a tu hijo le gusta pasar el tiempo con criminales, te recuerdo que tu propio marido era…

Norra levanta la palma de la mano.

—No sigas.

Esmelle parpadea. Traga saliva. Como si se acabara de dar cuenta que está bailando por el borde de un acantilado y ahora el suelo se está rompiendo bajo sus pies.

—Solo digo que el último recuerdo de su padre es que se lo llevaron por la calle como un vulgar ladrón.

—Brentin era un *buen hombre*. Llevaba mensajes para la Rebelión mucho antes de que *hubiera* una Rebelión. Y ahora hay mucho más que eso. Hay un nuevo amanecer, un nuevo día, una Nueva República. En parte gracias a gente como *él*.

Esmelle suspira.

—Sí. Y supongo que tú también te crees una heroína. Has salvado la galaxia, pero has perdido a tu hijo. ¿Vale la pena, querida hermana?

Maldita víbora venenosa…

Entra la mujer de Esmelle, Shirene. Le pasa el brazo por el codo y le da un beso en la mejilla.

—Esme, ¿té apetece un té caliente? He dejado la termojarra sobre los fogones de la cocina.

—Sí. Sí, me parece genial. Voy… voy a buscar el té.

Esmelle fuerza una sonrisa y desaparece sin decir nada, como es habitual en ella.

Shirene suspira. Shirene es lo contrario de Esmelle en muchos aspectos. Esmelle es esbelta y pálida como un fantasma. Shirene es ancha, redondeada, con la piel oscura como un puñado de tierra cuando le das la vuelta. Tiene el pelo corto y rizado, pegado al

cuero cabelludo, mientras que el de Esmelle es largo, como una catarata plateada que le cae por la espalda.

—Shirene, no necesitas meterte en todo esto.

Shirene chasquea la lengua.

—Por favor, Norra. Esto me incumbe. Me toca de cerca. A Temmin lo quiero como a mi propio hijo. Pero lo que tienes que entender es que *no es* nuestro hijo —Norra empieza a protestar, pero Shirene la hace callar. Shirene tiene la habilidad mágica de hacer callar a alguien de forma suave y educada, agradable y necesaria—. No me malinterpretes. Quiero decir que nunca estuvimos preparadas para esto. Para *él*. Ha salido a ti. A ti y a Brentin. Es desafiante *porque* es más listo que una serpiente látigo y más pillo que un pájaro vela. Perdona a Esmelle. Y perdóname a mí. No estábamos preparadas. Y tú te habías ido. ¿Qué otra opción teníamos?

—Me tuve que ir. Tenía que luchar.

—Lo sé. Y siento que nunca encontraras a Brentin.

Norra hace una mueca de dolor. Es como recibir un bofetón. Aunque Shirene no lo ha hecho con mala intención. Por la mirada que pone, Norra sabe que lo ha dicho con honestidad, que no quería hacerle sentir mal. Pero duele igualmente.

—No era ningún criminal.

—Lo sé. Y Esmelle también lo sabe.

En el cielo retumba un trueno cercano. La lluvia golpea la casa por fuera. Es normal en esta época del año. Ha llegado el mausim, que da la bienvenida a la temporada de lluvias.

—La verdad —dice Shirene—, es que Temmin cuida de nosotras más de lo que nosotras cuidamos de él. Nos ayuda a pagar algunas cosas. Aparece a principios de semana con un cesto de frutas y pan, a veces también con cecina de wyrg o salchichas arguez picantes. Si se rompe el evaporador o la bomba de inundaciones, aparece con los recambios y las herramientas y lo arregla. Somos un par de gallinas viejas, y Temmin nos cuida muy bien. Lo echaremos de menos.

—Podéis venir con nosotros. La oferta sigue en pie.

—Puf. Norra, para bien o para mal, hemos echado raíces. Estamos tan arraigados en esta colina como el huerto de más arriba, tan aposentadas como los huesos bajo tierra. Eso sí, llévate al chico a algún lugar mejor.

Norra suspira.

—No parece que vaya a querer.

—Bueno, ya se ha construido una vida aquí. Esa tienda suya…

Esa tienda suya.

El pensamiento le llega como un rayo de luz.

—¡A la tienda! —dice Norra, frunciendo el ceño—. Temmin no tenía ninguna intención de venir aquí. Ha vuelto a su tienda. —*Nunca tendría que haberlo sacado de ahí*.

—Bueno, seguramente no pasa nada…

—Sí que pasa. ¿Te acuerdas de los criminales que he mencionado? Estarán buscándolo. ¡Maldita sea! Estaba tan inmersa en todo lo que ha pasado, que no lo he visto. Los soldados de asalto no lo han podido atrapar. Se les ha escapado —suspira, con las palmas de las manos sobre los ojos cerrados. Presiona con tanta fuerza que ve estrellas y rayitas detrás de los párpados—. Necesito que me dejes tu bala-bala.

Shirene la mira con una sonrisa triste.

—Por supuesto, Norra. Lo que necesites.

«¡Maldita sea!», piensa Temmin.

Está tumbado boca abajo en la azotea del Maestro Hyor-ka, la tienda de bollos dao-ben al vapor que hay enfrente de su tienda. Aunque tiene un toldo encima, está más empapado que una rata cenagosa de ojos rojos ahogada en una cisterna. La lluvia lo mantiene aquí como una mano divina.

Vuelve a mirar por los macrobinoculares. Los pasa a visión nocturna.

Dos de los secuaces de Surat Nuat (un rodiano barrigudo y ese hérglico de piel aceitosa) hacen lo mismo que han estado haciendo en la última hora: sacando a la calle chatarra del interior de la tienda de Temmin. Lo tiran todo al suelo con un gran estruendo metálico. Y entonces, un par de monolagartos kowakianos bajan de la azotea cercana, eligen las piezas más brillantes y se las llevan corriendo como pequeños lunáticos escurridizos.

Dentro de la tienda se oyen golpes. Taladros. Gritos.

Están intentando saber cómo llegar al nivel inferior. Quieren llevarse lo que le robó a Surat.

No es que él sepa *qué es* exactamente lo que le robó a Surat.

Supone que es un arma. Tiene que serlo.

Pero, sea lo que sea, ahora es *suyo*. No de este ese maldito sullustano.

Cuando dejan la puerta abierta, puede ver un poco del interior. Ahí están los pies puntiagudos de su guardaespaldas personal, el droide de combate B1: el Señor Huesos. Los pies están quietos. Parece que están plegados contra las piernas, lo cual significa que su raquítico guardaespaldas está en posición de almacenamiento. Lo que es peor, Temmin puede ver un leve resplandor azul alrededor del metal.

Sospecha que eso es el resplandor de un cierre iónico. Esto explicaría por qué el Señor Huesos no ha respondido al comunicador. Tienen el droide encerrado en un campo de iones.

Un movimiento inteligente.

Y esto deja a Temmin con una opción menos. De hecho, Huesos era su mejor baza para recuperar la tienda rápidamente, aunque fuera de forma temporal. Enviar al droide B1 modificado a darle una paliza a todo el mundo para poder colarse y bajar a esconder todas sus cosas.

Ahora que esa opción no es viable, le espera un camino más largo y más arduo: tiene que encontrar uno de los conductos de acceso a las viejas catacumbas de debajo de la ciudad, y recorrer los túneles hasta llegar a su tienda. Conoce el camino, pero no será rápido. Tendrá que ponerse en marcha ya, cruzando los dedos para que los lumbreras que trabajan para Surat no entren antes.

Temmin empieza a guardar sus binoculares…

Pero, ¿qué es eso a su derecha? Una especie de risita estridente.

Conoce ese sonido.

De repente, algo se mueve. Una forma se le acerca corriendo. Uno de los monolagartos le intenta robar los binoculares. El pequeño demonio sisea y le escupe, entonces le mordisquea la mano. Empiezan un frenético tira y afloja.

—¡Suéltalo! —gruñe.

Pero entonces algo se le tira encima como una bala de cañón.

El segundo monolagarto.

Este empieza a clavarle las garras en las orejas y a arrancarle pelos a mordiscos. Sin parar de reír. La distracción funciona. Los binoculares se le escapan de las manos. El primer monolagarto empieza a brincar, celebrando su victoria.

Temmin se pone en pie y se lanza contra la criatura.

El segundo, que ha caído al suelo, se le pone delante de un salto. El animal se le enrosca en el tobillo, tirando de él. Antes de que se dé cuenta de lo que está pasando, Temmin ha tropezado y se cae por el borde del tejado. Cae sobre el toldo de la tienda de dao-ben, rueda por el toldo y acaba cayendo en un charco profundo. *Chas*.

Se levanta rápidamente, farfullando y escupiendo. Todo su cuerpo es una pequeña catarata turbia. Temmin se aparta el pelo de los ojos…

Y la punta curva de un hacha gigante le pesca un agujero de la nariz y lo obliga a subir la cabeza. *¡Ay, ay, ay!* Ahí está el hérglico, con una sonrisa siniestra que enseña varias hileras de dientes afilados, que rechinan como una lima frotando la madera.

—¡Es el chico! —grita el hérglico—. ¡Tenemos al chico!

Por encima suyo, los monolagartos chillan y se carcajean.

Se tambalea por el bosque. El bosque en llamas. Matorrales ardiendo.

Ve un casco de soldado de asalto, chamuscado y medio fundido, cerca de unas llamas. A lo lejos, el esqueleto de un caminante AT-AT, con la parte superior pelada como una flor metálica por una explosión. También en llamas.

Cuerpos por todas partes.

Algunos de ellos son anónimos, sin nombre. Al menos, para él. Pero a otros los conoce. O los conocía. Ahí está el oficial con cara de niño, Cerk Lormin. Un buen chico. Siempre dispuesto a servir. Se unió al Imperio porque es lo que tocaba hacer. No seguía los ideales imperiales, para nada. No muy lejos está el Capitán Blevins. Este sí que

seguía los ideales fervientemente. Un charlatán fanfarrón, un abusón. Su rostro está cubierto de sangre. Sinjir se alegra de que este esté muerto. Cerca hay una chica. Reconoce su cara pero no recuerda su nombre. Y la insignia de rango en el pecho está cubierta de sangre. Quienquiera que fuera, ahora ya no es nadie. Abono para el bosque. Comida para los nativos, los ewoks. Polvo de estrellas, nada más.

«Somos todos polvo de estrellas, nada más», *piensa.*

Un pensamiento absurdo. Pero no menos absurdo que el siguiente: Nos lo hemos buscado.

Debería echarles la culpa a ellos. A los rebeldes. Todavía puede oír sus aplausos. Sus disparos al aire. Chicos de pueblo, campesinos. Granjeros convertidos en pilotos, fontaneros haciendo de soldados.

Me alegro por ellos.

Se merecen su celebración.

Como nosotros nos merecemos nuestras tumbas.

Lo despierta una piedrecita golpeándole la cabeza. *¡Toc!* Una cabeza que está como si le hubiera pisado un caminante imperial que pasaba por ahí. La piedrecita aterriza junto a la cara, en una pequeña montaña de piedrecitas.

Sinjir gruñe, intenta levantarse.

El suelo se mueve, se balancea. Tiene la sensación de estar a punto de caer, aunque no lo esté. El vértigo se apodera de él.

Parpadea. Intenta ubicarse.

Está en una jaula. De hierro oxidado. Con forma de jaula para pájaros, solo que de tamaño aproximadamente humano. Está colgando de una cadena gruesa y pesada. Una cadena que sube entre rocas escarpadas y goteantes. Es un espacio alto y oscuro. Por debajo…

No hay nada.

Un agujero profundo, un abismo negro entre paredes abruptas y mojadas. Paredes iluminadas levemente por unos braseros que hay en una pared lejana. Atornillada a la pared, hay una estrecha pasarela metálica.

Una figura camina por la pasarela. Un sakiyano, a juzgar por el cráneo sin pelo y la piel negra como la tinta. El guardia lleva enrollado a la muñeca un extremo de una correa, que le llega hasta el codo. Al otro extremo de la correa… hay una bestia larga de ojos rojos. La piel es tan áspera y rugosa como la pared por la que se pasea. Tiene unas fauces estrechas con muchos dientes, y una panza amarillenta que va arrastrando por el suelo.

—Estás despierto —le dice una voz por detrás.

Sinjir se sobresalta. Al hacerlo se balancea toda la jaula, con lo que la cabeza le da todavía más vueltas. Se plantea la posibilidad de vomitar.

Detrás de él, hay media docena más de jaulas como la suya.

Solo dos están ocupadas.

Una de ellas, por un esqueleto. No humano, aunque sí humanoide. Algo con un cuerno en la cabeza. La poca piel que queda sobre esos huesos parece jirones de harapos y cuero podrido.

En la otra jaula, está ella. La cazarrecompensas zabrak.

Por suerte, ha sido ella la que ha hablado. No el esqueleto. Hubiera sido muy desagradable.

—Tú —gruñe él—. Tú me estabas tirando piedras.

—Sí. Yo. A la que intentaste comprar.

—No es eso. No es lo que te piensas.

—¿Entonces qué es?

Apoya la frente contra el hierro frío. Le gotea agua sobre la cabeza, y le resbala hasta la punta de la nariz. *Una gota de sangre se queda ahí colgando hasta que sopla por la nariz*. El recuerdo le asalta como una onda sísmica.

—No te acuerdas de mí, ¿no?

—No.

La decepción se lo traga como arenas movedizas.

—Pensaba que compartimos un momento especial.

—Está claro que no.

—Endor —dice—. Después de todo aquello. Los rebeldes habían conseguido su victoria, y yo… entonces nos vimos.

Ella duda.

—Ah. Ya.

—Entonces, te acuerdas.

—Supongo que sí.

—Venga, vamos. ¿No crees que fue algo especial? ¿Que fue un momento de una gran importancia a nivel cósmico? Como si la galaxia entera intentara decirnos algo. Quiero decir, ¿cuántas probabilidades hay?

Ella resuella.

—No tengo un droide que lo calcule.

—Vamos a asumir que las probabilidades son *astronómicas*.

—¿Y eso qué significa?

—No… no lo sé. Solo espero que signifique algo —de repente, una piedrecita sale de la oscuridad y lo golpea en la cabeza—. ¡Ay! ¿Tienes que seguir tirándome piedras? Ya estoy despierto.

—Todo significa algo, pero no todo importa. No creo en la importancia a nivel cósmico. No creo en la magia, o en la Fuerza, o en besar un crédito y tirarlo a una fuente para tener buena suerte. Creo en lo que puedo ver, saborear, oler y, lo más importante, en lo que puedo hacer. Tú no significas nada para mí hasta que hagas algo. ¿Eres un rebelde?

Él se muerde el labio.

—¿Sí?

—¿Por qué estás aquí?

—Fui a ver a Surat para encontrar una forma de salir de este agujero de jungla y humedad. Por cierto, ¿sabes qué le ocurrió a mi amigo? ¿El cabeza de cola?

—Sacaron su cuerpo a rastras después de sacarte a ti.

—¿Está…?

—Muerto, sí.

Sinjir cierra los ojos. Dice una pequeña oración insignificante para su pobre amigo de ojos grandes. ¿Cómo se llamaba? *Orgadomie, Orlagummo, Orgie-Borgie, estés donde estés, no te merecías esto*.

—¿Y *tú* ¿Por qué estás aquí? —le pregunta Sinjir.

Pero la zabrak ignora la pregunta. Alarga el cuello para mirar hacia fuera.

Él sigue su mirada. En la pasarela, el guardia y su bestia desaparecen por un túnel.

—Voy a salir de aquí —dice ella.

—Ah. Bien por ti. ¿Puedo venir?

Ella levanta la mano y se toquetea la cabeza. Él la observa mientras sus dedos van recorriendo esas protuberancias que forman una especie de corona en su cabeza. Ella hace una mueca cuando parte uno de los cuernos. *Snap*.

—Eso tiene pinta de doler —dice él.

—No duele. Es falso —y saca algo de dentro del cuerno. Algo metálico. Como una llave. Empieza a usarla en la cerradura de la puerta.

Una ganzúa.

Inteligente.

—Puedes venir conmigo si eres útil —dice.

—Soy muy útil. Soy un rebelde muy útil.

La cerradura hace un *clac* y se abre la puerta.

—No estoy viendo muchas pruebas de ello.

Sale de la jaula con un salto hacia atrás, y se agarra al borde superior. La jaula entera se columpia hacia delante y atrás. La zabrak la hace balancear unas cuantas veces, y entonces dobla la espalda. Sinjir piensa que si hiciera lo mismo, se partiría la columna como una estalactita de hielo. La zabrak sube los pies hasta el techo de la jaula, y se suelta de manos. Entonces se balancea con las piernas para subir el torso hasta la parte superior de la jaula.

—Eres… muy flexible —dice él.

—Y tú pareces poco útil. Lo siento por ti.

Ella trepa rápidamente por la cadena, y desaparece en la oscuridad. *¡No, no, no!* ¡Ella es su única oportunidad! Además, ¡él está en la jaula por intentar salvarla!

—¡Espera! —grita—. ¡No soy un rebelde! ¡Soy un imperial! —grita más fuerte—. ¡Soy un ex-oficial imperial de lealtad! ¡Le robé la ropa a un rebelde en Endor! Y le robé… —pero ella ya no está. Su jaula ha dejado de balancearse— …la identidad.

Su vida, su nave y, por lo que parece, también su código moral.

Pues vaya.

Gruñe. Vuelve a pensar en vomitar.

Pero entonces, su jaula tiembla.

Y la cara de la zabrak aparece a la altura de la suya, boca abajo.

Jas frunce el ceño.

—Un oficial imperial de lealtad. Ahora sí que eres interesante. Y útil —la cazarrecompensas tiene la ganzúa en la mano—. Me vas a ayudar a capturar a mi presa. Ese es el trato. Si lo aceptas, abro la puerta. Si no, Surat probablemente te venda al Imperio. Tengo entendido que no les gustan demasiado los desertores. Antes quizá hubieran hecho un juicio, pero actualmente lo más seguro es que te fusilen en la calle como a un perro.

—Acepto el trato, siempre y cuando luego me ayudes a salir de este planeta.

Ella se lo piensa.

—Hecho.

Cuando la zabrak empieza a hurgar en la cerradura dice:

—Me llamo Jas Emari.

—Sinjir Rath Velus.

—Un placer. Si intentas pegármela, te abriré en canal ahí mismo.

—Tomo nota.

La puerta se abre y ella le ofrece una mano.

—Vámonos.

Toomata Wree, alias Tooms, está husmeando en la tienda de chatarra. Los demás ya se han ido. Cuando apareció el chico, dejaron de buscar y hacer el tonto. Surat dijo que le sacarían la información *directamente* al chico. Porque el chico es un gamberro, nada más. Se doblará como un mal jugador y les dirá cómo se entra en la parte inferior de la tienda para poder recuperar el botín de Surat y cualquier otra golosina que puedan encontrar.

Tooms se pone la mano en el bolsillo y saca un spray insensibilizador. Se lo aplica un par de veces en las magulladuras de la cara. *Psst psst*. Al instante, el dolor disminuye bajo un manto de dulce anestesia.

Ese droide de combate le dio una paliza.

Nada más y nada menos que un *droide de combate*.

El chico será un simple gamberro, pero tiene talento.

Tooms está echando un vistazo por la tienda. Quizás encuentre algo para su chica, Looda. Ahora mismo no están muy bien. El lío de siempre: *Trabajas demasiado, Toomata, no te preocupas por mí. Si te gusta tanto Surat Nuat, ¿por qué no es él tu amante?* Un pequeño regalo le puede ayudar mucho. Pero aquí solo hay piezas de droides, conductos y restos de naves espaciales. Ahí hay piezas de evaporador. Y justo debajo, más piezas de evaporador. Luego hay placas de circuitos en una caja medio

podrida. Luego una caja llena de detonadores termales defectuosos. Solo sirven como pisapapeles.

Entonces ve algo: la cabeza de un droide de protocolo. Un poco deslustrada, pero todavía brillante. A Looda le gustan las cosas brillantes. Quizá pueda hacer algo con la cabeza. Ponerle un par de orquídeas de sangre, o bien partirla en dos y utilizarla de… de plato.

Alarga el brazo para cogerla, con los dedos sobre los ojos… pero la cabeza no se mueve de la estantería. Está atornillada.

Tira más fuerte…

Y de repente los ojos se hunden en la cabeza del droide con un *clic* y un zumbido.

Se abre una puerta. Una bocanada de viento sube por la puerta, y el rodiano ve unas escaleras que bajan. Aquí está. *Aquí está*. ¡Ha encontrado el acceso al sótano! Al *almacén especial* de Temmin Wexley. Tooms coge el comunicador del cinturón, pero entonces se detiene. Quizá debería bajar primero, echar un vistazo para él. Ya sabes. Para Looda.

Suelta una risita, y a continuación va hacia la puerta.

Detrás de él, una voz:

—¿Dónde está mi hijo? —dice una voz de mujer.

El rodiano frunce sus labios alargados. Entonces se mueve con rapidez. Se da la vuelta y baja la mano para desenfundar el bláster…

La mujer dispara primero.

Le impacta en la barriga. Él grita y retrocede tambaleante, intentando levantar su propio bláster. Pero la mujer vuelve a disparar y le hace saltar el arma de la mano. Él se lleva la mano a la herida chamuscada, humeante.

Ella se le acerca, y se aparta la capucha para que se le vea la cara. Unos ojos oscuros que se le clavan con una expresión furiosa. La reconoce del otro día, en la tienda. La mujer frunce el ceño y le pone la pistola debajo de la barbilla.

—Lo preguntaré una vez más: ¿dónde está mi hijo, Temmin?

La bota hace presión en la nuca de Temmin.

Tiene las manos encadenadas detrás de la espalda, en tensión, sujetadas por un par de grilletes magnéticos. En los labios se mezclan dos sabores: sangre y polvo.

—Me has robado —dice Surat, apretando más fuerte con la bota. Temmin intenta no gritar, pero le duele mucho y se le escapa un sonido de la garganta. Un sonido de animal herido.

Está en la oficina de Surat. Es una habitación austera y dura, con paredes rojas llenas de grilletes. En medio está la mesa. Es una gran losa con un sullustano congelado en carbonita. Sobre la mesa hay un bláster, una colección de plumas en un vaso y un frasco de tinta. El único otro mueble de la habitación es un armario alto y negro, sellado con una cerradura magnética.

—Yo… no… —dice Temmin—. Fue un accidente. Y no sabía…

Lo ponen en pie. El hérglico se encarga de levantarlo. Surat está ahí delante, frunciendo los labios casi como si fuera a dar besos al aire. El gángster sullustano se pasa los dedos por los pliegues de la cara, quitándose motas de suciedad con el pulgar y el índice.

—Me estás mintiendo, chico. Y aunque no estuvieras mintiendo, ¿qué más da? Me has faltado al respeto, y eso me lo tendrás que pagar en especies. Si no, ¿cómo quedaré?

—Quedarás como alguien con clemencia…

El sullustano agarra a Temmin por la garganta. Aprieta. La sangre empieza a palpitar en la sien. Temmin resuella. Le cuesta respirar. La cara entera le empieza a latir. La visión se le empieza a enturbiar, como cubierta por charcos de petróleo.

—La única Clemencia que conocí fue una esclava coreliana. Era buena conmigo. Yo era bueno con ella. Casi siempre.

Entonces el jefe criminal lo suelta. La garganta de Temmin vuelve a llenarse de oxígeno. Tose y respira con dificultad, del labio le cuelga saliva.

El hérglico le da una patada en la parte de atrás de la rodilla y Temmin vuelve a caer. Y al tener las manos en la espalda, lo mejor que puede hacer es caer con el hombro para no golpearse la cabeza sobre el duro suelo metálico.

—Permíteme que te diga quién soy —dice Surat—. Así sabrás lo que soy capaz de hacer. Maté a mi propia madre porque me respondió con insolencia. Vivíamos en un túnel cosechador de viento en Sullust. La empujé a las aspas. Cuando mi padre se enteró, evidentemente quiso hacerme daño, como yo le había hecho daño a ella. Pero, verás, mi padre era un hombre demasiado suave. Intentó pegarme, y yo le corté la garganta con un cuchillo de cocina. El mayor reto fue mi hermano. Nos peleamos durante años. Por todas partes, en las sombras. Era implacable. Rutar era un rival digno —el sullustano asiente con lucidez, como perdido en el recuerdo. De repente, señala la mesa con la cabeza—. Es ese de ahí. El que está congelado en carbonita. Algunos dicen que aprendí ese truco del Imperio, pero os lo aseguro: ellos lo aprendieron de mí.

—Por favor —dice Temmin, con los labios llenos de burbujas de saliva—. Dame una oportunidad de hacer las cosas bien. Puedo devolverte el dinero. Tendré una deuda…

—La pregunta es: ¿qué puedo cobrarme ahora mismo? ¿Una oreja? ¿Una mano? Mi hermano se cobró un ojo en nuestra batalla final —Surat ladea la cabeza para señalar a Temmin con su ojo malo y lechoso—. Y eso se ha convertido en mi costumbre. Mis enemigos tienen que dejar algo vital al irse. No solo dinero. Los créditos son tan *vulgares*. No, algo necesario. Una parte de ellos. ¿Qué me ofreces tú?

—Eso no, eso no… puedes quedarte mi tienda, puedes quedarte mis droides, te devolveré tu arma, cualquier cosa. Pero vamos… vamos a hablar de esto. Podemos hablarlo. ¿No?

Surat suspira.

—Creo que el momento de hablar ya pasó —entonces levanta el dedo y una gran sonrisa parte en dos su peculiar rostro—. ¡Ah! Sí. Te encanta hablar, ¿no? Me quedaré con tu lengua.

Temmin intenta ponerse en pie. Llora de rabia y miedo. El hérglico le da un rodillazo en el costado y lo hace caer.

El salvaje de piel aceitosa se pone a reír.

—Gor-kooda —dice Surat—, llévalo a la cisterna. Voy a buscar mis cosas. Entonces Surat se acerca lentamente a su armario. Se remanga la camisa y deja a la vista un brazalete. Lo pasa por encima de la cerradura magnética, y la cerradura se abre.

Gor-kooda, el hérglico, saca a Temmin a rastras de la habitación, pataleando y gritando. Mientras tanto, Surat saca del armario una bata quirúrgica y empieza a ponérsela, canturreando.

—Esto no *parece* esencial.

—Lo es.

—No es nuestro problema.

—Le van a cortar la lengua.

—Ah, *¿ahora* tienes un punto débil? Pensaba que solo ayudabas a alguien si era… ¿Cómo lo has dicho? «Útil».

—El chico es útil. Creo que me puede proporcionar las piezas para reparar mi arma. De lo contrario, lo dejaría a su suerte. ¿Y tú?

Sinjir pone cara de disgusto. Otra vez le asaltan las mismas preguntas: *¿Qué clase de hombre soy? ¿Soy capaz de dejar de lado el pasado? ¿Soy una persona distinta o soy el mismo?* Algo cambió ese día, en Endor. Algo se modificó en su interior. El shock repentino de perderlo todo lo convirtió en una persona nueva.

¿Pero con qué objetivo? ¿Quién es ahora?

¿Es un cobarde, o se ha convertido en alguien mejor?

Están agachados en los túneles que hay debajo de la cantina y complejo criminal de Surat, el Alcázar. Cuando la cazarrecompensas lo ha sacado de la mazmorra en la que se encontraba, han recorrido los túneles buscando la salida. Y entonces han escuchado voces en una habitación. Surat, maltratando y amenazando a un chico.

Oyen al hérglico, que se acerca arrastrando los pies. Va acompañando de los gritos y llantos del chico. Y del sonido de sus pies golpeando el suelo y las paredes, intentando escapar.

—Tú primero —susurra Jas en el oído de Sinjir.

Entonces lo empuja delante del hérglico.

El hérglico es una criatura enorme y de piel brillante. Con unos ojos diminutos en una cabeza descomunal. No tiene cuello. Dientes diminutos en una mandíbula monstruosa. Tampoco tiene mentón.

—¿Uhhh? —dice el hérglico.

Sinjir hace una mueca, y entonces le pega una patada a la bestia en la rodilla, que para muchos humanoides es un punto débil. Pero es como patear un árbol. *Bum*. El hérglico mira hacia abajo y resopla. El alienígena suelta el grillete con el que el chico está apresado, y agarra a Sinjir con las dos manos. Unas manos tan grandes que podrían hacer un nudo con una moto deslizadora. Pero también son manos resbaladizas. Sinjir se deshace de la presa y en seguida va a por otro punto débil: la garganta. Rodea al monstruo, e intenta cogerle el cuello con las manos. Uy. No existe tal cuello. El hérglico suelta una risita y balancea su cuerpo descomunal a derecha e izquierda, y al hacerlo estampa a Sinjir contra la pared. *¡Bum! ¡Bum!*

Sinjir ve las estrellas. Tiene el cerebro agitado como un cóctel.

Una voz. La de ella. La de la zabrak.

—La nariz —dice.

Entonces ella lanza un golpe con la base de la mano, que impacta directamente en la nariz del hérglico.

El alienígena aúlla de dolor, con los ojos cerrados. Por los orificios nasales empieza a salirle algún tipo de mucosidad babosa, y el pobre diablo empieza a golpearse el hocico como si estuviera en llamas.

—Coge al chico —dice Jas.

Sinjir rodea el cuerpo gigantesco del hérglico y ayuda al chico a levantarse. El chico parece un gamberro callejero, desarreglado y andrajoso. Piel morena, pelo alborotado. Ha recibido una paliza importante. Tiene las mejillas llenas de mora-tones y el labio partido.

—Equipo de rescate —dice Sinjir, con una sonrisa falsa.

Entonces empuja al chico para apartarlo del alcance del hérglico, que está dando palos de ciego.

El chico mira a la cazarrecompensas.

—A ti te conozco.

—Ya tendremos tiempo para eso —dice Jas—. Tenemos que irnos. *Ahora*.

Esta es su vida. Esta es la vida de un cazarrecompensas. Nunca es fácil. Muchos lo intentan. Juegan a hacer el trabajo, pero no están listos para lo que les espera. Porque el trabajo, el trabajo nunca es fácil. Te crees que secuestrar a un corredor de apuestas quarren que ha estado robándole al Imperio va a ser coser y cantar. Y resulta que tiene seis hermanos y hermanos de la misma camada. Todos clavados a él. Llega otro trabajo, y *ese* también parece fácil. Solo tienes que acabar con un chupatintas, un contable de Sol Negro. Pero entonces resulta que hay un precio sobre *tu cabeza*. Y en un abrir y cerrar de ojos te echan en la bodega de la nave de Dengar, ese cazarrecompensas desaliñado con cara de leproso. Y, mientras tanto, tu presa ya está perdida en algún rincón del Borde Exterior. Y tú piensas, *vale*, acabaré con esta valiente guerrera princesa rebelde como

quiere el Imperio, pero entonces ves que los rebeldes giran las tornas, y te das cuenta de que el lado ganador ya no es el mismo de antes. Y si quieres sobrevivir, será mejor que cambies de piel o que simplemente desaparezcas.

Piensas: *Acabaré con Arsin Crassus*. Un disparo y ya está.

Y entonces te das cuenta: está ahí, en un nido lleno de imperiales. Altos mandos, todos ellos con un precio en su cabeza. Y cuando te das cuenta, estás cayendo, un gángster local con delirios de grandeza te obliga a fugarte de su prisión y de su cantina, pero cuando subes y estás a punto de ir hacia la puerta…

Ves un oficial imperial con un cuarteto de soldados de asalto.

Y otro grupo de matones de Surat. Por no hablar de todos los que subirán detrás de ti *en cualquier momento*.

Porque te acabas de fugar de su prisión.

Y porque, de paso, has liberado a dos prisioneros más.

Este trabajo siempre es muy complicado.

Nunca es tan fácil como parece. Los trabajos difíciles acaban siendo todavía *más* difíciles. Pero esta es la vida que Jas eligió.

Y ha aprendido a llevar esa vida sin pánico. O, al menos, sin dejar que ese pánico salga de su jaula. El miedo puede ser un gran motivador, siempre y cuando lo controles tú a él. No *él* a *ti*.

La cantina y la sala de apuestas están llenas de gente, incluso a estas horas. Más llena ahora de lo que estaba antes. En el aire flota una nube de humo tan densa, que podrías cogerlo con la mano y hacer una bola. El sonido de fondo de la sala es una mezcla de gritos, manos barajando cartas y dados de hueso rebotando en las mesas.

Ahí, a un lado, hay una pequeña puerta de salida. Probablemente a un callejón. La llaman la Puerta de la Vergüenza. Te has emborrachado con Fuego Estelar, has perdido hasta los pantalones en una partida de la Ruleta de Kessel, has conocido a alguien y no quieres que nadie os vea salir… pues sales por la Puerta de la Vergüenza. O quizá los hombres de Surat te acompañan silenciosamente a la salida. No está bien echar a la gente por la puerta principal. Esto puede desanimar a la clientela que quiera entrar a gastarse sus créditos.

La cosa es que la Puerta de la Vergüenza siempre está vigilada.

Esta noche, el guardia es un ithoriano que lleva una venda en un lado de su cabeza de martillo. El vendaje le cubre un ojo.

Jas no les cuenta el plan a los demás.

Se limita a señalar con el dedo y a caminar. Los otros la siguen.

El ithoriano gruñe cuando les ve llegar, y empieza a gorjear en su idioma, haciendo gestos con la mano para que se vayan.

Pero entonces el ojo bueno se ensancha. Los reconoce.

—¡Ey! —les dice en básico.

Jas pasa una pierna por detrás de una de las del ithoriano, robusta como el tronco de un árbol. Entonces gira alrededor de su cuerpo. Utilizando la inercia, Jas hace que el

ithoriano se golpee la cabeza contra la pared. Su ojo bueno se cierra y cae como un árbol de ashsapo talado.

Cuando Sinjir va a abrir la puerta, maldice en voz baja, pegándole una patada a la puerta.

—¡Maldito pedazo de escoria estelar!

Al principio, Jas no entiende de qué va la cosa, pero entonces lo ve.

La puerta está cerrada con llave. El ithoriano estaba justo delante de la *cerradura de rueda*-, tres placas de metal de colores dentro de un círculo, como si fueran tres radios anchos. Hay que golpear las tres placas en el orden correcto, y entonces hacer girar la rueda y se abre la puerta. El problema es que no saben cuál es el orden correcto.

Jas daría su planeta entero por tener aquí un droide astro-mecánico.

Detecta movimiento…

Al otro lado de la sala, cerca de la barra, ve a un soldado de asalto dándole un golpecito en el hombro al oficial imperial. Y con la otra mano, les está señalando.

—Nos han descubierto —dice.

Con la punta de la bota, da un golpe rápido y preciso a la cintura del ithoriano, justo debajo de la cartuchera donde tiene el bláster. El arma sale de la funda y, con un segundo golpe, la lanza por el aire. Jas la atrapa al vuelo.

Tres hombres de Surat se les acercan desde la puerta por donde han escapado.

—¡Ahí están! —grita un rodiano de cuello estrecho—. ¡Matadlos!

El rodiano levanta el arma, un pequeño lanzarrayos de BlasTech, y dispara.

Jas agarra a Temmin y, con una pirueta, lo aparta de en medio.

El disparo del bláster les pasa muy cerca, silbando, y golpea el panel de la cerradura de rueda. El panel estalla con una lluvia de chispas y salta como un cuadro caído de la pared durante un terremoto. Jas aprieta la mandíbula. *Por ahí no se puede salir*.

Pero entonces la puerta tiembla y se abre, entre chispas. El fallo del sistema ha jugado a su favor.

—¡Fuera! —dice, haciendo salir al chico y al ex-imperial a la calle. Esquiva más disparos, se da la vuelta y sale por la puerta.

Está diluviando. Ríos de agua corren por el pequeño callejón, iluminado por las luces de neón, que se mueven como serpientes rosadas y verdosas. Llueve con tanta furia que resulta difícil ver. Entonces el cielo se ilumina con el estallido azulado de varios relámpagos, seguidos inmediatamente por un trueno ensordecedor. La luz de los relámpagos obliga a reajustar la mirada.

«Solo tienes que elegir una dirección», piensa Jas.

Da un paso en una dirección…

—¡Ahí! —gritan unas formas de blanco. Soldados de asalto.

Vienen de la entrada principal del Alcázar. Jas dispara varias veces, y entonces empuja a Sinjir y al chico en la otra dirección.

Corren por el callejón, levantando agua a su paso. La lluvia parece que vaya a aplastarlos contra el plastocemento y a ahogarlos como gatos callejeros.

Al doblar una esquina cerrada, vuelve a caer un relámpago y la luz desvela un callejón sin salida.

Voces por detrás. Pasos sobre el agua.

Este callejón tenía que ser su salida. Ahora es una trampa mortal.

—Estamos atrapados —dice Sinjir.

Temmin le da un golpe con el hombro.

—Las esposas. ¡Quítamelas!

Le da la espalda a Jas y estira los brazos hacia atrás. Jas le sostiene la muñeca con una mano, y con la otra apunta a las esposas con el bláster robado.

Tira del gatillo. Un brillo rojo y una lluvia de chispas. El disparo atraviesa el centro de los grilletes. Temmin grita, tambaleándose hacia adelante y agitando las manos como si le hubiera picado una avispa.

—Vamos —dice—. Mira… una escalera de tormentas.

Señala con el dedo y Jas mira en esa dirección. Al final del callejón hay, efectivamente, una escalera articulada hecha con cadenas, que cuelga de un tejado estrecho. *Escaleras de tormentas*. Claro. Durante estas tormentas, te permiten ponerte a salvo si de repente te encuentras en una inundación. Muchas azoteas las tienen.

Los tres corren hacia el final del callejón. Temmin empieza a tantear la pared, golpeando con el puño, hasta que encuentra el botón.

Lo pulsa con la palma de la mano. Por encima de sus cabezas, oyen el ruido metálico de la escalera, que se va desplegando repiqueteando.

Se acercan pasos. Gritos. Llegan a la esquina, ahora mismo. A menos de quince metros. Un disparo de bláster bajo la lluvia golpea el muro.

Temmin empieza a trepar por la escalera.

Pero por encima de sus cabezas, se oye un chirrido metálico. Entonces un sonoro crujido.

De repente la escalera se suelta por arriba, al romperse los soportes que aguantan las cadenas. Temmin cae de un metro de altura y se queda de espaldas al suelo, resollando. Jas le grita que se aparte, y Temmin sale rodando justo a tiempo. El mecanismo entero de la escalera se desploma justo donde estaba su cabeza unos segundos antes.

Jas lo ayuda a levantarse.

Era su única forma de escapar de este callejón sin salida.

Ya no hay más disparos. Porque sus enemigos ya los tienen. Lo que se acerca es una curiosa mezcla de *imperiales* y *criminales*. Los matones de Surat a lado y lado y los imperiales en medio: un oficial y cuatro soldados de asalto. El oficial es un tipo de aspecto pedante y nariz aguileña, sonriendo como cuando le hincas el diente a un faisán en el Día de los Fundadores.

—¡Suelta ese bláster! —grita, por encima del rugido de la lluvia.

Jas contiene el aliento, pensando en posibles salidas. Empujar al chico y al ex-imperial hacia delante. Saltar sobre sus cabezas, utilizar los cascos de los soldados de

asalto como puntos de apoyo. Confiar en la ocultación de la noche y la tormenta para escapar. Esperar que estén contentos con su botín: Sinjir y el chico.

No funcionará. Demasiado arriesgado.

Jas gruñe y deja caer el bláster al suelo, inundado de agua. Entonces, con el destello de otro relámpago, lo ve.

«Casi me aplasta la cabeza», piensa Temmin, con agua chorreándole por las orejas. En el cielo, las nubes de la tormenta se iluminan con cada rayo que cae sobre la ciudad. La mujer se agacha y lo ayuda a levantarse. Es una cazarrecompensas, si no recuerda mal.

Todavía está aturdido cuando se da cuenta de que se acabó. Fin del espectáculo. Son como droides en la mesa de desguace. Están a punto de abrirlos en canal y convertirlos en chatarra.

Le dicen a Jas que suelte el bláster.

Ella duda, pero al final lo hace.

Temmin se queda sin aliento. Han estado cerca. Después de todo esto, Surat le arrancará mucho más que la lengua. Pero entonces, cae otro relámpago.

Y de repente, sonríe.

Con la luz del relámpago, se ve una figura. A lo alto de una azotea, por detrás de los imperiales y los matones. Cuando la luz del rayo se desvanece, la figura vuelve a quedar a oscuras. Pero esa forma permanece grabada en la mirada de Temmin como una radiografía. Reconoce esa forma esquelética. Esa cabeza picuda. Esas articulaciones protuberantes.

El Señor Huesos está aquí.

Con el siguiente relámpago…

Ahí está. En el aire. Con los brazos agarrados a las rodillas. Capturado a pleno vuelo por la luz estroboscópica de la tormenta. Desvanecido cuando vuelve la oscuridad.

Pero sigue ahí.

El droide aterriza con un sonoro *clac* y un *splash*.

Y empieza todo.

Lo que ocurre a continuación parece salido de una pesadilla, piensa Sinjir. Aunque sería una pesadilla urdida a su favor. Ahí están, a punto de rendirse. Entonces ve algo. Un movimiento, algo que gira en el aire. Y oye algo aterrizando.

Los imperiales y los hombres de Surat tardan en reaccionar.

Tardan demasiado.

Se oyen dos gritos muy breves, silenciados rápidamente. Dos cascos de soldado de asalto saltan por los aires, dando vueltas como molinetes. Al cabo de unos segundos, se da cuenta: no son los cascos. Son las cabezas.

Los otros soldados de asalto se dan la vuelta, al igual que los matones de Surat. El oficial, que tarda demasiado en darse cuenta, cae al suelo cuando algo se abre paso como una trilladora. Es una *forma*, una *configuración ósea de articulaciones*, que empieza a dar vueltas con una vibrohoja en las manos. Los hombres chillan. Abren fuego, pero esa cosa es rápida, demasiado rápida, increíblemente rápida. Acaban disparándose entre ellos cuando esa cosa se agacha, doblando el cuerpo entero y avanzando como una araña desatada. Repta hasta el oficial, que se acaba de levantar, y lo hace caer de nuevo. Sus huesos crujen y se parten, y los gritos del oficial imperial se desvanecen inmediatamente.

Sinjir lo mira todo boquiabierto.

¿Qué es este infierno?

Pero el chico le tira del codo para que se mueva.

—¡Tenemos que irnos!

Sinjir asiente, resuelto. Sí, está claro que tienen que irse.

Corren. Dejan atrás el caos. Dejan atrás a esa gente que lucha bajo la lluvia contra un droide de combate enloquecido. Un droide que ahora entona una canción desafinada mientras gira, mientras acuchilla y tumba a los soldados de asalto, mientras acaba con los hombres de Surat con unos giros delirantes que parecen pasos de baile.

Temmin corre con todas sus fuerzas. Casi pierde el equilibrio por culpa de los ríos de agua que corren por encima de sus pies. No contribuye mucho el hecho de que está mareado, hambriento y con semejante carga de adrenalina que en cualquier momento puede convertirse en una nube de moléculas inconexas.

Delante de él, Temmin ve un alienígena de tres ojos. Un gran. Uno de los muchos secuaces de Surat. El alienígena suelta un quejido de alarma, que suena como un balido. El gran lo apunta con una pistola lanzarredes. Temmin hace una mueca, esperando el disparo. Pero se ve un flash de luz en la lluvia detrás del secuaz, que no tarda en caer de bruces al suelo.

¡Mamá!

Ahí está Norra, montada en un deslizador bala-bala, un vehículo estrecho y robusto hecho para moverse por los callejones y las esquinas angulosas de Myrra. Todo el mundo los utiliza para ir a trabajar o para transportar cajas. La avenida CBD está repleta de estos deslizadores día y noche. Cada uno de un color distinto y ligeramente modificado por su propietario. Este es azul y tiene un compartimento para cajas en la parte trasera, además de un rollo de cadena y un gancho para remolque.

Temmin lo reconoce al instante. Es el bala-bala de sus tías.

Norra les hace un gesto con la mano.

—¡Vamos!

Temmin salta a la parte trasera del deslizador, detrás de su madre. Cuando Norra pulsa el acelerador, Temmin le grita. Le dice que tiene que esperar a sus amigos. Cuando vuelve la cabeza, está claro que no lo tiene claro.

—Tenemos que irnos —suplica Norra.

—Me han salvado. Si ellos no vienen, yo tampoco.

Norra asiente con la cabeza.

Entonces llega el hombre alto, el que viene con la cazarrecompensas. Va agachándose mientras corre para esquivar los disparos. Casi se cae, pero se agarra a un lado del deslizador. Temmin le señala el compartimento trasero de carga. El hombre pone cara de incredulidad, pero sube y se enrolla como puede. Es un animal demasiado grande para una caja demasiado pequeña.

Entonces grita:

—¿Y ella qué?

Jas se acerca. Vuelve a llevar el bláster en la mano. Parece ser que lo ha recuperado. Se tumba en el suelo para esquivar los disparos.

La cazarrecompensas zabrak mira hacia el deslizador.

Se miran entre ellos, muertos de miedo.

Las puertas de la cantina se abren de golpe. Salen más gángsteres y matones. El hérglico lidera la carga. Surat va en medio, todavía con la bata quirúrgica puesta. Señala hacia ella y grita.

La cazarrecompensas se mueve con rapidez.

Corre, guardándose el bláster en los pantalones.

Da una palmada, gritándole al hombre:

—¡Tírame la cadena!

Él le lanza el extremo de la cadena. Ella la caza al vuelo como si fuera la cosa más fácil de la galaxia, y entonces la ata alrededor del cuerpo inerte del alienígena, el gran.

Temmin se queda atónito. ¿Está haciendo lo que él piensa que está haciendo?

Sí. Porque cuando ha acabado de atar la cadena, se agacha para esquivar los disparos, y grita:

—¡Vamos, vamos, vamos!

Norra aprieta el acelerador. El bala-bala sale disparado como un tauntaun al que le han pisado la cola. Lo sigue el cuerpo del alienígena de tres ojos, al principio chapoteando sobre el agua de la calle, luego flotando por encima del agua.

La cazarrecompensas va montada sobre el cuerpo del alienígena. Como si fuera un juego de niños. Un día más en la vida de Jas Emari.



CAPÍTULO QUINCE

En las profundidades del espacio del Borde Exterior, un crucero ligero clase Carrack está quieto en medio de un campo de escombros estelares. Es el *Oculus*. Los escombros son los restos pulverizados del cometa Kinro, un cuerpo celeste que hace eones amenazó los planetas del Núcleo. A su paso, iba a destruir uno o varios planetas y todos sus habitantes. Los libros de historia sugieren que los Jedi se unieron, y varios de ellos dieron sus vidas (algunos, tan solo su mente) para hacer pedazos el cometa antes de que abriera un agujero en el Borde Medio.

El Alférez Deltura no tiene tiempo para esta historia. No porque no le interese. Le interesa. Su padre era un amante de la Historia. En su casa había pocos muebles, pero muchas montañas de libros y mapas.

Sin embargo, ahora mismo lo único que le importa de este campo de escombros de cometa es que les ofrece una cobertura excelente. A él y al crucero.

Mira a la joven togruta que tiene al lado: la oficial científica Niriian. Ladea la cabeza hacia él. Niriian es fría, eficiente. Dedicada al trabajo. Lleva las colas de la cabeza echadas hacia atrás, atadas con una pequeña cuerda negra. Observa a todo el mundo como si fueran insectos alados clavados en una madera. A Deltura, esto le gusta. Sospecha que es por esto que es buena en su trabajo. Hablando de eso…

—Lanza el droide sonda —dice Deltura, haciéndole un gesto con la cabeza.

Ella le devuelve el gesto.

—Lanzando el droide sonda Víbora, designación BALK1 —pulsa un botón y el droide sale entre gases al vacío del espacio. Es un droide imperial, robado y usado ahora por la Alianza. Tiene que corregir lo que acaba de pensar. Usado por la *Nueva República*.

—¿Todo bien? —le pregunta Deltura.

Activa un dial del tablero de mandos y pulsa un interruptor. La pantalla empieza a llenarse de datos. Por los altavoces se escucha la extraña melodía de los datos encriptados del droide.

—Ya está enviando datos atmosféricos.

—Gracias, oficial Niriian.

Deltura le da un beso en la mano.

Ella le dedica una pequeña sonrisa. Esa sonrisa es una de las cosas que él más aprecia. El hecho de que solo él parezca capaz de romper esa fachada gélida le da fe en sí mismo, en ella, en los dos como pareja, en la Nueva República. Vaya, en la *galaxia entera*. Un estallido de optimismo.

El alférez llama por el comunicador. En la pantalla aparece la cara de Ackbar. El almirante tiene aspecto de cansado. A nadie le sorprende. Mantener unidas las piezas de una galaxia fracturada supone un gran esfuerzo. Deltura no puede ni imaginar cómo puede llegar a afectarle.

—Droide sonda lanzado —dice Deltura.

—Excelente —responde Ackbar—. Nos volveremos a ver dentro de seis horas, alférez.

Seis horas: el tiempo que tardará el droide sonda en entrar en el espacio que rodea Akiva. No obstante, ya puede ver el planeta a lo lejos, como una pequeña canica flotando más allá del campo de escombros.

Niriian sonríe.

—Tenemos tiempo. ¿Cena y un poco de reposo?

—¿Cena, algo más y un poco de reposo?

Ella se ríe entre dietes. Un sonido musical.

La discusión es intensa a estas horas de la noche. Es tan turbulenta como la tormenta que hay fuera del palacio del sátrapa. Precisamente el sátrapa es el único que está totalmente indiferente a la tormenta de fuera y a la de dentro. Está sentado en un rincón, apoyado contra la pared, roncando.

—No debemos olvidar que tenemos los *créditos* —dice Arsin Crassus, dando golpecitos con los nudillos en la mesa. Lo hace cada vez que cree que está diciendo algo importante. Podría parecer que siempre tiene la sensación de estar diciendo algo importante, ya que hace este *toc, toc, toc* con una frecuencia irritante—. Tenemos los créditos y los podemos gastar como nos parezca oportuno.

Jylia Shale está inmutable, como una esfinge. Apenas se ha movido en las últimas horas, como si esto no le afectara como a los demás.

—Con los créditos no podremos volver a comprar la galaxia —dice Shale—. No podremos comprar las mentes y los corazones de la gente. Y las arcas imperiales no son tan formidables como lo fueron en su día, Arsin.

—Todavía tenemos las cuentas de reserva. El Clan Bancario tiene riquezas, riquezas tangibles que todavía podemos expoliar…

—¿Y sumir la galaxia en una recesión? —le corta Shale, resoplando—. Sí, claro, así seguro que nos ganamos la confianza de la gente.

—No se trata de ganarnos a la gente —replica Crassus. *Toe, toe, toe*—. Ya lo he dicho, la mejor forma de proceder es establecer formalmente un imperio escindido. Pactar una tregua con los perros babosos de la Nueva República, dejar que ellos hagan la suya y nosotros la nuestra. Ya estamos inmersos en una especie de guerra fría con esos *bobalicones*. Lo hacemos oficial.

—Sí —dice Shale, poniendo los ojos en blanco—. Vamos a construir un muro en el medio de la galaxia. Ellos pueden tener su parte y nosotros quedarnos con la nuestra. No funciona así. Voy a dejar algo muy claro para todos los que se atrevan a escuchar: perdimos la guerra. Actuamos de forma insensata, arrogante, *imprudente*. Y pagamos por ello. No puede haber tregua. La Nueva República no nos permitirá quedarnos con nuestros juguetes en el Borde Exterior. Nos darán caza. Nos juzgarán como criminales de guerra. A algunos nos encarcelarán, a otros nos ejecutarán.

Sloane observa al archivista, que toma notas a toda prisa, esforzándose por seguir el ritmo. Él y el sátrapa son las únicas personas que no participan formalmente en la reunión que pueden estar en la sala. Incluso Adea tiene que estar ausente. Eso sí, evidentemente hay soldados de asalto protegiendo la puerta.

Una vez más, Arsin se inclina hacia delante y empieza a hablar, golpeando la mesa con los nudillos para enfatizar sus palabras:

—Shale, usted fue una estratega vital para el Imperio. Y, no obstante, se lamenta de la estrategia del Imperio…

—*Arsin* —suelta Rae abruptamente—. Si da un golpe más con los nudillos en esta mesa, se los partiré con un palo.

—Yo… eso no es forma de hablarme —dice con tono fanfarrón.

Pandion sonríe con superioridad.

—Tiene razón, Crassus. Es profundamente irritante. Hágalo una vez más y yo mismo le romperé la mano.

El banquero se reclina en su silla, con los brazos cruzados sobre el pecho, serio como un niño escarmentado.

—La estrategia del Imperio Galáctico —empieza a decir Shale—, no estaba bajo mi control supremo. Quiero *volver* a dejar claro que me opuse a *ambas* Estrellas de la Muerte. Me opuse a su creación desde el principio. Y, de hecho, esa oposición me perjudicó, ya que evitó que muchas de mis propuestas fueran aceptadas. Excepto, tal vez,

en Hoth. Pero la Estrella de la Muerte fue nuestra perdición. Aquí se aplica ese viejo refrán: no dejes que tus dos hijos trabajen en la misma mina. Invertir tanto dinero, personal y esfuerzos en el ecosistema de esa estación espacial tan descomunal fue la cruzada de un loco. Palpatine era arrogante.

Tashu ha estado callado casi todo el rato, jugueteando con las borlas que tiene en las mangas como si todo esto fuera muy aburrido para él, o como si tuviera la cabeza en otra parte. Finalmente, empieza a hablar:

—La arrogancia de Palpatine era innegable. Pero también es innegable que sin esa arrogancia, el Imperio nunca hubiera existido.

El Moff Pandion, mejor dicho el Gran Moff Pandion, se pone en pie, y empieza a caminar en semicírculo cerca de la mesa.

—Por una vez, estoy de acuerdo con Jylia Shale. No solo en que la Estrella de la Muerte fue nuestro mayor error, sino también en que una tregua no servirá de nada. Una tregua no saciará la sed de sangre de la llamada Nueva República. Nos perciben como monstruos. Eso está claro. Pero eso también significa que no nos podemos rendir. Quieren sangre. Que a nadie le sorprenda si a los mejores entre nosotros nos dan caza. Y nos arrastran por las calles. Y dejan que nos elimine un salvaje cualquiera con un lanzaproyectiles en la mano.

—Sí, Valco —dice Shale—. Sabemos que quiere atacar, atacar, atacar. A cualquier precio.

El gran moff suelta un resuello.

—Así pues, ¿prefiere deponer las armas y bajar la cabeza para el hacha del ejecutor? ¿No preferiría caer luchando?

—No estamos aquí para escribir una historia sensiblera, un relato sobre un perdedor indefenso, un enfrentamiento pugilístico en la que somos el gladiador de buen corazón que se enfrenta al régimen opresor que lo condenó a la palestra. *Ellos* son los que pueden contar esa historia. *Nosotros* somos los que esclavizamos mundos enteros llenos de alienígenas. *Nosotros* somos los que construimos algo llamado la Estrella de la *Muerte* bajo el liderazgo de un viejo decrépito que creía en el «lado oscuro» de una vieja religión descabellada.

Yupe Tashu lanza una mirada perpleja y académica a Shale.

Pandion hace una mueca de desprecio.

—Si estuviéramos en un mejor momento, sería ejecutada por traición, General Shale.

—¿Lo ve? —dice Shale—. Nosotros somos los que ejecutamos, Gran Moff Pandion. Si nos rendimos, se nos podría aplicar la bondad irracional de la Nueva República. Quizá podamos conservar la cabeza —resopla—. Además, no tenemos una estrategia de ataque significativa.

—Por supuesto que la tenemos —dice Pandion riendo—. ¿Está loca? Los *rebeldes*... porque eso es lo que son, rebeldes, criminales, desviados… han hecho lo que han hecho sin contar con una maquinaria de guerra. Insurgentes, todos ellos. Niños con tirachinas

que dieron en algún blanco. Pero nosotros tenemos la flota, el ejército, la formación —señalando a Arsin— y el *dinero*.

—Entonces, ¿por qué cada día hay algún gobernador que se aparta de nosotros? ¿Por qué perdemos más naves cada semana? ¿Por qué vemos holovídeos de mundos liberados haciendo desfiles y derribando estatuas? Han hecho mucho con muy poco, Pandion. Creo que usted malinterpreta nuestro lugar en la Historia.

—Entonces *nosotros* haremos mucho con muy poco. Además… —hace un gesto de desdén con la mano—, esos holovídeos son propaganda y lo sabe muy bien. La realidad es que la Alianza Rebelde no tiene los recursos para controlar esta galaxia. Pero nosotros sí. Y —se vuelve hacia Rae Sloane— no olvidemos que todavía tenemos un súperdestructor estelar. ¿No es así, Almirante Sloane? ¿Lo tenemos? Quizá solo lo tiene usted. Quizás es como un niño codicioso que no quiere compartir su flota con el resto de la academia.

Un comentario previsible. Lo ha ido repitiendo desde que han empezado. Rae responde lo mismo de cada vez:

—El *Devastador* y su flota están a la disposición del Imperio Galáctico, Valco. La cuestión sigue siendo…

Él repite sus palabras casi al mismo tiempo, aunque con un tono considerablemente más burlón:

—*La cuestión sigue siendo qué es el Imperio llegados a este punto, y quién lo controla*. Sí, soy consciente de su postura. Solo quiero que todo el mundo en esta sala sea consciente de que usted es la que tiene el dedo en el gatillo de nuestra mayor arma. Y ni siquiera sabemos dónde la tiene escondida, ¿no es así?

—Sus espías todavía no le han servido ese trozo de pastel, ¿no? —dice ella, con una pequeña sonrisa en los labios. Pandion empieza a protestar, pero quiere tener el control de esta reunión, y lo hace—. Este encuentro es para decidir el futuro del Imperio con las aportaciones de varios asesores, no solo de uno. Si yo quisiera usar el *Devastador* para hacerme con el control, lo podría intentar, incluso lo podría conseguir. Pero prefiero no cometer los mismos errores del pasado. Gran Moff, ya le hemos oído. Ya hemos oído su postura—*una y otra vez*—. De quien no hemos oído nada es del Consejero Tashu. ¿Podría iluminarnos?

Tashu vuelve a levantar la mirada, como si todo esto fuera una distracción.

—¿Mmh? Ah. Sí, sí. Por supuesto —dice Tashu, que era un consejero del Emperador Palpatine. También era amigo suyo, si es que eso es posible. Palpatine. El hombre que fue primero senador y luego canciller. El hombre que, según los rumores, era también un Lord Sith oscuro. Entre las filas del Imperio, la presencia de los Sith era más un mito que una realidad: muchos hablaban de ellos como si fuera posible, pero la mayoría estaban convencidos de que era una invención. Palpatine no sería el primer gobernante en inventarse historias de gran magnitud cósmica sobre sí mismo. Los cronistas de la Historia dicen que un regente de la Antigua República, Hylemane Lightbringer, decía que había nacido en medio de la Nebulosa Tifónica y que las armas mortales no lo podían

matar. Un hecho que resultó ser falso. Lo mataron con un arma mortal. Apaleado con una silla, según parece. La leyenda de Palpatine se ampliaba también a su secuaz, el brutal Darth Vader. Sloane cree que sus poderes eran reales, aunque quizá no tan omnipotentes como Palpatine quería que todo el mundo creyera.

No resulta sorprendente que Tashu se aferre a esos principios.

—Habla del lado oscuro como si fuera un camino malvado, reprobable por su malevolencia. Pero no hay que confundirlo con el mal. Como tampoco hay que confundir el lado de la luz con el bien. Los Jedi de antaño eran embusteros y mentirosos. Maníacos sedientos de poder que se hacían pasar por una orden monástica sagrada. Cruzados de la moral cuya diplomacia era la del sable de luz. El lado oscuro es honesto. El lado oscuro es directo. Es un cuchillo a la vista, no uno que te apuñala por la espalda. El lado oscuro actúa en interés propio, pero amplía ese interés hacia afuera. Primero tú, y luego los demás. Palpatine se preocupaba por la galaxia. No se hizo con el control únicamente para tener poder para sí mismo. Ya tenía poder como canciller. Quería arrebatarles el poder a aquellos que abusaban de él. Quería extender el control y la seguridad a los habitantes de todos los planetas. Eso tenía un precio. Conocía ese precio, y lo lamentaba. Pero lo pagó, porque el lado oscuro comprende que todo tiene un precio y siempre hay que pagarlo.

Un momento de silencio.

Entonces Pandion suelta un bufido y ríe.

«Si el Emperador todavía estuviera aquí, una afirmación así le costaría la cabeza a Pandion. Es el precio que tendría que pagar por semejante desdén. Por la traición», piensa Rae.

El moff levanta una mano y simula una marioneta parloteante.

—Dice muchas palabras, Consejero Tashu, pero ninguna de ellas suena como si tuviera fundamento alguno… —otro resoplido burlón—. No tiene ningún fundamento.

—Lo que quiero decir —responde Tashu con una sonrisa beatífica y confiada— es que Palpatine era un hombre inteligente. Más inteligente que todos nosotros juntos. Tenemos que seguir su camino. El Emperador sabía que el lado oscuro era su salvación. Por eso nosotros tenemos que encontrar nuestra salvación también en el lado oscuro.

—Mhhh —refunfuña Shale—. ¿Y cómo hacemos eso? No creo que ninguno de nosotros esté formado en las artes de la Fuerza.

—No queda ningún Sith —dice Tashu—. Y el único Jedi que existe, el hijo de Anakin Skywalker, posee un alma intocable. Al menos, por ahora. Tenemos que movernos hacia el lado oscuro. Palpatine sentía que el universo que se extiende más allá de nuestros mapas era de donde provenía su poder. A lo largo de los años, mediante nuestra ayuda, envió a hombres y mujeres más allá del espacio conocido. Construyeron laboratorios y estaciones de comunicaciones en lunas remotas, en asteroides, en zonas salvajes. Debemos seguir sus pasos. Retirarnos de la galaxia. Ir más allá del velo de las estrellas. Tenemos que buscar el origen del lado oscuro como un explorados en busca de un manantial de agua.

Crassus cambia de expresión. Los cachetes de su rostro rechoncho parecen un trapo arrugado.

—¿Está diciendo que tenemos que… retirarnos? ¿Cogemos las naves y huimos? ¿Como niños pequeños temerosos del cinturón de papá?

—No, temerosos no —dice Tashu—. Esperanzados.

Esto desata otra descarga de argumentos contrarios. Vienen de toda la mesa, y todos a la vez. Una cacofonía de argumentos. Tregua. Dinero. Rendición. Guerra fría. Guerra abierta.

No tiene sentido. Nadie se pone de acuerdo. Sloane se pregunta si algún día llegarán a hacerlo. Si no, esta cumbre habrá sido un proyecto absurdo.

Pero tenemos que intentarlo.

El Imperio Galáctico es un espejo roto. Se ven muchos reflejos de sí mismo, pero separados, hechos añicos. Sloane piensa: *Tengo que reparar el espejo. Reparar el reflejo*. Ella cree en el Imperio. Y cree que ella es la que puede y debe arreglarlo. Un Imperio ascendente volverá a reinar en la galaxia. Y ella se asegurará su posición. Ya no estará relegada a los márgenes. Ya no quedará fuera de los libros. Sloane tendrá un papel importante.

Se levanta.

—Por favor, prosigan. Ahora vuelvo.

El resto ni siquiera se da cuenta cuando se va. No sabe si eso es bueno o malo.

En el espacio que rodea Akiva, un droide sonda Víbora aminora la marcha con descargas prudentes de los retroimpulsores. Cuando finalmente se estabiliza, sus cinco extremidades se extienden hacia fuera como patas de araña. El ojo se ilumina. De la parte superior de su cabeza esférica sale una serie de pequeñas antenas, destinadas a hacer mediciones.

Empieza su escaneo.

Una mano dura le coge la barbilla. Le mueve la cabeza hacia arriba, abajo, izquierda, derecha. La palma de esta mano intrusiva le golpea la mejilla. Sin fuerza. Unas palmadas suaves: *plas, plas, plas*.

Wedge respira muy fuerte. Abre los ojos.

Es ella. La que lo pilló por sorpresa en la sala de comunicaciones. La que le disparó por la espalda.

—¿Y ahora qué? —dice Wedge—. ¿Ha venido a torturarme en persona?

No está el otro. El de la cara pálida con arrugas oscuras, con la piel marcada por estrías, como si estuviera medio muerto. Pero va apareciendo de vez en cuando. Quizás

una vez cada hora. Aunque le cuesta decirlo, porque le resulta difícil contabilizar el tiempo. Siempre es justo cuando Wedge empieza a dormirse. Y cada vez que aparece este hombre extraño, le hace daño. Le ha clavado cuchillos en el costado. No se los ha clavado profundamente, sino haciendo cortes superficiales. Le ha pinchado el muslo con una aguja eléctrica y han saltado chispas como si fuera un tablero de mandos averiado. Luego ha entrado y se ha puesto a comer fruta ruidosamente. Sin decir nada en ningún momento. Cuando ha terminado, se ha chupado los dedos. Luego se reía por lo bajo mientras le infligía dolor.

Pero ella. Esta mujer. Es una almirante, ¿no?

—No —dice—. No soy una torturadora.

—No —responde él, resollando—. Claro que no. Usted es quien hace las preguntas.

—Eso creía. Pero ya no estoy segura —mientras dice esto, el droide médico comprueba el tubo que tiene enrollado en el brazo y le entra en la piel—. De todos modos, tampoco me respondería a mí, ¿no?

—No —dice Wedge. Intenta que su voz suene firme. No quiere que ese miedo se haga evidente. Si ella detecta miedo, se le lanzará encima. Lo destrozará como un wampa oliendo sangre en la nieve. Tiene miedo de verdad. Ha llegado hasta aquí. Ha participado en incontables batallas en el espacio. Ha luchado en la nieve, en el desierto, en los pantanos, en cielo abierto. Y ahora, al final, está aquí. Herido y atado a una mesa. Torturado hasta la muerte.

—Tampoco es que importe demasiado. Le hago preguntas sobre detalles vitales de la Nueva República… movimientos de naves, ubicaciones de bases, planes de ataque… Pero, ¿qué haría con la información? No mucho, me temo.

—¿Ya está preparada para rendirse? —dice él, sonriendo. No es una sonrisa amable. Es cruel. Lo dice para hacerle daño.

«Me estoy riendo de ti», piensa.

—Permita que le haga una pregunta. ¿Por qué?

—¿Por qué… qué?

—¿Por qué ser rebelde? ¿Por qué unirse?

—Para destruir el Imperio.

Ella niega con la cabeza.

—No. Es demasiado fácil. Eso es solo la pintura superficial. Pero rascando un poco, debajo hay algo personal.

Él vuelve a mostrarle los dientes en una sonrisa terrible.

—Por supuesto que lo hay, Almirante. El Imperio le hizo daño a gente cercana a mí. Familia. Amigos. A la chica a la que amé. Y no estoy solo. Todos los que formamos parte de la Nueva República tenemos historias parecidas —se pone a toser. Tiene lágrimas en los ojos—. Somos la cosecha de todas las semillas horribles que habéis plantado.

—Pero mantuvimos el orden en una galaxia sin ley.

—Y lo hicisteis con un puño cerrado, no con una mano abierta.

—Se le dan muy bien las palabras para ser un simple piloto.

Intenta encogerse de hombros, pero incluso eso le duele. Un gruñido le sale del fondo de la garganta. Se contiene un grito.

La mujer asiente con la cabeza, se da la vuelta y se va sin decir nada más.

El holograma aparece sobre la mesa, rodeado de un brillo azul. La cabeza del Alférez Deltura. Ackbar se inclina sobre él.

—¿Está completamente seguro, Alférez?

—No hay señal de naves imperiales, Almirante.

—Pero sí que ha encontrado señales.

—Solo escombros. Nada que se pueda ver con el ojo humano, pero el Víbora es un droide sonda sorprendentemente efectivo. Ha encontrado restos moleculares indicativos de nuestras propias naves, señor.

—Los Ala-A —murmura Ackbar—. Algo les ha disparado.

—¿Algo desde la superficie, señor?

—Es poco probable. No se podría impactar un Ala-A desde esa distancia —dice Ackbar, frotándose sus dedos largos y palmeados. Hace girar la silla para mirar a la otra persona de la sala.

Esta persona también es un holograma.

Y este holograma apenas es una persona.

La imagen se ve de lado. Es como un fantasma. Ni el cuerpo ni la cara se ven con claridad. Están distorsionados, borrosos. Se trata de su infiltrado. El informador conocido simplemente como el Operador. Hasta ahora, su información siempre ha sido fiable. Impecablemente fiable. Por esto Ackbar duda todavía más.

—¿Qué dices, Operador?

La voz que emerge está tan distorsionada como la imagen. Es un sonido mecanizado y retorcido.

—¿El droide detecta tráfico de entrada y salida de la capital? ¿O alrededor del planeta?

Ackbar le dice a Deltura:

—Ya ha oído la pregunta.

—No, señor. No detecta ninguna nave.

El Operador dice:

—Que el droide compruebe la disponibilidad de transmisiones en el planeta. A ver qué pasa.

Deltura asiente y le dice algo a alguien fuera del holoalacance. Seguramente su oficial científica, una joven togruta. Hay un silencio incómodo, como una substancia tóxica extendiéndose por el suelo. A Ackbar no le gusta todo esto. Tiene una sensación terrible en su interior, que se traga todo su optimismo anterior.

El alférez vuelve a aparecer en la imagen holográfica.

—Nada —dice, casi en shock—. Nada, señor. El droide sonda no puede encontrar transmisiones. Es como si todos los canales estuvieran muertos.

—Bloqueo de comunicaciones —dice el Operador—. Es un truco imperial. Están ahí, Almirante Ackbar. Sus naves estarán escondidas. Pero si no hay tráfico entrante ni saliente, es que han impuesto un bloqueo. No hay naves. No hay comunicaciones. Está pasando algo. No sé lo que es.

—Gracias —dice Ackbar.

—¿Realizará alguna acción? —pregunta el Operador. Impaciente. ¿Demasiado impaciente?

Ackbar no responde. Apaga el holograma. Deltura pregunta:

—¿Hay algo más que quiera que haga, señor?

—Mantenga su posición —dice Ackbar—. Necesito tiempo para pensar y deliberar con los demás. Gracias, Alférez.

—Mi Almirante. Señor.

El rostro del alférez desaparece.

La preocupación acecha a Ackbar como un banco de gusanos marinos. Necesita tiempo para pensar. Pero si pasa demasiado tiempo, podrían perder una oportunidad vital. *O escapar de otra trampa imperial*, piensa. ¿Se trata de una treta, o es de verdad? Podría ser un encuentro secreto. La ironía es demasiado grande como para ignorarla: antes eran los rebeldes los que tenían que esconderse. Ahora es el Imperio. Los roles se están cambiando. Quizá sea un signo de su victoria naciente contra la opresión imperial. Pero se preocupa por su exceso de confianza. El Imperio no ha desaparecido. Todavía no.

Está esperando un nuevo ataque. De eso está bastante seguro.

INTERLUDIO

CHANDRILA

Una fruta de color púrpura llega volando desde fuera de plano y se estrella en un lado de la cara de Olia Choko. Al chocar, la fruta se abre. El jugo le cae por la mejilla y le gotea de la mandíbula. Parece pasmada.

Se oyen gritos procedentes de fuera de plano:

—¡Bu! ¡Abajo el Senado Galáctico! ¡Abajo la Nueva República!

Se ve otra fruta, pero que falla y pasa volando por encima de su cabeza.

Tracene empieza a decir:

—Vale, Lug, es hora de cortar…

—No —la interrumpe Olia. Traga saliva y se limpia los restos de fruta de la mejilla—. Usted. El manifestante. Acérquese.

Tracene le hace un gesto con la cabeza casi imperceptible a Lug.

Las manos escamosas de un trandoshano aparecen en los márgenes de la pantalla; hacen girar la cámara flotante hacia un pequeño xan vestido con un mono gris sucio. Lleva un cestito lleno de frutas y verduras, casi todas podridas.

Está solo.

Ve que le enfoca la cámara y agita las manos.

—No, no, no quiero salir por la cámara. Por favor.

Olia se le acerca. Cautelosamente. Con las manos extendidas, en actitud suplicante.

—Si tiene preocupaciones, me encantaría escucharlas.

—Yo… —tartamudea el xan, mirando a su alrededor. Como si fuera una broma de algún tipo. O como si no estuviera preparado para tener este efecto—. Lo siento, me tengo que ir —hace ademán de irse, pero Tracene se le pone delante.

—Puede decir lo que tenga que decir.

—¿En serio? —pregunta él, receloso.

—En serio —le responde Olia. Cuénteme sus problemas.

Tracene mira a cámara y articula con los labios: *¿Estamos en el aire?*

Por un momento, en la pantalla aparece un pulgar reptiliano.

—Yo… —empieza a decir el alienígena—. Me llamo Geeska Dotalo. Soy de Gan Moradir. Una colonia del Borde Medio. Vinieron los de la Nueva República. Y… destruyeron una base imperial. Ahora los imperiales ya no están. El Imperio era cruel. ¡Pero al menos mantenían el orden! Teníamos comida y agua. Todo *funcionaba*. Ahora han venido los rebeldes. Han llegado bandas. Y *piratas*. No tenemos suficiente comida.

La destrucción afectó nuestros pozos y… —empieza a sollozar—. Ahorramos los créditos necesarios para traerme aquí. Yo soy todo lo que nos queda.

Por un momento, Olia se queda sin palabras.

Parece que Tracene va a intervenir, pero entonces Olia se pone a hablar:

—Está muy bien que haya venido, señor Dotalo. Creo que Gan Moradir no tiene ningún representante en el Senado. Hoy, usted será ese representante.

Sus ojos se abren inconmensurablemente.

—¿Qu… qué?

—La guerra es terrible. Y un ejército no basta para resolver los problemas. Necesitamos una solución para lo que ocurre después de que el ejército haya hecho su trabajo. Por eso el Senado ha vuelto a empezar. Y por esto lo estamos haciendo aquí, en el planeta natal de la canciller. Mucha gente cree que este es un planeta pequeño y sin importancia. Pero Chandrila siempre ha sido el punto de partida de grandes ideas y de ciudadanos que las hacen llegar a toda la galaxia. La galaxia necesita ayuda. Necesita esas grandes ideas. Pero, como usted dice, también necesita cosas pequeñas: comida, agua, vivienda. Cosas básicas. Y cuando acabe la guerra, tiene que quedar algo para reparar la destrucción. Le invito hoy a hablar en el Senado sobre su gente, sobre su colonia. Que escuchen. Deje que le ayudemos.

Hace venir a alguien de fuera de plano. Otro pantorano. Un hombre ataviado con un uniforme administrativo azul. Olia le susurra algo y le presenta a Geeska Dotalo. Entonces el pantorano lo acompaña fuera de plano.

Tracene sonríe y dice:

—Corten —entonces sus ojos se clavan en la distancia.

La gente está agitada. Miran hacia arriba, a lo lejos. Tracene hace un gesto con la mano y Lug hace girar la cámara.

A lo lejos, se ve una hilera de prisioneros imperiales. Van esposados, secundados por un oficial de la Nueva República.

—Esto es *inaceptable* —dice Olia, y sale corriendo para intervenir.



CAPÍTULO DIECISEIS

Una pesadilla.

Del tipo recurrente. Una de las pesadillas que Norra tiene regularmente. Está en su Ala-Y con su droide astromecánico, R5-G4. Vuelven a estar en las tortuosas entrañas de la Estrella de la Muerte. Ella sale del conducto principal, y atrae a unos cuantos cazas TIE, que la siguen como moscas alrededor de la cola de un gorth. No se los puede quitar de encima, no los puede derribar, no los puede dejar atrás. De repente, hay más cazas delante de ella. El interior de la estación espacial es un laberinto que se cierra sobre sí mismo. Entonces desde algún lugar le llega el sonido del estallido del núcleo de energía. Todo empieza a desmoronarse a su alrededor. A sus espaldas, el espacio se llena de fuego, y de repente también tiene fuego delante, que viene corriendo a recibirla…

Se despierta empapada de sudor. Como siempre, da igual si el aire es frío o caliente. Norra mira el reloj. Lleva menos de una hora durmiendo. Después de rescatar a su hijo de las garras de ese gángster malvado, todavía tiene la sensación de que los están persiguiendo. El corazón le late violentamente, tiene los músculos tensos y la mandíbula apretada, y la adrenalina que la recorre como disparos líquidos de bláster. Ha sido una mala idea ponerse a dormir.

Norra baja a prepararse un té. Espera que todo el mundo esté durmiendo. Norra piensa que tiene que darle las gracias a su hermana, Esmelle, por dejar que estos curiosos desconocidos pasen la noche aquí. De repente, oye voces que vienen de la cocina.

Sentados en una mesa pequeña están los dos curiosos desconocidos: Jas Emari y Sinjir Rath Velus. Han apartado el hidrodomo de Esmelle (donde cría pequeñas plantas, como corazoneras o semillas sinthanianas) y han dispuesto una serie de objetos misceláneos sobre la mesa: un salero, varios frascos de hierbas, un dispensador de servilletas, un puñado de palillos y varios cuchillos de fruta.

Norra entra y los dos se ponen derechos.

Como niños pillados in fraganti haciendo algo malo.

Mhh.

—¿Qué es todo esto? —pregunta Norra.

—Nada —dice Jas.

—Estábamos… jugando a un juego —dice Sinjir sonriendo.

Es una pareja extraña. Ella es una zabrak fría y seca. Sus ojos son como piedras talladas. Él es alto, delgaducho y pálido. El olor de vino o coñac le supura por los poros. Tiene una sonrisa amplia y engañosa.

Norra murmura algo y pulsa el botón lateral de la tetera. Mira en el armario superior y selecciona té de gesha. Mide una cantidad precisa y pone el té en una taza. Los otros dos la están mirando tan fijamente que podrían agujerearle el cogote.

La tetera silba. Se sirve té, rodeada por fantasmas de vapor.

Entonces se da la vuelta y dice:

—Eso parece un mapa.

—No lo es —dice Sinjir, sin dejar de sonreír.

—Lo es —dice la zabrak casi al mismo tiempo.

—¿Me vais a contar lo que es? —pregunta Norra.

—No —responden los dos al unísono. Jas y Sinjir se miran. Una mirada de perplejidad, a la vez que divertida.

Norra se inclina sobre la mesa y observa el montaje que han hecho.

—Esto. El dispensador de servilletas. Es más grande que todo lo demás. Así que representa algo grande. El palacio del sátrapa, supongo. Deduzco el resto. Esto de aquí es el viejo Capitolio, aquí está la avenida de la Satrapía, aquí está la estrecha calle de Withrafisp. Tengo entendido que antes era un callejón secreto que se utilizaba para que los sátrapas entraran y salieran del palacio sin ser vistos. Pero es una vía pública desde que yo era pequeña.

—No —dice Sinjir, fingiendo sinceridad total—. Lo siento. Gracias por jugar. Ahora, si nos permites…

—Cállate —le dice Jas. Entonces a Norra—: Sí. Tienes razón. ¿Creciste aquí?

—Sí —asiente Norra.

—¿Eres…? —Jas la observa de arriba abajo—. ¿Eres una rebelde?

—¿Es tan evidente?

—No —dice la zabrak, encogiéndose de hombros—. Pero no soy tonta. Anoche no tuviste ningún problema en disparar contra los soldados de asalto. Y no tienes pinta de ser

una vulgar criminal. *O* una ciudadana normal y corriente. Vas vestida… como un rebelde. Ese chaleco. Ese cinturón multiusos. Esa botas —entorna los ojos—. ¿Piloto?

—Sí —dice Norra riendo—. Correcto.

—Yo soy cazarrecompensas —dice Jas—. Voy en busca de un objetivo de la Nueva República. Creo que me iría bien tu ayuda.

—Espera un segundo, por todas las estrellas —protesta Sinjir, agitando las manos—. ¿Me das una tajada miserable del veinticinco por ciento y ahora rebajarás más la recompensa aceptándola a ella?

—Espero que ella lo haga porque es lo correcto —dice la cazarrecompensas—, porque es un ataque al Imperio. No por los créditos.

Norra siente un hormigueo en su interior. Es la llamada del deber. Quiere saber más, quiere unirse al plan, escupirle al Imperio en la cara, *pero…*

—No puedo —dice, con la mandíbula apretada—. No puedo, de verdad. Mi hijo y yo tenemos que irnos de este planeta. Mi prioridad principal es llevármelo…

—Ve a salvar a tu amigo —dice Temmin, entrando en la cocina—. Antilles. Ya te lo he dicho. Yo no me voy de aquí. Y por cierto, igual pensáis que estáis hablando en voz baja… pero dejad que os lo diga: estáis haciendo mucho ruido.

Norra lo coge del brazo.

—Que otro salve a… al Capitán Antilles. Mi trabajo ya no es luchar esta guerra. Mi trabajo es cuidar de ti.

Temmin se aparta de ella. Se sirve un vaso de leche azul de la fresquera.

—¿Ha llegado ya mi droide? Ya debería estar aquí.

Norra quiere seguir discutiendo con él, pero se muerde la lengua. Es tan testarudo como ella. Presionarle es como empujar una pared. Lo único que logrará es romperse las manos.

Sinjir le dice al chico.

—¿Ese era tu droide?

—Sí.

—Eso era un *droide de combate*.

—Lo sé.

—Son la unidad de combate más inepta de… quizá de toda la Historia de la galaxia. Y, créeme, actualmente los soldados de asalto son como cubos de fregar armados.

—No hay que subestimar a los soldados de asalto —le interrumpe Jas—. Cuando son numerosos, resultan peligrosos.

—Y los búfalos de los pantanos también —dice Sinjir—. Pero eso no significa que sean especialmente eficaces. Y los droides de combate todavía menos. Te felicito, chaval. Has convertido uno de ellos en una verdadera máquina de matar —Sinjir aplaude suavemente—. Aunque creo que te puedes empezar a concienciar… quizá lo han superado. Es un droide de combate, no un milagro tecnológico.

—Sí, bueno —dice Temmin impertérrito y un poco arisco, bebiendo de su vaso—. Creo que confundirías cacas de borgato con excrementos de dewback. El Señor Huesos

está programado con… bueno, tú confía en mí. El Señor Huesos estará *perfectamente* —Norra observa a su hijo. Su forma de apretar los puños. El ceño fruncido. Está furioso. Como lo estaba ella… o quizá todavía lo esté. Pero entonces sus ojos se estrechan y sé queda mirando a la mesa—. ¿Qué es esto?

—Nada —dice Sinjir.

—Es un mapa —dice Temmin. Y Norra siente un pequeño arrebato de orgullo. Un orgullo que va en aumento cuando Temmin añade—: ¿Qué es esto? ¿El palacio del sátrapa?

—Por todas las estrellas —dice Sinjir—. De tal palo, tal astilla.

El chico frunce más el ceño. Norra nota como un pinchazo.

Entonces Jas Emari va directa al grano:

—Ahora mismo, en este palacio se está llevando a cabo una reunión secreta. Eso, si no se nos ha escapado ya la oportunidad. En esta reunión hay unos cuantos altos cargos imperiales. Figuras destacadas. Gente que mueve los hilos. Gente con una recompensa sobre su cabeza —y entonces menciona a todo el repertorio: el Moff Valco Pandion, la Almirante Rae Sloane, el Consejero Yupe Tashu, la General Jylia Shale y el objetivo original de la cazarrecompensas, el banquero y esclavista Arsin Crassus.

—¡Eso es! —dice Norra, con un chasquido de los dedos. Una parte de ella siente que tendría que haber llegado antes a esta conclusión. Otra parte de ella, más realista o más bien cínica, dice que ella es una simple piloto… ¿cómo lo hubiera podido saber? En todo caso…—. Todo cuadra. Los destructores estelares. El bloqueo espacial. Las comunicaciones bloqueadas. Están protegiendo esta reunión. Y Wedge…

La zabrak levanta una ceja.

—¿Qué es un «Wedge»?

—Wedge Antilles —dice Sinjir—. ¿No? ¿El piloto de la Alianza Rebelde?

—Sí —dice Norra, asintiendo con la cabeza—. ¿Cómo lo sabías?

Él duda.

—Yo… yo también soy un rebelde.

Esto la sorprende. Su vestimenta le cuadra, pero hay algo en él que le parece un poco extraño. De todos modos, la Rebelión incluye a gente de todo tipo. Norra sigue hablando:

—Deben haberlo capturado. A Wedge. Probablemente estaba explorando el Borde Exterior y se topó con… lo que sea que sea esto.

—Probablemente siga vivo —dice Jas—. Lo cual significa que tienes una oportunidad. Ayúdame. Daremos un golpe en nombre de tu Nueva República. Desmontaremos los planes del Imperio, les cortaremos los tendones justo cuando se están volviendo a poner en pie. Rescatarás a tu amigo.

De nuevo, Norra siente la llamada del deber. Su oportunidad de hacer el bien. Pero también aparece el sentimiento contrario. Por una vez, quiere bajar la cabeza y esquivar los disparos. No quiere lanzarse a las entrañas de la bestia. Esta vez no.

—No —dice, y sus cejas oscuras presiden una mirada baja—. Lo que hay que hacer es *irnos* de este planeta. Tan pronto como volvamos a tener comunicaciones, alertamos a la República, ellos envían naves y tropas y…

—Te equivocas —la interrumpe la cazarrecompensas—. Cuando eso pase, la reunión ya habrá terminado. Si no ha terminado ya. Y tu amigo habrá desaparecido o estará muerto. Lo que hay que hacer es actuar ahora. Es nuestro trabajo.

—Yo me apunto —dice Temmin—. Pero quiero mi parte.

—Muchacho —dice Sinjir, riéndose por lo bajo—. No *exageremos*. Te hemos salvado, te hemos evitado una paliza…

—Muy bien —le dice Jas Emari al chico—. Puedes quedarte la mitad de su parte —inclina la cabeza, señalando a Sinjir.

—¡Ey! —protesta Sinjir.

—Mira, tú conseguirás billete para abandonar este planeta —le dice ella, con un gesto altanero de la cabeza, haciendo caer hacia un lado el mechón de pelo que tiene entre los cuernos—. Y la recompensa es tan cuantiosa, que incluso con una fracción podrás comprarte tantas botellas de licor que podrás estar bebiendo hasta que la Nueva República vuelva a convertirse en la Antigua República. Lo tomas o lo dejas.

—Vale —dice él, haciendo girar los ojos.

—Yo no estoy segura —dice Norra.

—Me iría bien tu ayuda. Y seguro que a tu amigo también.

Norra titubea. Es como volver a la infancia, y estar a punto de saltar por una de las cascadas del cañón de Akar. Tiene que aguantarse la respiración antes de decir:

—Contad conmigo. Pero yo también quiero que me saquéis de este planeta.

—Hecho —dice Jas—. Ahora creo que deberíamos…

Bum, bum, bum.

La casa entera tiembla. Alguien está llamando a la puerta. Cuando Jas desenfunda el bláster, a Norra le asaltan los recuerdos con la rapidez del agua de las cascadas. El ruido de puños golpeando a la puerta. El sonido de imperiales que vienen a llevarse a su marido.



CAPÍTULO DIECISIETE

Alrededor de la mesa están sentadas tres personas de carne y hueso y dos hologramas. Los presentes son el Almirante Ackbar, la Comandante Kyrsta Agate y el Capitán Saff Melor. Los dos hologramas son el General Crix Madine y Mon Mothma, recién nombrada canciller de la Nueva República. Todos tienen la misma expresión de cansancio y preocupación. Ackbar sospecha que él tiene el mismo aspecto. Todo parece estar pendiendo de un hilo. O sobre el filo de un cuchillo. Puede ir hacia un lado, o la brisa más suave puede decantarlo hacia el otro. Un filo que separa las dos posibilidades: que vaya bien o que vaya mal.

—¿Estamos seguros de que podemos confiar en este informante? —pregunta Madine, rascándose su prodigiosa barba blanca. Las líneas de su cara, incluso a través del holograma, parecen más profundas que nunca.

—Hasta ahora —responde Agate—, todo indica que sí.

—Pero también tenemos que pensar —interrumpe Ackbar— en la capacidad del Imperio de jugar a largo plazo. Nuestra victoria en Endor fue afortunada, pero el Imperio estuvo orquestando esta trampa con gran paciencia.

—Envíen una flota —dice Melor. El capitán cereano habla con cierta altanería, y al mismo tiempo con incredulidad. En su cabeza alargada y rugosa, las cejas se arquean hacia arriba—. Dos cruceros ligeros, un contingente de cazas del Escuadrón Oro. Y veremos qué hay ahí. Si hay que luchar, la flota estará lista.

—Tenemos que ir con cuidado —dice Mon Mothma—. El acceso al Borde Exterior es lento. Además, estamos en un momento de paz relativa. Pero esa paz se alza sobre un terreno inestable. Una incursión de semejante magnitud se percibiría como una acción exageradamente agresiva. Nos tienen que ver como amigos, no como intrusos. Ocupar el espacio aéreo de Akiva sería un problema.

Melor niega con la cabeza:

—Canciller… por cierto, felicidades por el título… Pero con todos los respetos, Akiva no es ningún trofeo. Es un planeta marginal, por decir algo. Además, está gobernado por una satrapía aliada con el Imperio. Producen recursos que no necesitamos, y la vieja fábrica de droides de debajo de la ciudad está en desuso desde hace décadas. Es por esto que Akiva no tiene importancia ni valor estratégico para nosotros…

—Pero la *gente* del planeta *sí* que tiene importancia —dice Mon Mothma. Se le han rizado los pelos del cogote. Ackbar lo nota. A veces Melor tiene este efecto en la gente. Proviene de familia de militares. Posee la arrogancia intelectual de los cereanos, y un poco de agresividad. La canciller sigue hablando—. Y tenemos informes que indican que nuestro mensaje ha llegado hasta ahí. La gente está lista para el cambio. La Nueva República es ese cambio.

Melor empieza a hablar, pero Ackbar le interrumpe una vez más:

—Estoy de acuerdo con la canciller. Esta paz es muy frágil. Y tenemos que ir con mucho cuidado por si es una estratagema. General Madine, ¿cree que podría reunir un equipo de asalto? Pequeño. De cinco a siete soldados de la República.

—Creo que se puede hacer. ¿Los quiere ya en el terreno?

—Mmh —dice Ackbar—. Un escuadrón de aterrizaje suborbital. Fuerzas especiales. Despliegue desde la alta atmósfera. Necesitaremos informes desde el terreno. Esta parece la forma más oportuna de hacerlo. Una misión pequeña pero efectiva. ¿Estamos todos de acuerdo? —todo el mundo asiente, excepto Melor. El capitán frunce el ceño y arruga los labios, como si fuera a protestar. Pero entonces suspira y asiente—. Muy bien. Pongámonos en movimiento. Quiero tropas en el terreno en seis horas. Antes, si es posible. Muchas gracias a todos.



CAPÍTULO DIECIOCHO

Jas abre la puerta rápidamente. Con el bláster desenfundado.

Ve un droide bajo la lluvia del alba.

Es un droide de combate B1. *El* droide de combate B1, el guardaespaldas al que Temmin llama Señor Huesos. La lluvia que cae sobre el servomotor de su cráneo expuesto hace saltar chispas y pequeñas nubes de vapor. Temmin sale corriendo.

El droide, pintado de rojo y negro, suelta una risa de loco. Un sonido mecánico y distorsionado. Entonces levanta un brazo (el único que tiene ahora mismo) y empiezan a repiquetear todos los huesos de animales que lleva colgados.

El droide levanta el pulgar de la mano.

—¡Huesos! —dice Temmin, abrazando al droide.

—HE LLEVADO A CABO VIOLENCIA —suelta el droide. Jas se pregunta si es orgullo eso que resuena en su voz mecánica—. A LA ORDEN.

Entonces de la cabeza empieza a salir una nube de chispas. Los ojos se apagan. Y cae a un lado como un árbol talado.

Temmin suelta un sonido gutural de tristeza. Sinjir pasa por ahí y dice:

—Creo que esa cosa ha visto tiempos mejores, chaval.

—Cállate —le replica el chico—. Vas a herir sus sentimientos. Solo necesita trabajo. Ayúdame a entrarlo.

—Es de noche, ¿sabe? —dice una voz.

Wedge, que está sujeto a la mesa por grilletes magnéticos, se despierta de un susto. Estaba soñando. Soñaba que estaba en el espacio dentro de un caza estropeado, le faltaba oxígeno, su droide astromecánico estaba destruido y la nave iba a la deriva por el vacío. El sueño se desvanece de golpe como arena mojada que de repente se seca.

La voz. Es la voz de ese hombre extraño, el hombre cuya edad es difícil de saber, el hombre con las estriaciones oscuras que no llegan a ser arrugas, el de los ojos pequeños y brillantes y la sonrisa de serpiente.

El hombre que le hace cortes con un cuchillo.

No obstante, ahora mismo no ve ningún cuchillo. Solo al hombre, que junta las manos dentro de las mangas acampanadas de su bata.

—¿Ha venido para seguir torturándome? No logrará quebrarme.

La sonrisa espeluznante del hombre ni se inmuta.

—Lo sé. Lo veo. Puedo ver que su vitalidad no va a decaer —levanta un dedo, como si tuviera una epifanía. Pero más bien está dispuesto a iluminar a su prisionero—. ¿Sabía que los lores Sith a veces podían drenar la energía de la Fuerza de sus cautivos? Les extraían la vida y así reforzaban su conexión con el lado oscuro. Y de paso alargaban sus propias vidas, para poder vivir durante siglos, superando los límites de su cuerpo.

—¿Se cree que es algún tipo de mago?

El hombre chasquea la lengua.

—En absoluto. Me llamo Tashu. Soy un simple historiador. Un estudiante de los viejos métodos. Y, hasta hace poco, consejero de Palpatine.

—Mi amigo Luke me dijo algunas cosas sobre él.

La sonrisa de Tashu se ensancha, dejando entrever unos dientes pálidos.

—Sí, me lo imagino. Seguramente, una percepción filtrada por la visión ingenua y confundida de un muchacho. —Sus dedos pinzan el aire como una araña probando una de sus telarañas.

—Ya sé que no lo voy a quebrar físicamente.

—¿Entonces por qué se molesta en venir?

—Para impedirle que duerma bien. Y para quebrarlo mentalmente. Quizá no nos aporte ninguna información. Pero me gusta practicar.

—Soy piloto. Estoy acostumbrado a no dormir.

—Sí, pero no está acostumbrado a la desesperación. Mire a su alrededor. Está encerrado. Torturado sin propósito alguno. El Imperio está resurgiendo en este mismo palacio. Su Nueva República tiene un momento para respirar y ponerse en pie, pero nosotros tenemos una maquinaria bélica. Tenemos la bendición del lado oscuro. Y por mucho que su gente vaya avanzando, recuperando un sistema estelar tras otro, estaremos esperando. De una forma u otra. El Imperio es solo una piel que llevamos. Un *caparazón*. No se trata solo de imponer la ley y el orden. Se trata del control total. Siempre volveremos a recuperarlo. Por mucho que os esforcéis en derrotarnos, somos como una

infección dentro de los huesos de la galaxia. Y siempre apareceremos cuando menos os lo esperéis.

—Se equivoca —dice Wedge, apretando la mandíbula—. En la galaxia vive buena gente. Hay más de los nuestros que de los vuestros.

—No es una cuestión de números o de porcentajes. Es una cuestión de fe. Aunque seamos pocos, tenemos infinitamente más fe que todos vosotros.

—Yo tengo fe en la Nueva República.

Tashu se ríe entre dientes.

—Pondré a prueba su fe.

—Y yo la suya cuando le patee los dientes.

—Aquí está —dice Tashu, chasqueando los dedos tan fuerte que suena como si le hubieran partido el cuello a un pájaro—. Una descarga de ira y odio, surgida de la desesperación que he generado. Una semilla pequeña pero terrible. Estoy impaciente por verla crecer, transformarse en un árbol mezquino de frutos horrorosos.

INTERLUDIO

CORELLIA

Entre los relámpagos, el combate continúa. En el tejado del viejo holoplex, con un panel publicitario luminoso y cambiante como telón de fondo, dos hombres pelean. Llevan tanto tiempo aquí, que han perdido la noción del tiempo. Están agotados. Empapados. Mientras peleaban se puso a llover. Ya ha parado. Pero ellos no se detienen.

El mayor es grueso y desaliñado. Lleva el cuerpo cubierto por una armadura de color rojo óxido, y la cabeza envuelta en trapos mojados. Se da la vuelta. Sus dos puños alzados parecen garrotes. Un chorro de sangre le cae de la nariz y hasta la boca. Se lame la sangre y sonríe como un borracho.

—Podemos dejar este juego cuando quieras, compañero —gruñe Dengar—. Podemos sentarnos en algún lugar a tomar una cerveza, a hablar del trato.

—No hay trato —dice el otro hombre, el que se llama a sí mismo Mercurial Swift. Es joven. Ágil. No lleva armadura. El cabello oscuro mojado le cubre la frente pálida. En las manos lleva un par de bastones. Los hace girar—. Tienes que dejarlo ya, Dengar. Te estás yendo más allá de las estrellas. Es una cruzada de locos.

Al oír esto, Dengar vuelve a arremeter. Lanzando puños como martillos. Como si no quisiera simplemente golpearlo, como si pretendiera machacarlo como pulpa de fruta para el zumo de la mañana. Mercurial recibe un puñetazo en la clavícula. El dolor le sube por el cuello y le baja por el brazo. Uno de los bastones le cae al suelo, chapoteando en un charco.

Mercurial hace una pirueta lateral. Cuando Dengar se le acerca, el cazarrecompensas más joven se agacha y le clava un extremo del bastón en el espacio que hay entre las placas de armadura de Dengar. Justo en las costillas.

Dengar suelta un grito y da un par de pasos atrás, tambaleándose, agarrándose el costado con las manos.

Sonríe a la vez que frunce el ceño.

—Únete a mí. Eres bueno. Eres *rápido*. Pero estúpido. Muy estúpido. No hay más que verte. Más verde que las especias doaki cuando están frescas. Necesitas una… mano que te guíe.

—¿La tuya? —pregunta Mercurial, tosiendo sarcásticamente—. No creo que eso vaya a pasar, viejo —otro destello de un relámpago. Sin trueno—. ¿No lo pillas? Me metí en este trabajo porque me gusta estar solo. *Me gusta* trabajar en solitario. —Se ríe. Es un sonido curioso, melódico—. No me hice cazarrecompensas para unirme a un club, ¿sabes?

Dengar vuelve a moverse en círculo.

Mercurial se mueve también en círculo, pero hacia el otro lado. Hacia el bastón caído.

—¡Siempre hemos sido un club! —grita Dengar.

—Quizá lo que te pasa es que los otros cazarrecompensas siempre se llevan la presa antes que tú. Te dan una paliza —Mercurial encuentra el bastón. A sus pies. Lo hace saltar con el pie y lo coge con la mano.

—Ja, ja, ja… ¿Crees que me he quedado atrás? ¿Es eso?

—No te puedes quedar atrás. ¡Nunca estuviste delante!

—Pequeño mascachatarra —dice Dengar entre risotadas—. Yo ya cazaba recompensas cuando tú todavía llevabas pañales espaciales.

—Me lo dice un hombre que *todavía* lleva pañales espaciales.

—No te gusto demasiado, ¿no?

—¿Quieres que te lo diga sin rodeos? Eres un viejo extraño y repugnante. ¿Quieres verdad de la buena, con el corazón en las estrellas? Nunca le has gustado a nadie.

Ya está. La gota que colma el vaso. Dengar es como una bestia salvaje. Solo tienes que enseñarle el cebo adecuado para que cargue. Y carga de verdad, lanzándose hacia el otro como un animal hambriento.

Pero entonces, en el último momento, gira a la izquierda. Cruza la azotea y rueda por el suelo. Cuando vuelve a ponerse en pie, se da la vuelta y lleva en las manos su rifle de carga de partículas. A punto para esparcir los átomos de Mercurial por la azotea.

El combate se vuelve a detener. Mercurial levanta las manos. Dengar arrodillado, con el cañón ancho del rifle apuntándole.

Esta vez están callados. La tensión es palpable, como una cuerda para estrangular.

Cae otro relámpago. El dedo de Dengar se acerca al gatillo. El rifle emite un zumbido. Las manos de Mercurial aprietan los bastones.

Está a punto de pasar algo.

Tiene que pasar algo. O Dengar acabará con él.

La mirada de Mercurial se clava en una azotea cercana. Se le ensanchan los ojos. Afloja la mandíbula. Piensa en alguien, proyecta la imagen, y dice:

—¿Boba Fett?

Dengar se vuelve hacia la azotea, girando el cañón del rifle.

Es la oportunidad de Mercurial. Lanza uno de sus bastones, que impacta en la frente de Dengar justo cuando este vuelve la cabeza hacia él. La cabeza de Dengar cae hacia atrás. Mercurial ya ha saltado hacia él, y le pega un rodillazo en la cara. Entonces un codazo en la clavícula. Un golpe de bastón en la muñeca. El rifle cae al suelo.

Mercurial la coge y clava el cañón debajo la barbilla de Dengar.

Justo entonces, se pone a llover otra vez. Flecos de lluvia.

—Eres bueno —dice Dengar, haciendo una mueca.

—Eso dicen.

—Ese truco… Quizá sea cierto que me he quedado atrás, colega.

Mercurial se encoge de hombros.

—Antes era actor y bailarín.

—¿En serio? —grita Dengar—. ¿Cómo acabaste haciendo esta vida?

—Al Imperio no le interesaban mucho las artes escénicas.

—Eso es cierto, es cierto —dice Dengar, sorbiéndose una burbuja de sangre en la nariz. Ríe—. Pero eso nos lleva a nuestro tema. Las cosas están cambiando. Nuestra profesión va a quedar *marginada*. La gente como nosotros… los rebeldes no nos tolerarán durante mucho tiempo, ¿no crees? Tenemos que combinar esfuerzos. Unirnos en un sindicato. Seremos una fuerza a tener en cuenta. ¡Pareceremos algo oficial!

—Probaré suerte por libre.

—De acuerdo —dice Dengar, asintiendo con la cabeza—. De acuerdo. Esto… ¿vas a matarme?

—No hay recompensa sobre tu cabeza. ¿Por qué molestarme?

—Ya verás. Ese día llegará. Cazarrecompensas con precio por su cabeza. Lo veremos pronto. Antes de que yo muera, pasará. Ya lo verás.

Mercurial asiente, y aparta el arma.

—Cuídate, Dengar.

—No lo creo, chico. No lo creo.



CAPÍTULO DIECINUEVE

Por la mañana, Adea está esperando a la Almirante Sloane.

Adea sabe que no tiene un gran papel en todo esto. Es una agregada. Una asistente. Entrega documentos. Trae tazas de café. Pide firmas. Entrega comunicaciones.

Pero algún día, quizá sea algo más.

Está viviendo un momento glorioso.

El Imperio se está tambaleando. Eso, en sí, no es algo bueno. Pero dentro de cada fisura, de cada fractura, se esconde una oportunidad. Una grieta es un lugar donde Adea puede poner la punta del pie. Puede ensanchar esas fisuras y encontrar dentro un lugar para ella. Por eso admira tanto a Sloane.

La almirante entiende las cosas. Está aprovechando al máximo esta situación. Y, ahora mismo, Adea le trae malas noticias.

Esto la emociona, sinceramente. Probablemente no debería ser así. Las malas noticias, por definición, son algo objetivamente malo. Pero lo que importa es la reacción. La gente se forma bajo coacción. Se forma con las crisis. Adea creció en Coruscant. Pero sus padres no eran gente importante. Su padre era un soldador. Pero no de los pobres que tenían que trabajar en las entrañas del planeta-ciudad. No, él hacía trabajos de calidad para el Imperio. Pero tenía que ensuciarse las manos. Sufría cortes y quemaduras. Hasta convertirse en garras artríticas llenas de callos y cicatrices.

A ella siempre le maravilló cómo los soldadores láser pueden crear cosas o romperlas. Unir piezas o separarlas.

Esto es lo mismo.

Una crisis los unirá a todos, o los destruirá. Pero ella cree que Sloane crecerá con esta crisis. No solo la pequeña, relacionada con las noticias que va a entregarle. La crisis mayor.

Admira profundamente a Sloane.

No soportaría decepcionar a la almirante.

Rae está debajo del chorro de una ducha helada.

—Llega directamente del cañón —le ha dicho el sátrapa—. El agua más pura que se puede encontrar en Akiva. Antiguamente, los Ahia-Ko creían que el agua era tan pura que podía llevarse tus pecados y hacerte una persona mejor.

Ojalá fuera verdad.

Se ducha con agua fría porque así eran las duchas en su primera misión, hace muchos años. Cuando era una simple cadete en el destructor imperial *Desafío*. Se acostumbró. Le acabó gustando. El agua fría la endurecía. La despertaba. Al igual que ahora.

Además, es un contraste necesario con el calor que hace aquí. Cuando sale de la ducha, la invade ese calor. El aire cálido y húmedo es invisible, pero no deja de ser tangible. Da la sensación de estar caminando por el agua hirviendo de un pantano. Ahogándose de pie.

Rae sale del baño y entra en la habitación de lujo que el sátrapa le ha preparado. Adea está ahí, esperando, iluminada por la luz de la mañana. Servicial como un perchero, con una holopantalla en la mano.

—¿Ha dormido? —le pregunta Rae, secándose el pelo con una toalla.

—Sí, Almirante —dice Adea, desviando la mirada, sonrojada, mientras Rae se seca y se viste. Adea no tiene un trasfondo militar. A veces Rae olvida que la gente de fuera del ejército o las fuerzas navales no comparte la misma experiencia. La desnudez de Sloane no es nada más que un estado transitorio. No es ni romántico ni vergonzoso. Es un hecho práctico de la existencia.

—Muy bien —dice Sloane—. Con el día que nos espera, es importante estar descansados.

—Pensaba que la reunión iba bien.

—La reunión va todo lo bien que puede ir una nave que se estrella al aterrizar. Ayer fue un primer paso infructuoso e intrascendente —Rae se acaba de poner el uniforme, alisándose las arrugas. Al menos esto es algo bueno de esta humedad. Además del hecho que su pelo está precioso por primera vez en muchísimos años. El aspecto no tiene mucho que ver con su imagen de sí misma, pero de vez en cuando está bien recordar qué aspecto tiene—. Hoy lo volveremos a intentar. Claro que no tengo muchas expectativas. Esta es solo la primera cumbre. Es posible que hagan falta más. Hacer venir a más voces. Dígale a Morna que tenga lista la lanzadera después de cenar.

—Por supuesto, Almirante. ¿Haremos que el *Vigilancia* vuelva a la órbita? ¿O le digo a Morna que realice los cálculos de hiperespacio en la navicomputadora de la lanzadera? —la pantalla de Adea parpadea. Una vez. Dos veces. Entonces se vuelve roja.

Rae frunce el ceño.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos un problema. Una… incursión.



CAPÍTULO VEINTE

El transporte vira y atraviesa rápidamente las nubes de Akiva. El calor del sol forma una franja por encima de las espirales de las nubes. Una franja como de acero fundido. Ahí, abajo, la ciudad de Myrra es apenas perceptible. Está oculta detrás de las nubes. Y cuando atraviesan este espeso manto blanco, la ciudad está cubierta por una neblina rosada.

El Sargento Mayor Jom Barrel de las Fuerzas Especiales de la Nueva República, conocidas también como SpecForce, observa los cinco hombres y mujeres que están junto a él, en la puerta abierta del vehículo. Llevan petos de fibra de carbono y hombreras con el emblema de la Nueva República: el ave de fuego de la Alianza, ahora rodeada de estrellas. El símbolo de un día nuevo, de un nuevo amanecer. El ave fénix, renacida de nuevo.

Los soldados que están ahí con él son los cabos Kason, Stromm, Gahee’abee, Polnichk y Durs. Sabe quién es quién, aunque tengan el rostro cubierto por las máscaras de descenso orbital.

Hace un gesto con la cabeza y grita:

—¡Adelante!

Uno a uno, se desabrochan los seguros y saltan sobre las nubes. Llevan lanzaproyectiles en la espalda. Caen con los brazos abiertos, como si quisieran abarcar el sol.

Le toca a él.

Barel no soporta saltar. Hazle hacer cualquier otra cosa. *Lo que sea*. Reptar por pantanos de Naboo. Congelarse las extremidades entre los muros de hielo de una base en las nieves. Una vez tuvo que pilotar una cañonera a través de una supertormenta eléctrica por encima de Geonosis para erradicar unos imperiales que habían decidido volver a poner en marcha las viejas fábricas de droides geonosianas. Era una tormenta de rayos, lluvias intensas y fuertes vientos. Las partículas del aire arrastradas por el viento hacían incisiones en el metal. Estaba seguro de que moriría antes de poder aterrizar. Pues eso era todavía mejor que saltar de una nave.

Especialmente un salto suborbital.

Así es la vida.

Barel salta después de Durs. Es el último de la fila. Tiene la impresión de ser siempre el último. Las entrañas se le salen por la boca, el corazón se queda atrás en medio del cielo. Pánico. Terror. Y entonces…

El impacto del aire. Como una onda de conmoción que lo golpea. Su cuerpo gira como una peonza. Por encima ve el transporte, con un impacto en el lado. Va dejando un rastro de chispas, llamas y humo negro. El transporte escora hacia un lado y empieza a caer…

Intenta usar el comunicador, pero no sirve de nada. Lo sabe. Las comunicaciones están bloqueadas. Nadie va a escuchar lo que diga.

Lo mejor que puede hacer ahora es caer e intentar no morir.

Pero eso es mucho más difícil de lo que creía. Por debajo de él, ve al Cabo Kason, que va en primer lugar. De repente, desaparece en un estallido. Desde abajo llega el rayo cegador de un turboláser. Un minuto, Kason está ahí. Al minuto siguiente, queda reducido a una nube roja y a restos de carbono en medio de las nubes.

Estamos muertos, piensa Barel.

Otro disparo. El siguiente en caer es Stromm. Un estallido, y ya no está. Barel atraviesa el espacio que ocupaba Stromm dos segundos antes.

Barel les hace una señal a los demás:

—Aquí nos cazarán como pichones. Tenemos que ser halcones. ¡Activad las alas! —Es demasiado pronto. Están a demasiada altura. Desplegando las alas a esta altura, se podrían matar. Pero… ¿qué alternativa tienen?

Por debajo de él, los otros tres abren los brazos y las piernas, y se activan las alas del traje.

Es demasiado tarde para Gahee'abee. Justo cuando las alas del kupohano se extienden de las muñecas a los tobillos, desaparece. Otro disparo desde la superficie del planeta y queda reducido a restos de alas arrastrados por el viento.



CAPÍTULO VEINTIUNO

Es una mañana tranquila en Myrra. Ha parado de llover. El calor invade las calles y los edificios, cubriéndolo todo de un vapor empañado. Norra observa un par de atrapacielos cerúleos que sobrevuelan la ciudad, persiguiéndose el uno al otro: podría ser una pelea territorial o un ritual de apareamiento. O ambos, teniendo en cuenta la naturaleza de estas intrépidas aves azules.

En la azotea de casa de Esmelle y Shirene, reina la calma mientras Norra se toma su taza de té. Pero la serenidad exterior no logra calmar el caos de su interior.

Norra conoce esta sensación. Ponerse el traje de piloto. Montarse en su Ala-Y. Quedarse sentada en el hangar del Hogar Uno, esperando la señal. Esperando el salto al hiperespacio. En ese momento, también reinaba la calma. Algunos murmullos aquí y ahí. Un droide que pasaba. El sonido de la vieja fragata: el repiqueteo de alguna cañería más allá de los muros, un leve crujido de metal contra metal, el retumbo de los depuradores de aire al encenderse.

Intenta no marearse, pero hoy es como ese día.

Solo quiere irse a casa.

Pero el deber le llama una vez más.

Abajo, en el sótano, Temmin trabaja en su droide. Los otros dos han conseguido dormir un poco. Norra también ha dormido, aunque solo unas horas y con un sueño agitado.

Pero Temmin se ha quedado trabajando. Norra lo admira. Es como su padre, decidido y motivado. Y terco como ella. También furioso, arrogante y firme como ella. Como cuando ella decidió irse de este planeta para unirse a la Alianza Rebelde, con la convicción ingenua de que podría descubrir ella *sola* dónde estaba apresado su esposo. ¿Y entonces qué? ¿Rescatarlo? Como si fuera una princesa de cuento de hadas atrapada en una torre. Qué idea más peregrina.

Al otro lado de la calle, subiendo hacia el huerto, se fija en una pareja de ancianos, sentados en el tejado de una casa. Los reconoce. Llevan aquí muchos años, esos dos. Son una pareja de bith viejos y apergaminados. Ha olvidado sus nombres, aunque Esmelle probablemente los sepa. Los dos bith están ahí sentados bajo un parasol, viendo la salida del sol sobre la jungla lejana. Beben de un cilindro, probablemente batido de oratay. A los bith parece encantarles ese potingue.

Son gente pacífica, los bith.

A Norra le gustaría ser como ellos…

Justo entonces, oye un sonido a lo lejos. Un sonido que Norra reconoce al instante, antes de que su oído lo reciba. El rugido de un caza TIE.

Le pasa por encima, volando bajo. Va hacia el centro de la ciudad.

Los bith se levantan. Esos pacíficos bebedores de oratay se levantan. El anciano saca un rifle bláster de debajo de la silla. Norra le oye lanzar algún improperio en su idioma y empieza a disparar descargas de láser contra el caza imperial. Disparos inocuos.

La mujer levanta el puño y también se pone a gritar.

Justo entonces, Norra tiene una idea. Claro. *Claro*.

Se dispone a dar la vuelta y entrar en casa cuando se produce una explosión por encima de la ciudad. Norra levanta la mirada y ve algo ardiendo entre las nubes. Una pequeña forma negra. Una nave. Que de repente empieza a caer entre los remolinos de nubes.

Hay otro destello de luz. Un disparo de turboláser rasga el cielo. El objetivo es algo pequeño.

Un soldado, quizá.

Se le contrae el estómago. ¿Un soldado rebelde?

Tiene sentido.

Pero eso significa que sus planes horarios han cambiado.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Con el último golpe de la llave mecánica, los ojos del droide de combate parpadean y se encienden. El altavoz que hay debajo del afilado pico metálico del droide emite un chirrido que parece un tartamudeo:

—RRRRRRRRggggRRRRR.

Temmin vuelve a golpearlo.

¡Bang!

—RRRRRENTENDIDO. A LA ORDEN.

El droide se pone en pie. Los servomotores zumban y el droide se observa el brazo de repuesto. Que en realidad no es un brazo, sino la pata de un droide astromecánico. Hace girar la pata, al principio lentamente, y luego rápidamente. A tanta velocidad que casi no se ve.

—ESTE NO ES MI BRAZO.

—Lo sé, Huesos. Lo siento.

—ESTO ES UNA PATA DE DROIDE ASTROMECÁNICO.

—No, no, lo sé.

—LOS DROIDES ASTROMECÁNICOS SON INFERIORES. SON CUBOS DE BASURA QUE SILBAN. CON ESTE NO-BRAZO SOY UNA VERSIÓN INFERIOR DE MÍ MISMO.

Temmin se encoge de hombros.

—Te prometo que te repararé cuando volvamos a la tienda. Ahora mismo, esto es lo que mis tías tenía por aquí.

Aquí abajo, en este taller del sótano, fue donde Temmin construyó a Huesos. Lo creó a partir de restos de droides que encontró en las catacumbas de debajo de la ciudad. Ruinas de las Guerras Clon. De la época en la que la fábrica subterránea, que ahora es un cráter chamuscado, todavía producía droides para los Separatistas.

Coge la llave mecánica y la pliega. Es una pequeña multiherramienta que siempre lleva en el cinturón. Puede convertirse en cualquier herramienta que necesite con solo alargar una de sus múltiples puntas. La hace girar en el aire y se la guarda en el cinturón.

—QUIZÁ TODAVÍA PUEDO SER FUNCIONAL —dice el droide, levantando su pata de droide astromecánico—. PUEDO APORREAR A LOS QUE QUERÍAN HACERTE DAÑO, LOS REDUCIRÉ A SIROPE GRASIENTO. NO TE PREOCUPES, AMO TEMMIN. ESTÁS SEGURO.

—Gracias, Huesos —le dice Temmin, abrazándolo. El droide le devuelve el abrazo, aunque con un solo brazo. La pata de droide astromecánico se limita a darle golpecitos en la espalda: *tap, tap, tap*—. Pensaba que te había perdido.

Hace tiempo que tiene a Huesos. La idea de perder este droide…

—HICE BIEN. HE VUELTO.

—Claro que sí. Gracias, Huesos.

—ENTENDIDO. A LA ORDEN.

Se oye un crepitar de madera. Alguien pisando uno de los tablones de madera. Es su madre. Se quedan unos segundos mirándose. Como si no supieran cómo relacionarse. Porque seguramente no lo saben. Son desconocidos. Temmin se da cuenta ahora mismo. Levanta la cabeza. Está avergonzado. ¿Su madre le ha visto abrazando al droide? *Buf*.

—Mamá, la próxima vez podrías… llamar a la puerta.

—Temmin, ha ocurrido algo. Y… creo que tengo un plan.

—Ahora mismo subo.

Ella se queda ahí un momento.

—Estoy…

—¿Qué? Suéltalo ya.

—Estoy contenta de que volvamos a estar juntos. Y me alegro de que tu droide esté bien. Parece que significa mucho para ti.

—¡No! No significa nada. Solo es un droide, ¿vale? He dicho que ahora voy —Norra asiente, sonriendo, y vuelve arriba.

Cuando ella ya no está, Temmin le susurra al droide:

—No lo decía en serio.

—LO SÉ.

—Eres el mejor.

—ESO TAMBIÉN LO SÉ.

Cuando Norra llega arriba, se encuentra con Esmelle, que cierra la puerta con suavidad. Tiene cara de preocupada. Su rostro es como un cordón estirado al máximo.

—¿Está bien el droide?

—Eso creo —Norra pasa por alto el hecho de que le han cambiado un brazo por una pata de droide astromecánico—. Más o menos.

—Ese droide significa mucho para él.

—Eso he visto.

—No, no lo entiendes. Construyó al Señor Huesos el año en que te fuiste. Temmin no tiene muchos amigos. Puede que ese droide sea su amigo.

—No puedes ser amigo de un droide.

—Pues él lo es. Había un grupo de… mocosos maleducados. Siempre se metían con Temmin. Le pegaban. Huesos le protegía. No es solo un guardaespaldas. Cuando te fuiste… de *viaje*…

—Ya lo pillo —le suelta Norra—. Crees que me tendría que sentir mal por haberme ido. Me siento mal. Ya me sentí mal entonces. Ahora me siento peor. Estoy intentando arreglar las cosas.

—Y, sin embargo, aquí estás. Trabajando otra vez para los rebeldes. Tu hijo es el que te necesita, Norra, no esta… cruzada tuya.

Cruzada. Así es como lo ve Esmelle.

—La guerra llega a Akiva, Esme —le dice Norra, alterada—. No dentro de un tiempo. Muy pronto. Quizás ahora mismo. Puedes pensar que no llegará a tu puerta. Pero créeme, mi *suave* hermanita, mi *delicada* hermanita. La ola de la guerra no se detendrá con solo desearlo. Ahora déjame pasar. No tengo tiempo para esta conversación.

Su hermana protesta, pero Norra se abre paso.

—¿Y no me puedo sentar a observar? —pregunta Sinjir. Está solo con Jas. Delante tienen un nuevo repertorio de alimentos y complementos de cocina. El mapa de Myrra ha crecido desde ayer por la noche—. Todo este tema es bastante desagradable. Podría sentarme tranquilamente y llevar el marcador. O hacer de animadora.

Le da un sorbo a la botella sin etiqueta. Es un licor dulce. Sabor de miel con un toque final de lavanda. El sabor que deja al final es cobrizo, casi eléctrico. Como si estuviera lamiendo una batería de torio.

—Te lo he dicho. Necesito ayuda de verdad. No ayuda ficticia —Jas se lo queda mirando, lo ve bebiendo. Le arrebata la botella de las manos y huele el interior.

—¡Ey! Eso no se hace.

—Eres un borracho.

—No lo soy. Un pepinillo en conserva va más borracho que yo. Bebo un poco para mantener un nivel bajo de… —agita los dedos en el aire— …de *borrosidad*. La vida me parce mucho más agradable así.

—Necesito que estés despejado.

—Ah —dice, desanimado—. Estoy totalmente despejado.

La cazarrecompensas se lo queda mirando fijamente.

—¿Qué te pasó? En Endor. Sí que me acuerdo de ti. Ahí de pie, cubierto de sangre. ¿Era tuya?

—No quiero hablar de ello —dice, haciendo una mueca.

—Pues aquí estamos, hablando de ello —replica ella, sentándose. Suspira—. Yo me hice cazarrecompensas porque no me gustaba la vida que mi madre había elegido para mí. Todo estaba… demasiado organizado. Me *sofocaba*. Así que imité a la hermana de mi madre. Mi tía Sugi también era cazarrecompensas. Y resulta que Sugi siempre trabajaba en grupo. No era un ave solitaria, no iba por libre. Una cosa que aprendí de ella es que si iba a trabajar en equipo, tenía que confiar en mis compañeros. Tenía que conocerlos. Por eso nunca he trabajado en equipo. Porque confío en mí más que en nadie. Sin embargo, aquí estoy. Trabajando contigo.

—Y eso, seamos honestos, significa que eres muy afortunada. Soy un tipo genial. Te ha tocado la lotería del Día del Imperio —dice, sonriendo con aires de suficiencia—. Oye, tú tienes una nave… ¿Dónde está? ¿No la podríamos usar… para irnos de esta roca? ¿Para buscar algo mejor que hacer?

—Está a unos días de aquí, en la jungla —dice ella. Pero la forma en la que lo dice indica que no se lo toma en serio—. Tenía que asegurarme de que nadie me viera llegar a la ciudad.

—Muy práctico. A la vez que muy poco práctico.

Ella lo vuelve a atravesar con la mirada.

—¿Qué ocurrió ese día? En Endor.

—Ya sabes lo que ocurrió. Estabas ahí.

—A ti. ¿Qué te pasó a *ti*?

—Yo… —dice Sinjir con una sonrisa triste. Se esfuerza por no hablar de todos esos recuerdos que lo están destrozando—. *Vale*. ¿Lo quieres saber de verdad? No pararás de insistir, ¿verdad? Vamos allá —hace girar el líquido dentro de la botella—. A ver, como ya te dije, era un oficial imperial de lealtad en la base de Endor, y… *¡Mira, es Norra!*—casi se le cae la botella cuando la ve entrar en la cocina.

Ella. Norra. Ahí, de pie. Echando chispas. Con el pecho hinchándose y deshinchándose como una bestia oliendo sangre en el viento. Sinjir tendría que haberla oído venir. Pero tanto beber y tanto hablar…

—Un *imperial* —dice Norra.

—Seguro que no has oído bien —responde él—. He dicho… ¿*Mimperial*? —frunce el ceño y carraspea—. Eso no es una palabra, ¿verdad?

—Un imperial —repite ella, más fuerte.

—Norra, escucha…

Norra se le echa encima. Lo tumba sobre la encimera, con un estrépito de boles. El salero sale disparado de la mesa y se hace añicos. Norra lo agarra por el cuello y se alza sobre él.

—Tendría que haberlo *sabido* —dice Norra—. No te comportas como uno de nosotros. Demasiada *arrogancia*, demasiados aires de *superioridad*. Y ese acento. Crujiente como una galleta mordida. Hijo de gundark…

El clic de un bláster.

Jas pone la pistola en la sien de Norra.

—Norra —dice la cazarrecompensas con voz calmada—. Vas a tener que aceptarlo. Si no puedes aceptarlo, todo esto fracasará. Era un imperial. Y nos puede ser de utilidad.

Es como ver la niebla aclarándose sobre un lago. La agresividad de Norra se desvanece. Se lo queda mirando como desde lo alto de un abismo. Sinjir se aparta de ella y se frota la garganta.

—Nos puede ser de utilidad —repite Norra—. Tienes razón —recupera la concentración, como si acabara de tomar una decisión—. Ha ocurrido algo. Nuestros plazos han cambiado. Tenemos que movernos ya.

—¿Interrumpo algo? —dice la voz de Temmin, a sus espaldas.

Nadie responde.

—¿Qué pasa? ¿Hola? ¿Alguien?

Norra sonríe y dice:

—Tengo un plan.

INTERLUDIO

SEVARCOS

Durante la batalla, tres esclavos se apelotonan a la sombra de las torretas imperiales, escondidos detrás de una roca escarpada. El primero es un weequay, Hatchet, con rasgos marcados y una cicatriz que le baja entre los ojos, por la nariz, por encima de los labios y hasta la barbilla. El segundo es un quarren, Palabar, que además de tentáculos tiene una cara irritada, agrietada y seca. Aquí el aire es tan seco y está tan lleno de partículas que va corroyendo la piel, como el agua erosiona las rocas. El tercero es Greybok, un wookiee con un solo brazo, que cubre a los otros dos para protegerlos cuando un Ala-A se estrella contra la montaña de roca roja que se alza sobre ellos y les cae encima una lluvia de escombros.

—Tenemos que correr —grita Hatchet—. Los imperiales están ganando esta batalla. Y si ganan, las minas volverán a ser suyas. ¡Nosotros seremos suyos!

El quarren asiente. Palabar ha quedado tan traumatizado en los últimos años que va adonde le lleva el viento, encogido de miedo y sollozando en la oscuridad.

Pero Greybok gruñe. Un grito gutural de disconformidad. Agita rabiosamente su único puño, mostrando los dientes al gruñir.

Las torretas imperiales escupen fuego a lo largo y ancho de la llanura abierta que conduce a la entrada de la mina de especias. Por todas partes hay pequeños grupos de esclavos apelotonados. Algunos están heridos. Otros están muertos. La mayoría solo intenta sobrevivir.

Greybok vuelve a gruñir, levantando la cabeza y agitando todo su pelo enmarañado.

Hatchet niega con la cabeza.

—¡Estás loco! No podemos ayudar a ganar a los rebeldes. ¡Esta no es nuestra guerra, bola de pelos con patas! Nuestra única esperanza es no morir.

Por primera vez en mucho tiempo, Palabar no está de acuerdo con algo:

—¿Y… y si el wookiee tiene razón? ¿Y si es nuestra única oportunidad? Si corremos, nos encontrarán…

Greybok ruge para mostrar que está de acuerdo. Vuelve a agitar el brazo. Los esclavistas de Sevarcos le cortaron el otro hace muchos años, cuando intentó escapar. Sus propietarios no eran propiamente imperiales, pero esta mina hace años que está en manos del Imperio. Los oficiales imperiales vienen a menudo a inspeccionar el trabajo y a llevarse un diezmo de créditos y especias. El Imperio no ve mal el esclavismo. Al contrario, se construyó con el trabajo de los esclavos. Los créditos de las arcas imperiales los ganan estos trabajadores forzados. ¡Especies enteras! Greybok conoce todas las

especies. No es un vulgar obrero, aunque aquí su función sea pulverizar la roca a golpes de pneumomartillo. En el pasado, fue diplomático tribal. Sabe cómo funciona la galaxia. No es estúpido.

Y aunque no es ningún guerrero, hoy tiene motivos para intentarlo.

—No salgas ahí fuera —grita Hatchet—. No seas tonto, wookiee.

Pero al wookiee no le importa.

Greybok quiere ser libre.

Se levanta. Lanza el grito de guerra de su gente y corre hacia la batalla, esquivando disparos de bláster. Un imperial que lleva una armadura de batalla mecanizada se gira hacia él y lo apunta con un cañón pesado de mano. Pero Greybok es rápido y cuenta con el elemento sorpresa. Se lanza por debajo de su atacante y lo hace caer por una fisura.

Greybok no se detiene por nada.

Tiene un plan.

Ahí delante hay un corral. Una valla alta electrificada. Dentro hay tres esclavos más. Solo que diez veces más grandes que Greybok. *Rancors*. Criaturas envilecidas por los esclavistas. Obligadas a recorrer los cañones exteriores para disuadir a los esclavos de escapar. Todo el mundo sabe que si llegas a esos cañones, los rancors te darán caza y te devorarán.

Cuando vienen los imperiales, devuelven a los rancors a este corral de vallas altas. A los rancors no les gusta nadie, ni los esclavos ni los imperiales. Están entrenados para que solo les gusten los esclavistas que los cuidan. Estos rancors están aquí ahora. En el lado de los imperiales. Rechinan los dientes y chillan. Uno de ellos es más pequeño que los demás, tiene los ojos amarillos brillantes y una cabeza gris verdosa. Los otros son de color rojo óxido como las montañas de esta región de Sevarcos. Y más grandes.

Greybok corre hacia el corral, y de camino coge una roca grande y pesada. Los rancors se vuelven hacia él, chillando. Greybok les devuelve el gruñido y empieza a golpear la cerradura enorme que mantiene cerrada la puerta electrificada.

Bum. Bum. Bum. Los rancors dejan de gritar y observan lo que hace con una intensa fascinación. Los imperiales empiezan a gritar. Una ráfaga de disparos láser golpea la valla y el suelo cerca de sus pies.

Sigue golpeando. *Bum. Bum. Bum*. Hasta que…

La cerradura se parte en dos y se desprende de su sitio.

De repente, las ondulaciones eléctricas chisporroteantes que recubrían la valla entera desaparecen. Ya no hay carga.

Y la puerta empieza a abrirse.

El rancor más pequeño ruge y abre la puerta con el reverso de la mano. La puerta golpea a Greybok, que cae al suelo y se golpea la cabeza con una roca. De repente, todo está borroso.

Por encima de él, ve unas formas difuminadas. Los tres rancors huyendo. A continuación, se oyen gritos. Algo explota. Alaridos de pánico. De repente, alguien se

alza sobre Greybok. Un esclavista. Un zygerriano. Tiene la boca torcida en una expresión de rabia salvaje. El esclavista le grita:

—¿Qué has hecho, esclavo?

Greybok intenta levantarse, pero el zygerriano lo apunta con una de sus armas terribles: un bláster llamado desollador. El esclavista hace girar una rueda lateral del arma y aprieta el gatillo. El cañón del arma suelta una descarga de rayos rojos, que rodean al wookiee.

Greybok se agita entre luz, dolor y fuego.

Ni siquiera puede gruñir. Solo puede atragantarse y borbotear.

Su mirada se empieza a nublar. El zygerriano va a matarlo. Esa es una de las facultades del desollador: puede causar un poco de dolor, o muchísimo. Suficiente dolor para que al cabo de poco tiempo el corazón acabe deteniéndose.

Pero los rayos se detienen. Y, con ellos, el dolor. Aunque su recuerdo prevalecerá durante mucho tiempo. El zygerriano cae al suelo.

Detrás está Hatchet, con una roca enorme en las manos.

Greybok gruñe un agradecimiento.

Y entonces la oscuridad se cierne sobre él. Aunque solo por un momento. O eso cree él. Cuando abre los ojos, tiene la sensación de que no ha pasado el tiempo.

Pero sí.

Hatchet está ahí sentado, rascándose los dientes con un palo roto. A su alrededor, los restos de la batalla: las torretas incendiadas, rebeldes rodeando a los esclavistas, una gran hoguera con latas de especias. Uno de los rancors está muerto. Uno de los grandes. El verde grisáceo y el otro grande y rojo no están. No se les ve ni se les oye por ninguna parte.

Greybok gruñe una pregunta.

El weequay le responde:

—Pues lo que ha pasado es que hemos ganado. O los rebeldes han ganado. Bueno, *alguien* ha ganado. Y ese alguien no ha sido ni el Imperio ni los esclavistas.

Cerca de ahí está Palabar, con los brazos cerrados sobre las rodillas. Sus tentáculos se agitan ansiosamente mientras lanza la pregunta:

—¿Qué pasará ahora?

Greybok lanza un gruñido leve, como haciéndose él también la pregunta. Justo en ese momento, pasa por ahí una rebelde. Hatchet se dirige a ella:

—Ey. Guapa. ¿Qué pasará ahora? Con nosotros, quiero decir. Los esclavos.

Ella sonríe un poco. Pero Greybok ve que ella tampoco lo sabe. Lo único que puede hacer es encogerse de hombros.

—No lo sé. Nadie lo sabe. Eso sí, sois libres.

La mujer sigue caminando. Aparta un casco de soldado de asalto de una patada y se aleja. A lo lejos, se oye el sonido de otra batalla. Greybok se pregunta si caerá todo Sevarcos. O si el Imperio recuperará el control sobre el planeta. El futuro parece estar dando muchas vueltas, saltando de un lugar a otro como un leermur arbóreo en pánico.

Hatchet ríe tristemente.

—Nadie lo sabe. ¿Habéis oído eso, compañeros? Nadie sabe lo que pasará ahora. —Se pone en pie, resollando—. Pase lo que pase, supongo que dependerá de nosotros. Vámonos de aquí. Somos libres. Vamos a actuar en consecuencia. A ver qué le ofrece la galaxia a un trío de ex-esclavos inservibles y descastados. ¿No?

TERCERA PARTE



CAPÍTULO VEINTIDÓS

El Almirante Ackbar está estudiando los datos con cara de sueño. Es un pequeño paquete de información, mostrada en una pantalla tridimensional. Ve la superficie del planeta Akiva, que se va haciendo grande como un globo hinchándose, hasta que parece que puede mover las espirales de nubes con la palma de la mano. Como un dios. Pero solo es una proyección. Un holograma. Datos recogidos por el droide sonda, ahí, en el espacio. Ackbar puede ver lo que pudo ver el droide: el puntito iluminado por un círculo rojo representa el transporte que se acerca volando, y cada círculo amarillo corresponde a uno de los soldados de las SpecForce, que van saliendo uno a uno de la nave. Entonces ve el destello del disparo del cañón. Un turboláser desde la superficie del planeta, desde algún lugar por debajo de las nubes.

El círculo rojo parpadea y se apaga: la nave explotó en mitad del aire, antes de llegar al suelo.

Uno a uno, los círculos amarillos también parpadean y se apagan.

Excepto uno.

Se perdió su señal cuando llegó al planeta, pero parece ser que el Sargento Jom Barel de las SpecForce pudo haber sobrevivido al ataque.

Hasta qué punto, Ackbar no lo sabe. En estos momentos, la información es escasa. Y lo seguirá siendo. El bloqueo de comunicaciones no les hace ningún favor. El droide sonda solo tiene la información que tiene gracias al reconocimiento visual. Y *ellos* solo han recibido la información del droide porque llevó el comunicado hasta el Oculus, que está suficientemente lejos del bloqueo como para poder transmitirla a Ackbar, en el

Hogar Uno. Comunicación de corto alcance convertida en comunicación de largo alcance.

—Y creemos que Barel ha sobrevivido —dice Ackbar.

—Eso creemos —corrobora el holograma de Deltura, asintiendo.

Deltura se hace a un lado y en la holoimagen aparece el rostro de la oficial científica.

—No obstante, su supervivencia no está garantizada —dice la oficial Niriian—. Observe el recorrido errático que sigue hasta llegar a la superficie —y vuelve a reproducir el último fragmento, en el que el círculo brillante de Barel de repente salta hacia la derecha, luego hacia la izquierda, luego baja haciendo zigzag—. El recorrido sugiere que desplegó las alas demasiado temprano. A esa altura, los vientos son muy fuertes. No podemos estar seguros de que el hombre que aterrizó en la superficie esté vivo y en buen estado.

—Gracias, oficial Niriian —dice Ackbar, asintiendo—. Un trabajo admirable, como siempre.

Ackbar inclina el cuello y se lo masajea con los dedos. En la holoimagen vuelve a aparecer Deltura.

—¿Señor? ¿Cuáles son sus órdenes, Almirante?

—Permanezcan en su posición hasta nuevo aviso. Pero tengan cuidado. Ahí está pasando algo. Parece que tendremos que desvelar este misterio con una mano más activa de lo que anticipamos inicialmente.

Si esto es obra del Imperio, como sugiere su informante en las sombras, entonces la guerra por la galaxia se acaba de trasladar a este sector del Borde Exterior.

Cuando ella llega a la sala, todo el mundo ya lo sabe. El nivel de volumen de los presentes ya es estruendoso. Al entrar por la puerta, ese griterío irritado e inquieto se lanza sobre ella como un disparo láser. El sátrapa corre hacia Rae con actitud de sirviente, hablando más bien a la sala que a ella:

—Ya se lo he dicho. Aquí estamos seguros. Estamos seguros. Estas paredes son más gruesas que una persona tumbada —llega junto a Rae y le ofrece una bandeja de pastas aromáticas, unos molinillos dulces con trozos de fruta en el centro. Ella hace un gesto de negación con la mano, a pesar de las protestas de hambre de su estómago. No puede dar una imagen de líder eficaz si tiene una golosina en la mano y migajas en la comisura de los labios.

No, espera… ¿qué mejor forma de quitarle hierro a la situación?

Coge al sátrapa del brazo, elige un dulce de la bandeja y empieza a comérselo.

Que vean que no se toma en serio esta amenaza.

Es mentira. Es una amenaza seria. O lo será pronto, muy pronto.

El hecho de que sepan que está pasando algo vuelve a ser cosa de Pandion. Tiene *alguien* en el equipo de Rae. ¿Tothwin? Podría ser. Es un cretino. ¿Y Adea o Morna? Eso ya sería más preocupante.

No es algo de lo que tenga que encargarse ahora. No hay tiempo para una caza de brujas.

Pone la mano plana para atrapar algunas migajas que le caen.

—Como saben —empieza a decir. Entonces tiene que repetirlo para acallar a los presentes—. *Como saben*, se ha producido una incursión en el espacio de Akiva. Hemos descubierto un transporte rebelde en la atmósfera por encima de Myrra. Hemos erradicado ese transporte con uno de los cañones suborbitales tierra-órbita. Con eso terminan nuestras preocupaciones.

—¿Terminan? —protesta Crassus—. Eso no parece muy preciso. ¡No puede ser tan desdeñosa!

—Esto es una amenaza, Almirante Sloane —interrumpe Pandion—. La Alianza Rebelde… los rebeldes enviarán una flota. No inmediatamente, pero sí pronto. Y cuando lo hagan, tenemos que estarles esperando. Están ciegos ante la situación. Pero nosotros vemos con claridad. Esto nos da una gran ventaja. Ellos enviarán una flota. Nosotros tendremos la nuestra esperando. Liderada por el súperdestructor *Devastador, por supuesto*. Una victoria para el Imperio. Una victoria que servirá como llamada de atención para toda la galaxia, que anunciará que ha vuelto el orden.

Tashu y Crassus asienten. Shale se abre paso junto al sátrapa servicial y su bandeja de dulces, y dice:

—Todavía tienen ventaja militar. Especialmente si responden enviando una gran flota. Si eso es probable o no, no lo puedo decir. Pero en cualquier caso, poner en juego *cualquiera* de nuestras naves insignia ahora mismo sería imprudente. Esta batalla solo debe librarse con el objetivo de asegurar nuestra supervivencia. Solo debe librarse si es absolutamente necesario. Si *perdemos*, perdemos nuestras naves insignia, y probablemente también nuestra libertad, incluso la vida. *Eso* será una llamada de atención, Moff Pandion. ¿Quiere perder aquí como perdió en Malastare? Al perder esa estación de comunicaciones, se perdió el poco control que teníamos sobre ese planeta.

Ella también se enteró de su derrota en ese planeta. Solo él logró escapar. Huyó en una lanzadera de escape mientras los rebeldes tomaban la base a sus espaldas. En la armada imperial, el almirante se hunde con su nave. Los moffs no siguen ese código, parece ser.

A Pandion le ha sentado muy mal la mención de esa derrota. En su rostro se hace evidente la rabia que siente por el comentario.

—Cobarde —dice Pandion.

Shale se encoge de hombros:

—No tan cobarde como alguien que deja atrás a sus hombres para ser capturados o morir.

Es hora de intervenir antes de que estos dos se maten entre ellos. Aunque Rae piensa que eso resolvería el problema, ¿no? Ojalá fuera tan despiadada.

—El plan, tal y como yo lo veo —dice, alzando de nuevo la voz—, es seguir desayunando y seguir debatiendo nuestro propósito mayor. El futuro del Imperio Galáctico y de la galaxia que aparentemente controla. Mientras tanto, nuestra gente preparará las lanzaderas, hará las maletas, y mi asistente Adea preparará una nueva ubicación para esta cumbre. A la hora de comer, cerraremos la sesión para reanudarla en la nueva ubicación.

Mediante esta afirmación, Rae está intentando pisar con la bota el cuello de una serpiente encrespada para inmovilizarla antes de que le muerda. Todo este asunto amenaza con convertirse en una cuerda que se le escapa de las manos. Ahora mismo, su afirmación parece que les da una pausa, pero es consciente de que en cualquier momento alguien como Pandion dará un paso al frente y pedirá una votación. Ayer por la noche se sentó el precedente. Fue un error por su parte dejar que todos tuvieran voz. Esto le hace pensar en un error mayor. ¿Acaso esta cumbre es una idea insensata? Quizá Pandion tenga razón. El Imperio necesita un emperador. No un consejo de gente que discute. Los consejos frenan las ruedas del progreso, que acaban arrastrándose a una velocidad imperceptible. El Senado Galáctico era célebre por su incapacidad para *actuar*.

Es lo que es.

—Que empiece la reunión —dice Rae.

Jom Barrel se pone a toser. Sus ojos enfocan lo que tiene alrededor. ¿Dónde está? ¿Qué ha ocurrido?

Entonces lo recuerda todo, tan rápido como el suelo que se le acercaba vertiginosamente. El recuerdo de la caída. El transporte en llamas. Su equipo erradicado del cielo, uno a uno, como por el dedo de un dios insensible y cruel. Y él, con las alas desplegadas. Llevado por el viento. Durs por debajo de él. Polnichk por encima. Durs borrado del mapa por un disparo láser. Polnichk rasgado por el viento antes de que el cañón se lo llevara a él también.

Entonces el viento se llevó a Jom. Un vendaval frío y violento lo apartó de en medio como si fuera una mano tosca. El viento lo arrastró unos treinta metros hacia abajo en unos segundos, entonces se detuvo el viento. Y cayó, sin viento que impulsara las alas. Se desmayó. Y no volvió a despertar hasta que estuvo muy cerca del suelo. Caía sobre la ciudad. Extendió los brazos una vez más, se dejó llevar por el viento.

Pero le costaba controlar la caída. Chocó contra el lateral de un aerofurgón y cayó sobre de un saliente de madera lleno de paja y pieles de fruta, restos de algún animal domesticado. Al perder el conocimiento, pensó que le había llegado la hora. La muerte.

Pero sigue vivo.

Hace más calor que en la boca de un rancor. Jom se quita la máscara, la tira al suelo. Intenta moverse, pero le falla un brazo. Siente una descarga de dolor desde la muñeca hasta el hombro, como un latigazo de electricidad. Ni siquiera puede cerrar el puño. Siente el brazo inerte dentro del armazón de fibras de carbono.

Está roto.

Mierda.

Se lleva la mano a la espalda para coger el rifle para usarlo como bastón…

Pero no está.

Mierda, mierda.

Se habrá roto durante la caída. O en el aterrizaje. Jom rueda, empieza a ponerse de rodillas ayudándose con el brazo bueno y…

Cuando levanta la cabeza, con sudor cayéndole de la frente, ve las botas blancas de unos soldados de asalto. Tres. Apuntándolo con los rifles bláster.

Mierda, mierda, mierda.

—Vaya, hola, chicos —saluda Jom, a través de los dientes apretados—. ¿No tenéis calor?

—Quieto —ordena un soldado de asalto.

—Levántate —dice el otro.

Idiotas.

—No puedo hacer las dos cosas —dice Barel—. Solo soy un hombre, no como vosotros tres, mis queridos soldados —y al decir esto se gira y lanza una patada al poste en el que se apoya el saliente de madera.

Con una patada basta para partir el poste como un hueso quebrado. El techo entero se derrumba, con un estruendo de baldosas de arcilla que caen sobre los soldados de asalto. La plataforma de madera lo separa de ellos.

No tiene tiempo que perder. Se pone en pie de un salto, obligándose a sí mismo a ignorar el dolor. Golpea el techo de madera con el hombro para hacerlo caer hacia adelante.

Los soldados de asalto ceden y se oye el repiqueteo de sus armaduras contra el suelo. Están atrapados debajo del techo de madera. Jom se pone encima y salta unas cuantas veces con toda su fuerza. Ve movimiento en un margen del techo. Uno de ellos está intentando salir a rastras. Con el rifle bláster en una mano.

Jom rueda hacia él y le arrebata el rifle bláster al soldado de asalto.

—¡Ey! —grita el soldado.

—Ey —repite Barel, poniéndose en pie, apoyándose en el rifle.

Entonces dispara a través de la madera. Tras una nube de chispas y astillas, deja el techo lleno de agujeros humeantes. Los soldados de asalto dejan de moverse.

Hace una mueca, escupe y baja de la plataforma.

Es hora de moverse.



CAPÍTULO VEINTITRÉS

Caminan por la calle. Es difícil cubrirse la cara en las calles de Myrra, especialmente con este calor. Llevar capa no es una opción, y con una máscara te ahogas en tu propio sudor. Lo ideal es ir con velo. Norra lleva un velo blanco que le cubre la nariz y la boca. Jas lleva un velo completo sobre la cabeza, negro como la medianoche, aunque el velo no logra ocultar los pinchos de la cabeza.

Un par de soldados de asalto caminan hacia ellas.

A sus espaldas alguien lanza una fruta, un jogan, que impacta contra uno de los soldados. El estallido de la fruta lo deja lleno de semillas pálidas, mientras que un jugo púrpura y viscoso chorrea por el casco blanco. Los dos soldados se dan la vuelta, levantando los rifles bláster.

—¿Quién ha sido? ¿Quién?

—¡Muéstrate!

Pero nadie lo hace. Los dos soldados imperiales maldicen y siguen caminando.

Jas y Norra se ciñen el velo y pasan de largo a los dos soldados de asalto, por un extremo de la calle abarrotada. Lo consiguen.

De la presión que siente, Norra aprieta la mandíbula. Aprieta tanto que tiene miedo de romperse los dientes. Intenta relajarse, intenta aflojar la mandíbula. Pero tiene la impresión de que todo está en juego. Un paso en falso y todo se derrumba a su alrededor.

—Tu plan puede funcionar, de verdad —dice Jas.

—¿Tú crees? —pregunta Norra—. De repente, no estoy tan segura de ello.

Jas se encoge de hombros.

—¿Después de ver lo que hemos visto? Me siento bastante mejor. Mira. Ahí delante. La tienda de tu hijo.

La tienda de Temmin.

«Esto era mi casa», piensa Norra sin decirlo.

Dentro se oyen golpes. Metal contra piedra. Detrás de la puerta, oyen un taladro. Norra puede sentir la vibración del taladro subiéndole por los talones y por las piernas.

—¿Seguro que no quieres que entre contigo? —pregunta Norra.

Jas se cruje los nudillos de las dos manos.

—Hay demasiada gente ahí dentro. Me molestarás, ahí en medio.

—Gracias por el voto de confianza.

—Tú haz de piloto, que yo haré de cazarrecompensas. Solo tengo que arreglarme el arma. Luego nos reuniremos en el *ojo malvado*.

—Muy bien.

Jas asiente con la cabeza y da un paso adelante, con el bláster desenfundado. Norra se queda ahí, por si acaso. La cazarrecompensas avanza, y se abre la puerta de la tienda de Temmin. La zabrak entra y la puerta se cierra a su espalda.

El ruido del taladro se detiene.

Se oyen gritos. *La han visto*.

Entonces los gritos también callan.

Golpes. Algo cae. Disparos de bláster. Otro golpe. Tres disparos de bláster en rápida sucesión. Alguien gimotea de dolor. Un disparo más.

Los gritos se detienen tan rápido como empezaron.

Pasan unos momentos.

La puerta se abre con un silbido.

Ahí está Jas. De la nariz le cae un reguero de sangre oscura. Tiene el labio partido. Los dientes manchados de sangre. Le guiña un ojo.

—Despejado. Ahora, vete.

—Bajad las armas —gruñe Sinjir ante el par de rifles bláster que le apuntan a la cara. Levanta la barbilla y dice con desprecio—. ¿No sabéis con quién estáis hablando? ¿Nadie os ha informado de mi presencia?

Los dos soldados de asalto se miran, desconcertados. Como si estuvieran diciendo: *¿Es algún tipo de truco mental de los Jedi?*

Detrás de Sinjir, en el callejón estrecho, pasan algunos ciudadanos de Myrra: un dug apresurado, un par de lavanderas, un ugnaught subido al cuello curvo de un ithoriano.

Detrás de los soldados de asalto hay una puerta.

Una puerta que lleva a una estación de comunicaciones locales. Un edificio de tres plantas con forma de cúpula, coronado por una antena alta pero torcida. La antena no es

gran cosa. No es lo suficientemente grande como para trepar por ella o colgarse de ella. Si durante una tormenta se levanta viento, probablemente esta antena se bambolee como un dedo diciendo que no.

No podrá mandar una señal al espacio.

Pero sí que podrá enviar una señal a nivel local.

—Apártate —dice uno de los soldados.

—¿En serio que no sabéis…? —dice Sinjir, simulando incredulidad— ¿…no sabéis quién soy? Pues cuando os enteréis, bajo estos dos cascos austeros habrá dos *rostros enrojecidos*. Supongo que hay un oficial presente, ¿no? Llamadlo.

Los soldados se miran de nuevo. Uno de ellos llama por el comunicador:

—¿Señor? Tenemos un… problema en la entrada lateral. Ajá. Dice que es un imperial. Sí, señor. Sí, señor —entonces, a Sinjir—. El oficial Rapace ahora baja —y se pone el rifle en guardia para afirmar su poder, como diciendo: *Para que no tengas ideas raras*.

Pero Sinjir solo tiene *ideas raras*. Ya es demasiado tarde.

Unos momentos más tarde, la puerta se abre detrás de los soldados de asalto, y sale un oficial imperial, con su uniforme y su gorrito. Es un hombre con una nariz de aspecto pedante, con una barba suave y mullida.

—¿Qué es esto? ¿Quién es este?

—¿Es usted el Oficial Rapace? —dice Sinjir.

—Sí. ¿Quién es usted?

—Soy el oficial de lealtad Sinjir Rath Velus.

Ahí está. Esa crispación tan deliciosa. Los ojos que se encogen. Ese temblor en las manos. Una danza salvaje de miedo e incerteza. Aunque Rapace intenta que no se le note, Sinjir lo ve. Porque verlo es su trabajo.

Y porque a todo el mundo le da miedo un oficial imperial de lealtad.

—No tenemos ningún, eh… ningún oficial imperial de lealtad asignado aquí —dice Rapace, con un leve tartamudeo en la voz. Se saca un escáner del cinturón y lo acerca al rostro de Sinjir, mientras los soldados de asalto siguen con los blásteres preparados. Aunque ahora los cañones apuntan *ligeramente* hacia abajo, porque ellos también conocen ese miedo. Probablemente estén temblando dentro de la armadura.

El escáner pita.

Rapace parece atónito.

—Sinjir Rath Velus. Usted… murió en Endor. Aparece en la lista de bajas.

—Puf —dice Sinjir, poniendo cara de disgusto—. Este *error administrativo* me está siguiendo como un mal olor —hace girar los ojos—. No, no morí en Endor. Y *sí*, estoy aquí, ahora mismo, delante suyo.

—Yo… —dice Rapace, perplejo—. Pero no va de uniforme.

—Estaba de baja. Pero ahora me reincorporo al servicio. Esta estación de comunicaciones locales era el lugar que me quedaba más cerca. Es una vieja estación de comunicaciones, ¿no es así? Bien hecho. Bloquear todos los puntos de transmisión de

información. Bien hecho, oficial —y antes que Rapace pueda caer en la trampa y darle las gracias, Sinjir le dice—. ¿Podemos entrar? Me gustaría evaluar la situación.

—Señor —dice Rapace con un gesto afirmativo seco—. Por supuesto, oficial de lealtad Velus. Inmediatamente —se da la vuelta ceremoniosamente, esforzándose por hacer bien el giro, como si quisiera demostrar *lo buen imperial* que es. Entra en el edificio.

Sinjir pasa por delante de los dos soldados de asalto.

—Vosotros dos. Entrad también.

—Pero señor, estamos vigilando la puerta…

—¿Estáis cuestionando las órdenes de un oficial imperial de lealtad? Quizá sí que debéis quedaros aquí fuera. Podría inspeccionar vuestro dormitorio. Examinar vuestro expediente. Hablar con Rapace sobre posibles casos de… insubordinación que puedan haberse producido.

—Le seguimos, señor —dice el otro soldado de asalto.

Cuando Sinjir se da la vuelta, un soldado le da un codazo al otro.

Entran por la puerta.

La puerta se cierra a sus espaldas.

El oficial Rapace va delante. Se dirige a unos escalones poco iluminados que suben en espiral hacia la segunda planta.

Se oyen unos golpes en la puerta exterior. *Toc, toc, toc*. Golpecitos de metal sobre metal.

Que significa: *Ha llegado el momento*.

Los soldados de asalto se giran, confusos. Cuando empiezan a darse la vuelta, Sinjir se acerca a Rapace para arrebatarle la pistola mientras, con la otra mano, empuja al oficial hacia delante.

Dispara a Rapace por la espalda. El oficial se desploma de cara al suelo.

Los soldados de asalto lanzan un grito de alarma y se vuelven hacia él. Pero es demasiado tarde para ellos. Se abre la puerta. Enmarcado en el portal, aparece el droide de combate, el droide de Temmin. Huesos. Su pata de droide astromecánico gira como el rotor de una turbina, y golpea el casco de uno de los soldados con tanta fuerza que el casco se parte por la mitad como una nuez de kukuia. El otro soldado suelta un grito de pánico, que se agota cuando una vibrohoja le atraviesa el pecho.

Los soldados de asalto caen.

—HOLA, ¿PUEDO ENTRAR? —dice el Señor Huesos.

Sinjir suspira y le responde:

—Creo que eso lo has dicho demasiado tarde.

—AFIRMATIVO.

Desde la escalera se oye un ruido. El repiqueteo monótono de unos pasos que se acercan. Sinjir se coloca justo detrás de un pequeño baúl. Cuando aparecen los otros dos soldados de asalto, lanza dos disparos en una sucesión rápida. Uno cae hacia delante. El otro cae hacia atrás y resbala por las escaleras. Los dos se quedan inertes.

Sinjir le hace un gesto al droide.

—Dile a Temmin que es el momento.

—AMO TEMMIN. SE LLAMA AMO TEMMIN.

—Sí, vale, muy bien, dile al *Amo Temmin* que es el momento.

—ENTENDIDO. ¡A LA ORDEN!

Norra está sentada en la azotea de la antigua tienda de ultramarinos de ese viejo cara-de-colmillo, el aqualish Torvo Bolo. La que se incendió. Bolo se las daba de duro, pero siempre les daba espirales dulces a ella y a Esmelle por debajo del mostrador mientras les vendía provisiones a sus padres. Dicen los rumores que la quemó alguien del mercado negro. Es fácil aumentar los beneficios del mercado negro si de repente el mercado negro ofrece productos que antes eran fáciles de encontrar.

Pero así es Akiva. La corrupción siempre estuvo ligada a la satrapía y a su aristocracia traicionera. Pero como un barril agujereado que va perdiendo líquido, con el tiempo la corrupción llegó a todas partes. Se convirtió en algo tóxico. El planeta entero cambió.

Pero esto son reflexiones para otro momento. Ahora hay que llevar a cabo una tarea.

Al otro lado de la estrecha calle hay otra azotea: la vieja plantación de Karyvinhouse. Hogar desde hace años del clan de los Karyvin, una de esas familias aristócratas tan hipócritas. Riqueza antigua. Poseen islas en el Archipiélago del Sur, además de sus propias minas de cristal en las Junglas del Norte. Todos los hijos de la familia se saltan la Academia y van directamente a la escuela de oficiales. No escalan posiciones entre los rangos imperiales… más bien se los saltan con una pértiga.

En la azotea hay dos cazas TIE. Debido a esta ocupación lenta y silenciosa de Myrra, en muchas azoteas de la ciudad se pueden ver estos cazas imperiales de corto alcance aparcados. En hogares afines con el Imperio.

Norra necesita uno.

Mira por encima del hombro, hacia la azotea del Teatro de la Noria.

En la azotea en la que hace años, la rama de un viejo y retorcido árbol de jarwal se rompió y cayó. Y ahí sigue.

Norra espera. Espera.

¿Cuánto va a tardar esto? Jas tendría que estar…

Ahí.

Un resplandor. Un espejito reflejando la luz del sol.

Es la hora.

Norra recoge un puñado de restos de barro y mortero y hace una bola. Entonces la lanza con fuerza. La bola impacta en el ala vertical del TIE. *¡Crac!* Y, como era de esperar, por el lado del caza se acerca el piloto. Con el casco debajo del brazo y una mano cerca de la pistola. Se agacha y recoge los restos de la bola.

Norra se pone en pie y silba.

El piloto levanta la cabeza como una marmota en su madriguera. Tarda un momento en darse cuenta de que hay alguien ahí. Empieza a gritarle.

—¡Tú, ahí! —y se lleva la mano al bláster.

Detrás de Norra, a lo lejos, en la azotea del teatro… se oye un pequeño sonido.

Piff.

El piloto se estremece ligeramente. Sus palabras se desvanecen. Baja la cabeza y advierte, perplejo, el agujero que tiene en el pecho.

Cae redondo, desplomado.

Norra empieza a mentalizarse. Está mayor. Ya no tiene la vitalidad de antes. No es que los huesos le duelan constantemente (solo por la mañana), pero sí lo suficiente para recordarle que ya no es una joven madre dando vueltas por la galaxia. El tiempo la ha desgastado. Es buena como piloto, pero correr y saltar… no es exactamente su especialidad.

Es un salto corto. Puedes hacerlo.

Una respiración profunda, y Norra empieza a correr. Cruza corriendo la azotea de la tienda de ultramarinos. El espacio a saltar se le acerca, amenazador. Norra intenta no pensar en la caída, intenta no pensar en caer tres plantas y estamparse contra el suelo de plastocemento. Y cuando planta el talón en el borde de la azotea para dar el salto…

…Justo en ese momento aparece un segundo piloto del caza TIE y la ve.

Ya tiene el bláster en la mano, y empieza a disparar.

El pie de Norra resbala y se cae.

Temmin se pone de rodillas y levanta las manos, cubriéndose la cara. A través de los dedos, mira al cañón bláster que lo está apuntando.

—¡Por favor! —suplica—. *¡Por favor!* No he hecho nada.

El oficial imperial ríe y dice:

—Lo sé.

Temmin se pone en pie de un salto y hace ver que sale corriendo hacia el otro lado…

Un disparo de bláster en la espalda.

Cae. Se queda sin aire. Quiere gritar, resollar, rodar por el suelo, respirar una bocanada de aire fresco. Pero tiene que aguantarse. Esto tiene que quedar convincente. *Quédate quieto. No te muevas. Ni respires*.

Hazte el muerto.

Pasan unos momentos. Temmin siente que se está poniendo azul.

Entonces, por fin…

—¿Lo tenemos? —pregunta el oficial imperial, que de hecho es Sinjir.

El Señor Huesos está ahí, de pie, más rígido que un perchero.

—¿QUÉ?

Temmin suelta una exhalación al levantarse, quitándose la placa de acero que llevaba escondida debajo de la camiseta. Es un panel de recepción de comunicaciones. Hay una abolladura en medio de la placa. Estas placas son el recubrimiento exterior de la torre de recepción y están diseñadas para aguantar las tormentas del mausim, así que son casi indestructibles.

—Esta abolladura se parece peligrosamente a un agujero —le protesta a Sinjir.

—Vaya, *lo siento* —le responde Sinjir—, pero fue idea tuya usar ese panel. Además, era totalmente necesario para nuestra estratagema. Ahora, *por favor*, ¿le puedes preguntar a tu autómata psicótico si ha capturado las imágenes?

—Huesos, ¿has grabado las imágenes?

—AFIRMATIVO, AMO TEMMIN.

Entonces el droide empieza a canturrear. Poniendo el peso primero en un pie, luego en el otro. Como si estuviera intentando no bailar, pero bailando al fin y al cabo.

—¿Y tienes la grabación de Norra? —le pregunta Sinjir.

—AFIRMATIVO.

Sinjir se vuelve hacia Temmin:

—¿Y tú tienes el…?

—Sí, sí, tengo el holodisco. Esta cosa está por todas partes. Parece que todo el mundo lo tiene. O lo ha visto.

Lo reconoce, aunque a regañadientes: *El plan de mamá es bastante bueno*. Al menos esta parte. ¿Y el resto? Sobre el resto no está tan seguro. Tiene claro que no quiere irse de este planeta. Esta es su casa. Aquí tiene su negocio. Su *vida*. ¿Y ella quiere llevárselo igualmente? ¿Llevárselo… adonde? ¿A Chandrila? ¿A Naboo? Fatal. Intenta quitarse de encima esta sensación.

—¿Sabes? Antes desde aquí se transmitían las noticias. Mi madre y mi padre las escuchaban. Pero la satrapía cerró la emisión por decreto imperial —y entonces piensa algo pero no lo dice: *Y resulta que mi padre utilizaba este mismo tablero de mandos para transmitir propaganda rebelde a todo Akiva*.

Temmin puede apreciar la ironía.

Sinjir arrastra una silla con ruedas del tablero de mandos y la empuja hacia él.

—¿Crees que puedes piratear la señal?

—Lo construí a él, ¿no? —dice Temmin, señalando al droide con el pulgar. Y a continuación se sienta en la silla y sopla para quitarle el polvo al tablero de mandos.

El Señor Huesos está dándole golpes de vibrohoja al aire, intentando atacar una polilla. Al final lo consigue, y se oye un pequeño zumbido cuando corta la polilla en dos. Dos alitas blancas caen revoloteando al suelo, humeando.

—Sí —dice Sinjir, con la voz más seca que una galleta vieja—. *Eso* es lo que me preocupa.

A Norra le arden los pulmones y los hombros. Está colgando de la azotea del edificio de la plantación, luchando para que no le resbalen los dedos en el borde húmedo. Dentro de sus botas, los dedos de los pies intentan agarrarse a la pared para subir. En vano.

Una sombra se alza sobre ella.

El piloto del TIE. De pie, apuntándola con la pistola.

—Has matado a NK-409. Era mi amigo. Escoria rrrrrrr…

Se tambalea hacia atrás. Se acerca la mano al agujero de su peto negro.

—… Rebelde —acaba de decir. Entonces cae hacia delante, hacia ella. Norra grita y se arrima todo lo posible a la pared. Nota el aire a sus espaldas cuando el piloto le pasa por detrás y cae en picado hacia la calle.

Los dedos le empiezan a resbalar. Piensa en el muerto, allá abajo.

Me caeré con él.

Vamos, Norra.

Todo depende de esto.

Haz que Temmin esté orgulloso de ti.

La punta de una bota encuentra un punto de apoyo en la pared. Hace fuerza hacia arriba con la pierna. La pierna entera está en tensión, ardiendo. Soltando un grito, logra subir hasta el borde de la azotea.

Norra se queda un momento tumbada ahí, en el tejado del edificio de la plantación. Observa la enorme ala negra del caza TIE. Norra y unos cuantos rebeldes se refieren a estos cazas como el ojo malvado, porque eso es lo que parece cuando lo ves llegar con ese chillido desde las profundidades del espacio. Y piensa: *Voy a pilotar uno de estos*.

Una exhalación final. *Buf. Pues cuanto antes empiece, mejor*.

—Estamos dentro —dice Temmin.

Justo entonces aporrean la puerta del puesto de transmisión de comunicaciones. Desde fuera, se oye:

—¡Abrid!

Sinjir coge el bláster y le dispara al mecanismo de la puerta, que suelta una pequeña lluvia de llamas y chispas. La puerta se sacude y se queda cerrada.

—Hazlo —dice Sinjir.

Temmin pulsa el botón.

Empieza la transmisión.

Por toda la ciudad de Myrra se encienden los receptores de HoloRed. Por encima de las barras de las cantinas, en pequeñas cocinas, por encima de los proyectores de pulsera de ejecutivos montados en un bala-bala atascado en la avenida Principal 66. También

aparece en la gran pantalla agrietada que hay fuera del Estadio de Hydorrabad, en el octógono central de la CBD.

En todas las proyecciones aparece la cara de Norra Wexley.

Con expresión de súplica.

La proyección de Norra dice:

Akivanos, vuestro planeta ha sido ocupado. Myrra está bajo el control del Imperio Galáctico. Durante mucho tiempo nos hemos resistido a la ocupación total, pero ahora la guerra llega a nuestras puertas. Y con la guerra llegan crímenes como estos.

Se reproduce una escena. Un niño tapándose la cara con las manos. Un oficial imperial con una pistola. *Por favor. ¡Por favor! No he hecho nada*. El oficial ríe y dice: *Lo sé*. Entonces el chico intenta escapar y el imperial le dispara por la espalda. El chico cae al suelo, muerto.

El imperial no es realmente un imperial, y el chico muerto no es realmente un chico muerto. Pero muy poca gente sería capaz de ver que se trata de un ardid.

Por toda Myrra, los akivanos se quedan sin palabras al ver la proyección. Niegan con la cabeza. Chasquean la lengua. Poco a poco, el ánimo se va encendiendo.

Norra vuelve a aparecer, y su voz retumba:

Ahora mismo, en este preciso momento, se está celebrando una reunión dentro del palacio del sátrapa. Si esto ya era un hervidero de corrupción, la reunión imperial servirá para negociar la ocupación total de vuestra ciudad y de vuestro planeta. ¿Lo vais a permitir? ¿O lucharéis?

Yo digo que hay que luchar.

Que sepáis que la Nueva República está con vosotros.

Entonces Norra desaparece.

Aparece una nueva proyección, esta en bucle. Se ve a la princesa Leia hablando. Es el mismo holovídeo que ya han visto muchos habitantes de Myrra, que se repite una y otra vez. Empieza así:

La Nueva República te necesita. Nuestra galaxia y sus habitantes han quedado liberados del yugo del Imperio Galáctico. La Estrella de la Muerte que sobrevolaba la luna boscosa de Endor ha desaparecido, y con ella los altos mandos imperiales…



CAPÍTULO VEINTICUATRO

Rae se estremece.

Adea le enseña el holovídeo fuera del comedor. Los demás están todavía ahí, discutiendo y defendiendo sus posiciones respectivas. Ahora han pasado al tema de quién tendría que ser el emperador tras la muerte de Palpatine. Cuando Adea ha sacado a Rae de la sala, el Consejero Tashu estaba sugiriendo utilizar un sustituto para demostrar que el Emperador todavía está «vivo». Al fin y al cabo, ha tenido muchos dobles. Sería fácil usar uno de ellos. Sorprendentemente para ella, a todo el mundo parece gustarle esta idea.

Y entonces Adea la ha venido a buscar.

Y le ha enseñado el holovídeo.

…en este preciso momento, se está celebrando una reunión dentro del palacio del sátrapa…

—Alguien nos ha saboteado —exclama Rae. Aprieta la mandíbula y grita—. Nadie tiene esta información.

—Lo sé.

—¿Has sido tú?

El miedo atraviesa el rostro de Adea como una grieta en la pared.

—No —dice Adea, tartamudeando—. Yo… Almirante, por favor… yo nunca haría…

Rae se plantea estirar el brazo. Agarrarla por la garganta. Hacerla confesar contra una tubería desmoronada. Pero esta crueldad no es propia de ella. Además, no ha sido Adea. No tiene motivos. No tiene ningún sentido.

Entonces, ¿quién? ¿Pandion? ¿El sátrapa?

Quizás otra persona. Alguien en las sombras.

—Tráeme a Isstra —dice Rae. Adea asiente con la cabeza y se dirige a las grandes puertas rojas del comedor. Unas puertas decoradas con elaboradas inscripciones y takkas que representan a un sátrapa combatiendo contra extrañas criaturas: un nexu en una de las ilustraciones, un grupo de humanoides salvajes en otra. Rae se queda mirando estas ilustraciones y se siente identificada: *Yo también estoy acosada*.

Las puertas se abren mientras las observa. Sale el sátrapa, con una sonrisa aduladora y un sinfín de reverencias.

—Sí, Almirante Sloane, por favor, dígame por favor qué puedo hacer.

Rae le enseña el holovídeo. A medida que lo ve, sus ojos se van abriendo más y más.

—Por todas las estrellas.

—Enséñeme una ventana que de a la parte delantera. A la Avenida de la Satrapía. *Ahora*.

Él asiente, da una palmada y hace un gesto con el dedo para que lo sigan dos de sus sirvientes, dos chicas envueltas en unos velos dorados suaves y diáfanos. Las sirvientes no paran de darle pequeños frutos secos mientras el sátrapa camina apresuradamente, con cara de preocupación. Suben unos escalones cubiertos de baldosas azules, pasan por una pared que lleva incorporada una fuente burbujeante y suben unos escalones curvos y estrechos, tan estrechos que solo se puede pasar de uno en uno. Llegan a un vestíbulo alargado con estrechas saeteras en una de las paredes.

—Aquí —dice el sátrapa, masticando nerviosamente uno de los frutos secos.

Rae se acerca a una de las saeteras.

Puede ver a varios akivanos reunidos delante del palacio. No son muchos, al menos no todavía. Pero observan el palacio como si fuera algo curioso y desagradable. Como si estuvieran intentando decidir lo que están viendo. O lo que van a hacer. O quizás están buscando indicios de lo que está ocurriendo aquí en realidad. Seguramente ya han visto las naves imperiales estacionadas en la plataforma de aterrizaje que hay sobre el palacio. Y se habrán dado cuenta de la presencia creciente de soldados de asalto, las patrullas de cazas TIE, la ocupación de ubicaciones importantes por todo Myrra.

La situación es como una lata de combustible con un trapo que sobresale. Y alguien ha encendido el trapo.

El trapo se quemará. Se quemará más rápido de lo que resultaría previsible o deseable.

Y cuando se queme, todo hará: *bum*.

Rae le dice a Adea:

—Empiece a preparar las naves.

—Tardaremos un tiempo en calcular el salto al hiperespacio…

—Eso lo podemos hacer una vez salgamos de la atmósfera. El tiempo es oro.

Esta reunión ha terminado.

Es hora de decírselo a los demás.

INTERLUDIO

TARIS

En la oscuridad, una espada de luz roja emerge de la empuñadura.

El sable oscila con suavidad, *vwomm*, *vwomm*, dejando un rastro rojo en la oscuridad. Muy cerca hay una enorme araña asesina. Está colgada de un hilo de telaraña y el tórax le brilla con un resplandor fosforescente que tiene forma de calavera. Cuando la luz roja se le acerca, la araña le escupe veneno. Entonces se produce un movimiento rápido de la espada.

El arácnido suelta un aullido siseante antes de quedar partido en dos.

Ambas mitades se desploman en el suelo.

La habitación se vuelve a llenar de luz cuando una joven con cara de roedor retira la cortina que cubre la ventana.

Quien empuña la espada de luz es un kubaziano de hocico alargado, con los ojos cubiertos por unas gafas de lentes doradas y la cabeza envuelta con piezas de cuero rojo. Apaga la espada, y la hoja carmesí se esconde en la empuñadura.

Hay tres personas delante de él. Dos van de negro, con la cara oculta. La tercera, que está delante de las demás, es una joven pálida.

Está encorvada, como si su espina dorsal se negara a mantenerla recta. Sus manos juegan en el aire. Sus dedos son como patas de araña tirando de hilos invisibles. Hilos que quizá solo ella pueda ver.

Se encuentran en un edificio de apartamentos de Taris. Ahora que la cortina negra ya no cubre la ventana, se ve que la habitación es un cuchitril. Una montaña de cojines infestados de garrapatas. Las paredes cubiertas de grafitis. En uno de ellos se ve una forma pintada con una plantilla: el característico casco de cierto Lord Sith. Debajo está escrito: VADER ESTÁ VIVO. Hay escombros y restos por todas partes. Por fuera no es muy distinto. Edificios de apartamentos agolpados los unos sobre los otros. Algunos no son más que contenedores de carga. Otros son cascos de naves espaciales, montados precariamente los unos sobre los otros.

Por encima de los edificios hay una nube amarilla, como la capa de suciedad sobre el agua turbia.

El kubaziano masculla en su idioma natal:

—¿Tenéis los créditos?

La chica con cara de roedor hace de traductora, repitiendo sus palabras en básico.

—¿Es su espada de luz de verdad? —pregunta la joven pálida. Su voz es como un susurro áspero, como si tuviera algún problema en el fondo de la garganta.

—Es la espada de luz del Lord Sith, seguro.

—¿Puedo? —pregunta la joven.

—No —dice el kubaziano, negando con el hocico—. No hasta que vea el dinero. Si el dinero no aparece, Ooblamon desaparece.

La amiga de Ooblamon, la chica con cara de roedor, ríe cuando lo traduce.

La joven pálida mira a sus dos acompañantes, ataviados con túnicas oscuras. Susurran entre ellos. Casi como si estuvieran discutiendo. Se vuelve hacia el kubaziano.

—¿Cómo podemos estar seguros de que es la espada de Vader?

—No podéis. Pero es una espada de luz, ¿no? Y es rojo. ¿No es ese el color que buscáis?

Más susurros, más discusiones. Un murmullo histérico.

Finalmente, hay una especie de concesión. Las dos figuras de túnica oscura le dan una caja cada uno a la joven pálida. Dos cajas marcadas con símbolos extraños. La joven las agita. El kubaziano, Ooblamon, reconoce el tamborileo de los créditos. Un sonido que calienta su corazón desapacible.

Le entregan las cajas. Se niega a cogerlas él mismo, y la chica-rata se apresura a hacerlo.

—Esta es mi compañera y aprendiz, Vermia.

La chica coge una de las cajas con su zarpa, luego la otra, y corre al rincón a empezar el recuento. Se oye el repiqueteo de crédito con crédito mientras hace sus cuentas.

La joven alarga su mano pálida:

—La… espada de luz, por favor.

—Cuando acabe el recuento —dice Ooblamon. Entonces ladea la cabeza y los observa a través de las gafas—. ¿Qué sois? No sois Jedi.

—Somos adeptos —susurra la joven—. Acólitos del Más Allá.

—¿Fanáticos del lado oscuro? —pregunta él—. ¿O niños que buscan juguetes para jugar?

—No nos juzgues, ladrón.

El kubaziano suelta un soplido despectivo con el hocico. Vermia se le acerca y le dice, riendo:

—Están todos los créditos.

Ooblamon se dispone a entregar la espada. Pero cuando la joven alarga el brazo para cogerla, él la retira. Entonces echa hacia atrás su túnica marrón y desastrada y enseña la pistola bláster que lleva.

—Si por alguna razón se os ocurriera utilizar esta espada láser conmigo o con mi compañera, esto no acabará bien.

—No somos violentos. Todavía no.

El kubaziano gruñe y le entrega la espada de luz.

Los tres desconocidos se giran formando un pequeño círculo. Entre los tres sostienen el sable de luz. Murmurando entre ellos. O murmurándole la espada.

La joven farfulla una especie de expresión de gratitud y entonces van apresuradamente hacia la puerta. Cuando salen, Ooblamon les pregunta:

—¿Qué pensáis hacer con esa cosa?

La joven dice simplemente:

—Destruirlo.

Ooblamon ríe.

—¿Y por qué ibais a hacer algo así?

—Para que la espada pueda volver a su maestro en la muerte.

Salen a toda prisa. Desde la calle llegan los sonidos de Taris: el gemido de un claxon, alguien gritando, el pistoneo de una moto deslizadora, disparos bláster a lo lejos.

Vermia dice:

—¿Esa era de verdad el arma de Vader?

El kubaziano se encoge de hombros.

—¿Quién sabe? En realidad, ¿a quién le importa?



CAPÍTULO VEINTICINCO

Una línea de chispas, rojas como los ojos de un demonio, sube desde fuera de la puerta de la sala de control de la estación de comunicaciones. El Señor Huesos está justo delante de la puerta, esperando. Canturreando una canción distorsionada, que suena como una ráfaga de viento aullando dentro de una caverna. Una canción que solo a un loco le parecería bonita. Sinjir también está ahí esperando, con la pistola preparada.

Vendrán a por nosotros.

Y se pregunta: *¿Entonces qué?*

Ya ha avisado a los imperiales de que está vivo. Todavía no. Pero cuando todo esto termine, alguien en *alguna* oficina del Imperio verá que el oficial Rapace hizo una consulta en las redes administrativas con su nombre y un escaneo facial. ¿Y si lo capturan?

Bendita ironía.

Lo más probable es que lo lleven ante un oficial imperial de lealtad.

Uno como él mismo.

La idea casi le da ganas de reír.

La línea de chispas ya va por la mitad de la puerta.

—Espera —dice Temmin—. Espera, espera, espera. Mira.

Sinjir mira. Del techo cuelga una unidad evaporadora. Por el aspecto, parece un droide embarazado.

—¿Y qué? Es un evaporador. Los conductos que se usan son pequeños, y no cabríamos. Solo es una tubería, ¿no? A menos que tengas a mano un *rayo de miniaturización molecular* que nos reduzca al tamaño de un hámster, no creo que…

—No, *mira* —Temmin señala un par de goznes. Se pone de puntillas y golpea el evaporador con los nudillos.

Suena a vacío. *Bong, bong, bong*.

—No puede ser —dice Sinjir, pensando en voz alta.

—Pues sí. Es una salida. Probablemente al techo. Desde este compartimento se hacían transmisiones rebeldes. Quizá fue mi *padre* quien lo puso. O al menos lo utilizó.

Temmin salta hacia arriba y se agarra al borde metálico del aparato, que se abre y queda colgando de los goznes.

La línea de soldadura de la puerta casi ha llegado al final.

—Nada mejor que el presente —dice Sinjir, subiendo a toda prisa.

Dentro del evaporador hay unas escaleras.

El chico tenía razón.

Suben.

Temmin saca la cabeza por una escotilla. Al abrirla, todo queda cubierto por una luz blanca cegadora. La sala del tablero de mandos de comunicaciones estaba muy oscura, y aquí fuera hay casi demasiada luz. Sale de la escotilla, todavía ajustando los ojos, y repta por la azotea de la estación de comunicaciones. No puede evitar sentir un arrebato de orgullo. Dentro de su cabeza, repite lo que le dijo a Sinjir: *Quizá fue mi padre quien lo puso*.

Pero entonces vuelve una sensación demasiado familiar de rabia:

A papá se lo llevaron porque era un rebelde.

Y por eso se fue mamá.

Y por eso todo se hundió.

Esa sensación tan positiva que tenía desaparece al instante. Se marchita y se pudre en su interior como una flor preciosa rociada con ácido.

Entonces mira hacia arriba, parpadeando.

Oye el ruido antes de verlo.

Un caza TIE. Vuelve a parpadear, mirando hacia el cielo, hacia el sol.

No. No es un caza TIE. Son *dos*.

Ayuda a Sinjir a salir, gritando:

—¡Tenemos que movernos! ¡Nos atacan!

El primer TIE se les tira encima como un meteorito a punto de arrollarlos. Entonces lo entiende.

Temmin sabe a qué viene este caza.

Huesos sale por la escotilla…

Temmin se lanza sobre Sinjir y el droide de combate. Los tira al suelo por detrás de un artefacto de metal hecho para que parezca el mecanismo exterior del falso evaporador. Los tres quedan tumbados en el suelo.

Y justo entonces el caza TIE dispara los cañones frontales.

El edificio se estremece. En una esquina de la azotea, se encienden pequeñas llamas entre una pequeña nube de humo amarillo.

Temmin saca la cabeza y ve el sistema de antenas, que se empieza a inclinar y acaba cayendo del techo, dejando atrás una lluvia de chispas y partículas.

Han detenido la transmisión.

Solo puede desear que haya durado el tiempo suficiente.

Y ahora se acerca el segundo caza TIE. Empieza a disparar sobre la azotea, seguramente con la intención de derribar todo el edificio. No es un bombardero, así que no lo logrará con una sola pasada. Pero esas armas delanteras tampoco son de juguete. Con un par de pasadas, el techo de la estación de comunicaciones se convertirá en escombros humeantes.

Temmin agarra la cabeza de Huesos con las dos manos.

—¿Te encargas tú?

Huesos dice con esa voz entre profunda y estridente, con una distorsión mecánica:

—DALO POR HECHO, AMO TEMMIN.

Los cañones del TIE empiezan a acribillar el otro lado del techo, haciendo saltar una nube de escombros y llamaradas de fuego. El sonido del caza y sus armas retumba en los oídos de Temmin. No solo en sus oídos. Puede notarlo en los *dientes*. Sinjir hace una mueca. Él también lo nota. Dispara varias veces contra el caza, en vano, y luego se vuelve para dispararles a los soldados de asalto que están empezando a salir por el conducto de escape.

—AFIRMATIVO, A LA ORDEN —grita Huesos, y salta hacia arriba replegando los brazos y las piernas, formando una especie de bala de cañón…

Que se estrella contra el cristal delantero del caza TIE.

El caza se agita en el aire y cae como un asteroide borracho sobre los tejados de Myrra. Desaparece de su vista en un zigzag frenético.

Justo entonces, el primer caza TIE ha dado la vuelta y se prepara para la siguiente pasada. Empieza a disparar los cañones, acribillando la azotea. Los disparos se les van acercando. Temmin se vuelve y mira… No hay tiempo para pensar, solo para actuar. Pero no pueden saltar a otro tejado.

Sinjir señala con el dedo.

Un tercer TIE se ha unido al combate.

Baja en picado, llenando el cielo con los disparos de los blásteres delanteros.

Disparos que impactan en el lateral del primer TIE. Uno de sus paneles laterales hexagonales se desprende y se estrella contra la pared de la estación de comunicaciones. El resto cae de lado. Pasa junto a su edificio como un meteorito y se estrella contra un viejo bloque de oficinas, provocando una explosión estrepitosa.

El tercer TIE les pasa por encima, aullando. Su *salvador*.

Sinjir, jadeante, dice:

—Creo que tu madre ha encontrado una nave.

Temmin asiente, palpándose el cuerpo para comprobar que todo está ahí.

Mamá es tremenda como piloto. Pero ahora mismo no tiene tiempo de pensar en eso. O en ella. En lugar de ello, dice:

—Será mejor que nos vayamos. No tardarán en venir muchos más.

Norra se sorprende a sí misma pensando en avispas.

Aquí en Akiva hay un insecto conocido como la avispa de chaqueta roja. Es ancha y larga como la punta de un pulgar, pero es terrorífica. Son criaturas malvadas y crueles. Pican. Chupan sangre con el aguijón. Se llevan la sangre para alimentar a sus crías y la utilizan para construir sus característicos nidos de color rojo óxido. Se las encuentra mayormente en la jungla, aunque de vez en cuando salen de su zona de confort y hacen su nido en un tejado o bajo un saliente. En cuyo caso la solución más habitual es coger una lata de disolvente para motores y un mechero, haciendo un lanzallamas casero, y prenderle fuego al nido entero.

La cuestión es que estas avispas vuelan de una forma determinada. Individualmente, son dificilísimas de capturar o de matar, porque vuelan hacia arriba, abajo, izquierda y derecha. Pueden ir hacia delante, detenerse a medio vuelo, quedarse ahí un rato y luego irse para atrás. Suelen hacer esto cuando van a picar. Una picada de la avispa de chaqueta roja te puede dejar el brazo adormecido durante una hora.

Pilotar un caza TIE le hace pensar en esas avispas.

Es increíble. Qué maniobrabilidad. Puede hacer lo que hacen las avispas: acelerar hacia adelante, darle al retroimpul-sor para detenerse, entonces moverse a izquierda y derecha. Impulsivamente, se va con el caza a dar un paseo, haciendo tirabuzones por encima de la ciudad que un día fue su hogar.

Por supuesto, el caza tiene sus inconvenientes. El TIE es una nave suicida, ¿no? Para conseguir semejante velocidad y maniobrabilidad, el Imperio sacrificó la seguridad y la sensatez en el resto del diseño. La nave es más frágil que el esqueleto de un pájaro. Ni siquiera tiene asiento eyector. No solo es un caza. En situaciones extremas, también es la tumba del piloto.

Pero Norra no está pensando en todo esto cuando derriba al otro caza TIE, que está amenazando el tejado de la estación de comunicaciones. Sus cañones láser gemelos le arrancan el panel lateral y, cuando el caza se estrella, piensa:

«Eso por meteros con mi hijo».

Norra grita de alegría.

Y ahora, a por la misión.

Ahí delante, a través de la calima que cubre toda la ciudad, ve una ciudadela enorme: el palacio del sátrapa. Chillón y pomposo, con todos esos parapetos y torres diseñados con la asimetría de un loco. Parece ser que cada nuevo sátrapa le añade una parte al palacio. Independientemente de si concuerda con el diseño del resto. El resultado es inesperadamente caótico. Tiene su belleza particular, a pesar de ser una chapuza.

En el centro hay una cúpula y una torre. Alrededor hay una plataforma circular, como un anillo. Y en ese anillo puede ver una serie de lanzaderas imperiales aparcadas, con esas aletas tan características.

Esos son sus objetivos.

La pantalla del panel de mandos parpadea, entonces emite un destello verde.

Tiene dos cazas en la cola. Dos cazas TIE, que se han unido al combate. «El verde indica que no sabe que son enemigos, ¿no? Interpreta que son naves amigas», piensa.

Norra espera que *ellos* interpreten lo mismo.

Pero no tarda en darse cuenta de lo que está pasando. Los dos ojos malvados abren fuego sobre ella. Por suerte, el instinto actúa antes que el cerebro. Las manos actúan rápidamente aunque el cerebro vaya más lento. Hace girar el caza, describiendo espirales en el aire. Empieza a subir justo cuando el cielo se llena de disparos láser. La fuerza de la gravedad le presiona las sienes como si tuviera dos tornillos, y nota como si las piernas y las entrañas estuvieran mil metros por debajo. Todo está a punto de estallar…

La sangre vuelve a circularle por la cabeza (o por fuera de la cabeza, no está segura). Y cuando vuelve a enderezar el TIE, sus dos perseguidores ahora son los perseguidos. Los tiene justo delante.

Siente un arrebato de emoción, que hace que se olvide del pánico.

Norra aprieta el gatillo de sus mandos gemelos.

Los rayos láser verdes que surcan el aire impactan en el primer TIE.

Los restos destruidos del TIE chocan contra el otro caza. Se produce una explosión de fuego y una gran conmoción en el aire, y sus enemigos caen en espiral hacia la ciudad, hasta desaparecer en una detonación final.

El caza de Norra atraviesa los restos de fuego.

Y vuelve a centrar la mirada en el palacio.

Ahí está, en la holopantalla que Adea tiene en la mano. El ataque de un TIE, pilotado por un combatiente enemigo. Se dirige directamente al palacio. Rae entiende sus intenciones. No le puede hacer nada al palacio. Las paredes son demasiado gruesas. Pero una parte está expuesta:

Sus naves.

Esas lanzaderas son su salvavidas.

Es demasiado tarde para que despeguen sus cazas. Y no hay defensas, ni cañones, ni…

Un momento.

Le arrebata la holopantalla a Adea de las manos y utiliza los controles para ir a ver uno de los tres turbocañones láser tierra-órbita que instalaron en la capital de Akiva. Su asistente abre mucho los ojos.

—Almirante, el turboláser no está hecho para esto…

—Es nuestra única oportunidad.

—Está apuntado justo al palacio.

Rae observa la trayectoria calculada.

No es ideal, pero tendrá que servir.

Dispara.

En un momento Norra está volando, siguiendo su curso con total seguridad, y al momento siguiente el aire se llena de una luz cegadora y algo hace volar el panel derecho de su caza TIE. De repente, ha perdido el control.

No, completamente no.

Está girando, haciendo tirabuzones descontrolados. Pero tiene *un poco* de control.

Solo un poco. Suficiente.

Sostiene con firmeza los controles de vuelo y los bloquea para que estén juntos, luchando contra los giros descontrolados. Está mareada. Todo da vueltas. Se le revuelve el estómago y tiene ganas de vomitar. *Firme. Firme.*

Un pensamiento lejano la alcanza:

Voy a morir.

Ya está. La culminación de todo lo que ha hecho, de todo lo que es.

Una parte de ella se siente orgullosa.

«He conseguido tantas cosas», piensa.

Entonces llega otro pensamiento discordante, como un visitante maleducado: *Pero no he conseguido tanto. Le he fallado a mi hijo. Le he fallado a mi marido. Brentin, Temmin, os quiero.*

En su caída giratoria, dirige el TIE justo al palacio. Justo delante está la plataforma circular. Las lanzaderas. Un yate. Todos ahí, alineados.

Quizá, quizá pueda llevármelos por delante…

Mientras el palacio se le acerca vertiginosamente, tiene un pensamiento al azar.

Ojalá estas cosas tuvieran asiento eyector.



CAPÍTULO VEINTISÉIS

El palacio tiembla con el impacto. Las luces titilan. Cae polvo del techo, al agrietarse repentinamente la piedra lisa. Rae corre por el interior del edificio. Alguien la llama por detrás. Adea. Y entonces otra voz: también Pandion la llama. Por delante, las escaleras y la puerta que da a la plataforma de aterrizaje. Una escalera muy bella, antigua y elegante, decorada con cobre y lapislázuli. Pero todo esto ahora lo pasa por alto.

Lo único que ve es a su piloto, Morna Kee, que baja los escalones tambaleándose. Tiene la frente ennegrecida por el humo. Está sangrando. Rae la detiene mientras baja.

—¿Está…?

—Estoy bien —dice Morna—. Pero no suba.

—Necesito evaluar daños —grita Sloane, y sigue subiendo.

De nuevo, oye la voz de Pandion a sus espaldas.

«Quédate atrás, maldito pedante», piensa.

Abre la puerta de golpe. Queda cegada por la luz del sol. El humo llega hasta su nariz y se queda ahí, como una infección. En ese momento se levanta un viento compasivo, que se lleva parte de la nube negra. Entonces ve los daños: tres lanzaderas, en varios estados de destrucción. El yate de Crassus no está ahí. Ha despegado y está en la órbita. Y Rae da las gracias por ello. Al final de la plataforma, una montaña de chatarra chamuscada: un caza TIE. Uno de los suyos. Un ataque suicida.

Le resulta fácil calcular su trayectoria a través de los restos. Ha trazado una línea diagonal a lo largo de las tres lanzaderas imperiales. Ha atravesado la cola de la primera, el centro de la otra y el morro y la cabina de la tercera. Y ha conseguido inutilizar las tres.

Entonces oye un rugido apagado.

«¿Qué será eso?», piensa.

Rae atraviesa el humo y los restos. La plataforma de aterrizaje tiembla bajo sus pies, y una plancha de metal de una de las lanzaderas crepita y se desploma contra el suelo. Todo vuelve a quedar en silencio. No debería alejarse, pero lo hace. Como si sus pies la llevaran sin su consentimiento.

Al borde de la plataforma hay una vieja barandilla de cobre espolvoreada con decoraciones de color verde esmeralda.

Se arrima a la barandilla.

El rugido es la multitud de abajo. Una multitud débil y poco numerosa…

Pero que se va haciendo cada vez más grande.

Desde varias calles, los akivanos corren hacia el palacio. ¿Y ese otro ruido que oye? Rocas. Están lanzando rocas contra el palacio. Hasta aquí arriba no llegarán. Está a cien metros de ellos. A Rae la multitud le parece pequeña, pero va creciendo. Como un cáncer que se va extendiendo.

Se da la vuelta para contemplar los restos una vez más. Entonces se da cuenta:

Es el fin.

El fuego de las lanzaderas ha encendido la mecha.

Ha empezado la cuenta atrás de la bomba. La bomba de los disturbios, la revuelta, la insurgencia. En sus propias puertas. Pronto trepará por las paredes. Entonces lo entiende: *Esto lo han preparado. Alguien lo ha orquestado. Quizá desde dentro de sus filas. Quizás alguien dentro de la satrapía. Alguien le ha pegado una patada a la montaña de tierra para ver salir todas las hormigas*.

Y entonces, otro pensamiento:

«Estamos atrapados aquí».

Otro temblor en la plataforma. Cae hacia delante, pero se agarra a la barandilla. Una mano la coge por el codo y la tira hacia atrás. Es Morna.

—Almirante. Por favor. Vuelva adentro. Mire —la piloto señala a la azotea del viejo Capitolio. La torre herrumbrosa contra la que dispararon con los cañones de la lanzadera al llegar aquí. Ve que hay gente subiendo a la parte superior del edificio. Probablemente ciudadanos. Buscando una buena perspectiva para observar. O para *disparar*.

—Sí —dice Rae—. Tiene razón. Volvamos adentro.

Una pequeña multitud se concentra fuera de las puertas y ventanas de la cantina. El gentío avanza por la calle y hacia el palacio. Sinjir ve un destello de armadura blanca. La multitud arrastra un soldado de asalto, que lucha por liberarse.

Ha funcionado, ¿no?

Ha funcionado mejor de lo que habíamos imaginado. Cuando los cazas TIE han destruido la antena de la estación de comunicaciones, pensaba que el mensaje no se habría transmitido el tiempo suficiente. Pero entonces se han producido unas explosiones en el palacio. Norra habrá tenido éxito. Eso y la propaganda manipulada que han enviado. Ha funcionado. La ciudad está respondiendo. *Reaccionando*. ¿Toda esa rabia acumulada? Se ha abierto el tapón de la botella, con una explosión de líquido espumoso. No es solo por el momento actual. No solo por la ocupación. Los imperiales llevan mucho tiempo jugando con planetas como este. Aunque nunca los han ocupado formalmente, imponen tarifas e impuestos en comercios legales, y al mismo tiempo permiten que sigan existiendo mercados negros y sindicatos criminales. Siempre y cuando paguen su diezmo al Imperio. Esto fue una de las cosas más sorprendentes, ver a los imperiales luchando codo con codo con los matones de Surat Nuat. Ver esa terrible alianza. Lo que todo el mundo sospechaba y muy pocos sabían se hizo evidente.

Detrás de la barra de madera de oka, el mon calamari con el brazo de droide le sirve una botella de algo verde, brillante como vertidos industriales.

Sinjir levanta la ceja, y Pok empuja la botella unos centímetros más, como diciendo: No preguntes, bebe.

Bueno, hasta ahora este cara de calamar nunca se ha equivocado.

Sinjir coge la botella y se va a la mesa, donde está sentado Temmin junto a su droide. El Señor Huesos ya estaba aquí cuando han llegado. El Bar de Pok era el lugar de encuentro del grupo al final de la misión. El droide tiene peor aspecto que nunca. Lleno de rasguños e impactos en el metal. Han desaparecido varios de sus pequeños accesorios óseos, de modo que ya no se oye el tintineo de los huesos. Bien pensado, el droide tiene bastante buen aspecto para haber atravesado el frontal de un caza TIE en movimiento.

Temmin está ahí sentado, con la barbilla apoyada en los brazos plegados. Nervioso. Con los ojos medio cerrados. Tiene la punta del pulgar en la boca y se mordisquea la uña.

Sinjir deja caer la botella sobre la mesa con un golpe. Entonces le da un sorbo. Inmediatamente pone mala cara. Su boca se llena de un sabor que logra ser amargo a la vez que dulce.

Demasiado amargo y *demasiado* dulce. Y el líquido es espeso, casi pegajoso.

Es una cosa terrible.

Su boca se le queda un poco insensible.

Ah. En todo caso le da otro sorbo. Mira a su alrededor ociosamente: la cantina está casi vacía. Solo algunos viejos lobos de mar en la parte trasera, bebiéndose su bebida.

Juntos pero, de alguna forma, solos. La mayoría de la gente está fuera.

—¿Te *bebes* esa cosa? —dice Temmin, sin levantar la cabeza.

—Supongo que sí. Aunque no sé qué es esta cosa.

—Es savia de plooey. Viene de uno de los árboles de la jungla.

Sinjir se aprieta la nariz.

—Pues sabe como si le estuviera lamiendo el trasero a un droide agujereado. Pero me siento obligado a seguir bebiendo.

—Bien por ti.

—Estás preocupado.

—¿Preocupado? ¿Por qué?

Es obvio.

—Tu madre.

—Me da igual. Mamá está bien. Y si no, ya sabes. Me da igual.

—Sí, eso ya lo has dicho. «Te da igual».

Ahora Temmin levanta la cabeza. Sus labios forman una mueca de burla.

—¿Qué? ¿No me crees?

—Creo que todo hijo se preocupa por su madre, igual que toda madre se preocupa por su hijo. Mi madre me pegaba en la espalda con ramas que arrancaba del árbol que teníamos en el jardín. La odiaba. Pero también la quería y me preocupaba por ella, porque resulta que así son los hijos y las madres. Es una de las muchas verdades del universo.

—Pues mira —dice Temmin, resoplando—, *mi* madre me abandonó para ir a luchar en una guerra estúpida. Así que créeme: me da igual. *Me da igual*.

El Señor Huesos repite sus palabras:

—LE DA IGUAL.

—Si tú lo dices.

—Lo digo. Me. Da. Igual —de repente, la mirada de Temmin va a la puerta.

Sinjir alarga el cuello y ve que acaba de entrar Jas. La cazarrecompensas les ve y va hacia ellos. Pero hay algo en su forma de acercarse. Una ligera duda. Su lenguaje corporal dice a gritos: Tengo malas noticias y no las quiero dar. Y la forma en la que mira aTemmin cuando llega…

Oh. Oh… Sinjir ya sabe lo que es antes de que ella lo diga.

—Temmin —dice—. La misión de tu madre ha tenido éxito. Pero no ha sobrevivido. Norra nos ha dejado.

Pánico en la cumbre. Una cacofonía de voces discordantes como un gallinero lleno de aves abandonadas. Todos están de pie alrededor de la gran mesa del comedor, gritándose entre ellos sobre lo que hay que hacer a continuación. Hay varias holopantallas encendidas a lo largo de la mesa, que proyectan datos de varias emisiones. Imágenes de multitudes crecientes. Imágenes de sus propias bajas. Predicciones de lo que viene a continuación.

—¿Cuántos TIE nos quedan? —grita Pandion—. Respóndame, Almirante. ¿Cuántos quedan en Akiva?

Adea le acerca a Rae la base de uno de los discos holoproyectores, que muestra un informe de bajas. Sloane lo enfoca a Valco.

—Hemos perdido cinco en este ataque. Dos sobre la estación de comunicaciones desde donde se ha transmitido la propaganda rebelde, y dos a manos de quien fuera que pilotaba ese TIE robado. Ese último caza es el quinto. Hemos perdido la mitad.

—La mitad —dice Pandion, resoplando—. ¿Solo tenemos cinco cazas de corto alcance en toda la ciudad?

—Correcto.

—¿Y cuántas tropas?

—Una sola compañía, aparte de las tropas que hay aquí, en el palacio.

—¿Cien, ciento cincuenta soldados de asalto? ¿Correcto?

—Y sus oficiales. Unos veinte más o menos.

—En total, ciento veinte imperiales para una ciudad de… ¿cuántos habitantes?

Ahora es Shale quien responde:

—Aproximadamente un millón.

Pandion lanza la pregunta inevitable:

—¿Por qué no tenemos más, Almirante? ¿Por qué no estamos mejor protegidos?

La verdad es que ya sabe la respuesta a esa pregunta. Todos lo saben. Decidir que tenían que hacer esta cumbre fue cosa rápida, pero hizo falta un esfuerzo titánico: noches sin dormir, incontables comunicados y un sinfín de discusiones. Definieron hasta el mínimo detalle, como qué comida se serviría y qué telas querían para las sábanas. Ya *saben* por qué la ciudad no está inundada por batallones enteros de soldados de asalto. Sin embargo, Pandion ha lanzado la pregunta. Porque quiere minar la autoridad de Rae. Si ella fuera un palo, él sería el cuchillo.

Ella le responde:

—No podíamos permitir que esto pareciera una ocupación total. El riesgo era bajo…

—El riesgo ahora es considerablemente más alto, ¿no cree? Necesitamos más naves. Necesitamos que vuelvan los destructores estelares. Convóquelos. Que vuelvan desde el sistema vecino, Almirante. Que vuelvan a la órbita. Si podemos llegar a nuestras naves, lograremos escapar.

Shale se pone en pie, agitando las manos en el aire. Este acto físico de exasperación es un gesto inusual para ella.

—¿Y cómo pretende escapar? Aquí no tenemos naves. Estamos atrapados en este palacio por una población que desde hace años está maltratada por la satrapía…

Ahora le toca hablar al Sátrapa Isstra. Atrás queda su obediencia aduladora. Ahora su voz tiene un toque de veneno. Su rostro apuesto y sonriente se convierte en una máscara de desesperación.

—¡No! —dice—. No pueden cargar ese peso en mi espalda. No soy una bestia de carga para acarrear todos sus pecados. Yo he impuesto los impuestos que pedía el Imperio. He sido un aliado leal, he puesto en práctica todos los programas que el Imperio ha querido, y ¿qué obtengo a cambio? —de repente, su voz se vuelve más aguda, como un lloriqueo—. ¡Alguien ha hecho un agujero en el lateral de mi palacio! Esa torreta se ha

llevado por delante la torre del este. Una torre que se ha alzado sobre el palacio durante dos mil años.

Es mentira. Sloane sabe que la torre destruida por el turboláser era relativamente nueva. La construyó uno de los Withrafisp en los últimos dos siglos. El diseño de la torre (el salpicado de ladrillo rojo en espiral que subía por el lateral y la cúpula con forma de cebolla) concuerda con la arquitectura de *ese* período. No de hace milenios. Sloane golpea la mesa con el puño.

El sátrapa cierra la boca.

—No voy a ordenar que vuelvan los destructores estelares.

Varias bocas se quedan medio abiertas.

—Tenemos que votar —dice Crassus.

—Como se ha observado antes —dice Rae—, las decisiones como esta tienen que dejarse en manos de una única autoridad, y no someterse a voto de un consejo. Soy la almirante en funciones de la flota y yo decido lo que hay que hacer con esas naves.

—*Si* las hará volver —le replica Pandion—. Debe hacerlo. Desde los destructores podemos hacer llegar una lanzadera y cazas TIE para cubrirnos. Tenemos que demostrar fuerza. No podemos simplemente *huir* por la puerta de atrás como liebres de ryukyu aterrorizadas. No huimos del fuego. Nos enfrentamos a él. Entonces utilizamos los destructores estelares para soltar bombarderos y le enseñamos a esta ciudad lo que significa alzarse contra el Imperio Galáctico.

—Ahora mismo —dice Shale—, la Nueva República…

—La *Alianza Rebelde* —corrige Pandion.

—La *Nueva República* —se reafirma ella— no sabe qué hacer con esta situación. No han enviado una flota porque no saben qué les espera. Y no quieren desestabilizar un planeta que podría acabar siendo su aliado. Por lo tanto, están a la espera. Cautelosos. No quieren actuar con una mano demasiado dura. Han conseguido muchos logros, pero son logros cautelosos. No están jugando a la desesperada. Y nosotros tampoco deberíamos hacerlo, Valco.

—Maldita cobarde llorona y debilucha…

—Utilizaremos el yate de Crassus para escapar —dice Rae, acabando con la discusión entre el mofif y la general—. Esa será nuestra salida.

—¿Qué? —dice Crassus. La cara se le vuelve roja a medida que las mejillas se llenan de rabia—. ¿Qué ha dicho? No permitiré tal cosa. Mi nave preciosa… el *Arpa Dorada*. No lo voy a consentir.

—Y a mí me da igual. Usted no es propiamente un imperial. Es un prestamista. Un banquero. Hay otros como usted. Y bastaría con un mandato imperial para drenar todo el oro de sus cuentas como un enjambre de avispas de chaqueta roja le chupan la sangre a su presa. Si no se aparta de mi camino, Arsin, lo ejecutaré yo misma.

Pandion silba.

—Mira quién ha sacado los dientes.

Crassus palidece. La sangre le abandona el rostro.

—Yo… usted no podría.

—Podría. Y lo haré —desenfunda el bláster y le apunta—. ¿Da su consentimiento?

—Yo… —dice Crassus. Ella dispara el bláster. Justo por encima de su cabeza. Él se encoge, levanta las manos y gesticula nerviosamente, balbuceando—. ¡Sí! Sí. Por todas las estrellas, sí.

—Muy bien. Dé la orden. Haga venir el *Arpa Dorada*.

Crassus asiente, tragando con dificultad. Y dicho esto, todo el mundo en la sala vuelve a ponerse a discutir. Pandion, no obstante, le dedica a Sloane una curiosa sonrisa. Rae no puede llegar a entender lo que significa. ¿Qué se esconde detrás de esa sonrisa? ¿Es orgullo? ¿Está orgulloso de que por fin ella haya ejercido su autoridad, o bien orgulloso de sí mismo por empujarla hasta este punto? ¿O simplemente está divertido por sus esfuerzos? Esa sonrisa le preocupa más que un ceño fruncido.

Adea se le acerca y le susurra al oído:

—Tenemos otro problema.

«No, otro no», piensa Rae.

—¿Y ahora qué? —pregunta en voz baja.

—Debería verlo con sus propios ojos.

INTERLUDIO

HIPERESPACIO

Las estrellas se alargan en forma de lanzas. Lanzas que atraviesan el espacio negro cuando el *Halcón Milenario* hace un agujero en el hiperespacio.

Han Solo se rasca una barba de varias semanas, que ya le cubre las mejillas. Le pica. Hace una mueca mientras se rasca.

Chewie le gruñe, señalándolo.

—Sí, sí, lo sé, ahora sí que *soy* un sinvergüenza desaliñado. Si me dejo crecer más esta barba, me acabarán confundiendo contigo —dice, sonriéndole al wookiee con suficiencia. Chewie gruñe una respuesta—. Tranquilo, relájate grandullón. Nadie va a confundirme contigo. Eres como un árbol andante cubierto de pelo.

Chewie se reclina en el asiento del copiloto. Las líneas estelares se reflejan en sus ojos. Está aburrido. Y un wookiee aburrido es algo peligroso. En el último sistema en el que estuvieron (Ord Mantell, aquí en el Borde Medio), Chewie empezó a trastear con el sistema de navegación del *Halcón*, intentando localizar un fallo técnico que arrastraba el impulsor del hiperespacio. Lo resolvió. Genial. Pero entonces el armamento dejó de funcionar. Cosa que evidentemente solo descubrieron cuando les emboscaron tres naves de piratas merodeadores krish. Sufrieron daños muy graves en las placas de vectores y las plataformas de flotación. Casi no salen de ahí.

En todo caso, sienta bien estar aquí, solo él y Chewie. Echa muchísimo de menos a Leia y a Luke… incluso a Lando, aunque eso nunca lo diría en voz alta. Pero estar aquí solo con su viejo amigo le recuerda a cuando era más joven. Él, el wookiee y el *Halcón*. Una única responsabilidad: proteger su propio pescuezo. Y, evidentemente, enriquecerse. Una vocecita le recuerda que eso no ocurrió nunca.

—Muy bien, saliendo del hiperespacio —dice Han, activando la palanca para salir. Y mientras tira la palanca hacia atrás, las líneas estelares se acortan y se produce ese momento de mareo. Ese que no desaparece nunca, por muchos saltos que hayan hecho, esa sensación de que alguien le ha catapultado el cerebro a través del espacio, mientras el estómago está una docena de pársecs más atrás. Entonces aparece un planeta: Dasoor.

Otro en la lista de lugares sin ley. Un planeta revoltoso lleno de ladrones, controlado por bandas. Bandas que a su vez dependen de un cártel del crimen. Con una economía que se basa en el trabajo de esclavos.

Demasiado malvado incluso para Solo en sus años mozos. A los ladrones los puede tolerar. Pero la esclavitud… le revuelve el estómago y lo convierte en un volcán ardiente.

Chewie murmura y gruñe, y Han le responde:

—El plan es el mismo, no ha cambiado.

El mismo que en Ord Mantell, en Ando Prime, en Kara-bin y en el resto. Se pone un implante cibernético sobre el ojo: una lente telescópica de heliodor que de hecho, no funciona. Es un complemento falso. La lente, la barba desarreglada y ese gorro de aviador tan terrible que lleva parecen disfraz suficiente para que nadie lo reconozca a primera vista. Chewie protesta, y Han asiente.

—Lo sé, amigo mío, lo sé. Yo también preferiría que vinieras conmigo. Pero si hay algo que nos va a delatar, es un contrabandista acompañado por un wookiee. Apenas quedan unas docenas de wookiees liberados. Tenemos que encontrar las líneas de suministro del Imperio. Y eso significa que tengo que bajar ahí yo solo, levantar algo de polvo y ver a qué huele. Tú… quédate cerca del *Halcón* por si acaso las cosas se tuercen.

Los rumores más recientes apuntan a que el Imperio, tras perder algunas de sus naves y sus líneas de suministro tradicionales en los últimos dos meses, se ha acercado a varias organizaciones criminales, a las que han dado soporte en silencio en las últimas décadas. Han se ha dedicado a investigar, hacer preguntas y meterse en alguna que otra pelea de bar (con bastante frecuencia) para intentar averiguar algo.

Hasta ahora, nada.

Chewie lanza un gruñido agudo y Han le da la razón:

—Sí, espero que a Wedge le esté yendo mejor su misión. Vamos a bajar al planeta y…

El comunicador cruje y aparece un holograma azul resplandeciente.

Han ríe y Chewie saluda.

—Vaya, vaya —dice Han—. Mira quién sale de las ondas espaciales.

La mujer que proyecta el holograma inclina la cadera con actitud fanfarrona.

—¿Qué pasa, viejo sinvergüenza?

—¿Viejo? —hace ver que le ha sentado mal—. Imra, eso duele. Me duele en el corazón —entonces le ofrece esa sonrisa triunfadora—. Nunca me haré viejo.

—¿Crees que Leia estará de acuerdo con eso?

—Eso sí que es un golpe bajo.

—Podrías dejar a la princesa, ¿sabes? Quitarte ese disfraz de ciudadano respetable y volver a tu vida de granuja.

—Imra, ¿me has llamado solo para provocarme, o tienes algo para mí?

—Tenemos una oportunidad, pero muy pequeña.

Chewie gorgotea, y Han asiente:

—Imra, tú misma lo has dicho. He dejado esa vida. Sea lo que sea lo que me ofreces…

La mujer desaparece y aparece otra holoimagen: un planeta.

Chewie se levanta de repente, gruñendo y agitando los puños. Al hacerlo golpea la barra de estabilizadores que tiene encima de la cabeza. El *Halcón* se estremece. Han reacciona rápidamente y vuelve a encender los estabilizadores. Está a punto de decirle a su viejo amigo que se calme, sea lo que sea lo que le pasa al grandullón…

Cuando lo entiende.

El planeta.

Es Kashyyyk.

Es el *hogar* de Chewie.

Un planeta cuyos wookiees siguen esclavizados por el Imperio. Chewbacca era un esclavo como los demás: encadenado, muerto de hambre y medio loco, con el pelo oscurecido. Trabajaba cortando los bellos árboles wroshyr para proporcionarle leña y comida al ejército imperial. Leña y comida que siempre había sido para ellos. Se utilizaban esclavos wookiees por toda la galaxia, enviados para trabajar en las minas y para construir estructuras como la Estrella de la Muerte. Las dos. A veces, incluso utilizaban las pobres bolas de pelo como experimentos científicos: destripándolos para probar armas y medicamentos.

—Chewie, está bien, amigo, está bien —Han le da unas palmaditas a su amigo en el hombro, y lo ayuda a sentarse. Debajo del pelo, los músculos del wookiee se tensan y sus labios dejan entrever los dientes. Respira a ráfagas. Han le dice a Imra:

—¿Qué quieres decir con eso de que tenemos una oportunidad muy pequeña?

—Sigue habiendo un bloqueo en el planeta de los wookiees. El Imperio no quiere abandonarlo, pero sus tropas están mermando. Normalmente van y vienen naves con soldados de asalto y oficiales, pero el número total de tropas nunca cambia. Solo que ahora, por primera vez, va a cambiar.

—No te sigo.

—Van a hacer… ¿cómo decirlo? Una especie de cambio de guardia. O quizá necesitan naves para otro planeta o para otro… No lo sé, Han. Tenemos pocos detalles, pero lo que sí que sabemos es que las naves que se van no van a ser reemplazadas inmediatamente. Lo cual significa que tenemos solo unos días.

—¿Cuándo?

—Ahora.

Chewie levanta la cabeza y aúlla.

—¿Ahora? —Han se inclina hacia delante, repentinamente agitado—. ¿Quieres decir… hoy?

—Casi. El reloj empezará a contar durante el próximo ciclo diurno.

—La Alianza… la Nueva República, como se llamen ahora… me han encargado una cosa. Tengo una responsabilidad. No puedo cambiar de planes y largarme a medio trabajo.

Solo sabe muy bien lo que dirá la Nueva República. Tienen una estrategia. No desviarán su atención a Kashyyyk, todavía no. Lo ha pedido. Más de una vez.

Chewie lo mira de esa manera. No hace ni un ruido. El pecho del wookiee se hincha y se deshincha rápidamente.

Entonces Han lo entiende. Las palabras que salen de su boca no parecen suyas. Estar aquí, solo con Chewie, lo ha hecho sentir como antes. Iban de un lugar a otro. Hacían lo que les apetecía. Seguían su instinto y pasaba lo que tenía que pasar. Tomaban un trago,

aceptaban trabajos de contrabando, perseguían montañas de créditos, hacían buenas obras, malas obras…

Se le enciende un fuego en el estómago.

Es hora de hacerlo. Le dice a Imra:

—Me debes una bien grande, ¿te acuerdas? —de esa vez en la que logró que dejara de perseguirla un destructor estelar. Y en consecuencia le hicieron una redada a él—. No me digas que no te acuerdas…

—Me acuerdo, me acuerdo. Y por esto estoy aquí. Me dijiste que si me enteraba de algo del planeta de los wookiees, te lo dijera. Y aquí estoy, diciéndotelo.

—Eso no basta —protesta Han—. Tienes que hacer más.

Ella duda.

—¿Cuánto más?

—Reúne a todo el mundo. Todos los contrabandistas, saqueadores y bribones de bien. Todo el mundo que me deba un favor. Cualquiera que odie al Imperio tanto como nosotros.

—Esa lista no es tan larga como a ti te gustaría.

—Muy bien. Ofréceles inmunidad. Si quieren que se limpie su expediente, diles que la Nueva República está añadiendo nombres a una lista. Indultos completos.

—¿Es verdad?

—Es verdad —miente. No es verdad. Nunca lo ha oído. Pero lo hará realidad. De alguna forma. Se vuelve hacia Chewbacca—. Ey, compañero. ¿Todavía sabes cómo ponerte en contacto con los otros refugiados? ¿Roshyk, Hrrgn, Kirratha y los demás?

Es un grupo de media docena de wookiees que huyeron de Kessel y de manos del Imperio cuando nadie más pudo. Los más brutos, los más peludos. Ahora trabajan de mercenarios y no les interesa demasiado la política de la Nueva República. Pero sin duda les interesará la liberación de su hogar.

Chewie gruñe y asiente.

—Muy bien. Reúnelos. Imra, tú reúne al resto. Diles que nos encontraremos fuera de la Estación de Warrin. Inmediatamente. Maldita sea *para ayer*. No necesitamos a la Alianza o a la República. Lo haremos a nuestra manera.

El wookiee levanta sus largos brazos en señal de triunfo.

Imra da su palabra, y entonces desaparece.

—No tenemos ningún plan, amigo mío —dice Han.

El wookiee gruñe.

—Iremos improvisando sobre la marcha.

Chewie asienta y ulula.

—Muy bien. Será como en los viejos tiempos.

Chewie lo agarra con esos brazos tan grandes y lo sacude como un cubilete de dados. Han ríe e intenta que no lo aplaste.

—Venga, Chewie. Prepara las nuevas coordenadas. Es hora de llevarte a casa.



CAPÍTULO VEINTISIETE

Wedge se tambalea por el vestíbulo del palacio del sátrapa. El dolor le pesa más que unas gruesas cadenas. La fatiga le quita toda la energía. Y por muy rápido que le lata el corazón, por mucha adrenalina que acumule, sus huesos solo le dicen una cosa: abandona, túmbate, ríndete.

El corte de energía ha sido hace unos minutos. Sus grilletes han caído como los juguetes de un niño. Ahora es libre.

O está cerca de serlo.

Oye voces cerca. Voces de alarma. Seguidas por ese repiqueteo característico de muchos pies marchando. *Soldados de asalto*. Wedge hace una mueca y se esconde en una hornacina del vestíbulo. Una estrecha alcoba con un jarrón de cerámica que alberga una de las orquídeas selváticas del planeta. Se esconde junto al jarrón y contiene la respiración.

Los pasos se acercan cada vez más.

Los soldados van hablando:

—La almirante cree que ha sido una distracción.

—O quizás es que no quieren que nos vayamos —dice el otro.

—¿Quién no quiere que nos vayamos?

—¿Acaso importa?

Sus voces suenan cada vez más fuerte. Hasta que pasan cerca a él.

Pasan cerca, y se detienen. Se detienen justo al lado de la hornacina. A tan solo unos pasos de Wedge, escondido en la oscuridad de este espacio intersticial. Tensa los músculos. Se prepara para el ataque…

No. No funcionará. Está demasiado herido. En cualquier otro momento, si estuviera en forma, podría ocuparse de dos de estos cabezacubos. Golpear los cascos entre ellos, arrebatarles un rifle bláster, correr hacia la puerta. Pero en este estado, podrán con él. Le harán daño.

Se queda quieto. Quieto como las estrellas.

Los soldados de asalto miran a su alrededor. Hablan por el comunicador:

—No hay nada en la tercera planta. Pasamos a la cuarta.

Siguen caminando.

Wedge suelta un pequeño suspiro de alivio cuando sus pasos se alejan.

Le duelen los músculos. La pierna casi se queda sin fuerzas. La rodilla se dobla de repente, y cuando la vuelve a poner recta, golpea el jarrón de cerámica.

El jarrón se bambolea, repiqueteando. Se oye el eco por todo el vestíbulo.

Los pasos se detienen.

No, no, no.

Uno de los soldados le dice al otro:

—¿Has oído algo?

—Allá atrás.

Empiezan a acercarse de nuevo.

Parece que no tengo alternativa. Luchar o ser descubierto. Sobrevivir a cualquier precio o volver a los grilletes. Tensa los músculos, y afianza los pies en el suelo en la mejor posición de combate que puede lograr. Con el pie, vuelve a tocar el jarrón, que se desplaza hacia atrás. Se oye el crujido de piedra contra piedra.

Y al desplazarse el jarrón, de repente la pared de detrás de la alcoba se abre.

Una puerta estrecha. Un pasaje secreto.

Es ahora o nunca. Wedge pasa junto al jarrón y entra en la oscuridad. Los pasos se oyen cada vez más cerca. Ahí dentro, Wedge ve un botón de piedra que sobresale de la pared. Lo golpea con fuerza con la palma de la mano y la puerta se cierra a sus espaldas, justo mientras veía una armadura blanca por el rabillo del ojo.

Temmin está sentado, temblando. Está atontado, frío, sudado. Le duele la barriga. Intenta mantener la compostura cuando Jas le dice que el caza TIE de su madre, el que le ha salvado la vida hace apenas una hora, se ha estrellado contra el palacio del sátrapa.

Intentan consolarlo. Incluso Huesos le pone la garra metálica en el hombro. Pero se los quita a todos de encima. Les dice que estará bien.

Intenta contener las lágrimas, y se da la vuelta para que no le vean. Se queda mirando a la pared, con la mandíbula apretada y las manos temblando debajo de la mesa.

La cuestión es que siempre ha sabido que este día llegaría. Su madre, en algún lugar de la galaxia. Luchando para la Rebelión. Transportando suministros a través de territorio imperial. Cada día que no hablaba con ella (que eran la mayoría) era un día en el que sabía que su madre podría estar muerta. Su nave, flotando ahí fuera. Su cuerpo, sujetado al asiento de una cochambrosa nave rebelde en un hangar maltrecho. Ese pensamiento a veces le venía en forma de pesadilla. Su madre, persiguiéndolo con los ojos muertos y la boca abierta. O unos imperiales que venían a la puerta de casa para decirle que la habían matado. O un ataúd que aparecería delante de la puerta, con ella dentro.

Y ahora ha llegado ese día. Justo después de haberse reencontrado una vez más. Y mientras Jas sigue diciendo que la misión no se ha acabado, que todavía tienen que hacer el trabajo, lo único que puede hacer Temmin es pasearse por esos sentimientos tan familiares que lo agitan por dentro, como un mar durante una tormenta.

La rabia es la reina de esos mares. Rabia hacia ella por haberlo abandonado y por haberse entregado a una causa que siempre fue más importante que él. Y rabia hacia sí mismo por ser tan egoísta y por no aprovechar mejor el tiempo que ha tenido con ella aquí. Rabia hacia todo el mundo: hacia Sinjir y Jas por arrastrarlos a todo esto, hacia Surat por ser Surat, hacia la Nueva República y el Imperio Galáctico y…

El sonido de las patas de una silla deslizándose por el suelo.

Todos están boquiabiertos. Temmin se da la vuelta.

Una mujer se sienta en la silla a la cabeza de la mesa, y se aparta el velo que le cubre el rostro.

—Mamá —dice Temmin, con una voz pequeña, muy pequeña.

Tiene rozaduras por todo el cuerpo, y tiene la cara sucia y salpicada de manchas de sangre.

—Te… te estrellaste —dice Jas.

Norra se encoge de hombros.

—Resulta que al final los cazas TIE sí que tienen un asiento eyector.

Temmin salta sobre la mesa y va reptando hacia ella, tirando al suelo la botella de savia de plooey de Sinjir. Le da igual. Lo único que le importa es abrazar a su madre. Ella le devuelve el abrazo. Es un abrazo largo. Aunque Temmin piensa que no es lo suficientemente.

«El corte de energía», piensa Rae.

Cuando el cazaTIE se ha estrellado contra el palacio, inutilizando sus lanzaderas, la energía ha parpadeado durante unos segundos. Según parece, con eso ha bastado.

Porque ahora su prisionero se ha escapado. Wedge Antilles anda suelto por el palacio. Las magnaesposas que lo tenían preso han fallado al apagarse la energía. Y un edificio antiguo como este no tiene reservas de seguridad. No hay baterías adicionales, no hay generador suplementario.

—Esto no es nada bueno —le asegura Rae, afirmando lo obvio.

—Lo encontraremos —dice Adea, aunque su voz no denota mucha confianza—. Enviaré las tropas a buscarlo.

—Bien —dice Rae. Adea sale de la sala y la almirante recoge del suelo la cabeza del droide médico. Eliminado por Antilles, probablemente.

Esto añade un problema más. Uno grande. Toda esta cumbre ha ido cargada de problemas, unidos a otros problemas para generar *nuevos problemas*. Una montaña de errores y desastres. Desde el atardecer hasta el amanecer.

Ya le dijeron que esto era una mala idea. Pero Rae insistió. Se aferró a esa idea, la que decía a menudo el Conde Vidian: Olvídate de las viejas formas. Ella volvía una y otra vez a esta idea, porque lo único que las viejas costumbres le habían aportado al Imperio fue su obsolescencia accidental. Rae decidió que lo que hacía falta era una nueva forma. Eso permitiría la recuperación del Imperio y la salvación de la galaxia. Esto aseguraría la paz antes de que el caos se hiciera demasiado grande a partir de las semillas plantadas por la destrucción de la segunda Estrella de la Muerte.

Pero ahora no está tan segura. Quizá las viejas formas sean la única forma. Control autoritario. Fuerza y firmeza. Un puño de acero en un guante negro.

Sloane se concentra.

Tiene que encontrar a Antilles. Otra vez.

En el pasadizo solo cabe una persona, lo cual contrasta con los amplios espacios del palacio, que pueden acomodar a una hilera entera de guardias, quizás incluso un par de deslizadores si pueden entrar por la puerta. Esto es más pequeño. Íntimo. Un pasadizo para el sátrapa o para sus huéspedes.

Todo esto es nuevo para él, incluso ahora. Wedge no forma parte de las altas esferas de la galaxia. Creció ensuciándose las manos en el depósito de combustible, y trabajando en granjas locales en sus ratos libres. Pero igualmente le encuentra un sentido a este pasadizo: seguramente al sátrapa le interesaría tener una forma de moverse por el palacio sin ser visto. Libre de consejeros y dignatarios pidiéndole esto, aquello o lo de más allá. Y Wedge siempre había oído que las ciudades de Akiva estaban llenas de pasadizos secretos, tanto por encima de la superficie como por debajo.

La cuestión es: ¿y ahora qué?

Ya lleva demasiado tiempo parado, recuperando el aliento. Recorriendo el pasadizo, unas luces de color azul cristalino se van encendiendo a su paso. Y cuando pasa de largo, se vuelven a apagar. Iluminan un espacio de tres metros. Es un efecto bonito, aunque un poco inquietante.

A veces pasa por pequeñas aberturas por las que se ve luz de verdad. La luz del día cálido más allá de las paredes frías del palacio. Esos momentos de luz son como destellos de libertad. Le dan esperanza, pero a la vez siente que está agonizando.

—Estoy muy cerca —murmura para sus adentros.

Pero entonces dobla una esquina pronunciada y ve un rayo de luz abundante. Luz del sol que entra por una vieja ventana, con el cristal torcido por el tiempo.

No es una ventana muy grande, pero es suficientemente grande. Podría caber. Si la rompe, podría saltar al otro lado y…

Mira a través del cristal distorsionado y ve la caída.

Tres plantas. Y no tres plantas como una pequeña escuela coreliana. Tres plantas de un *palacio*. Está a unos quince o veinte metros del suelo.

Quizá podría bajar escalando. O, si hay una ventana aquí, quizá haya otras más abajo. Si el pasaje sigue…

Entonces se da cuenta de algo.

Podría huir. Quizá lo logre. Pero, entonces… ¿qué? Sale a la ciudad. Herido. Quizá lo consiga, quizá no. Quizá lo vuelven a capturar dentro de una hora, o diez horas, o pasados unos días. ¿Qué podrá cambiar? La ocupación es una realidad. En este palacio está ocurriendo algo grande, *ahora mismo*. Corriendo puede salvar su vida.

Pero… ¿salvaría a la Nueva República?

No. Su única oportunidad es quedarse aquí. Quedarse en el palacio y descubrir qué está pasando. O, al menos, encontrar una forma de enviar un mensaje a Ackbar y los demás.

Mira por la ventana una vez más.

Tan. Cerca.

Después sigue caminando.

Norra se toma un momento para empaparse de este reencuentro. Está agotada, y lo único que quiere es asimilarlo todo. Le duele todo el cuerpo hasta el tuétano de los huesos. Cada vez que parpadea, vuelve a visualizar el palacio, que se le acerca a toda velocidad. Recuerda haberse inclinado hacia el tablero de mandos y haberse cogido la cabeza con las manos, como preparándose para el impacto. Una idea estúpida. ¿Por qué ha pensado que eso suavizaría el choque? Ha tocado varios botones con la palma de la mano.

Uno de esos botones era el eyector.

Lo siguiente que recuerda es salir disparada, y ver el TIE chocando contra las tres lanzaderas, una a una. El paracaídas se ha desplegado tarde, demasiado tarde. Un viento intenso la ha lanzado hacia el suelo. La ha arrastrado por el suelo. La manga ha quedado reducida a jirones, la piel en carne viva.

Por un momento, acepta el abrazo y las sonrisas de esas dos personas que le resultan relativamente desconocidos, pero que ahora mismo son un poco como amigos, si no familia: la cazarrecompensas y el ex-imperial.

Incluso el droide de ojos locos de su hijo le dice:

—ESTOY CONTENTO DE QUE TU EXISTENCIA NO HAYA QUEDADO REDUCIDA A ÁTOMOS DISPERSOS, MAMÁ DE AMO TEMMIN.

Norra ríe. Todos ríen. Le pasa a Temmin el brazo por la cintura.

—Yo también estoy contenta de estar viva —dice. Y en seguida lo nota: este momento ha llegado a su fin. Tiene que ser así. Pone cara seria, frunce el ceño y añade—: Pero todavía tenemos trabajo que hacer. Tenemos que entrar en el palacio. Y creo que sé cómo hacerlo.

INTERLUDIO

CORUSCANT

Es el cumpleaños de Jak. Cumple 13 años.

El niño… no, el *joven*… necesita un regalo de cumpleaños.

No es que haya alguien para hacerle un regalo. Pero está seguro de que su padre hubiera querido que tuviera el mejor de los regalos.

Camina por los conductos destruidos del 1313: el nivel subterráneo más infame de Coruscant, un calabozo tan profundo que el mundo de la superficie se ha olvidado de él. Pasa por delante de un par de er'kits pálidos que están raspando hongos esponjosos de las paredes, sorbiéndolos con avaricia. Luego pasa por delante de un xexto con brazos arácnidos sacando cables de un panel abollado y conectándolos a un cargador lleno de baterías zumbantes. El alienígena parlotea cuando Jak pasa por ahí. Le advierte que no intente robarle la electricidad robada. Y al doblar la esquina…

Un par de guardias. Un humano con aspecto de duro, barriga cervecera y comida pegada en la barba, y un kerkoidano más gordo y más grande, con un par de colmillos de color sangre. Cuando Jak se acerca, el kerkoidano le enseña el bláster que lleva colgado en la cintura, y murmura en básico:

—Circula, rata de cloaca.

—No soy ninguna rata —dice Jak, reuniendo todo su coraje—. Soy un comprador.

El kerkoidano saca el bláster. Todavía no es una amenaza real, por lo tanto, su movimiento es lento y lánguido. El movimiento de un matón seguro de sí mismo.

—He dicho…

Jak saca la tarjeta.

De color negro mate.

Con tinta roja brillante.

—Toma —dice Jak.

El humano abre mucho los ojos.

—Un niño con una tarjeta.

—No soy un niño. Es mi cumpleaños.

—Feliz cumpleaños, rata de cloaca —dice el kerkoidano—. Muy bien, puedes entrar.

El hombre barbudo da unos golpecitos en la puerta. Se abre con un silbido.

Dentro está el señor de los bajos fondos que Jak va buscando: un iktotchi llamado Talvee Chawin, alias Espina. Quizá le llamen así porque uno de sus dos cuernos está roto y el segundo le baja por debajo de la barbilla y sale hacia fuera como la espina de una planta venenosa.

Pero probablemente sea porque siempre ha sido como una espina clavada en el pie del Imperio.

—Tú —dice el Espina—. Eres el niño.

—No soy un… Bueno, *da igual*. Sí, soy yo.

—No pensaba que fueras a aparecer.

—Tu amiga me dio la tarjeta.

—¿Pero para qué querría usar la tarjeta un niño como tú? —dice el señor del crimen iktotchi, levantándose de su sofá semicircular y acercándose al chico, mientras lame el aire con la lengua—. Aquí abajo no es lugar para ti. Tú perteneces ahí arriba.

—Sí. Tienes… razón. Pero ahora mismo *ahí arriba* no es lugar para mí.

Los labios del señor del crimen forman una sonrisa.

—Ahí arriba les pertenece a ellos.

Al Imperio.

—Salvé a tu mujer —dice Jak— de la custodia policial.

—No es mi mujer. Lazula no le pertenece a nadie.

—Trabaja para ti.

—Trabaja *conmigo*.

—Muy bien. Lo que tú digas. La salvé. Me dio la tarjeta. Y ahora, aquí estoy.

—La tarjeta, la tarjeta —dice, con un resoplido de sus labios pálidos—. Sí. Casi parece que sabías lo que estabas haciendo, salvándola —gira uno de sus ojos oscuros hacia Jak—. Me pregunto si no le pondrías tú la trampa —y cuando dice esto, Jak se queda callado. Intenta que no le tiemblen los pies dentro de las botas. Pero entonces el señor de los bajos fondos junta esas manos tan grandes y menea esos dedos puntiagudos—. Sea como sea, admiro tu actitud *echada para alante*. Tú me das la tarjeta, yo te doy un regalo de cumpleaños. Pero este regalo tiene un precio, como todos los regalos. El precio no es solo que a tu vida se le añade un año, como pasa cada vez que se cumplen años en este mundo. No, el precio es algo más grande. Más largo. Una vida distinta. Una vida conmigo.

—Yo…

—Puedes irte. Piénsatelo. Habla con tu familia. Pregúntale a los dioses de la casa. Pero esas son mis condiciones. Lazula ya me dijo lo que querías. Y yo ya sé qué quiero como recompensa.

—No tengo familia —dice. Solo tiene un jarrón lleno de cenizas con el nombre de su padre escrito. Y en cuanto a los dioses de la casa… nunca han tenido de esos. Su padre nunca fue creyente.

—Salvé a Lazula. Eso debería ser suficiente.

—Es suficiente para que no te abra en canal como a una comadreja de los desagües.

—… Oh.

—Sí. Oh. Si quieres el arma que buscas, entonces te unes al equipo.

—Entonces, acepto.

Esas dos palabras, pronunciadas sin ningún tipo de duda. Él mismo se queda sorprendido.

El iktotchi sonríe.

—Muy bien. Entonces tendrás tu arma. ¿Para qué la necesitas? ¿Cuál es tu plan?

Voy a dejar sin energía la Ciudad CoCo. Lo piensa pero no lo dice. No dice nada de la Brigada de los Muerdetobillos, un grupo de niños más pequeños que él que lucha con los rebeldes. Niños que conocen todas las vías de escape y los túneles de esa parte de la ciudad. Tampoco le habla de una vía de acceso escondida en la parte trasera del viejo Restaurante de Dexter Jettster, ya en desuso. Ni le cuenta que si alguien entrara por ese túnel, hipotéticamente podría colocar una granada de pulso electromagnético por debajo de la vanguardia imperial, dejándolos sin energía.

Sus ojos. Sus oídos. Sus cañones.

Lo único que dice es:

—Es mi cumpleaños, pero en realidad es un regalo para el Imperio. Un pastel que les estoy horneando.

«Y cuando se queden sin potencia y estén dando palos de ciego a oscuras, saldré de la nada y le pegaré un tiro en la espalda al Comandante Orkin Kaw».

Así por fin podrá vengarse del hombre que le arrebató a su padre. Porque la batalla continúa. Y Coruscant todavía no está ganado.



CAPÍTULO VEINTIOCHO

Los zapatos de Adea repiquetean en los azulejos mientras camina apresurada por el largo vestíbulo. No deja de mirar la pantalla que tiene en la mano, que proyecta mapas del palacio del sátrapa, intentando saber adónde puede haber ido el cautivo.

Se cruza con un cuarteto de soldados de asalto, que van por un pasillo perpendicular. A un lado, unas cuantas criadas se esconden en una hornacina, observando y esperando, asustadas.

Si Adea presta atención, por encima del silencio se escucha el sonido de la multitud, en el exterior. Un griterío sordo, como de sangre cayendo por los oídos. Se pregunta cuánto tardará alguien en abrirse camino por las murallas. Quizás incluso en trepar por la torre derruida, la que recibió el impacto de la torreta láser.

No tiene tiempo de preocuparse por esto.

«Concéntrate en el problema actual», piensa.

El holomapa del palacio flota en el aire. Abre los dedos y el mapa se amplía. Toca en una zona para ampliarla. El piloto prisionero tuvo que salir de esa sala… ¿y entonces? Aquí no hay conductos. Todo es abierto, todo está a la vista. Grandes salones y escalinatas. El problema no es que todo esté abierto, el problema es la magnitud del palacio. Tardaría un día entero en recorrer cada centímetro de palacio. Arriba, abajo, por todas partes. El prisionero podría estar escondido en cualquier parte.

¿Y esto qué es? Aquí. Un fragmento de pasaje detrás de las paredes.

Parpadeante. Un pasadizo secreto. O el principio de un pasadizo.

Entonces Adea lo entiende: están utilizando un mapa incompleto. El sátrapa les ha dado un mapa que no muestra todos los pasadizos clandestinos…

Movimiento a su derecha.

Alguien corre hacia ella, la coge por el hombro, le da la vuelta…

Adea grita cuando le arrebatan el pequeño bláster que tiene en la cartuchera.

A un metro de ella, está el prisionero. Con su pistola en la mano.

El Capitán Wedge Antilles. Con el pelo revuelto. Los ojos desorbitados. El rostro de color ceniza, grasiento y sudado.

—Esa holopantalla —dice—. La necesito.

—No —dice ella, levantando la cabeza. Intentando parecer dura.

—¿Ve este bláster? Necesito esa pantalla. Y necesito que abra los canales de comunicaciones. Lo puede hacer, ¿no?

La boca de Adea forma una línea recta y resuelta:

—No.

—Miente.

—¿Y qué pasa si miento?

Wedge ríe. Exasperado. Agotado. Adolorido. Le dice:

—Quiero que piense muy bien en esto. ¿Todo esto? ¿El Imperio? Se acabó. Es el fin. Si me ayuda, no lo olvidaré. Nadie de aquí tiene que enterarse. Diga que he podido con usted. No parece un soldado. Ni un oficial. Haga lo más inteligente. Ayúdeme. Deme esa pantalla.

Vacilante, Adea asiente.

Sollozando, se inclina hacia delante para darle la pantalla.

Él alarga el brazo.

Adea sonríe y enfoca la pantalla hacia él. Desliza el pulgar para poner el brillo al máximo, para dirigir todo el brillo del proyector a sus ojos. Él grita y se cubre los ojos…

Adea no corre.

«Este es mi momento. Lo capturo, me gano el favor de Sloane y de los demás. Arreglo su error. Soy una heroína», piensa.

Ella se le acerca y le pega una patada en la barriga. Con las manos, lo atrapa por la muñeca y se la retuerce. Es buena en autodefensa. Se entrenó en las artes marciales imperiales: una combinación de zavat, echani y los clásicos ECI, los Ejercicios de Combate Imperiales que forman parte del entrenamiento de todo soldado de asalto y oficial. Le hace saltar el bláster de la mano.

Pero Wedge es rápido. Con la otra mano, caza el bláster al vuelo. Ella reacciona dándole un cabezazo en la nariz…

Crunch.

Wedge grita.

Un disparo de bláster.

Adea se tambalea, con el cuerpo lleno de dolor. En la pierna izquierda, el agujero humeante del disparo del bláster. De la herida salen hilillos de humo. Toda la pierna se le queda entumecida, y se desploma.

Wedge dice:

—Lo siento. De verdad.

Entonces le quita la holopantalla y se aleja cojeando.

Adea grita, pide ayuda, dice que el intruso está aquí. Y entonces se desmorona. Porque ha fracasado. Tenía una oportunidad de hacer lo correcto para el Imperio. Y ha ido muy mal.

Jas está junto al portal de la tienda de Temmin. El trayecto hasta aquí no ha sido fácil, aunque debería haberlo sido. Una multitud de akivanos. Algunos llevan carteles. De camino a la tienda, Jas ha visto un pelele del sátrapa. Ahí fuera, ahora mismo, ve un espantapájaros mal hecho que recuerda al oscuro sicario imperial, Darth Vader. Alguien le prende fuego y empieza a arder. De debajo sale humo negro, y el fuego consume el espantapájaros del Lord Sith.

La ciudad es como un barril de cordileo apunto de hacer *bum*.

Ella no es la responsable, pero sabe que entre ella y sus amigos han preparado la mecha y han proporcionado las cerillas.

Una parte de ella está orgullosa. Está operando a un nivel mucho mayor. Jas ha manipulado a una ciudad entera y la ha convertido en un arma contra su objetivo. Está acostumbrada a manipular a la gente, pero esto… esto es otro nivel. Esto es algo sublime. La otra cara de la moneda es que está muy acostumbrada a trabajar sola. Su tía Sugi siempre trabajaba en equipo, y sentía especial debilidad por los oprimidos. Granjeros, esclavos e idiotas.

Jas siempre lo consideró su punto débil. Quizá no lo fuera.

Jas mira por encima del hombro. Dentro de la tienda, Norra y Sinjir trabajan juntos. El chico, Temmin, ha tenido que ir a un lugar. Ha dicho que no guardaba los mapas en la tienda, por si acaso. Ha tenido que ir a buscarlos a su «recoveco secreto» (palabras de Temmin, no de Jas). Se ha ido con su droide lunático.

Estoy utilizando a esta gente para conseguir mis objetivos. De esto se trata todo esto, ¿no? No son su equipo. Son herramientas, igual que una llave hidráulica o una llave de Harris. Esto es lo que se dice a sí misma para no pensar en las posibles pérdidas. Porque el sentido común le dice que no todos sobrevivirán a esta misión. Ya han estado a punto de perder a Norra. Alguno caerá.

Intenta ignorar cómo se siente al respecto.

Intenta ignorar que siente alguna cosa al respecto.

Esto es un trabajo. No tienes lealtad con la Nueva República o con este hatajo de bichos raros. No son tu gente. Tú no eres su gente. Haces el trabajo, cobras y te vas.

Eso es lo que le dice su cabeza.

¿Por qué su corazón le dice otra cosa?

—Vamos allá —dice Norra con una caja en las manos, que deja caer pesadamente sobre la mesa.

Sinjir se inclina, ve lo que hay en la caja y retrocede unos pasos.

—La caja está *llena* de detonadores termales.

—Sí, no creo que sean bolas de nieve.

—¿Me aseguras que no nos harás volar por los aires? Manejas estas cosas como un estibador descargando una caja de latas de carne de bantha.

Norra ríe. Sinjir frunce el ceño mientras ella le mira de arriba abajo:

—Tú no eras soldado, ¿verdad?

—Todos son soldados al servicio del Imperio —responde él irónicamente.

—Ajá. Quiero decir, soldado en el frente. Los que van con el rifle. Los que reciben disparos de bláster. Mira, los detonadores termales no explotan hasta que los activas —Norra coge la caja y la sacude. Él hace una mueca, esperando quedar reducido a moléculas—. No hacen *bum* solo con un achuchón. Podría chutar uno y no explotaría. Hasta que los preparas, los detonadores no son más que rocas brillantes.

Sinjir se aclara la garganta.

—Entonces permíteme que me quede a unos metros de esa caja de «rocas brillantes» en todo momento.

—Confía en mí: estamos seguros —entonces deja de hablar y cruza los brazos.

Sinjir ve que está pensando en algo.

—Vamos. Dilo. Descarga el alma.

—Yo…

—Suéltalo, Norra.

—Puedes confiar en mí. ¿Y yo? ¿Puedo confiar en ti?

—¿Con los detonadores termales?

—Con mi vida.

—Ah. Eso —levanta tanto la ceja que tiene la impresión de que le sobresale de la cabeza—. Quieres decir… porque antes era un imperial.

—En el Imperio no suelen haber traidores. Son leales porque saben lo que ocurre si no lo son. Yo soy el enemigo para ti. Y tú para mí. Una cosa así no es fácil de ignorar.

Sinjir chasquea los dedos.

—Mira, tienes razón. Pero al mismo tiempo, te equivocas. Los leales al Imperio son leales porque saben lo que les pasa a los traidores. Hasta aquí es verdad. ¿Y sabes por qué es así, Norra Wexley? Gracias a *mí*. Era un oficial imperial de lealtad. ¿Eres consciente de cuáles son las responsabilidades de un oficial imperial de lealtad?

—Debo confesar que no.

—Ah, pues es un trabajo realmente encantador. Me entrenaron para detectar debilidades en mis compañeros. Aprendí a leer el lenguaje corporal, a detectar mentiras, a utilizar a la gente para volverla contra los demás. Todo esto para descubrir infracciones de mi propia gente contra el Imperio. Cualquier cosa, desde pequeños fallos de comportamiento hasta traición directa contra el trono. Yo era la sombra de la que no se podían librar. Me ponías en una base, en una oficina o en una estación espacial y se sentían amenazados inmediatamente. Investigaba lo que habían hecho como un cazador haciendo saltar presas de los arbustos. Les hacía daño hasta conseguir una confesión y corregir los errores. Ah, pero no era solo dolor físico lo que causaba. Aunque de eso siempre había. Era dolor emocional. ¿Te puedo contar una historia?

—Temmin todavía no ha vuelto, así que… adelante.

Sinjir reclina la silla contra una mesa. Sus dedos largos y ágiles van acompañando la historia con gestos.

—La mayoría de gente a la que hacía daño era gente que no me importaba. Algunos eran brutos, otros cobardes. Todos ellos eran individuos a los que no me importaba mortificar en nombre del Emperador. Pero no siempre era así. Tomemos, por ejemplo, el caso del joven Oficial de Artillería Rilo Tang. Rilo, un oficial entregado. Con ojos luminosos como unos créditos recién limpiados. Un hombre apuesto. Más atractivo que la salida del sol. Más dulce que una tarta de jif. Y más *engañoso* que un *monolagarto*.

—No te sigo.

—Verás, era un ladrón.

—¿Qué robaba?

—Mira, pues de eso se trata —dice Sinjir, riendo e inclinando la cabeza—. No robaba nada especialmente importante. Sospecho que era una compulsión que tenía. Unas manos ágiles que se llevaban todo lo que no estuviera clavado o soldado. Básicamente robaba los efectos personales de los demás. Cosas tontas. Holofotos, chapitas de identificación. Por todas las estrellas, recuerdo que una vez incluso le robó un par de zapatos a un soldado raso. ¿Por qué haría algo así?

Los ojos de Norra se estrechan.

—Yo me pregunto lo mismo. ¿Por qué?

—Pues después de ver el informe psicológico, me hice mi teoría. Los padres solían enviar a los niños problemáticos a las academias imperiales. Se suponía que era un acto correctivo, ya que la gente asumía que podíamos transformar su progenie descuidada e insubordinada en algo parecido a un ciudadano galáctico de pro. La realidad era que ese tipo de cadetes acababan reprimidos. A la fuerza. El Imperio quería héroes, no un circo. Sospecho que Rilo era uno de esos.

—¿Qué le ocurrió?

—Le avisamos. *Yo* le avisé. Una y otra vez. Y entonces, un día, le robó a un moff. Un anillo. Un anillo que el moff decía que tenía un gran valor sentimental para él. Aunque me enteré que el anillo llevaba información codificada en las inscripciones. Pero eso es

una historia para otra ocasión. La cuestión es que me vi obligado a… encargarme de Rilo para sacarle la confesión.

Ahí. La expresión de Norra. Hasta ahora ha seguido la historia con curiosidad, pero de repente esa expresión desaparece como la corteza que se desprende de un árbol muerto. Y lo que queda es una mirada fría y vacía. De horror.

—Lo mataste —dice.

—No. Ah, no, no. Me has malinterpretado. Yo no era el ejecutor. Yo era el confesor. Era de la policía secreta. Yo encontraba las pruebas y entonces otro firmaba la orden judicial, y otro era el encargado de empujarte por la compuerta. O el que te colgaba, o el que te ponía delante del pelotón de fusilamiento, o… Pero para conseguir que confesara, tuve que romperle varios huesos de ese cuerpo tan magnífico que tenía. No sé si lo mataron. Escuché rumores de que acabó como encargado de los compactadores de basura. Lo que importa es que su cara nunca volvió a ser la misma. Su belleza, su vigor… desaparecieron. Y eso fue culpa mía.

—Eras una mala persona.

—Y quizá lo siga siendo, aunque estoy intentando ser mejor. Pero no es por esto que te estoy contando esta historia. Si te estoy contando todo esto es porque tú crees que eres el enemigo para mí. Y eso no es verdad, en absoluto. El Imperio es mi enemigo. El Imperio siempre ha sido mi enemigo. Yo cazaba a los míos. Les hacía daño. Me entrenaron para dudar de ellos, para ver su debilidad. Y vi *tanta* debilidad y perdición en ellos *—y en mí mismo*, piensa—. Eran mi enemigo entonces y siguen siendo mi enemigo ahora. Solo que me he quitado el uniforme.

—¿O sea que ahora estás con nosotros? ¿Eres un rebelde?

Esa idea da vueltas en su interior. Lo es, ¿no? Un rebelde. Se ha pasado al *otro bando*. ¿Y por qué? ¿Porque casi muere ahí en Endor? ¿Porque ver toda esa destrucción lo afectó mucho? ¿Lo cambió? Qué motivo más curioso para abandonar tu puesto. No puede ser tan fácil. No puede ser tan *completo*. Se dice a sí mismo que es temporal. Que esta crisis de consciencia algún día se resolverá.

Levanta la cabeza y se queda mirando a Norra. Y le dice:

—No estoy con ellos, pero tampoco con vosotros. Estoy conmigo.

—No me fío de la gente que actúan pensando solo en sí mismos.

Sinjir se encoge de hombros y le ofrece una sonrisa triste.

—Entonces no deberías fiarte de mí.

Todo ha explotado como una supernova. Jom Barel lo puede ver. Hay cazas TIE disparándose entre ellos en el cielo. La ciudad se está levantando. Jom está escondido en un estrecho callejón entre dos edificios, una vieja tienda de kaffa y un bloque de viviendas de paredes maltrechas. Y desde ahí, observa lo que está pasando. La

indignación. Los gritos coreados. Rabia contra el Imperio. Rabia contra la satrapía. Un resurgimiento akivano, un renacimiento de entre las llamas de la revolución.

Hasta ahora, tenía un objetivo: llegar a una estación de comunicaciones, encontrar alguna forma de informar de su llegada. Podría piratear la señal, o bien obligar a los imperiales a hacerlo por él.

Pero… ¿y toda esta gente a su alrededor? Esta pequeña revuelta que se está produciendo ante sus propios ojos? Le dan ganas de luchar.

Vuelve a pensar en esa torreta turboláser, que ha abatido a quien fuera que estuviera dentro de ese caza TIE traicionero. Es un peligro.

Así que Jom cambia sus órdenes. Es hora de ir a por un objetivo nuevo.

Tiene que olvidarse de la estación de comunicaciones.

Su plan es acabar con la torreta. Por su propia cuenta. Lo más probable es que muera intentándolo. Pero si no estuviera dispuesto a morir por lo que cree, no se hubiera unido nunca a la Alianza Rebelde.

Temmin acaba de llegar. Se reúnen todos abajo, en el sótano de la tienda. Temmin ha desplegado los mapas de los pasadizos subterráneos de la ciudad sobre un par de cajas de armas.

—Un mapa de plastipapel —dice Sinjir—. Qué mono.

Norra lo hace callar. Y se da cuenta que ha sonado un poco duro, un poco… *de madre*. Mientras tanto, sus dudas sobre Sinjir rebotan por el interior de su cabeza como un disparo de bláster descarriado. Quiere confiar en él. Pero hay algo de él que la irrita. ¿Podría traicionarlos? ¿Lo haría? En todo caso, su reprimenda ha funcionado. Sinjir se calla y Norra empieza a hablar.

—Mirad, esta es nuestra vía de acceso al palacio. Los túneles conectan todas las zonas de la ciudad. Hace tiempo que cerraron los puntos de acceso…

—Sí —la interrumpe Temmin—, lo cual significa que también cerraron el acceso al palacio.

—Quizá no —dice ella—. Todos hemos escuchado los rumores de que los sátrapas entran y salen del palacio a escondidas. Quizá lo hagan así. Y aunque la entrada estuviera cerrada, da igual. Por eso llevamos los detonadores.

—Me gusta —dice la cazarrecompensas. Norra siente un arrebato repentino de orgullo. Parece que es difícil complacer a Jas—. Nos permite mantenernos lejos de las calles y de toda la revuelta. Lejos también de los ojos inquisidores del Imperio y de los hombres de Surat. Es un buen plan. ¿Y esa es nuestra entrada? —Jas señala a la puerta secreta que hay detrás del valacordio.

—Sí —dice Temmin—. Pero tengo que decir que a mí *no* me gusta este plan. Es una mierda. Huele peor que los gases de una moto deslizadora estropeada. Peor que los vapores flatulentos del trasero de un eopie. Peor…

—Muy evocativo —le interrumpe Sinjir—. Tendrías que haberte dedicado a la poesía.

—Solo digo que el mapa… no será completamente preciso. Tiene cientos de años.

—Pero —dice Norra—, tú ya has explorado la zona. Serás nuestro guía. Yo confío en ti, Temmin —le sonríe con calidez. Sorprendentemente para ella, Temmin le devuelve la sonrisa.

—Vale, *sí*, he explorado la zona. Y muchas veces el mapa se ha equivocado. Además, nunca fui muy lejos. Si vamos a ir hasta el palacio, tenemos que pasar por la vieja fábrica de droides.

—De ahí has sacado muchas de las piezas de droides que vendes, ¿no?

—… No exactamente. Recogía chatarra de los pozos de basura que hay debajo. Unos agujeros llenos de restos de la fábrica. Nunca fui a la fábrica en sí.

—¿Por qué no? —pregunta Jas.

Temmin duda, pero luego responde:

—Porque está encantada.

Durante un momento, todos se miran en silencio.

Sinjir no puede aguantarse y se echa a reír.

—¿Encantada? ¿Por qué? ¿Fantasmas de droides?

Norra le pega un codazo en las costillas. *Ay*.

—No lo sé —dice Temmin—. ¡No lo sé! Eso cuenta la leyenda. La leyenda de por qué sellaron la fábrica. Estaba encantada. Por eso la sellaron entera. ¿Sabes cuánta gente ha ido hasta ahí y ha desaparecido?

—Probablemente han desaparecido porque iban sin mapa —dice Norra—. Probablemente se perdieron, Temmin. O no desaparecieron y se trata tan solo de una historia. Las historias de miedo que cuentan los exploradores en la jungla no siempre son verdad. Esta es nuestra mejor opción para llegar hasta ahí. La más rápida.

Jas se vuelve a Temmin:

—¿Tienes una idea mejor? —le pregunta.

—Sí.

—¿Y cuál es?

—¡Pues no ir! Escuchad. Lo entiendo. Todos queremos hacer lo mejor para la galaxia. Pero no es nuestro trabajo. Bueno —señala a Jas—, vale, para ti es un trabajo. Pero, ¿y el resto de nosotros? Todo esto va a explotar con o sin nuestra ayuda. Y… quizá sea verdad que la Nueva República son los buenos, pero quizá no. Quizá aquí no cambie nada. Quizá sea peor. *Somos* el Borde Exterior. Somos la parte de la taza del baño que nadie quiere limpiar, ¿vale?

Sinjir silba.

—Y yo que pensaba que *yo* era cínico.

Norra se arrodilla delante de su hijo y le coge las manos. Se le rompe el corazón viendo así a su hijo. Es cínico. Eso lo entiende. Lo sabe. Y seguramente es su culpa. Y eso quiere decir que su responsabilidad es arreglarlo.

—Tem —dice—. Este es el tipo de cosas por el que tu padre y yo hemos luchado. Queremos una galaxia mejor. Para ti. Para tus hijos —aquí Temmin hace una mueca. Norra recuerda que ningún adolescente quiere hablar sobre casarse y tener una camada de cachorros—. Por favor. Confía en mí. Estamos haciendo lo correcto. Y podemos marcar la diferencia. Incluso un grupo pequeño de gente puede cambiar la galaxia. Un solo hombre puede escupir en el ojo de un gigante y cegarlo. Vamos a hacerlo. Vamos a escupirle al gigante en el ojo.

—Tu madre tiene razón —interviene Jas—. Si no actuamos ahora, lo más probable es que los imperiales de ese palacio se nos escapen de las manos. Si eso pasa, no cobraremos. Quieres cobrar, ¿no?

Temmin asiente.

—Sí.

A Norra le sabe un poco mal. Lo que motiva a Temmin no es la súplica honesta de su madre sino la oferta práctica y avariciosa de la cazarrecompensas. Pero funciona.

Acepta.

Siguen la voz de alarma y encuentran a Wedge Antilles en las estancias del servicio, en la planta inferior del palacio. Aquí ya están bajando las persianas de acero sobre las ventanas de cristal policromado. También están fortificando las puertas. En esta planta, el rugido de la multitud se puede palpar. Sigue siendo un sonido lejano y tenue, pero Rae siente como retumba en su interior el vaivén de los gritos.

Rae entra en el dormitorio compartido, seguida por un trío de soldados de asalto. Adea no está presente. Ya la han llevado a que la atiendan los médicos del palacio.

Antilles está boca abajo en un rincón de la sala. Muerto. Tiene el brazo alargado, con la mano en un gesto de garra rígida. A unos centímetros de la mano está la holopantalla que le robó a la asistente después de dispararle.

Rae se le acerca y lo ve. Su espalda sube y baja sutilmente. No está muerto. Tan solo inconsciente. El dolor y las heridas han sido demasiado para él. Muy bien. Eso significa que esta incursión empezó y terminó sin que el resto de participantes en la cumbre se enterara.

Rae les hace un gesto a los soldados de asalto para que se lleven a Antilles.

—Subid al prisionero. Esta vez, utilizad cadenas *de verdad*. Seguro que el sátrapa puede encontrar cadenas en algún rincón de este palacio arcaico —entonces chasquea los dedos—. Dadme esa holopantalla. Tengo que devolvérsela a Adea. —Que esté herida no significa que no pueda trabajar. Rae la necesita.

El soldado de asalto le entrega la holopantalla.

Y se le congela la sangre.

Ve una pantalla de comunicaciones. Ha pirateado su canal y ha conseguido un canal de comunicaciones. Y está abierto a una frecuencia rebelde.

Antilles ha enviado una llamada a la guerra.

INTERLUDIO

THEED, NABOO

El niño pelirrojo con el labio leporino está ahí con los otros niños. Niños de todas formas y edades, de todos los tamaños, de todas las razas alienígenas. La mayoría son más pequeños que él. Cuanto más pequeño es un niño, más atención recibe de los adultos que se reúnen ahí. Vienen en busca de un hijo al que adoptar, entre todos los niños llegados de varios rincones de la galaxia.

El niño pelirrojo se inclina sobre la niña con cabeza de cola que tiene al lado y le dice:

—Nunca nos iremos a casa con esta gente.

—Cállate, Iggs —dice ella—. Eres un plomazo.

Él se encoge de hombros.

—Lo sé y tú también lo sabes, Streaks. Quieren a los bebés. A los más pequeños. Somos demasiado grandes.

—No somos *tan* grandes —susurra ella—. Y además, somos héroes.

—¿Héroes? —dice él, haciendo girar los ojos—. Venga ya. Eso no lo saben. Y si se enteraran no lo verían igual.

—Somos la Brigada de los Muerdetobillos de Ciudad CoCo. Eso significa algo.

—Significa dos cosas: cero y nada. La gente ni siquiera sabe lo que hicimos. ¿Tú crees que a alguien le importa un hatajo de huérfanos que se escondían en las alcantarillas y se metían con los cabezacubos y otros imperiales? No sé si te has enterado, pero ya no estamos en Coruscant. Y aunque estuviéramos ahí… ¿qué cambiaría?

Los recogieron a todos y los trajeron aquí. Para alejarlos del peligro, o eso les dijeron. Pero Iggs y Streaks… *eran* el peligro. Ellos dos y el resto de huérfanos trabajaban para los rebeldes. Atacando desde las sombras. Escondiéndose en callejones y en contenedores de carga.

Abatieron una fragata imperial entera. Una que traía abastecimientos para el frente imperial.

—Les importa. Hicimos mucho más que eso. Pasamos mensajes. Les informamos de movimientos de tropas. Les dimos inteligencia militar, Iggs. ¿Cómo te crees que los rebeldes tomaron Ciudad CoCo? Fue gracias a nosotros.

—Eso ya lo sé —dice él, haciéndole un gesto con la mano—. Y tú lo sabes. Pero esta gente nunca lo sabrá. Ni les importará.

Streaks se pone triste.

—¿Tú crees?

De repente, Iggs se siente mal. Le aprieta el brazo y le dice:

—Siempre nos tendremos el uno al otro. Y a los demás.

Ahora se acercan la mujer de piel verde y la mujer mayor, la experta, la que ha estado hablando de esto y aquello con todos los aspirantes a padres y con los huérfanos. Iggs oye a la mujer de piel verde hablando con un par de humanos adinerados, de piel rosada y ropas elegantes.

Están hablando sobre lo importante que es que la galaxia *vuelva a la normalidad*, sobre el hecho de que muchos niños pobres han sido reasignados porque sus padres fueron a la guerra o murieron en este conflicto o aquella batalla, y es hora de volver a centrarse en las familias. Durante este rato, Iggs hace rodar los ojos y pone caras raras. Mientras Streaks está ahí, visiblemente expectante.

—Quizá vendrán y nos entrevistarán —dice Streaks—. Quizá hoy nos iremos a casa con alguien —Iggs se da cuenta del tono de esperanza en su voz. Como si quisiera decir: quizá podemos volver a tener padres.

—No vendrán a hablar con nosotros. Somos niños pobres y sucios.

—¡A lo mejor sí!

—No vendrán.

Sin embargo, se les acercan. La mujer de piel verde y la experta. Los adultos se agachan y la mujer de piel verde les pregunta:

—¿Cómo os llamáis?

Se lo dicen. El Iggs, ella Streaks.

La mujer no puede disimular que le parecen muy divertidos. Tiene una pequeña sonrisa en la cara. *Ríete*, piensa Iggs. La mujer charla un poco con los niños. Tonterías. Les pregunta su sabor de batido preferido, si esperan que la liga de gravobola vuelva a empezar este año, cosas así. Ahora se ha reunido una pequeña multitud de aspirantes a padres. Gente rica de Naboo, todos refinados y distinguidos. Iggs se siente como una mancha en un mantel bonito.

—¿Qué les pasó a tus padres? —pregunta la mujer.

Iggs se queda congelado. No quiere pensar en ello, ni siquiera decirlo. Intenta bloquear los recuerdos de sus padres, tumbados ahí de esa forma…

Streaks interviene:

—Mis padres eran rebeldes. Iban en un transporte que fue atacado pasado Tanis. Yo también soy una rebelde. Iggs y yo formábamos parte de un grupo de niños llamados la Brigada de los Muer…

Ay. No. Iggs se siente fuera de lugar. Como un trozo de chatarra dejado en una buena estantería.

Mientras todos hablan con Streaks, Iggs se agacha y se esconde bajo una carpa. Empieza a buscar la forma de salir de ahí. En su cabeza, ya está empezando a pensar en un plan. Buscar las alcantarillas. Tienen que ir a alguna parte. Volver al centro de Theed. Encontrar un espaciopuerto. Buscar transporte para volver ahí donde está la acción.

Volver a la guerra en Coruscant. A casa, a la Ciudad CoCo, donde la Brigada de los Muerdetobillos puede volver a ayudar a los rebeldes.

Ahí. Una rejilla. Eso servirá. No parece que esté atornillada. Es una rejilla dorada preciosa, como todo lo que hay en esta ciudad de museos.

Iggs vuelve reptando hasta un lateral de la carpa. Está a punto de gritarle a Streaks que es hora de irse, hora de largarse de aquí y olvidarse de esta tontería de la *adopción*. Pero ya se ha ido. Bueno. No se ha ido. Está a unos metros de ahí. Hablando con una pareja de buen aspecto. Una pareja de piel rosada, muy limpios, con buen pelo y dientes relucientes. Streaks parece feliz. Ellos parecen felices.

Iggs piensa, bien por ella, bien por ella.

Entonces, como nadie le presta atención, se va solo. Encuentra esa primera rejilla de drenaje, la abre y se adentra en la oscuridad. Es hora de irse a casa. Es hora de volver a la lucha.



CAPÍTULO VEINTINUEVE

La caja es ligera. Aunque la ha movido antes, vuelve a sorprenderle. La caja con las cerraduras de carbonita negra parece que vaya a pesar una tonelada. Y sería de esperar que un arma como esta (sea lo que sea) fuera muy pesada. Pero no lo es. Es ligera como el aire. Como un globo.

Mientras los otros avanzan por el pasadizo que lleva a las catacumbas de debajo de la ciudad, Temmin levanta la caja de un lado y Huesos del otro. El droide le ayuda no porque la caja sea pesada, sino porque es voluminosa.

La pasan por la puerta.

Temmin observa su tienda, suelta un *adiós* discreto y silencioso y cierra la puerta. Allá delante, Sinjir enciende los ilumidroides: pequeñas linternas flotantes, cada una con tres brazos que cuelgan como tentáculos. Al final de cada brazo hay unas tenazas.

La luz de los droides es moteada, grasienta. Ellos también están sucios y abollados. Pero con esta luz es suficiente.

Norra y Sinjir van delante. Temmin empieza a seguirlos, pero Jas lo coge del brazo:

—Esta caja…

—Es el arma de Surat —responde él. Intenta decirlo con autoridad, como diciendo: *Sí, esto es de Surat y yo se lo robé. ¿Qué pasa?*

—No es un arma.

—¿Qué? Sí que lo es.

—Quizá puede serlo. Pero no es un arma estrictamente hablando.

—No lo entiendo, ¿cómo sabes…? —Temmin toca una de las cerraduras de carbonita y da un respingo. Se queda boquiabierto—. ¿Qué? *¿Qué?* Me he pasado días intentando abrir estas cerraduras. ¡Días!

—Las he forzado.

—Las… las has forzado. ¿Tienes dedos mágicos? ¿Eres una especie de hechicera?

—Tengo habilidades. Y las usé mientras estaba aquí reparando mi arma, cuando tu madre se fue a conseguir uno de esos cazas TIE —señala la caja con un gesto—. Venga. Ábrela.

Lo hace. Como un niño en el día de su onomástica, abre el regalo con avaricia. Cuando se levanta la tapa, sale un resplandor azul. Tiene que apartar la mirada de lo brillante que es. Entonces lo ve. Es una caja de cubos de datos.

—¿Cubos de datos? —pregunta—. ¿Eso es todo? ¡Esto no es ninguna arma!

—No lo es. Es algo mucho mejor: *información*.

—¿Surat protegía información?

—No sé sobre qué es. Pero si salimos de esta, te ayudaré a descubrir de qué información se trata. Y entonces la podemos vender juntos.

Ah. Ahí está su motivación. Temmin sabía que tenía que tener una. Hace chasquear la lengua.

—Y supongo que querrás una parte. Por tu benevolencia, tu sabiduría y tus conexiones con el mercado que pueda comprar esta…

—Sesenta-cuarenta.

—Ey, ey… eso no es justo…

—El sesenta será para ti.

Ah. Temmin duda. Allá delante, la luz va mermando a medida que los otros se alejan, seguidos por los ilumidroides. Su madre les llama:

—¿Venís?

—Trato hecho —le dice a Jas, dándole la mano.

—Trato hecho.

—¡Ya venimos! —grita. Y para sus adentros, dice—. Qué impaciencia.

Sinjir está acostumbrado a los espacios reducidos. El Imperio no era famoso precisamente por su arquitectura *espaciosa*. Más bien se inclinaba por un pragmatismo austero (ese término, *pragmatismo austero*, a veces denominado *austeridad pragmática*, aparecía en todos los folletos y tratados de propaganda del Imperio). Por lo tanto, los pasadizos siempre eran bajos y estrechos. Los soldados de asalto tenían que encajar en la misma gama de altura y peso precisamente por eso. No bromeaba cuando dijo que era demasiado alto para ser soldado de asalto.

Las catacumbas en sí no le dan claustrofobia. No estrictamente hablando. No, la ansiedad que siente en el pecho proviene de otra cosa: la forma en la que están

serpenteando. No basta con que el laberinto los obligue a ir a derecha, izquierda o recto. Encima, hay pasajes que suben, otros que bajan y otros van en espiral. Un pasadizo está seco como el polvo y huele a hueso pulverizado. El siguiente es húmedo, con un olor penetrante de hongos. Atraviesan charcos, piedras desmigajadas, escombros. A veces los ilumidroides enfocan una pared y se ven marcas de manos mugrientas en la roca. O algún escrito en una lengua muy distinta al básico. Algún tipo de insulto o blasfemia. O quizás una amenaza.

De vez en cuando, del laberinto también le llegan sonidos. Arañazos. Rasguños. Silbidos. En un momento ha visto un par de ojos verdes que lo observaban desde la oscuridad, como cristales brillantes. Cuando la luz ha llegado hasta los ojos, Sinjir ha comprobado que no era más que un fengla, una alimaña pálida y sin pelo. Con unas patas traseras muy altas y unos dientes incisivos torcidos. Ha escupido y ha siseado, y luego se ha escondido con un repiqueteo de garras.

Caminan durante bastante rato. Se detienen de vez en cuando para consultar el mapa. Entonces siguen hacia delante. Hay momentos en los que les caen gotas de agua. Temmin les asegura que es agua de lluvia acumulada en un rincón, y no las excreciones corporales de un ithoriano que va al baño por encima de sus cabezas. Cruzan un puente largo y estrecho. No es hasta llegar a la mitad del puente que Sinjir se da cuenta que el puente hace juego con el droide de combate. El puente está hecho básicamente de huesos. Huesos más grandes, no humanos. Unidos por cables oxidados. Es un puente colgante sobre un abismo, y Sinjir recuerda el espacio vacío sobre el que estuvo colgado en las mazmorras de Surat Nuat. Esa mazmorra tiene que conectar con el laberinto subterráneo de la ciudad.

Pronto empiezan a ver restos de droides. Y marcas de bláster en las paredes. Sinjir está seguro que ve marcas de sables de luz. Aquí se produjo una vieja batalla durante las Guerras Clon. Cuando los Jedi eran abundantes y no estaban en vías de extinción.

—Estamos llegando a los pozos de chatarra —dice Temmin.

«Eso dice el mapa», piensa Sinjir.

Y entonces observa a Temmin. Hasta ahora no lo había observado de verdad. El chico estaba bastante bien, aunque un poco alterado con todo esto. Puede hacer ver que no le afecta nada. Pero ha estado a punto de morir a manos de un gángster sullustano y de perder a su madre. Es normal que esté un poco descentrado.

Pero hay algo más.

Es la forma que tiene de mirar a su alrededor. Está inquieto. Está nervioso. Como si estuviera ocultando algo. *Temmin tiene un secreto*.

Sinjir se queda un poco atrás, y le hace un gesto a Jas para que se acerque.

—¿Qué pasa? —pregunta Jas en voz baja.

—Tenemos que hablar.

—Mmh —dice ella, asintiendo como si esto fuera inevitable—. Sabía que iba a llegar este momento. Y sí, lo admito.

—¿Qué es lo que admites exactamente?

—Resultas satisfactorio.

—No… no te sigo. ¿Satisfactorio? No sé qué quieres decir con eso. Lo que sí que sé es que suena muy… tímido. Tomarte un vaso de leche proteica cuando tienes mucha hambre, eso es *satisfactorio*. A la vez que desagradable.

Jas le lanza una mirada de frustración.

—Quiero decir que te encuentro competente. Que me interesas. O sea, que sí. Cuando todo esto haya terminado, podemos acostarnos.

—Acostarnos. ¿Quieres decir…? —de repente, se pone rojo. Algo sorprendente y sospechoso—. ¿Tú y yo? ¿Juntos?

—Eso es exactamente lo que quiero decir.

—Oh —dice Sinjir, y se echa a reír.

—Si vas a reírte de mí —dice ella, repentinamente ofendida—. Puedes coger mi invitación y metértela por el puerto de escape.

—No, quiero decir… que no me… no me decís nada.

—¿Quién? —su ceño se acentúa y enseña los dientes—. ¿Los alienígenas?

—Las *mujeres*.

—Oh. Oh.

—Sí, oh.

—Oh.

Pasan unos momentos. La incomodidad entre ellos es evidente. Como una nube de moscas que no puedes ignorar por mucho que lo intentes. Al final, ella suelta:

—Está claro que querías hablarme de otra cosa, ¿no?

—Ah. Sí. El chico. Temmin.

—Está claro que es demasiado joven para ti.

—¿Quieres parar? Eso no es lo que quiero decir. Escucha. Nos está mintiendo.

—Todo el mundo miente constantemente, Sinjir. Entiendo que tu antigua posición dentro del Imperio te hace *excesivamente* paranoico, pero…

—El mapa —dice finalmente Sinjir—. Se trata del mapa.

—¿Qué pasa con el mapa?

—Temmin nos ha dicho que el mapa había cambiado. Que estaba mal.

Sinjir ve cómo le cambia la cara cuando lo entiende. Le cae encima como un insecto que le aterrizara en la nariz.

—Pero hasta ahora no se ha equivocado —dice ella—. Todo está bien.

—Exacto.

—Está escondiendo algo —frunce el ceño—. Algo de aquí abajo que no quiere que veamos, quizá.

—Una reserva oculta, quizá. Su tesoro.

—Podría ser. Mantén los ojos abiertos.

—Tú también.

Los pozos de basura: unos cráteres enormes excavados en las catacumbas. Los bloques de piedra dan paso a roca natural, que se abre a unas estancias anchas y profundas que albergan montañas y montañas de chatarra. Principalmente partes de droides. La mayoría irreconocibles o inutilizables. Las mejores piezas seguramente ya se las han llevado.

«Se las ha llevado mi hijo», piensa Norra.

Norra se detiene en la entrada, mirando a su alrededor. Chuta una piedra hacia delante. *Rebota* contra lo que parece un brazo de droide de protocolo medio fundido. Repiquetean varias piezas y partes, deslizándose hacia abajo en una avalancha momentánea de chatarra. Resuena el eco. Temmin se pone a su lado silenciosamente.

—Se acabó el subterfugio —le dice.

—Estamos solos aquí abajo.

—Ya te gustaría a ti.

—¿Dónde están los otros dos? —dice Norra, haciendo girar los ojos. El Señor Huesos está tres metros más atrás. Lleva la caja de detonadores y canturrea. Pero los otros dos no están ahí.

—Están un poco más atrás. Hablando. He visto la luz de su droide.

—Mmh —Norra frunce el ceño—. Temmin, ¿te fías de Sinjir?

—No sé. ¿Por qué?

—Es un imperial. Su trabajo era hacerle daño a la gente.

—¿Tú confías en la cazarrecompensas pero no en el imperial?

Norra se encoge de hombros.

—Un cazarrecompensas sigue un código determinado. Quiere cobrar, y terminar la misión le sirve para cobrar. Confío en ella al menos en eso.

—Pero en Sinjir no confías tanto.

—No lo sé. Quiero confiar en él.

—Gracias a él, estamos aquí.

—Eso es cierto.

—Todavía no nos ha jodido.

—Esa lengua —le reprende Norra.

—Lo siento.

—Tienes razón. Pero podríamos ir de cabeza a una trampa.

Temmin se tensa y mira hacia otro lado. Norra ve que le ha dicho algo que le preocupa.

—Ellos no son familia —dice Temmin—. Nosotros sí.

—Claro. Pero estoy segura que no pasará nada. Todo irá bien.

—Sí —dice Temmin empujando la lengua contra la mejilla, y jugando con una piedra con el pie—. Mamá, lo siento.

—¿Por qué?

Temmin titubea un poco.

—Por… por haberme portado como un sleemo contigo. No estuvo bien. Yo… —las fosas nasales le aletean mientras toma una respiración profunda—. Te he echado de

menos. Y echo de menos a papá. Me enfadé mucho cuando te fuiste y me enfadé todavía más pensando que quizá habías muerto y… yo no tengo lo que tú tienes. No tengo… el valor, no tengo ese fuego en el corazón que tú tienes por la Nueva República. Yo solo…

Norra lo rodea con el brazo.

—Está bien. Eres un niño, Tem. Ya tienes bastante de lo que preocuparte. No te preocupes por esto. Te quiero.

—Yo también te quiero.

A Norra se le agita el corazón. Ya sabe que él la quiere. Pero que se lo diga… eso supone una gran diferencia.

Jas los llama desde atrás:

—¿Nos paramos?

Norra responde:

—No. Solo estábamos esperando a que nos alcanzarais.

Siguen adelante.

«Ha llegado el momento de husmear», piensa Sinjir.

Pasan de largo los pozos de basura, en dirección a lo que según el mapa es la vieja fábrica de droides. O al menos la entrada. Temmin dice que tendrán que pasar justo por delante, aunque por suerte no tendrán que entrar.

Pasan por delante de una pared de hongos brillantes. Bajo sus pies, las piedras parecen sueltas y resbaladizas, cubiertas de musgo esponjoso. Sinjir aprieta el paso para alcanzar a Temmin y a su droide de combate B1, Huesos.

—Ese droide tuyo —dice Sinjir—. Es impresionante.

Temmin lo mira y levanta la ceja con aire de sospecha.

—Sí. Lo sé.

—¿Lo encontraste aquí abajo?

—Ajá. En uno de los pozos.

El droide de combate camina tranquilo a su lado, mientras entona una canción suave (bueno, no tan suave):

—DU DI DU DU BA BA BA DU DU.

—Evidentemente no es un modelo estándar —dice Sinjir—. Le has hecho algunas modificaciones.

—Gracias, Darth Obvio. ¿O es Emperador Palpable? ¿Ahora me contarás por cuál de los lados de un bláster sale el rayo? ¿O me explicarás por qué no debería apuntarme a un campeonato de pulsos contra un wookiee?

—No te pases de listo conmigo, niño, ni lo intentes. Lo que quiero saber es… ¿cómo lo hiciste exactamente para programar al droide para que fuera tan… *eso?*—y señala al droide, que ha parado de cantar el tiempo suficiente para lanzar una patada al aire.

Temmin suspira. Como si este interrogatorio le aburriera, pero se viera obligado a continuar.

—El Señor Huesos está equipado con un cóctel de programas de alto octanaje. Programas heurísticos de droide de combate, vídeos de artes marciales, movimientos de un general cíborg de las Guerras Clon y, además, las maniobras corporales mapeadas de una tropa de bailarinas la-ley de Ryloth.

Bailarinas. De hecho, eso explica algunas cosas. Algún movimiento elegante que hace el droide, además de todo ese canturreo.

—Muy astuto —dice Sinjir.

—Así soy yo.

—¿Qué más hay aquí abajo?

—No sé. Se aceptan sugerencias.

Esa respuesta parece verdad. No parece que Temmin esté mintiendo, pero como acaba de decir Sinjir, el chico *es* astuto.

—¿Hay algo aquí abajo que no quieres que veamos, Temmin?

—¿Qué? ¿Me estás acusando de algo?

—Solo quiero que sepas que no vamos a… saquear tu tesoro.

—No tengo ningún tesoro aquí para *saquear*.

—Pensaba —dice Sinjir con un resuello— que quizá no querías que llegáramos al tesoro de la fábrica de droides antes que tú. Pero eso significa que hay algo más.

—¿*Qué* más?

—Estás ocultando algo, Temmin. Lo noto.

¡Ahí! Ahí está. La expresión de Temmin cambia ligeramente. Hay un titileo en su expresión, como una interferencia en un holograma. Es una señal de que Sinjir tiene razón. El chico *está* ocultando algo.

—Yo… no…

Ahí delante se oye la voz de Jas:

—La fábrica —dice, señalando a un lado.

—Continuará —le dice Sinjir a Temmin.

Entonces corren para alcanzar a los demás, con el pequeño ilumidroide flotando un metro por detrás.

Aquí, el pasadizo se ensancha. La entrada de la fábrica de droides es una apertura ancha enmarcada con arcos de metal. También hay dos casetas y un viejo cartel corroído que dice: ¡HAY QUE APOYAR A LA CONFEDERACIÓN DE SISTEMAS INDEPENDIENTES! Otro cartel dice: ¡COMPRE UN DROIDE DE LA ALIANZA SEPARATISTA! Un tercer cartel, que está medio descolgado porque se ha soltado uno de los tornillos, dice: TODOS JUNTOS CONTRA LA OPRESIÓN DE LA REPÚBLICA. En este cartel, algunas de las letras están tan oxidadas que ya no se ven.

Norra dice:

—Esto es de los días en los que los separatistas trajeron la guerra al Borde Exterior, en los últimos años de las Guerras Clon.

—¿Cómo sacaban los droides? —pregunta Jas—. No los hacían marchar por estas… alcantarillas.

Temmin se mueve un poco, nervioso. Sinjir lo observa.

—Antes había una plataforma telescópica —dice Temmin—. Subían a los droides terminados, y las naves los recogían. Todo está destruido, sellado. Antes pensaba que podrías bajar hasta aquí desde ahí arriba, pero está todo en ruinas —se rasca la cabeza—. ¿Podemos irnos? Este lugar me da escalofríos.

Una pequeña técnica para *arrancar* la verdad es hacer que el sujeto… de hecho, Sinjir ha pensado en la palabra *víctima*, pero intenta descartar ese tipo de pensamiento, relegarlo al agujero oscuro de donde proviene. Hacer que el sujeto se sienta incómodo.

Desequilibrarlo. Si lo logras, cometerá errores. Dirá cosas que no quiere decir. Y ahora mismo, ese es precisamente el plan de Sinjir.

Coge una piedra del suelo.

—No está encantado —dice—. Mira.

Sinjir lanza la piedra contra la puerta. *Rebota* en una de las casetas, provocando una lluvia de óxido, y cae al suelo.

—¡No! —le advierte Temmin.

—No hay nada de lo que preocuparse, la fábrica no está…

Dentro, en las profundidades de la fábrica, algo aúlla. Un sonido mecanizado. No es un sonido humano. Pero tampoco es algo completamente robótico.

—Las puertas —dice Jas—. Este lugar debería estar completamente sellado.

—Pero no lo está —dice Norra—. Todo está abierto.

Otro aullido. Y, a continuación, un tercero. Más cercano.

—TENGO UN MAL PRESENTIMIENTO SOBRE ESTO —dice el Señor Huesos.

—Tenemos que irnos —dice Temmin.

Desde dentro de la vieja fábrica se oye un tumulto repentino. Metal sobre metal. Como pisadas. Pisadas que se les acercan. Cada vez más rápido.

—¡Corred! —grita Sinjir.



CAPÍTULO TREINTA

Sus orificios nasales rojos aletean. El aire entra y sale. Ackbar echa de menos el agua. Tiene un pequeño tanque aquí. Un tanque curativo de bacta relleno con un agua que tiene la salinidad y el equilibrio de pH de su planeta natal, Mon Calamari. A veces se introduce en el tanque y simplemente… flota. Pero tiene poco tiempo para momentos así.

Quizá un día. Pero no hoy.

El mensaje del Capitán Antilles se reproduce una y otra vez en su mente. Llegó a través de un canal imperial, concretamente. Ackbar no era el destinatario, pero lo vio poco después. Wedge tenía muy mal aspecto, estaba herido. El mensaje era breve, y entonces se desmoronaba y se detenía la comunicación. Demasiado breve. *Encuentro imperial de alto nivel. Bloqueo en… Akiva. Palacio de Myrra. Ahora es el…*

Y así terminaba.

Se lo dice a los demás: a Agate, a Madine, a Mon Mothma, al Alférez Deltura. Que Antilles tenía razón. Ackbar se aventura a terminar el mensaje del capitán:

—Ahora es el momento. Preparen una pequeña flota, pero tengan otras naves en reserva, completamente cargadas de combustible. Agate, quiero que lidere la carga. Debe estar preparada para todo. Si esto es el Imperio, puede estar segura que no pondrán las cosas fáciles. Y les gusta mucho engañarnos para que hagamos lo que ellos quieren.

Es como invertir una pirámide y llevarla en la espalda. Todo ese peso. La punta entre los omóplatos. Una pirámide construida con losas de culpa. Una carga terrible, incómoda.

Sloane la siente ahora mismo.

Los demás actúan motivados por el pánico, la rabia, la oportunidad. Pandion, que intenta reducirla a partículas. Shale, la pesimista que piensa que deben rendirse ahora o morir pronto. Tashu, interrumpiéndola cada dos por tres con alguna parábola o algún detalle sobre la sabiduría del lado oscuro, que si ojalá siguieran sus enseñanzas, que si Palpatine dijo esto, que si los viejos textos de los Sith decían aquello. Crassus quiere salir a golpe de créditos. Defiende que el Imperio puede liberarse de la persecución de la Nueva República a base de sobornos.

«Mucha suerte con eso», piensa Rae.

El sátrapa, al menos, permanece tranquilo. Está sentado en una esquina, mirándose las manos. El futuro está escrito para él. Sabe que el Imperio lo abandonará. Se quedará con una ciudad que quiere su cabeza en una horquilla para pasearla por las calles y que todo el mundo la vea.

En el otro rincón del comedor (todavía no han llegado a la sala de reuniones que hay cerca de sus aposentos en este día tan turbulento y agitado) está Adea, con la pierna envuelta en la capa de espuma rígida que le ha colocado el droide médico. Cuando la asistente se le acerca cojeando, Rae piensa:

«Tengo que mantenerla cerca. Ha demostrado más coraje que la mayoría de todos estos, que se hacen llamar imperiales».

—¿El yate? —le pregunta Rae, ignorando los gritos venenosos que llenan la sala.

—Ha tenido que parar a repostar en un sistema estelar de aquí. Ahora ya está en el hiperespacio. Aterrizará muy pronto. Como mucho en una hora.

—Eso es más de lo previsto —dice Rae, tensa—. No sé si puedo mantener a raya estos animales hasta entonces —*Si no me arrancan la cabeza*—. ¿Es posible que Crassus esté haciendo algo para demorar su llegada?

—Es posible, pero no entiendo por qué iba a hacerlo. Tiene ganas de irse. La verdad es que esas naves tan horribles —aquí Adea hace una mueca de dolor y cambia el peso a la otra pierna— tragan combustible como las bebidas gratuitas de la cafetería de la Estrella de la Muerte —al oír esto, Rae siente un pinchazo de nostalgia. Pasó muchas noches ahí, bebiendo con sus camaradas.

Rae vuelve a la sala. Alza la voz por encima de todos los demás.

—Shale. ¿Cuánto tiempo calcula que tenemos hasta que llegue una flota rebelde?

La mujer arruga la cara y frunce el ceño.

—Es difícil de decir, Almirante. Enviarán algo, probablemente pronto. Sospecho que será una flota razonablemente grande. Pueden llegar en cuestión de una hora si están en plan agresivo. Tres horas si van con precaución.

Eso no nos deja casi nada de margen.

—Nuestros destructores estelares. Es hora de hacerlos venir. Se acabó la treta.

—Almirante —protesta Shale—, si los hacemos venir, no tenemos ninguna garantía de que esos tres destructores sobrevivan a la batalla…

—Admiro la precaución, pero la cobardía no. Aunque nuestro regimiento de cazas TIE ha quedado un poco reducido, nuestros destructores son más que capaces de acabar con una flota rebelde. Especialmente si estamos preparados para el combate. No quiero empezar nuestra huida al espacio en el yate y que justo entonces salga del hiperespacio toda esa escoria rebelde —se dirige a Adea—. Póngase en contacto con los destructores. Que vengan. Ahora mismo.

—Sí, Almirante —dice Adea, acercándosele—. Además, tiene una llamada.

Sloane articula la pregunta: *¿Quién?*

Adea inclina la pantalla hacia la almirante para que el resto de la sala no pueda verlo.

Rae ve una cara que reconoce, aunque no los han presentado nunca.

El gángster sullustano, Surat Nuat.

Pero… ¿por qué?



CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Ahora mismo, el tiempo se reduce a lo que hay entre una pulsación del gatillo y la siguiente. Jas se arrodilla y se encara a la horda mientras los otros huyen. El largo rifle en su mano. El ojo en la mira. Apuntando ahí abajo, hacia la entrada, por donde salen en masa.

Un destello de metal corroído. Émbolos en las piernas. Petos abollados. Extremidades larguiruchas con muchas articulaciones. *Droides*, piensa. Droides locos, lunáticos. Cada uno es distinto del anterior. Ojos brillantes. Aullidos mecanizados.

Salen corriendo por el pasadizo. A unos treinta metros de distancia. Avanzan como fieras, como los lobojabalíes de espalda peluda que hay en Endor. A cuatro patas. Por las paredes. Reptando como arañas por ese techo tan inestable.

Bum. Bum. Bum.

El lanzaproyectiles dispara sin parar.

Caen, uno a uno. Al primero lo deja sin piernas, se derrumba y se parte el cuello al caer. Saltan chispas cuando agujerea el cráneo metálico del segundo, que tropieza contra otro del enjambre. Chillan, aúllan. Vuelve a disparar y a uno le abre la tapa del cráneo, que sale volando y rebota contra la pared con un eco muy fuerte…

Entonces lo ve.

No son droides. Son algo *distinto*. Criaturas. Cosas de ojos negros, sin nariz. La boca abierta deja entrever una hilera de dientes salvajes que parecen agujas. El que ha perdido la tapa del cráneo se agacha a un lado, la recoge, se la recoloca y se une al resto.

Veinticinco metros.

Bum.

Veinte. Dieciocho.

Se acercan. Se acercan.

«Hay demasiados», piensa. Una docena aquí y más que salen de la fábrica. Una tribu entera de estas cosas. Un enjambre. Pero tiene munición. Puede hacerlo. Pero entonces, oye la voz de su tía Sugi susurrándole en el oído:

Tienes que saber cuándo salir corriendo, niña.

Unas semanas después de que su tía se lo dijera, Jas siguió el consejo. Quizá fuera lo que quería decir Sugi, quizá no. Huyó de su planeta natal. Un lugar terrible. Un lugar *extraño*, Iridonia. Brutal y despiadado.

Quince metros.

Sus dos corazones laten en sincronía, muy rápido, más rápido de lo que ella tarda en apretar el gatillo.

Doce metros.

Bum.

Chillan, repiquetean, se agrupan.

Una mano en su hombro. Una voz, lejana y casi inaudible bajo el repiqueteo frenético que le invade los oídos. Es el chico.

— *Tenemos que irnos* —dice—. *Hay demasiados*.

—¡Puedo hacerlo! —grita ella.

Pero no puede. Sabe que no puede.

Tienes que saber cuándo salir corriendo, niña.

Ahora es el momento de salir corriendo.

Temmin se da cuenta de que todas esas historias eran verdad. Hasta un cierto punto. Lo que salía de esa vieja fábrica de droides no eran fantasmas. El lugar no estaba encantado por fantasmas o por espectros de la Fuerza.

Tampoco está encantada por espíritus de viejos droides.

Son los uugteenos.

Cuando vuelve a buscar a Jas, ve uno. Lo que pensaban que eran droides son en realidad uugteenos que llevan puestas piezas de droide como armadura. Estos seres pálidos y feroces, de aspecto humano a la vez que monstruoso, suelen vivir en las junglas y los cañones. A veces, también viven en cuevas. Las catacumbas de debajo de Myrra no son simples cuevas. Ahora lo entiende.

Es un extenso *complejo* cavernoso. Quizá conecte con otras partes. Con el Cañón de Akar, o incluso hasta la costa, en el sur. Esta manada vive aquí desde hace mucho tiempo, ¿no? Ahora no importa. Porque él y sus amigos están en peligro. Perseguidos. Y los monstruos están ganando terreno.

De repente, Jas se da la vuelta. Dispara contra una viga de piedra medio caída que se alza sobre el pasadizo. Con el disparo, cruje. Empieza a agrietarse. Un segundo disparo, y las grietas se extienden. Pero casi tienen la manada encima. Berreando y gritando como hombres en llamas. De nuevo, Temmin intenta llevársela…

Pero dispara una última vez. La viga se desmorona. Empieza a caer agua, que aplasta a la primera línea de monstruos.

Los ralentiza.

Durante un momento.

Siguen corriendo, doblan una esquina. El pasadizo empieza a subir. Temmin sabe que pronto estarán por debajo del distrito real. Media hora más y estarán en el palacio del sátrapa. Debajo del palacio.

El Señor Huesos se detiene. Deja en el suelo la caja de detonadores.

Su brazo de droide astromecánico empieza a girar, difuminándose en el aire. Su otro brazo se abre y sale la vibrohoja. Huesos hace un sonido como el de los uugteenos: aullidos amenazantes, gritos, descargas guturales de distorsión mecánica.

Temmin le grita, le dice que ahora no es el momento.

Pero Huesos está programado para proteger a Temmin. Ese es el programa que domina sobre todos los demás. Fiero, leal, psicótico.

Los uugteenos pasan a toda velocidad por encima de la viga rota.

Temmin oye que su madre le está llamando. Intenta decirle a Huesos que se mueva, incluso tira del brazo del droide. Pero no se mueve.

Entonces mira hacia abajo. Cerca de los pies del droide. La caja de detonadores.

La caja de detonadores.

—¡Tengo un plan! —le grita a Huesos—. ¡Vamos, vamos!

Saca uno de los detonadores de la caja. Solo uno. Lo abre, hace girar la esfera hasta el tiempo más corto y vuelve a dejarlo en la caja. Entonces grita:

—¡Corred! ¡Corred todos!

Temmin sale disparado hacia delante. Fuerza las piernas. Todo su cuerpo está en tensión. Corre, haciéndole señas a todo el mundo para que corra. Huesos corre a su lado, aplastando los ladrillos con sus pies de droide. El droide de combate grita:

—TODO HARÁ BUM.

Seis segundos. Las uugteenos se acercan.

Cinco segundos. Norra le hace gestos a su hijo y a los demás para que corran.

Cuatro segundos. Los monstruos vestidos de droide llegan a la caja.

Tres segundos. Jas se da la vuelta, dispara con el rifle por encima del hombro de Temmin.

Dos segundos. Huesos se ríe a carcajadas.

Un segundo. Temmin hace una mueca y se tira al suelo cuando…

Levanta la cara del suelo. La cabeza le palpita como el motor de una moto deslizadora en ralentí. Temmin se levanta ayudándose con las palmas de las manos. Del pelo le cae polvo y trozos de roca. Se encoge justo a tiempo para que Jas le salte por encima y le pegue un golpe de culata en la cara a uno de los uugteenos. Lleva una cara de droide de protocolo pintada con algo que parece sangre. La máscara está partida por la mitad, y por la brecha dentada se ve una especie de boca horripilante. El cuerpo se desploma describiendo una espiral. Huesos lo aplasta una y otra vez.

«No ha funcionado», piensa Temmin. «El plan no ha funcionado». Pero entonces se apoya en la pared y se pone en pie. Jas le ofrece una mano y él se la coge. Hay dos uugteenos en el suelo. Aquí el suelo es tortuoso, con alguna que otra baldosa. Todo hecho añicos.

El túnel está sellado.

—Solo han pasado estos —dice Jas, señalando a los dos monstruos. De cerca, Temmin puede ver la piel pálida que tienen bajo la armadura, entre las articulaciones. Es como la carne de un cangrejo krill cuando le das la vuelta para comértelo—. ¿Estás bien?

Temmin asiente, aturdido.

—Ha sido una buena idea —dice Jas, y entonces se aparta de en medio cuando Norra se lanza hacia Temmin, abrazándolo.

—Sí, ha sido una buena idea —dice Norra. Lo besa en la frente. Él piensa, *con lo sucio que estoy*. Eso es lo que hace una madre.

—Gracias —dice él, mientras todavía le retumba en los oídos un tono muy agudo, que le va de un lado al otro repiqueteando como la lluvia sobre un viejo barril de combustible.

Sinjir se les acerca, quitándose el polvo de su uniforme de oficial.

—No empecemos a descorchar la botella de vino *todavía*. Me gustaría recordaros que el chico acaba de detonar nuestra forma de entrar en el palacio del sátrapa.

«Sí», piensa Temmin. «Ahora tendremos que dar la vuelta. Y todo volverá a ir bien».

—No podemos volver hacia atrás —dice Jas.

—Supongo que se acabó —dice Temmin, encogiéndose de hombros. Intenta que no se le note que está ilusionado—. Todo esto… todo esto pasará. Encontraremos una forma de volver a la superficie y…

Sinjir levanta la cabeza.

—¿Volver a la superficie? ¿Puedes encontrar una salida cerca de aquí?

—¡Claro que sí, joder! —exclama Temmin.

—Esa lengua —le dice su madre.

—Perdón. Pero sí, a ver, un momento… —desenrolla el mapa, con el corazón latiéndole a un kilómetro por minuto dentro del pecho. *Estamos fuera de peligro*. Sus reservas sobre todo esto ya no importan—. Aquí. Muy cerca. Cinco minutos y estamos ahí. Esto debería llevarnos directamente al viejo edificio del Clan Bancario.

—No *llevarnos*—dice Sinjir—. *Llevarme*.

Recibe varias miradas de perplejidad.

—Voy vestido para la ocasión —dice, señalando a su uniforme de oficial con un gesto de la mano—. Subiré y saldré. Me pondré en contacto con los imperiales del palacio. Debería poder encontrar la frecuencia, porque claro, era un imperial con autorización de alto nivel. Y entonces haré que *ellos* nos abran la puerta.

Jas frunce el ceño.

—¿Y cómo vas a hacer eso?

—Esa es la parte más brillante. Les diré que los túneles son la forma más segura de salir del palacio.

INTERLUDIO

TATOOINE

Los jawas apestan.

Eso es algo que Adwin Charu no se esperaba. En este planeta casi todo huele a arena caliente, como el interior del horno de barro de su madre antes de poner la masa dentro. Como si todo se estuviera horneando. Pero tan pronto como entró en este reptador de las arenas, el olor lo golpeó como un puño. Un olor almizcleño, de animal. Y de repente se está planteando si un jawa no será una fraternidad de ratas húmedas apiladas debajo de una túnica marrón y un velo facial negro.

Se dirigen a él, parloteando y siseando. Y él les repite lo mismo que lleva media hora diciéndoles:

—No quiero *nada* de esto. *Esto* —extiende los brazos haciendo un gesto amplio, indicando las montañas de chatarra mal iluminadas que le rodean—. No tiene ningún *valor*. Ni para mí ni para mis amigos. Necesito ver la mercancía de verdad —pronuncia las palabras como si le estuviera hablando a alguien duro de oído. Como si sirviera de algo. Estos monstruitos malolientes y tozudos no parecen oírle, o entenderle.

O quizá les da igual. Pero ha oído los rumores: a los palurdos les venden basura, pero dentro de un reptador de las arenas hay una colección de categoría.

Mercadería buena para los que saben.

Adwin tiene una misión. Y es no volver a su jefe cargado de basura inservible.

Los jawas van murmurando y haciendo ruiditos.

—Necesito droides, armas, herramientas de minería. Sé que estos reptadores de las arenas son viejos vehículos mineros. Los robasteis. Lo mínimo que podríais hacer es…

Desde atrás, alguien se aclara la garganta.

Adwin vuelve la cabeza y ve a un hombre de pie. Un tipo anguloso. Piel curtida. Ojos pequeños. Sonrisa divertida.

—¿Qué hay? —dice el hombre.

—Ey —responde Adwin—. Muy bien. Ahora si me permites —añade, muy irritado—, espero acabar pronto. Siempre y cuando estas *cosas* me ayuden.

—No eres de por aquí, ¿no? —dice el hombre, sin dejar de sonreír como si supiera algo. Entra en el reptador, rodeado de la luz del desierto, y se sacude el polvo de su chaqueta larga—. No vives por aquí.

—No. ¿Cómo lo sabes?

El hombre ríe entre dientes: una risa que parece más bien un gruñido.

—Vas demasiado limpio, para empezar. Si pasas un tiempo por aquí, acabas teniendo polvo debajo de las uñas y entre los pelos de la nariz. Arena en las botas. Además, hay que saber tratar a los jawas. Estos pequeños carroñeros se basan en el entendimiento. Compras algo ahora, algo pequeño, entonces vuelves otro día y compras algo más grande. Y al final, tras una docena de visitas, empiezas a ver lo que ofrecen de verdad. La mercancía de verdad.

Adwin frunce el ceño. No tiene paciencia para esto.

—No dispongo de tanto tiempo. Mi jefe no me lo permitiría —suspira. Entonces esto no tiene sentido alguno—. Supongo que me buscaré la vida en… ¿cómo se llama ese pueblo? ¿El que tenemos detrás?

—Mos Pelgo —dice el hombre.

—Sí. Bueno. Ahí o en Espa, supongo —Adwin suspira. Se dispone a irse, pero el hombre extiende la palma de la mano. No toca a Adwin, pero bloquea su salida.

—Un momento, un momento, amigo. Resulta que yo sí que tengo un entendimiento con estos hombrecitos. Y tú lo necesitas. Estaré encantado de hacer de mediador.

Los ojos de Adwin se estrechan.

—¿Lo harías?

—Claro.

—¿Y por qué ibas a hacer eso? —dice, entrecerrando los ojos todavía más, con expresión de desconfianza e incerteza—. ¿Cuál es el precio?

El hombre vuelve a reír.

—Nada, nada de precio. Solo por hospitalidad.

Es un planeta remoto lleno de paletos cultivadores de humedad. Vale. Adwin se puede beneficiar de ello. Se siente cómodo explotando la ingenuidad de los demás.

—Sí. Sí. Eso sería excelente. Gracias. Ah… ¿cómo te llamas?

—Cobb Vanth.

—Señor Vanth…

—Cobb, por favor.

—Ah. Cobb. ¿Vamos, pues?

El hombre avanza, rascándose una barba incipiente. Empieza a hablar con los jawas. Ellos le parlotean con su lengua de rata y él responde:

—Ya. No, lo sé, pero vengo con créditos y él también —Cobb se vuelve hacia Adwin y le guiña un ojo. Los jawas susurran y murmuran—. Vale, muy bien. Vamos —le dice Cobb a Adwin. Siguen a un par de estos hombrecillos encapuchados hasta otra puerta trasera, junto a un droide de energía invertido. La puerta se abre, y se vuelve a cerrar a sus espaldas. Se encienden las luces. Mucha más luz que en la otra sala. Y está claro: esta es la mercancía.

Un droide de protocolo. Un par de droides astromecánicos. Un estante con armas; de factura imperial, a juzgar por su aspecto. En la pared del fondo, una serie de paneles de lo que parece una barcaza velera hutt, además de varios otros artefactos de los hutt. Algunos están chamuscados, otros maltrechos. Todo en muy mal estado.

—Perfecto, perfecto, *perfecto* —dice Adwin, aplaudiendo. Inmediatamente se acerca a una estantería y empieza a examinar arcones, cajas, compartimentos de cables. Cobb también cotillea un poco, aunque Adwin lo pierde de vista hasta que Cobb dice:

—Has venido con esa empresa minera.

Adwin se da la vuelta.

—¿Mmh? Ah. Sí.

—La Compañía de la Llave Roja, ¿no?

—Esa misma. ¿Cómo lo has sabido?

—Se me da bien deducir cosas. Sé que las cosas están cambiando. No solo en toda la galaxia, también aquí, en este planeta. Los hutt todavía no han decidido quién va a ocupar el trono de Jabba. Si es que se le puede llamar trono a esa losa. Parece que puede haber un nuevo amanecer en Tatooine.

—Sí, sin duda eso esperamos —responde Adwin distraídamente, ignorando la charla del hombre. Está contento porque Cobb lo ha traído hasta esta sala, pero ahora le gustaría que lo dejara en paz.

Adwin ve una caja grande y alargada en el suelo. Aparta la tela raída que la cubre y…

Vaya, vaya.

Saca un casco de la caja. Picado y lleno de marcas, como raído por algún tipo de ácido. Lo golpea con los nudillos. Sin duda alguna, los mandalorianos sabían hacer armaduras.

—Mira esto —dice, sosteniendo el casco—. Una armadura de batalla mandaloriana. La caja entera. Parece ser que está completa. Ha ido al infierno y ha vuelto. Creo que a mi jefe le va a interesar.

—De hecho, creo que me la llevaré yo a casa —dice Cobb.

—*No* lo creo —dice Adwin, dándose la vuelta, con el casco bajo el brazo. Nota el bláster en la cadera, pesado, oscilante. Preparado. Es una sensación extraña. Adwin nota que se está empapando del espíritu de este planeta. Nunca antes ha tenido que dispararle a nadie.

Quizás ese día es hoy. Curiosamente, es una sensación emocionante.

Cobb sonríe, se cruza de brazos.

—¿En qué estás pensando, hombre? Verás, me iría muy bien esta armadura. Resulta que me acaban de nombrar agente del orden…

—Creo que te acabas de nombrar a ti mismo —dice Adwin.

Pero Cobb no pica el anzuelo.

—Y como agente del orden, me iría muy bien algo de protección contra esos tipos corruptos que creen que pueden aprovecharse de la situación en mi planeta. Esa armadura es mía.

Adwin sonríe con superioridad. Con el pulgar, se aparta la túnica para que se vea el bláster.

—Cobb…

—Para ti, Sheriff Vanth.

—Ah —dice Adwin, riendo—. *Sheriff*, no me gustaría tener que desenfundar este bláster…

La mano de Cobb Vanth reacciona como un relámpago. Con un disparo del bláster, le hace un agujero cauterizado en el hombro derecho a Adwin. La mano de Adwin se queda inerte, flácida. El casco se le cae de la otra mano. Se echa atrás contra la estantería, aterrorizado.

—Eres… eres un monstruo.

Cobb se encoge de hombros.

—Venga, venga. No soy ningún monstruo. No soy peor que tu jefe, ese weequay mascabasura, Lorgan Movellan. Lo sé todo sobre su fraude. Me conozco todos los fraudes. Los sindicatos del crimen tienen miedo de que vuelva la República y los aplaste con la bota, y por eso están buscando nuevas formas de parecer legales. Y ahora que los hutt están luchando entre ellos por el control, están apareciendo supuestas *compañías mineras* a puñados, regentadas por salvajes como tu jefe. Una nueva era de magnates mineros. No va a funcionar. Estoy aquí. Yo y otros *como* yo. Traemos la ley a este lugar sin ley. Y todo esto empieza disparándote y llevándome tu armadura.

Adwin gimotea.

—No me mates, por favor.

—Oh, no lo voy a hacer. Te dejo con vida para que puedas ir a decirle a tu jefe que será mejor que se largue y surque el hiperespacio muy lejos de este sector, si no quiere que vaya a por él con mi armadura nueva. Nueva para mí, claro.

—Lo haré —dice Adwin, desmoronándose en el suelo y viendo cómo Cobb coge la caja con la armadura y se dirige a la puerta.

Al salir, Cobb dice:

—La próxima vez que quieras dártelas de pistolero, dispara primero y habla después. Adiós.



CAPÍTULO TREINTA Y DOS

La roca golpea con fuerza contra el casco del soldado de asalto. El casco se gira y pierde visibilidad. Jom Barell rodea al imperial, se coloca delante de él y le da una patada muy fuerte con la punta de la bota en la mano que tiene el bláster. El soldado suelta la pistola, que sale volando en espiral.

Jom la atrapa y dispara tres veces en el pecho del soldado de asalto.

El cuerpo cae encima de los otros tres soldados.

El brazo roto de Jom sigue colgando, inerte.

«No está mal para un pájaro con un ala rota», piensa.

Empieza a subir la escalera que lleva a la torreta turboláser tierra-órbita. Pero resulta que subir por la escalera es la parte más difícil. Tiene que ir inclinándose. Va lento. Tiene que ir subiendo con el brazo bueno, con el rifle bláster del soldado de asalto colgado de la espalda.

Es un esfuerzo durísimo.

Muchos gruñidos y refunfuños.

Le da la impresión de tardar una era galáctica entera, pero de alguna forma llega hasta arriba y abre la escotilla. Empieza a subir hasta la sala…

—No te muevas —dice una voz.

Es un joven oficial de artillería imperial, con su pequeño gorro de oficial. Lo apunta con una pequeña pistola bláster imperial. La mano le tiembla un poco.

Jom suspira. Acaba de subir. *Lentamente*, como le advierte el oficial. Y cuando ya ha subido, levanta la mano para apaciguarlo.

—Las dos manos —dice el oficial. Es un tipo insulso e imberbe. Mejillas como nubes de azúcar. Ojos temerosos como el ganado a punto de ser degollado. Está de pie delante del tablero de mandos de artillería. A través del cristal, Jom puede ver los cañones turboláser gemelos apuntados hacia el cielo.

—Tengo un brazo roto —dice Jom.

—He dicho… las dos manos.

Jom gruñe. Maldito niñato. Hace una mueca de dolor al levantar el brazo roto. Nota como unos arcos de dolor en ambos hombros. Muestra los dientes y lo observa a través de unos ojos humedecidos.

—Aquí lo tienes.

—Ahora… de rodillas.

—Eres joven.

—¿Qu… qué?

—Joven. Como una cría de whilk. ¿No sabes lo que es un whilk? Yo crecí en una granja. Son unas criaturas de patas largas. La carne es fibrosa, pero la leche es buena. Y su piel es ideal para hacer buen cuero. Las crías son inseguras y patosas. Más estúpidas que una caja de tuercas. No eres más que un bebé.

—No es cierto —insiste el oficial, volviéndole a hacer un gesto con el bláster.

—Ajá. Deja que adivine cómo ha ido la cosa. Casi todos los altos oficiales han desaparecido. Muchos cayeron con la Estrella de la Muerte o en las batallas posteriores. A muchos los traicionaron los gobernadores. Así que ahora el cuerpo de oficiales está formado por tipos como tú, jóvenes e inexpertos, o por viejos recuperados del retiro porque no hay nadie más.

—No soy inexperto.

—Ya no, porque te voy a poner a prueba. Esta es mi prueba: puedes huir o puedes morir. No te juzgaré si huyes. No serías el primer imperial en abandonar su puesto. Algunos de vosotros estáis empezando a descubrir que habéis perdido la guerra y que os estáis aferrando a unas ruinas. Está bien. Puedes irte y nunca te encontrarán.

Jom da un paso en círculo, acercándose un poco al oficial y al tablero de mandos de artillería que tiene detrás.

—Adelante.

—Yo…

—No te juzgo, amigo.

El oficial baja el arma y da un pasito hacia delante. Como alguien que va a cruzar un lago helado, pisando con cuidado para que el suelo no se agriete y se lo trague un abismo de escarcha.

«Bueno, ha ido mejor de lo que me esperaba», piensa Jom.

Pero entonces el joven oficial cambia de expresión. En su rostro se hace evidente el miedo, pero es un miedo distinto. Más profundo. Miedo de su propia gente, de lo que le harán si huye.

En ese momento, el oficial toma una decisión. Vuelve a levantar el bláster. Pero antes de que lo pueda levantar completamente, Jom ya está cargando contra él como un toro. Del impacto, Jom levanta al oficial del suelo y lo empotra contra el tablero de mandos. El joven oficial se queda rígido y cae al suelo. Se enrolla sobre sí mismo, gimiendo.

Jom le coge la pistola bláster, agarra al chico y lo empuja contra un armario abierto.

—Tendrías que haber tomado otra decisión, chaval —dice Jom, y entonces hace caer el armario al suelo. Con el oficial dentro, que no para de gritar y llorar.

Jom hace una mueca y se sienta ante el tablero de mandos.

Consulta el radar. Una nave.

Se está acercando.

Pulsa sobre la nave y se despliegan tres pantallas de datos ante sus ojos. Es un yate. Una vitagoleta Ryuni-Tantine. Una nave elegante, aunque un poco vieja, para los más ricos de la galaxia. Lo que Jom y sus amigos llamaban los súperatmos, porque en su mundo, Juntar, los más ricos vivían en mansiones flotantes en el cielo, mientras el resto del mundo trabajaba en las granjas y en las ciudades polvorientas de la superficie. Es un yate antiguo, de la época de las Guerras Clon. Un tiempo pasado, una época de pompa y ostentación.

Tiene la trayectoria fijada hacia el palacio.

Comprueba su identificación, porque de alguna forma ha superado el bloqueo. Evidentemente, el código del yate concuerda: es un código imperial. De modo que es una nave imperial. Jom suelta una risita y hace girar los cañones. Saca los controles manuales y dirige los cañones gemelos de la enorme torreta hacia el yate. La nave desciende lentamente a través de las nubes, brillando bajo el sol como una gota de luz líquida. Jom sonríe y guiña el ojo.

—Adiós, barquito.

Aprieta los gatillos gemelos.

No ocurre nada.

Vuelve a apretar. *Clic, clic, clic.*

Nada.

—¡Mierda! —grita. Al empujar al oficial contra el tablero de mandos se habrá estropeado *algo.*

Contempla el yate aterrizando en el palacio. Seguro como una ballena en un océano vacío. *No, no, no*. Tiene que arreglar el cañón. Y tiene que arreglarlo ahora. Porque va a eliminar esa nave, de una forma u otra.



CAPÍTULO TREINTA Y TRES

El plan es muy sencillo: llegan a la entrada del palacio del sátrapa. Era previsible: la entrada no está sellada por algo tan poco elegante como una masa de roca y piedra, sino por los ladrillos más elegantes que existen. Ladrillos rojos como la sangre con incrustaciones de lucrita, una piedra semipreciosa que reluce y centellea cuando le da la luz. En la entrada hay una inscripción hecha con una escritura ornamentada: SELLADO BAJO LA AUTORIDAD DE LA SATRAPÍA DE MYRRA, AKIVA.

Se detienen en una esquina junto a la abertura donde se encuentra el portal sellado.

Y ahí esperan.

Los oficiales pasarán por aquí. Seguramente con un pequeño pelotón de soldados de asalto o guardias del palacio. Y cuando pasen de largo, se encontrarán con una sorpresa.

Norra no está segura sobre esto. Se agacha detrás de una montaña de ruinas musgosas y se inclina hacia Jas.

—¿Estás segura de que esto funcionará?

—No —dice Jas—. Nunca estoy segura. Pero es nuestra mejor opción.

—No podremos eliminarlos a todos.

—Entre los cuatro… confío en nuestras habilidades. Especialmente en mi habilidad y en la programación del droide. Lo haremos bien.

—¿Estás bien? —le pregunta Norra a Temmin.

Él asiente con la cabeza. Pero no está bien. Su madre lo nota. Le preocupa algo. Se esconde tras una expresión confiada, incluso arrogante y sonríe irónicamente. Pero es falso. Norra es su madre, y lo nota. Algo lo está corroyendo por dentro.

Quizá tenga miedo.

¿Eso es todo? Normalmente no le tiene miedo a nada. Parece que es otra cosa.

No tiene tiempo de descubrirlo.

Oye algo. Mirando a su hijo y a la cazarrecompensas, se pone un dedo delante de los labios y articula las palabras: *Se acercan*.

Pasan unos momentos. La invade una mezcla de confusión y horror, porque se da cuenta de que lo que oye no viene del portal sellado. Viene de la otra dirección. Viene de *detrás*.

Un leve temblor en el suelo. Pasos. Se acercan cada vez más.

—Los uugteenos —dice Jas, insertando una carga en el rifle.

—No —dice Norra—. Conozco ese sonido —no son los pasos caóticos de esos salvajes. Cuando los uugteenos avanzan, se oyen gritos y golpes metálicos. Esto es un paso moderado. Suena a botas y armaduras, no a piernas cubiertas con trozos de droide. Norra exclama—. ¡Son soldados de asalto!

Y por el pasadizo largo y escarpado que tienen detrás, ve la primera armadura blanca. Un disparo láser pasa por encima de sus cabezas y golpea el techo. Una pequeña lluvia de piedra y polvo. Norra responde al ataque disparando. En un abrir y cerrar de ojos, el aire se llena de destellos de luz.

—¡Atrás! —grita Norra.

Solo hay un lugar al que retirarse.

Volver a la entrada sellada del palacio. Un callejón sin salida.

Pero, ¿qué alternativa tienen? Al doblar la esquina, Norra intenta hacer un recuento de los atacantes. Una docena de soldados de asalto, quizá más. Será un combate duro, pero quizá lo logren. *Quizá*.

Y justo cuando acaban de doblar la esquina…

La puerta explota. Desaparece, con un estrépito de ladrillos rojos contra la pared.

A través de la capa oscura de humo y polvo, ven más destellos blancos.

Por ahí también llegan soldados de asalto. Ahora están atrapados por ambos lados, como una rata entre dos gatos…

Norra llega rápidamente a una conclusión. Una conclusión que la hunde completamente: Sinjir los ha traicionado.

Están atrapados en la esquina, apilados los unos contra los otros. Norra y Temmin disparan en una dirección, Jas y Huesos, empuñando un bláster con su garra, en la otra.

Entre todo el estruendo, se oye una voz.

—Bajen las armas —dice una voz de mujer.

La expresión de Jas es como un relámpago de rabia en estado puro. Una máscara de furia y determinación asesina.

—¡Comed fuego! —grita, volviendo a levantar su rifle de cañón largo. Pero Norra le pone una mano en le hombro.

Jas la mira… Una mirada de confusión. Como si le estuviera suplicando: *Deja que los mate*.

Pero Norra niega con la cabeza y suelta el arma.

—Norra —dice Jas.

—No vas a cobrar esa recompensa si estás muerta —responde Norra.

—Lo siento mucho —dice Temmin.

Vuelven a oír la voz de la mujer:

—Suelten las armas. Levántense con las manos arriba. Muévanse lentamente.

Jas maldice en un idioma que Norra no reconoce, y deja el rifle en el suelo.

El bláster de Temmin ya está en el suelo. Le dice a Huesos que haga lo mismo.

Se ponen en pie, con las manos arriba.

Del laberinto empiezan a salir soldados de asalto. Tienen una docena por cada lado. Demasiados para ellos, incluso para un grupo que incluye a una cazarrecompensas veterana y a un droide de combate psicópata. A Norra se le remueven las entrañas.

Entre los soldados de asalto del lado del palacio aparece una mujer. Parece ser que es la que les ha ordenado que bajaran las armas. Camina hacia ellos, entre los soldados, con los brazos en la espalda. Piel oscura, ojos oscuros y una mirada analítica y minuciosa. Tiene la espalda ligeramente arqueada y una postura de autoridad y confianza.

Almirante, juzgando por los galones que lleva en el pecho.

—Soy la Almirante Rae Sloane —dice la mujer—. Quedan arrestados por conspirar contra el Imperio Galáctico. Largo sea su reinado.

Jas vuelve a maldecir en un idioma desconocido:

—A-kee a tolo, fah-roo kah —y escupe en el suelo.

—Nunca os saldréis con la vuestra —dice Norra—. Es el fin del Imperio. El cometa que se acerca se estrellará contra el Imperio y lo hará estallar en mil pedazos.

—Sí, claro. Ese cometa todavía no ha llegado, Norra Wexley. Síganme. Durante un rato, serán los huéspedes de la satrapía de Akiva.

Jom está tumbado debajo del tablero de mandos. Los cables cuelgan sobre su cara como los tentáculos de un dentista quarren. Hace un nudo en un cable, entonces acopla dos más. Empiezan a saltar chispas, y maldice. Intenta desesperadamente saltarse el mecanismo del gatillo, que supone que está roto, para poder disparar desde el tablero de mandos. Siente pinchazos en la cara de las chispas, pero ignora el dolor. Prueba con un tercer cable…

Por encima de su cabeza, oye un zumbido. El tablero de mandos vuelve a encenderse.

Lo ha conseguido. ¡Sí!

Al ponerse en pie, aprieta la mandíbula para intentar olvidarse del dolor. Vuelve a dirigir los cañones hacia el yate, que ha aterrizado en el palacio. Bueno, no exactamente. No puede aterrizar. La plataforma circular de aterrizaje está en muy mal estado. Incluso desde aquí, se ve que la plataforma está inclinada hacia un lado. Parece más inestable que un castillo de cartas de pazaak. El yate está flotando al lado, gastando combustible y esperando.

Tiene línea de visión perfecta.

Va a disparar. Jom localiza el botón. Antes servía para encender y apagar las luces de la torreta. Pero ha cambiado los cables y ahora este botón controla el mecanismo de disparo. Lo pulsa con el pulgar.

No ocurre nada.

Suelta un grito de frustración y vuelve a pulsarlo.

El tablero de mandos se ilumina, se ilumina demasiado y luego empiezan a saltar chispas por todos lados. Hasta que el tablero entero se queda a oscuras.

Obligan a Norra a arrodillarse en el suelo del palacio. Es un suelo precioso, de un azul cerúleo como no ha visto nunca, con incrustaciones de cobre y bronce. Hace un efecto de agua de mar bajo la luz del sol. Una parte de ella quiere quedarse mirando ese suelo para siempre y olvidarse de todo. Como si todo esto no estuviera pasando. Pero está pasando. Sinj ir los ha traicionado. Son prisioneros. Su misión ha fallado y van a encarcelarlos o a ejecutarlos.

Pero el carácter de Norra le impide apartar la mirada de lo que va a pasar. Por muy terrible que sea.

Levanta la cabeza y frunce el ceño, encarando lo que tenga que pasar.

A su lado están Temmin y Jas, también de rodillas. El droide se mantiene de pie, girando la cabeza con cuidado, observando todo lo que le rodea. Cada vez que el cráneo gira sobre su eje, Norra oye el chirrido de sus pequeños servomotores.

«El droide está confundido. Enfadado. Es imprevisible», piensa Norra.

Le susurra a su hijo:

—Controla tu droide.

Pero Temmin no responde. Su expresión es de derrota.

La almirante camina por delante de los prisioneros. En lo alto de una solemne escalinata hay varias personas destacadas. Norra ve un hombre alto con cara de zorro vestido con uniforme oscuro de moff, al lado de una mujer mayor muy menuda. Debe de ser la General Jylia Shale. Detrás hay un hombre orondo y rubicundo con una barba rala y un individuo que lleva un sombrero alto y pomposo. Este último tiene una extraña sonrisa beatífica.

Rae le hace un gesto a alguien con la cabeza.

A través de la multitud, traen a Sinjir.

Tiene un ojo morado, hinchado. La nariz llena de sangre y cubierta por una costra. Quizás incluso rota. Sinjir lleva las manos atadas por detrás. Lo empujan hacia delante y cae al suelo. Aterriza sobre el hombro, con un sonido pesado.

—Sinjir —dice Norra—. No lo entiendo.

Unos soldados de asalto se les acercan con magnaesposas.

—DEJA QUE TE LIBERE, AMO TEMMIN —dice Huesos, y su brazo de droide astromecánico empieza a girar lentamente.

—No, Huesos —dice Temmin en voz baja—. No.

Un soldado agarra violentamente los brazos de Norra y se los pone en la espalda. Las magnaesposas se cierran en su muñeca. Entonces le toca a Jas, que se resiste un poco. Mueve los hombros y gruñe como un animal salvaje. Pero su pequeño acto de resistencia no basta. Las magnaesposas se cierran en sus muñecas con un zumbido.

Entonces Temmin se levanta.

—Temmin —dice Norra—. Hijo, ahora no es el momento.

Pero no le hace caso y empieza a caminar. Lo más extraño es que nadie le detiene.

—Dejadme ir —dice—. A mí, a mi madre y al droide.

—Oh, no —dice Jas—. Temmin, no.

Hay decepción en su voz. Al principio Norra no lo entiende, pero entonces Temmin dice:

—Ese es el trato. Respetad el trato.

Rae levanta una pequeña holopantalla. Pulsa un botón y se emite una proyección. Un holograma azul parpadeante muestra a un sullustano con un solo ojo. Norra lo reconoce. Es Surat Nuat.

—Tu trato era con *él* —dice Sloane, y el sullustano sonríe.

El holograma de Surat empieza a hablar:

—Desgraciadamente, chaval, el Imperio ha hecho su propio trato. Y han cambiado los términos.

—¡No! —dice Temmin—. Dijiste que nos podríamos ir.

—Temmin —dice Norra, sorprendiéndose del tono de terror que tiene su voz. *No puede ser verdad. Él no lo haría. Él no podría…*—. Temmin, ¿qué está pasando?

Temmin le dirige una mirada triste y temerosa y le dice:

—Lo siento.

—Nos ha traicionado —gruñe Sinjir desde el suelo.

—Quería quedarme aquí —dice Temmin—. No me quería ir. ¡Esto es mi hogar! Tenía que darle algo a Surat. Si no, nos iba a matar. Mamá, por favor —entonces se dirige a la almirante— ¡No! Esto no es lo que acordamos. El trato era que quedábamos libres. Mi madre, el droide y yo.

—Tú puedes irte —dice Rae—. Los otros se quedan. A menos que prefieras quedarte tú también. Soy flexible. Podemos hacer un nudo más grande.

Surat ríe.

Jas mira a Temmin y le dice:

—Serías un buen cazarrecompensas, chaval.

—Sería todavía mejor como imperial —dice Sinjir.

Temmin, que ya está fuera de sí, se vuelve hacia su droide.

—¡Huesos! ¡Sálvanos! —y acto seguido el droide lanza un grito de batalla mecanizado y salta…

Pero no tiene ninguna oportunidad.

Una nube de disparos láser lo interceptan en el aire. El droide de combate B1 lanza un grito y cae. Las baldosas azules con toques de bronce se agrietan cuando el droide se desmorona sobre un costado, con las piernas rectas. Temmin corre hacia él, pero unos soldados de asalto se ponen en medio y lo sujetan. Norra intenta levantarse, pero los soldados la mantienen arrodillada.

Norra observa con fatalidad cómo Sloane se acerca al droide, desenfunda el bláster y dispara una y otra vez en la cabeza metálica.

Tras el sexto disparo, la cabeza se desprende y sale rodando, humeante.

Las extremidades del droide se quedan inertes, aplastadas contra el suelo.

Temmin llora.

—Tal y como pactamos, puedes irte —le dice Sloane a Temmin. Entonces se dirige a los soldados de asalto que lo sujetan—. Escoltadlo hasta fuera del palacio. Pasando por el techo, por favor.

¡No!

Norra se pone en pie de un salto y empieza a correr hacia Temmin.

Un destello blanco a sus espaldas: un soldado de asalto le golpea la nuca con la culata del rifle bláster. Cae al suelo, entre las piezas dispersas del droide, cerca de Sinjir. Norra chilla mientras se llevan a Temmin, que patalea, chilla y llama a su madre.



CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

¿Qué he hecho?

Ese pensamiento se repite una y otra vez en la cabeza de Temmin. El sentimiento de culpa lo atraviesa como la vibro-hoja del brazo del Señor Huesos. El recuerdo de la destrucción del droide se une a la culpa. Eso, y su madre llamándole, la cara de Jas y Sinjir…

Antes le parecía que era el movimiento adecuado. Sabía que no quería irse de Myrra. Nunca. Y eso significaba hacer las paces con Surat o quedarse sin lengua. Así que llamó a Surat, y el gángster sullustano aceptó el trato. Temmin buscó como excusa que el ex-imperial o la cazarrecompensas harían lo mismo. Hubieran vendido su piel tan pronto como alguien les ofreciera suficientes créditos. *No tienen escrúpulos. No tienen un código*, se dijo a sí mismo.

Pero resulta que ha sido él quien no ha tenido escrúpulos.

El que no ha tenido un código.

Esperaba desesperadamente que todo esto se viniera abajo, que no tuviera que llegar hasta el final. Que el cepo en el que él mismo había puesto la pierna se abriera solo, se *soltara*... y que toda esta situación se resolviera sin que su plan llegara a buen puerto. Pero ahora, aquí está. Arrastrado por unas escaleras por un par de soldados de asalto. Pataleando contra los escalones de piedra, intentando agarrarse con las manos a lo que sea. A una barandilla, a una lámpara, al pomo de una puerta.

Delante de él, otras escaleras…

Temmin lanza la mano y se agarra al borde de una pequeña fuente que hay pegada a la pared. Aprieta los dedos en la piedra y hace fuerza. Se libera. Los dos soldados de asalto gritan y lo persiguen.

Temmin lanza una patada. Acierta a uno de los soldados en el pecho.

El soldado de asalto se tambalea, pero no pierde el equilibrio y contraataca lanzándole un puñetazo en la barriga. Temmin se queda sin aliento. Un latigazo de dolor le recorre el cuerpo. Le baja por las piernas y le sube por los brazos.

Vuelven a atraparlo. Lo suben a rastras por las segundas escaleras. Pasan por una serie de puertas rojas y llegan al tejado. Temmin tose y pestañea, conteniendo las lágrimas. Ahora lo escucha: el sonido de la multitud. Las consignas. El griterío.

—No, no, por favor —les suplica mientras lo arrastran al borde del tejado. Los dos soldados de asalto levantan a Temmin por encima de sus cabezas. Ahora puede ver a la multitud. Enorme. No para de llegar gente de todas direcciones. Carteles. Peleles. Lanzan piedras, ladrillos, botellas. Akivanos. Protestando contra la satrapía. Protestando contra el Imperio. Temmin se lo ha perdido. Pensaba que todo el mundo quería bajar la cabeza. Como él. *Estoy en el lado incorrecto de todo esto*.

Mamá, lo siento mucho.

—Es hora de reunirte con tus amigos —dice uno de los soldados de asalto. Temmin no sabe cuál de los dos lo ha dicho. Lo único que sabe es que grita cuando lo lanzan desde el tejado. Temmin cae.

El yate flota sobre la calima que rodea el palacio del sátrapa. La proa está curvada hacia delante como el pico de un halcón bañado en bronce. Una hilera de ventanas negras entre tuberías rojas y doradas. Dos alas inclinadas hacia abajo que al llegar a la punta suben hacia arriba, como las manos de un monje suplicante. El yate gira para quedar encarado hacia el palacio. Se acerca hasta una esquina de la azotea mientras la pasarela se empieza a extender horizontalmente. En el último momento, desciende hacia el tejado y forma una rampa.

Desde la calle, la gente lanza piedras a la barriga de la nave. No sirve de nada.

Unos cuantos soldados de asalto se colocan en el borde del tejado y disparan sus blásteres indiscriminadamente contra la multitud.

«Con acciones como esta, no hacéis más que cavar la tumba del Imperio», piensa Norra.

Porque todo el mundo lo ve. El Imperio es comparable a un matón, a un abusón. No es mejor que Surat Nuat, que Sol Negro, que el sindicato hutt. El Imperio afirma defender la ley y el orden, pero al final es opresión disfrazada de justicia.

La almirante también tiene que entenderlo. Se acerca corriendo a los soldados de asalto y los hace retroceder, increpándolos a gritos.

Delante de Norra, las otras personalidades imperiales suben a la nave. Sus objetivos. Los que esperaban detener. Han fracasado. El hombre con cara de zorro, que Norra cree que es Moff Pandion, les lanza una mirada despectiva. Como si fueran barro pantanoso pegado en la suela de su bota. Algo que hay que arrancar y descartar.

Entonces, él también sube por la rampa.

Norra mira a Jas y a Sinjir, los dos con las manos atadas detrás de la espalda. Rodeados de soldados de asalto para que no puedan escapar. Y si lo hicieran, tampoco podrían ir a ninguna parte.

Entonces se vuelve a abrir la puerta y Norra finalmente lo ve: es el Capitán Antilles. Se le rompe el corazón. Está muy malherido. Lleva el pelo pegado a la frente por el sudor. Está pálido como las cenizas de una chimenea. Lo tienen atado a una mesa flotante, que hacen avanzar dos soldados de asalto y un droide médico 2-1B.

Cuando pasa cerca de Norra, los ojos de Wedge se abren un poco y la ve.

—Piloto —dice Wedge.

—Capitán —responde ella.

Wedge esboza una sonrisa débil mientras lo suben al yate.

Norra mira a Sinjir.

—¿Qué va a pasar con nosotros?

—Bueno —el ex-imperial suspira—. Yo probablemente iré a juicio. Jas probablemente morirá. Tú… no lo sabría decir. Cárcel. Ejecución. Quizá te unas a tu amigo rebelde y os utilicen para negociar un acuerdo de paz.

—Lo siento mucho. Todo esto.

—No es culpa tuya —dice Jas.

—Era su hijo —apunta Sinjir, mirándolas a las dos con su ojo bueno. El otro sigue cerrado, hinchado—. Llevaba su sangre en las venas. Me reservo el derecho de criticarla un *poco*. Creo que me lo he ganado.

Jas empieza a protestar, pero Norra la interrumpe:

—Tiene razón. Podéis culparme a mí. Solo espero que, a pesar de todo, mi hijo esté bien.

Sinjir sonríe.

—Norra, no creo que ninguno de nosotros esté bien.

—Norra, Temmin es un superviviente —dice Jas—. Tiene lo que hace falta. Si alguien puede salir de esto con vida, es él.

Temmin está muerto.

Está seguro de ello. No puede haber sobrevivido. Pero tiene una sensación… *extraña e imposible*. Está flotando. Como si estuviera sobre las aguas tranquilas de la bahía de Farsigo, en el sur. Antes iba ahí de vacaciones, de vez en cuando, con su madre y su padre. Pescaban, montaban en lancha repulsora o se divertían buscando conchas

resplandecientes de korlappii; las que captaban la luz del sol a la perfección proyectaban un arcoiris de luz.

Pero no oye el agua. Ni huele el océano.

Y tampoco es que Temmin crea en el más allá.

Temmin abre los ojos.

Está flotando. Llevado por la multitud.

Lo han atrapado. *Por todas las estrellas y todos los satélites, me han salvado*. Se echa a reír como un loco. Una forma de reír que recuerda a la de su droide.

Entonces se acuerda: su madre. Y Jas. Y Sinjir.

No tiene mucho tiempo.

Se reincorpora y baja de la alfombra de manos que lo lleva. Baja hasta el suelo. Está en medio de la multitud. Por un momento, está desorientado. Normal, en este mar de gente. Es una muchedumbre abrumadora. Pero se da la vuelta y ve las enormes paredes del palacio.

Tengo que volver ahí.

Empieza a abrirse paso entre el gentío.

Las rocas que la gente lanza contra los muros rebotan y caen. Ve que hay gente intentando trepar. Un rodiano escala la pared y se cuelga de un balcón. Un par de humanos unen esfuerzos para intentar subir.

«Por ahí voy yo», piensa Temmin.

Hace tiempo que no juega con sus amigos. Hace años que dejó atrás su vida de niño callejero. Pero todavía sabe cómo encaramarse por una tubería, escalar por una rejilla metálica o encontrar puntos de agarre donde no parece haber ninguno. No tiene tiempo de pensar en la mejor forma de subir.

Lo único que puede hacer es escalar con los demás.

Mientras cargan a los últimos pasajeros, los prisioneros capturados en las catacumbas de debajo del palacio, se acerca corriendo el sátrapa. Se arrodilla.

—Por favor, por favor, por favor. ¡Llévеme con usted! ¡Estoy rodeado! Están trepando las paredes como monolagartos. Me van a destripar.

Sloane le pone la mano en el hombro.

—Le ha hecho un gran servicio al Imperio, Sátrapa Isstra.

La sonrisa en la cara del sátrapa se extiende como mantequilla. Cree que lo van a salvar. Su pecho se hincha y se deshincha, aliviado.

—Gracias. Gracias, Almirante. Es demasiado amable.

—Pero ya no necesitamos su ayuda.

—¿Qu… qué? —dice con expresión de perplejidad. No sabe si lo están castigando, recompensando, echando o qué.

—No lo…

Rae hace un gesto con la cabeza. Dos soldados de asalto cogen a Isstra y lo arrastran hacia la puerta. Él patalea y grita como un niño enrabiado.

—¡No puede hacer esto! —grita, echando espuma por la boca—. ¡Me he portado bien con ustedes! ¡Guardias! *¡Guardias!*

Dos de los guardias de su palacio salen corriendo por la puerta.

Los rifles bláster de los soldados de asalto los abaten antes de que puedan acudir a ayudar a su antiguo líder.

Él grita como un animal en la puerta del matadero. Los soldados lo tiran al suelo y él gatea entre los cadáveres de los guardias, llorando.

Sloane sube al yate.

La multitud ruge. Los dedos de Temmin casi no aguantan, insertados en una estrecha grieta de la pared del palacio. Le duelen los músculos. Hace tiempo que no hace esto. Se levanta…

Justo cuando la multitud se mueve en masa. Se apartan de las paredes. Alguien lanza algo contra las puertas del palacio.

¿Qué ha sido eso?

El edificio se estremece. Los goznes de la puerta vuelan por los aires por la explosión de un detonador termal.

Los dedos de la mano izquierda de Temmin se escapan de su punto de agarre…

Se queda colgando de un brazo, buscando con los pies algún tipo de repisa para apuntalarse.

La gente vuelve a moverse en masa. Se lanzan contra la puerta. Todo el mundo intenta abrirse paso. Un alienígena de cuatro brazos, un besalisko, corre a través del gentío con un enorme mazo de forja, cargando contra la puerta.

No tengo tiempo para esto.

Temmin aprieta los dientes y grita. Levanta el brazo caído, logra agarrarse y continúa la ascensión.

Morna está sentada en el asiento del capitán del yate. Rae entra y se sienta a su lado.

—Muy cómodo —le dice a la piloto.

Morna asiente con la cabeza.

—Efectivamente, Almirante. Todo es reluciente. Y estos asientos… todavía tengo la sensación de que me estoy hundiendo.

—No se acostumbre a ellos. El confort no es una prioridad imperial —después de esto, Rae sonríe ligeramente—. ¿Algún problema con el piloto de Crassus?

—Se enfrentó a mí, pero lo obligué a reconocer la autoridad del Imperio. Y le aseguré que cobraría por su tiempo.

—Está encerrado, ¿no?

—En uno de los camarotes, sí.

Adea está en otro de los camarotes. Rae ordenó a su asistente que reposara, por todas las estrellas. Adea ha sido impecable, servicial y valiente en su defensa del Imperio. Rae le ha dicho que descansara.

La ha enviado a uno de los camarotes, junto al del Capitán Antilles y su guardia.

—Excelente. ¿Estamos listos para abandonar este planeta abominable?

—En efecto, Almirante. Y me acaban de comunicar que los destructores estelares ya han salido del hiperespacio y están en la órbita. Nos cubren el *Vigilancia*, el *Victoria* y el *Coronación*.

—Es hora de decirle adiós a esta sauna sudorosa.

Morna asiente. Enciende los motores.

El yate empieza a moverse.

El yate empieza a moverse.

Temmin llega al borde del tejado del palacio y ve que la pasarela se está replegando y que el yate se está separando del edificio.

Llego demasiado tarde.

Mira a su alrededor, moviendo los ojos a toda velocidad.

Ahí.

El sátrapa. Lloriqueando entre los cuerpos de dos guardias de su séquito. A su lado están sus vibropicas.

«Esto es ridículo», piensa Temmin, corriendo hacia allí y haciendo saltar una de las picas para cogerla con la mano. «Es la peor idea del mundo», piensa al darse la vuelta y correr a toda velocidad hacia el borde del tejado. «Soy un becerro lunar descerebrado que va a morir», decide al clavar la punta de la pica y usarla como pértiga para catapultarse desde el techo del palacio.

Estoy muerto.

No lo conseguiré.

He cometido un gran error.

Ha dejado la pica. Los brazos de Temmin se mueven frenéticamente por el aire mientras el yate se va separando. Se precipita contra un lateral de la nave…

Choca contra el lateral. *Bum*.

Sus manos buscan un agarre. Pero no lo encuentran. Temmin oye el patético rechinar de sus manos contra el metal, y empieza a caer.

Pero entonces…

Deja de caer.

Su mano se aferra a una tubería de decoración que rodea una de las ventanas. Se agarra con fuerza, sube la otra mano y también la coge. Vive un momento de euforia. Siente una gran sensación de triunfo en el pecho, al pensar: *¡Lo he conseguido! ¡Lo he conseguido!*

Y entonces el yate empieza a ganar altura, y se da cuenta:

¿Por qué lo he hecho? ¡Voy a morir!

A medida que el yate va subiendo, el suelo se va haciendo más y más pequeño.

«Ha ido de poco», piensa Rae, poniéndose cómoda en el asiento del copiloto. «Ya casi estamos».

Todo este viaje ha sido un fracaso. Ahora se da cuenta. Pero el fracaso no puede ser el final. El fracaso tiene que ser instructivo, como un manual de instrucciones escrito a base de cicatrices. Entonces, ¿qué lecciones puede aprender de todo esto? ¿Qué ha aprendido? ¿Qué puede construir sobre los escombros?

Uno: el consenso no será fácil. De hecho, quizás es tan difícil que no vale la pena ir a buscar consenso.

Dos: el Imperio está fracturado. No es nada nuevo, pero aquí ha quedado claro. Y en consecuencia ha descubierta una nueva dimensión: dentro del Imperio hay mucha gente que no quiere curar esas fracturas, sino más bien usar esa división para sus propios intereses.

Tres: para que el Imperio sobreviva, tienen que…

En la pantalla de Morna aparece una señal roja. La piloto frunce el ceño.

—¿Qué es? —pregunta Rae.

—Podría ser un pájaro —le responde Morna—. Aunque si lo es, es un pájaro muy grande —niega con la cabeza y dice—. Hay algo en el casco.

Rae asiente.

—Enviaré unos hombres a ver qué es.

Sinjir está arrodillado junto a los demás. Tiene la cara como una masa de pan aporreada. Se encuentran en una sala opulenta de la popa del yate, arrodillados como esclavos en una sala lujosa llena de mesas y butacas. En una esquina está el banquero obeso, Crassus, fumando especias en una pipa larga de obsidiana. Las esclavas con máscaras animales le liman y recortan las uñas de sus pies regordetes y secos, y le quitan los callos de esos dedos horribles.

A un lado de Crassus está sentada Jylia Shale. General. Sinjir la conoce. Más bien ha oído hablar de ella. Dependiendo de con quién hables dentro de las filas del Imperio, es

una leyenda o una traidora. Una conquistadora o una traicionera. La acompañan un par de guardias imperiales de capa roja.

Al otro lado de Crassus está el consejero, vestido con ropajes de color púrpura. Sinjir no recuerda su nombre, aunque está bastante seguro de que Jas se lo dijo. Seguramente es del círculo más cercano de Palpatine. Un acólito de los Sith, aunque claramente no es un practicante. Esencialmente, es un sectario.

Delante de Sinjir Pandion está sentado muy recto, con la mirada clavada en ellos.

No. Con la mirada clavada en *él*, en Sinjir.

—Ya sé que soy guapo —dice Sinjir, con un tono más gruñón de lo previsto. Un gruñido de dolor, no de rabia.

Pandion se limita a reírse por lo bajo. Parece que va a decirle algo, pero entonces pasa de largo un pequeño grupo de soldados de asalto. Van en dirección a la parte central de la nave. Parecen alarmados. Pandion intenta controlar la crispación, pero no lo consigue.

Sinjir dice con sorna:

—Algo va mal, ¿no?

—Cierra los labios, traidor, o te los arrancaré.

Voy a morir, voy a morir, voy a morir. Temmin aguanta con toda la fuerza de voluntad que puede reunir. Están empezando a atravesar nubes. El aire se está volviendo más frío. La nave empieza a temblar con las turbulencias. Se pone a pensar: *Quizá puedo reptar hasta la parte inferior de la nave. Abrir una compuerta de mantenimiento con mi multiherramienta, entrar dentro de la nave y…*

La ventana que tiene encima se abre con un silbido. Aparece la cabeza de un soldado de asalto.

—¡Ey!

Esa es la mejor invitación que va a recibir Temmin.

Levanta el brazo, le rodea el casco con la mano y hace caer al soldado de asalto hacia fuera.

El grito del soldado de asalto es fuerte al principio, pero no tarda en diluirse a medida que cae.

Temmin entra por la ventana abierta.

Se tira de panza al suelo, respirando con dificultad. Agita los brazos para que le vuelva a circular la sangre. Está en un vestíbulo lleno de puertas. Camarotes del yate. Se levanta, se sacude el polvo. Entonces alguien le da un golpecito en el hombro.

Oh, oh.

Se da la vuelta. Encuentra dos soldados de asalto, con los rifles en alto.

Y detrás vienen un par de guardias imperiales, con sus cascos rojos y arrastrando la capa a su paso.

—Eh, chicos —dice Temmin, con una risa falsa—. Este no será el bus estelar de las doce y media al Casino del Bloque Ordwaliano, ¿no? Oh. ¡Qué raro!

Se da la vuelta y corre.

—¡Mierda, mierda, mierda! —grita Jom Barel, con la cara roja. Nada de lo que ha hecho ha servido para que el cañón funcionara. Y ahora su objetivo se le está escapando, subiendo hacia la órbita.

Se pone en pie. Su pecho se hincha y se deshincha rápidamente.

Cálmate, se dice a sí mismo. *Piensa.*

Pero no puede pensar y no se puede calmar.

Lanza un grito de rabia y golpea el tablero de mandos con el puño bueno. Una y otra vez. Ha perdido todas las oportunidades que tenía, y todos sus esfuerzos para capturar esta torreta no han ayudado en nada a la Nueva República y…

Después del último golpe, de repente el tablero de mandos se ilumina.

—¿Pero qué…

A través del cristal ve que los cañones gemelos se ajustan, siguiendo el objetivo.

La torreta entera tiembla al disparar, y la cabina queda inundada con la luz brillante y demoníaca del turboláser.

Hasta ahora, va bien. Demasiado bien. Sloane siente un pinchazo de miedo en el estómago, que se acentúa todavía más cuando Morna frunce el ceño y le dice:

—Tenemos un problema, Almirante.

¿Cómo no?

—¿Qué es, piloto?

—Una flota rebelde. Está entrando en el espacio por encima de Akiva.

No podría llegar en peor momento.

—¿Cómo es de grande?

—Suficientemente grande para suponer un problema.

—Vamos a llegar al *Vigilancia*, Morna. Entonces podremos…

La pantalla del piloto vuelve a parpadear.

—¿Y *ahora* qué? —grita Rae.

Morna abre mucho los ojos, con expresión de pánico y confusión.

—Una de nuestras torretas. En tierra. Nos está siguiendo. Está a punto de…

La nave tiembla en pleno vuelo. Rae cae del asiento hacia atrás, y se golpea la cabeza con el suelo. Todo se vuelve oscuro.

Los disparos de bláster rozan la cabeza de Temmin. Corre, se agacha y se tira al suelo para esquivar los disparos. Rueda por el suelo y pone las manos en la cabeza para rendirse…

Aunque ve que no se lo van a permitir.

Los soldados de asalto vuelven a levantar los rifles.

Y de repente, la pared que tienen al lado desaparece.

La nave se inclina violentamente hacia la derecha cuando la atraviesa un rayo luminoso que viene desde abajo, que rasga la pared, el suelo y a los imperiales. Lo que queda de ellos cae en espiral por la pared abierta. El viento ulula como una bestia en pena. Temmin siente como el viento empieza a arrastrarlo a medida que el vestíbulo pierde presión. El yate se inclina. Alarga una mano y se agarra al pomo de la puerta de unos de los camarotes. Empiezan a caer elementos decorativos de las paredes, aspirados hacia las nubes arremolinadas. En los dos extremos del vestíbulo se cierran unas puertas de presión, que sellan la porción central del yate.

Temmin abre de una patada la puerta del camarote, intentando evitar que ese viento hambriento lo arrastre hacia el vacío. Se introduce en el camarote.

Suenan alarmas de emergencia. El panel de controles de la lanzadera se llena de luces intermitentes. Rae logra volver a sentarse en el asiento. Morna no se ha movido del suyo. Tiene los brazos extendidos hacia fuera, y los tendones del cuello están más tensos que los cables de un puente. Está luchando para mantener a flote el yate. La nave empieza a ladearse, pero logra mantener el equilibrio.

—¡Estado! —pide Sloane.

—Estoy bastante ocupada, Almirante —grita Morna entre dientes.

Rae quiere reprenderla, pero la piloto tiene razón. Entonces Rae activa la pantalla, y ve que los daños se han producido principalmente en la parte inferior central del yate. Cerca de los camarotes de la primera planta. Ambos extremos de la nave se están sellando con puertas de presión. Esto significa que todavía no están muertos y nadie tiene que abandonar la nave. Pero *también* significa que la parte delantera del yate donde se encuentra Rae ahora mismo ha quedado separada de la parte trasera, que es *inaccesible*. Y la parte central es intransitable.

La nave salta y tiembla como si estuviera a punto de partirse por la mitad. Morna le avisa:

—Aquí arriba la atmósfera es muy agresiva. Puede destrozarnos. Pero casi estamos en la órbita. *Casi*.

—Aguante —le pide Rae.

Si alguien puede conseguirlo, es Morna.

Las luces parpadean emitiendo un zumbido. Se apagan y se encienden las luces rojas de emergencia. Vuelven a encenderse las luces normales, y entonces vuelven a quedarse a oscuras.

Jas no sabe qué ha ocurrido, pero intuye que les han disparado. No tiene ni idea de quién puede haber sido. Le sorprende que todavía estén en el aire. Es lo bueno de estar en una nave grande. Pero en cualquier caso, tiene suerte de que la nave no se haya partido en dos.

Entre los imperiales reina el pánico. No paran de murmurar y dar vueltas. Crassus se está quejando sobre su yate. El consejero, Yupe Tashu, está rezando en un idioma herético, apelando a alguna fuerza del lado oscuro a la que recurre cuando surgen problemas. Shale está inclinada hacia delante, con la cabeza entre las piernas. Como si estuviera vomitando. Al fin y al cabo casi siempre está en tierra. O encerrada en una sala de mando. No es un soldado; al menos desde hace años.

Jas está sentada, inmóvil.

Al igual que Pandion, que parece sentir un odio especial por Sinjir. Se nota en la forma que tiene de mirarlo. Sus ojos oscuros como un par de cañones bláster a punto de dispararle.

Entra un soldado de asalto.

—Estamos aislados de la proa de la nave. Las puertas de presión nos han aislado.

Pandion, sin apartar la mirada de Sinjir, coge el comunicador y empieza a hablar:

—Almirante Sloane, ¿está usted ahí?

El comunicador cruje y se oye la voz de Sloane. Una voz distorsionada por la estática, pero audible.

—Moff Pandion. En estos momentos estamos ocupados.

—¿Vamos a morir? Esta nave cuenta con cápsulas de escape, ¿no es así?

La voz de Sloane responde:

—Ya estamos seguros. Casi en órbita. Paciencia.

Jas no sabe qué está ocurriendo.

Pero el caos le ha hincado el diente a la situación.

Y en el caos siempre hay escondida una oportunidad.

INTERLUDIO

CIUDAD DE LAS NUBES DE BESPIN

—¡Se acercan! —le grita Borgin Kaa a su novia, la joven bailarina Linara.

Ella le dirige una mirada de pánico cuando Borgin señala a la puerta de entrada de su domicilio de lujo. Una línea de chispas entra desde el exterior de su portal, cerrado por magnaherraduras. Las chispas avanzan rápidamente hacia arriba, con la velocidad y perfección de una mano experta, seguro de sí misma.

Borgin, algo mayor que Linara, se acerca a la mesa del recibidor y encuentra un jarrón de cerámica de la Dinastía Vinzor. Es un artefacto milenario que se remonta a los tiempos de la Antigua República. O eso le dijeron. Lo único que siempre le ha importado es que tiene mucho valor. Está veteado de lacita azul, como si fueran telarañas resplandecientes. Un azul abrasador.

Odia hacerlo, pero coge el jarrón con las manos.

«Es un arma», piensa. «No un artefacto antiguo y valioso».

El corazón se le sale del pecho.

¿Se ha tomado su tintura medicinal esta mañana?

¿Lo ha olvidado?

¿Va a morir?

¡No! He vivido hasta ahora. Estoy en la lista. La Ciudad de las Nubes se ha convertido en destino habitual para conseguir implantes difíciles de encontrar: ojos, manos hechas a medida, sistemas de órganos enteros para humanos o alienígenas que puedan pagarlo. Necesita un corazón nuevo. Estaba en la lista. Todavía está en la lista. O eso espera. Pero entonces los malvados rebeldes empezaron a sembrar el caos y el Imperio llegó y se apoderó de este sector. Y ahora todos los implantes están pausados.

Los imperiales lo arreglarán. El Emperador ha asegurado la paz en la galaxia.

Las chispas describen una curva en la puerta y luego bajan hacia el suelo. El portal cae con un silbido.

A través del humo, ve la forma de los intrusos. Linara grita. Borgin gruñe y lanza el jarrón con fuerza. Golpea un lado de la puerta. Falla. Ni siquiera se rompe. Rebota y cae al suelo con un golpe seco.

Parece ser que a los Vinzor se les daba bien hacer porcelana resistente.

Aparecen unas figuras con blásteres a punto. A dos de ellos no los reconoce: una mujer devaroniana y un droide sirviente larguirucho. En su placa facial deslustrada, alguien ha pintado una calavera negra.

A los otros dos sí que los reconoce: un malhechor local llamado Kars Tal-Korla, alias el Azote de la Ciudad de las Nubes. Es difícil no reconocerlo. Aparece en todos los carteles y todos los avisos por holovídeo de la ciudad. El Imperio lo busca con empeño, y ahora aquí está, en el apartamento de Borgin. Lleva su característica armadura, que combina piezas disparejas de armadura mandaloriana, coreliana y de soldado de asalto.

Su acompañante es toda una sorpresa: Jintar Oarr.

Un onderoniano como Borgin. Más rico de lo imaginable. Vive aquí, en los niveles más lujosos de la Ciudad de las Nubes.

Es su amigo. O lo era.

—¡Tú! —dice Borgin, señalando al hombre con un dedo grueso.

Ese desgraciado de Jintar. Tan apuesto. Barba afilada. Ojos como nubes grises. Incluso las líneas de la cara parecen distinguidas.

Pero cuando Borgin levanta el dedo para señalarle, la devaroniana se le acerca, le agarra el dedo y lo dobla hacia atrás. El dolor le llega hasta el hombro como un disparo de bláster. Aúlla de una forma vergonzosa: un chillido agudo, propio de un cerdo. Como cuando un ugnaught resbala y cae en la maquinaria de la ciudad.

Borgin se arrodilla y la devaroniana le coloca el cañón del rifle bláster en la frente.

—Espera —dice Jintar, agarrándola de la muñeca. Ella sisea como una serpiente.

Jintar no mueve la mano, y le dice:

—Déjame hablar con él.

Kars asiente.

—Déjalos hablar. Pero vamos con el tiempo justo. Que sea rápido —entonces le grita al droide sirviente—: Ve a buscar el panel de acceso.

¿Panel de acceso? La mirada de Borgin sigue al droide, que cruza el recibidor tambaleándose y sigue por el pasillo. Pero antes de que pueda ver adonde se dirige, la devaroniana le agarra la barbilla violentamente y le gira la cara hacia ella.

—Tu amigo quiere hablar contigo.

Jintar se arrodilla.

—Bor —dice—. Escúchame. Nos han mentido. Adelhard ha sellado todo el sector. Bloqueos enormes con un puñado de imperiales. Pero no es así como mantienen el control. Mantienen el control mintiéndonos —toma una respiración profunda—. El Emperador ha muerto, Bor. Lo han confirmado.

—¡Es mentira! —grita Borgin—. ¡Eso es lo que *ellos* quieren que creas! —y hace un gesto con la barbilla hacia el rebelde, Kars. El pirata descuidado con la armadura de retazos frunce el entrecejo y niega con la cabeza mientras Borgin sigue hablando—. He visto los holovídeos. Y tú también. Palpatine está vivo, está en Coruscant y…

—Es un suplente. Un imitador. *Un actor*.

—No. Son mentiras rebeldes.

—Los hemos comparado. Los vídeos no coinciden, la persona que hay debajo de la túnica negra no es Palpatine. La barbilla es distinta. Es una mala imitación.

—Eres un traidor.

Jintar cambia de expresión. Sus ojos se llenan de tristeza.

—No, Borgin. Tú eres el traidor.

—El Imperio se ha portado bien con nosotros.

—Sí. Pero no se ha portado bien con el resto de gente. Y la gente buena de la galaxia lo verá. Por eso te estoy pidiendo que actúes —la voz de Jintar se suaviza. Es un hombre que podría convencer a un perro slakari para que se aparte de un cadáver putrefacto—. Nos iría bien tu ayuda.

Ayuda. ¿Quieren *su* ayuda?

Eso no va a pasar. Borgin gruñe. Estuvo en varias peleas en el pasado, cuando era un joven magnate minero en la luna de Sevarcos. Ahora es mucho mayor y mucho más pesado. Pero se pone en pie con fuerza, golpeando la cabeza de Jintar con la suya…

Ve las estrellas y cae de nalgas al suelo. Alguien intenta cogerlo, pero se pone a gritar y aparta la mano.

Jintar tiene una expresión de dolor, y en la frente se le ve el principio de un moratón incipiente. Borgin traga saliva y nota el sabor de la sangre.

Es el turno del rebelde. Aparece Kars. Borroso. Borgin parpadea. El pirata se rasca la barba de varios días, hace piruetas con la pistola y le dice:

—Vamos a hablar. Tienes un panel de acceso en la parte de atrás. A través de un conducto, comunica con los aposentos del Gobernador Adelhard, en la torre principal. Necesitamos abrir ese panel. Si nos das el código estaremos muy contentos. Si no nos das el código, tendremos que hacerlo a nuestra manera —la boca de Kars forma una sonrisa afilada y endiablada—. Y no estaremos nada contentos.

—¡Salvajes! ¡Abusones! *¡Criminales!*

—Muy bien —dice Kars, suspirando—. ¿Rorna?

Hace un gesto con la cabeza y la devaroniana le pega un puñetazo a Borgin en el costado. Borgin se retuerce, gimoteando. Jintar le coge las manos y se las pone por detrás de la espalda. Borgin nota que le meten las manos dentro de algo. Una bolsa de tela. Un calcetín, quizá. Entonces oye el ruido de la cinta adhesiva saliendo del rollo cuando le sujetan las muñecas.

—¡Linara! —grita—. ¡Linara, sálvame!

Pero su novia se limita a contemplarlo como una madre decepcionada mira a un niño revoltoso. Le pregunta a Kars:

—¿Puedo hacer algo?

El pirata suelta una risita y le lanza un rollo de cinta adhesiva.

—¿Por qué no le cierras ese agujero flatulento que tiene por boca?

Borgin protesta:

—Linara, he sido bueno contigo. Nos queremos. No me hagas esto. ¡Te castigaré! ¡Castigaré a tu familia entera! ¡Cerraré sus préstamos y se les amontonarán los deudores y…

Linara le cubre la boca con cinta. Y no se detiene ahí. Le cubre la cabeza entera. Una vuelta, dos, tres. Parece que lo está disfrutando.

—¡Mmph! *¡Mmph!* —Traducción: *El Emperador os cortará la cabeza por esto*.

Kars asiente. Desde la parte trasera del domicilio llega el sonido de un taladro. Kars habla por el comunicador que lleva en la muñeca:

—Dile a Lobot que tendremos que hacerlo por las malas.

—Podríamos torturar al ricachón y sacarle el código —dice la devaroniana dice en voz baja, con una sonrisa salvaje.

El pirata hace un gesto de negación, se aparta el comunicador y le dice.

—No. Tenemos instrucciones muy concretas. Nada de cosas así. Tenemos que ser limpios por encima de todo… blablablá… la Alianza no lo hace «así» —entonces vuelve a hablar por el comunicador—. Sí. Sí, estoy escuchando. Dile a Lobot que esté preparado con el equipo de intrusión. Y envíale un mensaje a Calrissian. Dile que casi estamos dentro y que ya puede transferirnos los créditos —hace una pausa—. No, ¿sabes qué? Dile que esta vez lo hacemos gratis. Paga la casa. Dile que él y sus colegas de la Nueva República me deben un favor. Que le quede muy claro. Un gran favor.

Escoria. ¡Escoria!

Jintar se arrodilla una vez más.

—Estás en el lado equivocado de la Historia, Bor. Nunca has entendido que la galaxia es mucho más que un solo hombre.



CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Los pálidos cielos azules de la atmósfera dan paso a la oscuridad gradual del espacio. Y esa escala de grises acaba convirtiéndose en la oscuridad absoluta. El vacío reconfortante. Porque eso es lo que es para Rae: un vacío reconfortante. Le ofrece un descanso. La inmensidad. La infinitud del universo. Se siente pequeña en su interior, pero a la vez se siente poderosa al hacer cosas que importan.

Sin embargo, ahora mismo no puede encontrar la calma.

Ahí delante, en la oscuridad del espacio, se está librando una batalla descarnada.

Una batalla brutal de grandes dimensiones. Sin elegancia, sin aplomo. En un lado, un trío de destructores estelares lanzando una salva tras otra con sus cañones láser. Ataques dirigidos a la flota rebelde que acaba de llegar: cinco naves, más pequeñas que los destructores, pero no menos potentes. Y entre las dos flotas, enjambres de cazas que parecen bandadas de aves nocturnas. Intercambiando disparos. Algunos cazas explotan y caen en espiral como molinillos pirotécnicos en manos de un niño.

Rae se muerde el labio.

—¿Cómo vamos? —le pregunta a Morna.

—Cojeando como podemos —le responde la piloto.

—Me da igual si corremos o cojeamos. Pero llévenos a casa.

La Comandante Agate está temblando.

Es normal. Al menos para ella. Ha empezado la batalla. Al principio de cualquier batalla, se pone a temblar. Es una combinación de nervios por la batalla y de descarga de adrenalina, que la invade como una sobrecarga eléctrica recorriendo los sistemas de toda una nave. Durante años, intentó ocultarlo. Se medicaba para que no le temblaran las manos. Intentaba estar sola, escondida durante los primeros momentos de una batalla. Porque no podía permitir que lo viera la gente a su alrededor. El temblor era un signo de debilidad. Pero al final llegó a una conclusión: que la gente lo viera y que a ella no le importara era un signo de fortaleza.

Y ahora tiembla. Y se lo permite. Es una parte natural de quién es ella como combatiente, como líder militar.

Se calma observando la oscuridad del espacio. Y luego devuelve la mirada al holomapa de la batalla proyectado sobre la mesa. Todas las piezas se mueven por el mapa en un baile caótico. Pero dentro del caos hay un cierto orden. Un orden especial, bello incluso.

Aparece una nueva señal parpadeante en el mapa.

Agate toca la señal en medio del aire, amplía hacia este huésped inesperado.

¿Un yate? Totalmente *inesperado*.

¿Es imperial? O quizá sea un terrateniente akivano desafortunado que intenta huir apresuradamente durante… ¿una batalla espacial? El piloto es un idiota o un genio. Agate se dirige al Alférez Targada, un klatooiniano arisco de frente pronunciada y expresión rabiosa, un ex-esclavo que es extremadamente leal a la Nueva República. Le pide que siga la trayectoria de la nave.

—Se dirige a ese destructor estelar —dice Targada.

Entonces es imperial.

¿Deben derribar el yate?

Agate duda. Las cosas se mueven con más lentitud de lo que uno podría esperar: enormes naves capitales disparando ráfaga tras ráfaga mientras los cazas hacen piruetas y tirabuzones entre las estrellas. Una planificación cuidadosa puede ser de gran ayuda. Pero dudar demasiado puede ser un obstáculo.

—¿Concentramos el fuego en ese yate? —pregunta Targada, como si le leyera la mente.

—No —dice ella rotundamente—. Está dañado. Quizá lleve dentro objetivos de gran valor. Si los destruimos, quizá estamos destruyendo una fuente de información muy útil —y entonces maldice en voz baja. En un mundo ideal, harían una maniobra y capturarían el yate. Pero la batalla no permite semejante maniobra de precisión—. Vamos a eliminar sus opciones de aterrizaje. Concentre el fuego en ese destructor estelar. Si no tienen un lugar en el que aterrizar, serán presa fácil.

El hombre extraño se lanza sobre Temmin. Tiene una nariz verrugosa y unas mejillas rojas y llenas de cráteres. Lleva uniforme de piloto.

—¿Qué está pasando? —pregunta. Las luces se encienden y se apagan—. ¿Qué le ha pasado a mi nave, granuja?

Temmin lo empuja hacia atrás.

—¡Suéltame!

—Será mejor que me digas qué ha pasado —grita el hombre—. ¿Has hecho algo? ¿Eres un insurgente? ¿Un terrorista rebelde? Escoria. ¡Escoria!

Vuelve a lanzarse sobre Temmin.

Temmin grita y le lanza un puñetazo, que le impacta en la nariz con un golpe seco. El hombre cae al suelo, gimoteando:

—Mi nave. ¡Mi nave!

Temmin no tiene tiempo para esto.

Mira a su alrededor. Le cuesta ajustar la vista con las luces que parpadean constantemente. El piloto empieza a gatear hacia la puerta, y Temmin se arrodilla delante de él.

—Saliendo de este camarote, solo hay la muerte. ¿Me oyes? La muerte.

—¡Eso no lo sabes! ¡Necesito ir a la cabina! Puedo pilotar esta nave. Yo. Solo yo. Soy un buen piloto. O… lo fui. Lo era.

—Entonces tenemos que llegar hasta la cabina. Pero las puertas de presión están cerradas, cabeza de nerf. ¿Te conoces esta nave? Dime cómo llegar… a algún lugar, *a cualquier lugar*.

El hombre gruñe y se pone en pie. Sus huesos y articulaciones crepitan.

—Aparta… aparta la cama. Debería haber una compuerta de mantenimiento debajo. Pero no tengo herramientas para abrirla.

¿Es que nadie va preparado? Temmin hace girar los ojos y se saca la multiherramienta del cinturón. Empieza a apartar la cama. Y ahí está: una compuerta plana sellada con tuercas flanser. Tardará un poco. Se pone a trabajar.

Norra observa a Pandion, que se acerca a Sinjir. No ha dejado de mirarlo de una forma muy particular.

—Antes era imperial —le dice Pandion—. Oficial imperial de lealtad. ¿No es así?

—Correcto —dice Sinjir.

—Qué irónico. Que su propia lealtad esté en tela de juicio.

—No exactamente. Durante mi formación, me enseñaron a ver la debilidad en los demás. Era cuestión de tiempo que empezara a ver la debilidad en el Imperio —Sinjir sonríe, mostrando sus dientes ensangrentados—. Examinando el Imperio con atención, resulta evidente que está totalmente lleno de grietas y fisuras.

Pandion se le acerca más. Con un paso lento y comedido. Tiene expresión de crueldad en los ojos, que parpadean y se iluminan al ritmo de las luces de la nave.

—La única debilidad del Imperio es la gente como usted. Gente que no está suficientemente entregada. Gente que traiciona a la causa por culpa de sus propios defectos personales. Corazones deshechos, mentes pequeñas. El Imperio se hace más fuertes cuando caen ineptos como usted.

Incluso con las manos atadas en la espalda, Sinjir logra encogerse de hombros.

—A mí me parece —dice Sinjir— que la debilidad del Imperio reside en hombres como usted, Moff Pandion. Inútiles insignificantes. Gente que quiere ser líder pero que en realidad no quiere *liderar*. Además, ¿qué es un moff en realidad? Un simple jefe de sector. Incluso el nombre suena débil. *Moff*. *Moff*. Es como el ruido que hace un perro al regurgitar la cena…

Plaf. Pandion le da una bofetada.

Un hilillo de sangre le cae desde el labio hasta la barbilla.

Sinjir se relame la sangre.

—*Moff, moff, moff* —vuelve a decir, con tono burlón.

Norra le advierte:

—Sinjir, no…

Pero es demasiado tarde. Pandion se le echa encima. Lo agarra por el cuello de su uniforme de oficial robado. Lo golpea una vez, dos, tres. La cabeza de Sinjir cae sobre el hombro.

—¡Basta! —grita Norra—. Basta.

Pandion se vuelve hacia ella.

—¡Silencio, escoria!

Sinjir aprovecha la oportunidad. Le escupe un diente, uno de los suyos, a la cara. Acierta en el espacio entre los ojos. Pandion parpadea, sorprendido. Y Sinjir aprovecha para pegarle un cabezazo.

Crack.

Pandion se tambalea hacia atrás. Dos hilos de sangre le caen de la nariz. Se le deforma la cara como un nudo terrible.

—¡Tú! Traidor —se limpia la sangre de la nariz y desenfunda el bláster—. No llegarás al juicio.

Jas interviene:

—Déjeme hacerlo a mí.

Pandion la mira de reojo.

—¿Qué?

—Lo haré. Por el precio justo.

—¿Precio? ¿Después de haberse aliado con *esta* gentuza?

—El precio por su cabeza era muy alto, Pandion. Pero estoy seguro de que hay suficientes créditos para compensarme. A juzgar por el aspecto de este nave, deduzco que

estamos en la nave de un banquero. Seguro que estará dispuesto a pagarme más de lo que la Nueva República me ofrecía por capturarle.

—¿Capturarme?

—Todo esto se trataba de usted. La recompensa por usted es muy alta.

Pandion sonríe.

—Claro. Me lo tendría que haber imaginado. ¿De cuánto era la recompensa?

—Diez mil créditos.

—Tendría que haber sido más alta —dice, irritado—. Muy bien. Le daré veinte mil créditos del bolsillo de Arsin Crassus por ejecutar a este traidor. Aquí mismo, ahora mismo. ¿Qué me dice?

Crassus se pone en pie, balbuceando de indignación:

—¿Qué? No puede. ¡Yo no he hecho esa oferta!

—Ya, pero intuyo que no es su deseo decepcionar al Imperio —dice Mofif Pandion, apuntando a Crassus con el bláster—. ¿Verdad?

—Ah… tiene toda la razón. Lo que es mío es suyo.

Pandion suelta una risita.

—Bien —se acerca a Jas Emari y le tiende el bláster—. Aquí tiene, zabrak. Cójalo. Es suyo. Oh. ¿Qué pasa? ¿Que tiene las manos atada? —chasquea la lengua—. Qué pena. Supongo que entonces no hay trato. Porque resulta que el Imperio *ya no* hace tratos con cazarrecompensas.

Levanta la mano del bláster y se dispone a asestarle un golpe con la culata.

Norra grita.

Pero Jas es rápida. Sus manos… ya no están atadas. Se ha liberado de alguna manera. Coge la mano de Pandion y le retuerce la muñeca. Pandion suelta un grito, Jas le quita el bláster de la mano y se pone detrás de él, apuntándolo a la cabeza.

—Que nadie dispare, o le rebano los sesos con su propio bláster —avisa Jas.

Jylia permanece sentada. Crassus permanece en pie.

Los soldados de asalto y los guardias imperiales le apuntan con sus armas, pero Pandion les hace un gesto para que las bajen, diciendo:

—No. No. Esperad. Bajad las armas. Dejadla hablar.

«¿Cómo se ha liberado?», piensa Norra.

Entonces Sinjir se levanta. Se suelta las esposas y las deja caer.

De repente, una voz la llama por detrás. Se da la vuelta y busca. Ve un par de ojos mirándola por la rejilla de ventilación que recorre el zócalo del camarote. Una pequeña multiherramienta sale por la rejilla. Oye una voz:

—Mamá, acerca las muñecas. Puedo forzar la cerradura.

Delante del yate, Rae ve que un caza TIE se les acerca haciendo tirabuzones descontrolados. Le sale fuego de un lado, devorado por las fauces despiadadas del

espacio. Morna tira con fuerza de la palanca de mando, y logra apartar este ladrillo volante justo a tiempo.

El yate se estremece cuando el caza TIE explota, fuera de su campo de visión.

Delante, un par de cazas TIE bajan en picado a la caza de un Ala-X rebelde.

Detrás de los cazas, se encuentra el destructor estelar *Vigilancia*. «Ya no está lejos», piensa Rae.

Llama a Tothwin por el comunicador.

Su rostro nervioso aparece en pantalla.

—Vamos a entrar —dice Rae—. Muelle G2D1.

—Por supuesto, Almirante. Estamos recibiendo muchos daños y los escudos…

Morna se inclina hacia el comunicador.

—Venimos a toda velocidad. No puedo frenar esta cosa. Algo se ha roto.

Rae añade:

—Preparen droides extintores, llegamos…

Un poderoso disparo láser cruza el espacio desde una de las fragatas rebeldes. Impacta en el *Vigilancia*. En el puente de mando hay una explosión de fuego y empiezan a caer restos del techo. La imagen de Tothwin desaparece. Se cierra la comunicación.

—¿Almirante? —pregunta Morna—. No podemos aterrizar ahí. El *Vigilancia…*

—Sigue ahí, de momento. El plan es el mismo.

—Almirante, le recomiendo encarecidamente…

—Tengo un plan. Llévenos hacia ahí. Al mismo muelle. El *Vigilancia* sigue ahí y tengo un plan.

Hay tanta tensión en la sala que si alguien dejara caer un alfiler, todo el mundo empezaría a disparar los blásteres. Jas sigue con el bláster en la frente de Pandion, agarrándolo del cuello con la otra mano. Norra se ha levantado y se ha quitado las esposas. Sinjir está ayudando aTemmin a salir por una escotilla de mantenimiento en medio de la sala. Norra corre hacia él y lo levanta del suelo en un abrazo largo y aplastante.

Pandion se ríe de ellos:

—Qué emotivo. ¿Y ahora qué, cazarrecompensas? Solo tenéis un arma, y nosotros una docena.

—Esta le apunta directamente a la cabeza —dice.

—Ah, sí. Pero *entonces*, ¿qué pasará exactamente? Aterrizaremos y… ¿seguirá con esta amenaza? Al final, habrá alguien a quien no le importe si yo vivo o muero.

—Diría que ya he encontrado unos cuantos.

Pandion se ríe de ella.

—Esta farsa es temporal. ¿Cuál es su plan?

Jas se relame los labios con una sonrisa salvaje.

—No tengo ningún plan. Lo que tengo es *su* bláster y *mis* amigos. Y la suerte nos acompaña. Además, se nos da muy bien improvisar, como puede ver.

—Pagará por esto.

—No —dice—. *Me* pagarán por esto.

Rae se abrocha el cinturón.

El destructor estelar se acerca cada vez más. El muelle G2D1 les espera, cubierto por el leve resplandor azul de los escudos. Unos escudos que, según parece, están fallando. Eso significa que dentro de poco el *Vigilancia* dejará de existir.

Le dice a Morna:

—Confío en que no nos matará.

La piloto asiente:

—Ese es el plan.

Morna hace una mueca cuando el yate se introduce en la entrada del muelle. Rae siente la velocidad. Todo se les acerca muy rápido. Demasiado rápido. Se precipitan contra el suelo.

El yate golpea el suelo violentamente. Rae siente una descarga de dolor en las muñecas y el cuello. Como si la fuerza de la gravedad quisiera partirla en mil trozos. El yate aterriza estrepitosamente. Las luces vuelven a apagarse. Lo único que oye es el frotar desgarrador de metal sobre metal, cuando el yate derrapa descontroladamente por el muelle del destructor estelar imperial.



CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Fzzt. Fzzt.

Chispas en la oscuridad. Los circuitos chisporrotean. Se desprenden algunos paneles, colgados de cables sueltos. El aire está lleno de humo. El olor predominante es una mezcla de metal caliente y plástico fundido. Un tercer hedor: ozono eléctrico.

Entra luz desde fuera. Una luz estridente, brillante, artificial.

Norra gruñe y levanta el pecho del suelo desigual. Intenta saber qué ha ocurrido. Enseguida llega a una conclusión, porque ha estado en esta situación muchas veces.

Han hecho un aterrizaje de emergencia.

A sus pies está Temmin, inmóvil.

Oh, no.

—Temmin. ¡Temmin! —grita Norra, intentando incorporarlo. Temmin da una respiración profunda y abre los ojos, parpadeando rápidamente. Norra ríe y lo abraza.

—Ay —dice él.

—Lo siento.

—No. Lo siento yo.

—Ahora no —dice—. Luego. Ahora tenemos que…

Ahí cerca, alguien se mueve. Norra ajusta la vista y descubre a Jas saliendo de una nube negra en medio del camarote. A sus pies hay un cuerpo. Jas apunta el bláster y dispara.

La descarga azul de un disparo aturdidor atraviesa el aire.

Quien fuera que estaba ahí tumbado se estremece y se queda inmóvil.

Jas mira hacia ellos. Al ver a Norra, le ofrece la mano y la ayuda a levantarse. Entonces ve a Temmin. La cazarrecompensas le dice:

—Llegas tarde.

—Jas, lo siento mucho, yo no quería…

—Basta. Estamos bien.

Por detrás, oyen a alguien tosiendo y escupiendo.

—Sí, por favor —dice Sinjir—. Basta. Todavía no estoy muerto pero podría atragantarme con vuestra sensiblería. No sé *exactamente* qué ha pasado, pero me apostaría una fortuna a que no tenemos tiempo que perder.

—Hablas mucho para no tener tiempo que perder —dice Jas.

—Y a ti sin duda te encanta decir siempre la última…

Norra les interrumpe:

—Equipo, concentración. ¿Cuál es la situación?

—Nos hemos estrellado —dice Jas—. Obviamente —hace un gesto con el pie—. Ese cuerpo es el del Consejero Yupe Tashu. Está aturdido. También he asegurado a Jylia Shale, la general —señala hacia el fondo y Norra puede ver una forma arrugada—. Detrás está Crassus. No ha sobrevivido. Igual que la mayoría de estos soldados de asalto.

Uno de ellos empieza a moverse. Jas le lanza un disparo aturdidor, y el soldado suelta un gruñido y se queda inconsciente.

—¿Y Pandion?

—No está.

Norra asiente.

—Vamos.

Van hacia el fondo del camarote. Juntos, empujan la plancha de metal de donde viene la luz. Entre todos, logran levantarla lo suficiente para salir.

Al salir, ven la entrada del muelle. Un rectángulo que da al espacio. Ahí fuera, una batalla estelar: naves de la Nueva República lanzando descargas láser con sus cañones. La oscuridad del espacio, iluminada por la batalla.

Se encuentran en el muelle de un destructor estelar imperial. Suenan las alarmas.

La nave entera se estremece y vibra.

Un interceptor TIE entra en el muelle con estruendo agudo, perseguido por un par de cazas con aspecto de punta de flecha. Son Ala-A. Norra piensa: *Quiero estar ahí fuera*.

Es una sensación extraña. Le provoca terror. Pero se muere de ganas igualmente.

—Mira —dice Temmin. Norra mira lo que está señalando.

En el otro extremo del muelle hay una hilera de lanzaderas de clase Lambda y un par de cazas TIE. Una de las lanzaderas se levanta del suelo.

—Tú —dice Norra, apuntando a Jas—. Llévate a los demás. Coge a tus prisioneros y subios todos en una de esas lanzaderas. Sabes pilotarla, ¿no?

Jas asiente.

—Reconozco que no tan bien como tú, pero sí. Soy competente.

—Competente —dice Sinjir—. Otra vez esa palabra.

—Ayúdala, Sinjir. Temmin, necesito que hagas algo realmente importante. ¿Me escuchas?

—… Sí. ¿Qué es?

—Vuelve al yate. Busca al Capitán Wedge Antilles. ¿Me oyes? Búscalo y sácalo de ahí —y piensa: *Por favor, que esté bien. Después de todo esto…*

—Mamá —le pregunta Temmin—, ¿qué vas a hacer tú?

—Voy a montarme en uno de esos cazas TIE y voy a perseguir a quienquiera que vaya ahí dentro —y señala hacia la lanzadera que se les echa encima, disparando los cañones. Norra tira a los demás al suelo detrás de los restos del yate, esquivando la línea de cráteres que va dejando el cañón láser en el suelo del muelle. Que se detiene cuando la lanzadera atraviesa la salida y sale al espacio exterior.

Norra no pierde ni un momento porque no hay tiempo que perder.

Ya se ha puesto en pie y corre hacia los cazas TIE. Oye a su hijo que la llama, que le pide que no se vaya, que le pide que no muera, que le pide que lo deje correr. Pero Norra sabe que no puede. Sabe muy bien quién es y qué hace. Y es esto. Es hora de volver a pilotar.



CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Siente una vez más la libertad del caza TIE. Una libertad de locos. Norra sale con el pequeño caza imperial al fragor de la batalla. Llegan disparos de cañones desde todas direcciones, un sinfín de disparos láser cruzados en el vacío que se le abre delante. Busca su presa en el radar. Justo cuando ve la señal de la lanzadera clase Lambda, un Ala-X hace un picado y se le echa encima como un ave de presa. Entonces se da cuenta: *Voy en una nave imperial*.

Los Jedi son famosos por su uso de la Fuerza. Norra no sabe exactamente lo que es, ni siquiera si es algo real, aunque viendo a Skywalker uno no cree que sea un mito. Lo que está claro es que ella no la tiene. Da igual. Ella tiene lo que tiene. Que es una capacidad increíble para *desconectar el cerebro*. Impedir que la mente se disperse. Dejar de pensar en los detalles.

Dejar de pensar. Limitarse a *sentir*.

Cuando el Ala-X se le echa encima, reacciona sin pensar. Hace subir el TIE, en dirección contraria al Ala-X. Entonces tiene un Ala-Y delante. Tiene que agitar el TIE de estribor a babor y de babor a estribor para evitar los disparos.

Coge rápidamente el comunicador y llama a un canal rebelde:

—Aquí Norra Wexley, identificador Oro Nueve. Estoy a los mandos de este TIE. Repito: estoy a los mandos de este TIE.

Mentalmente, añade algo más: *Por favor, no me matéis*.

La Comandante Agate se encuentra en el puente de mando de la vieja fragata alderaaniana, la Aguja Solar. Observa cómo se desarrolla la batalla. Es fácil perderse contemplándola. No por no saber lo que está ocurriendo. Más bien verse atraído como un insecto a una linterna de plasma. Quedar como hipnotizado. Entonces se da cuenta: *Estamos ganando esta batalla*.

Lo que significa que están ganando la guerra.

Entonces en su subconsciente se forma una nueva pregunta:

¿Entonces qué?

Detrás de Agate se encuentra el Alférez Uray, un pantorano de piel azul. Uray le dice:

—Estamos ganando este enfrentamiento, Comandante.

—*Estamos ganando* no es lo mismo que *hemos ganado*. Mantengan la presión.

—Sí, Comandante. Hay algo más —hace una pausa, y entonces dice—. Ahí fuera hay un caza TIE, y la piloto dice… dice que es de los nuestros. Del Escuadrón Oro.

—Eso parece poco probable.

—Pero eso dice ella.

Se queda pensando. Podría ser una trampa. Pero… ¿con qué objetivo? ¿Qué podría hacer un solo caza TIE? Son máquinas suicidas. ¿Por qué hacer una treta semejante?

Siente una punzada en la barriga, que le indica qué decisión tomar.

—Denle apoyo. Contacte con ella por el comunicador. Veamos qué está pasando.

Calcular las coordenadas del hiperespacio en plena batalla no es cosa fácil. Si se hace mal y la nave acaba en el lugar incorrecto, el único lugar que se alcanzará a la velocidad de la luz será la propia tumba. Aunque Rae reconoce que si alguna vez tiene que morir, debería ser aquí fuera, en el espacio. *Polvo estelar somos, y al polvo estelar regresamos*. No le interesa demasiado la poesía, pero este verso en concreto le llama la atención.

—Casi estamos —dice Rae—. Siga así, Morna.

La piloto asiente con la cabeza.

En su interior, Rae lamenta la pérdida de los que han dejado atrás. Especialmente Adea. No puede saber si está viva o muerta.

Adea sin duda se merece vivir. Pero si ha muerto, entonces ha sido una muerte noble al servicio del gran Imperio Galáctico.

La puerta de la carlinga se abre con un silbido.

No deja de ser curioso, porque Rae y Morna Kee son las únicas tripulantes de esta lanzadera. O eso creía.

Se da la vuelta, sabiendo muy bien a quién va a ver.

Pandion.

Lleva un bláster en la mano. Tiene un corte largo en la ceja, de donde baja un hilillo de sangre seca. Parece que tiene la nariz rota. Tiene la boca ensangrentada y el uniforme sucio, polvoriento y hecho jirones.

—Ha sobrevivido —dice.

—Efectivamente —dice con una sonrisa curiosa. Una sonrisa que se desvanece rápidamente—. Deje que le diga lo que va a ocurrir ahora. Vamos a dirigirnos al *Devastador*. Me llevará a ese destructor estelar y entonces yo tomaré el control. Ahora es mío, Almirante, no suyo. La última gran arma del Imperio está en mis manos, porque usted es incapaz de utilizarla.

La lanzadera esquiva una ráfaga de disparos. Rae se pone recta en su asiento. Pandion sigue de pie, frunciendo el ceño y mirándola con expresión maliciosa.

—Estúpido —le dice Rae—. Estúpido egoísta. Gran Moff. *Bah*. Se equivoca completamente. El *Devastador* no es mi última arma. Tampoco soy yo quien lo controla. Hay… alguien más.

A Pandion le cambia la cara.

—No querrá decir…

—Eso quiero decir. No ha muerto.

—Pero dijo que *había muerto*.

—Mentí —dice Rae, encogiéndose de hombros.

—Todo esto… ha sido su plan, ¿no? Tendría que haberlo visto. He caído en su trampa. *Todos* hemos caído en su trampa. Traidora. Maldita desgraciada traidora.

El pánico se apodera de ella. «No, no estaba previsto que fuera así», piensa. Pero entonces se da cuenta de algo mucho más terrible: ¿Y si estaba previsto así?

¿Y si este era el plan desde el principio?

De repente, la nave se estremece. Morna, sin apartar la vista del tablero de mandos, dice:

—Tenemos compañía. Es un solo caza TIE. ¡Nos está disparando! Y se acercan varias naves rebeldes. Nos disparan.

Rae frunce el ceño.

—Cambio de planes. Será mejor que se abroche el cinturón, Valco. Va a ser un trayecto agitado.

A Norra le sienta bien volver a estar aquí arriba. Dentro del caza TIE, tiene la impresión de que podría enhebrar una aguja. Ahí delante: la lanzadera. Dispara varias veces, pero los escudos deflectores de la lanzadera aguantan. Pero no aguantarán durante mucho rato. Especialmente con el escuadrón de Ala-Y que acuden en su ayuda. Pero entonces, justo cuando tiene la lanzadera en el punto de mira…

Cazas TIE. Como un enjambre de avispas. Se le echan encima. Ya no la perciben como un imperial, y están empezando a disparar. Se aleja. Tres de ellos la siguen como imanes. Siguen cada giro, cada viraje, cada tirabuzón. Los lleva en dirección a los Ala-Y.

Los cazas rebeldes, que están justo delante.

Le dice al comunicador:

—Mantened el objetivo.

Parece una misión suicida. Como el juego de la gallina con los suyos, con sus propias naves. Pero saben lo que está haciendo. Es una maniobra practicada. Una maniobra que los imperiales nunca se esperan.

En el último minuto, asciende y los Ala-Y abren fuego.

Los TIE quedan reducidos a pequeñas llamas, que se agotan rápidamente.

Es hora de volver a esa lanzadera.

Tardará un poco. La lanzadera se ha desviado de su trayectoria.

Ahí. *Ahí*. Se dirige hacia otro de los destructores estelares. La lanzadera desciende hacia la enorme nave imperial. Norra apunta los cañones. Y empieza a disparar.

Pandion ha decidido permanecer en pie.

Como ella se esperaba. No se sentará. No se arriesgará a mostrar debilidad.

«Eso será su perdición», piensa Rae.

—Ahí está su destructor —le dice—. El *Victoria*. Va a ser mío.

Pandion ríe.

—Creo que sobrestima su…

Rae se mueve con rapidez, arrebatándole a Morna la palanca de mando. La inclina con fuerza a la derecha, y la nave da un giro violento.

Pandion pierde el equilibrio. Morna endereza rápidamente la nave. Cuando el moff recupera el equilibrio, Rae ya se ha levantado del asiento. Le da un puñetazo en la barriga y entonces le quita el bláster de las manos.

Le dispara en la barriga y le pega una patada para sacarlo fuera de la carlinga.

La puerta se cierra. Los dedos de Rae se mueven rápidamente por el teclado que hay junto a la puerta. Se asegura de que la puerta quede bien sellada. Oye gritos al otro lado. Golpes de puño en la puerta.

La nave se estremece con los disparos de ese caza TIE.

—Vamos a darles lo que quieren —dice Rae—. Vamos a darles esta nave. Vamos a darles a Pandion. Vamos a darles un espectáculo.

Morna asiente.

Empieza la secuencia de desenganche, mientras Rae introduce los códigos de autodestrucción en la matriz del hiperimpulsor.

Todo pasa tan lento y a la vez tan rápido. Norra dispara los cañones del TIE contra los motores de la lanzadera. Acaba con los escudos como un niño rasgándole la pintura a uno de sus juguetes. Entonces logra un impacto directo. Los motores emiten un resplandor azul, y Norra espera que se apaguen.

Pero no lo hacen. Más bien al contrario.

Empiezan a emitir una luz crepuscular. Norra tiene que cubrirse los ojos.

La lanzadera se inclina repentinamente a la izquierda. Pero no es el viraje de una nave. Más bien el movimiento aleatorio de un trozo de chatarra en medio del espacio. Y lo entiende tarde. Demasiado tarde. *Va a explotar*.

Y explota. La lanzadera entera se estremece y estalla. El espacio abierto se llena de llamas. Norra intenta apartar el TIE, inclinando la palanca de mando para girar rápidamente hacia estribor. Pero el fuego alcanza su ventana y la nave entera tiembla. Empiezan a saltar chispas del tablero de mandos y del techo. *«Eso es todo. Se acabó»*, piensa Norra.

Al menos he caído haciendo lo que quería hacer.

Al menos he caído luchando.

Al menos Temmin sabe que le quiero.

Te quiero, Temmin…

Y todo se funde en negro.

INTERLUDIO

CHAND JAKKU RILA

«Este sitio está muerto», piensa Corwin Ballast.

Ahí fuera no hay nada. Es la nada, prolongada hasta el infinito. Una corteza seca de desierto. Latigazos de polvo llevados por el viento. Más allá están las dunas, montículos de arena roja como el fuego. Parece que se extiendan para siempre bajo este cielo sin nubes.

Detrás de Corwin hay una serie de tiendas raídas y harapientas. Levantadas por fragmentos de postes y barras de hierro oxidadas, algunos de ellos retorcidos como si tuvieran artritis. El viento amenaza con levantarlo todo y llevárselo volando, pero nunca lo hace. Estas tiendas llevan aquí tanto tiempo que ya forman parte del planeta. Como su gente.

Corwin baja del deslizador, un cacharro renqueante que le compró a un par de anchoritas en las afueras de Tuanul. Les dio más de lo necesario. Caridad. ¿Qué importa eso ahora? Entonces se adentra en una tienda, pasando entre carroñeros y gente solitaria. Son las sobras de la galaxia. Todos tienen las mejillas polvorientas. Y cubiertas de cicatrices. Están marcados por la dureza del lugar. Se le pone delante un hombre tosco de cara redonda, con una corona oscura de pelo ralo y un cuerpo orondo cubierto de harapos. Se relame los labios agrietados y suelta una risita.

—¿Qué tenemos aquí?

Pero Corwin conoce el juego. No es tonto. Ya no. Con el pulgar se desabrocha la chaqueta y la echa para atrás. Deja entrever un arma esbelta de cañón ancho y aspecto malvado, un repetidor bláster HyCor.

Al ver el arma, el hombre harapienta gruñe y se va hacia otra parte, en busca de presas que no piquen ni muerdan. Corwin, por su parte, se acerca a la barra.

No es gran cosa. Está hecha a partir de trozos de chatarra soldados entre sí. El conjunto está torcido y encorvado, aproximadamente en forma de semicírculo. Por encima de la barra cuelga la carlinga de un vehículo minero de concusión Rakhmann 323. Un fino dosel metálico atravesado por la arena y el polvo.

Corwin se sienta en un taburete oxidado junto a un alienígena con cara de calavera y cuencas de los ojos vacías. Es un uthuthma. Lleva una especie de bufanda hecha con cadenas que le cubre las fauces abiertas, con todos los dientes a la vista.

—*Matheen wa-sha wa-sho tah* —le dice el alienígena en su lengua. Corwin no sabe si es una afirmación o una pregunta.

Lo único que hace es guiñarle el ojo al desconocido y levantar el pulgar. El uthuthma sigue mirándole con esas cuencas vacías a las que llama ojos. Alguien se aclara la garganta detrás de la barra, con un ruido fuerte y profundo. Corwin mira al camarero.

Un hombretón. Mucho músculo convertido en grasa. Nariz como un árbol caído. Todo el lado derecho de la cara está cubierto de cicatrices, algunas de ellas grumosas, con trozos de arena y piedra pegadas. Hay un grano de gravilla más grande que la yema del pulgar de Corwin. Le sobresale de la mejilla como una roca en medio del desierto.

—¿Qué tomas?

—¿Qué tienes?

—Una sola cosa. Lo llaman Néctar Tetumba.

—Si solo tienes una cosa, ¿por qué me preguntas qué tomo?

El camarero se encoge de hombros y resopla.

—A la gente le gusta creer que puede elegir. Les reconforta en estos tiempos tan extraños.

—Entonces me tomaré eso, buen hombre.

—Buen hombre —murmura el camarero mientras vierte líquido de una lata de aceite a una lata de aceite más pequeña, que deja caer delante de Corwin. El llamado «néctar» tiene el color del líquido hidráulico. Hay algo esponjoso flotando en el néctar.

—¿Qué es esto?

—Néctar Tetumba, ya te lo he dicho.

—No, quiero decir… *¿qué es?*

—Ah. Oh. Ya sabes, no preguntes. Me lo traen. Dicen que raspan las rocas liquenosas de las colinas muertas del sur. Creo que las hacen fermentar en barriles de combustible o algo así.

—¿Me emborracharé con esto?

—Incluso un gusano espacial se emborracha con esto.

Corwin lo prueba. Sabe a saliva agria con un regusto de aceite de motor. No tarda mucho en sentir que se le duermen las encías y le zumban los dientes.

Muy bien.

El uthuthma vuelve a balbucearle:

—Matheen bachee. Iss-ta ta-hwhiss.

—Que la Fuerza te acompañe a ti también —dice Corwin. Su voz suena muy brusca tras un sorbo de Tetumba. A las palabras les cuesta salir. Ríe. Es un sonido vacío, desolado, de locos. Como este lugar. Como todo este planeta.

—No eres de por aquí —dice el camarero.

—¿Qué es lo que me ha delatado?

—No hay mucha gente que sea *de por aquí*. La mayoría de gente… acaba aquí. Echada por la borda como una carga sin valor. Abandonada como basura.

Corwin se encoge de hombros, se ríe entre dientes y bebe de ese veneno.

—Eres un tipo extraño —le dice el camarero—. ¿Buscas trabajo?

—Podría ser. ¿Qué hay por aquí?

—Bah. *Pff*. No mucho. Casi todas las minas están lejos de aquí, e incluso ahí hay muy poco trabajo. Por aquí excavamos magnita y bezorita. Se habla de unos nuevos pozos de gas kesio cerca de Ciudad Cráter, pero quizá solo sea un rumor. Tienes los equipos de carroñeros. Tienes las Carreras de Ruedas al norte de aquí. Podrías hacer el juramento y convertirte en anchorita, pero no… tú no. Podrías hacer de camarero, pero resulta que ese puesto ya está ocupado.

—Pensaré en ello, gracias.

El camarero sigue con él:

—¿Cómo has acabado aquí?

—No he «acabado aquí».

—No eres de aquí. No has acabado aquí. ¿Entonces por qué estás en el Bar de Ergel?

—¿Tú eres Ergel?

—Soy Ergel.

—Muy bien, Ergel. Simplemente he venido hasta aquí.

—¿Has venido hasta aquí? ¿Por voluntad propia y tal?

—Por voluntad propia y tal.

Ergel se queda ahí de pie, mirándole durante unos diez segundos, y entonces se echa a reír. Una risa estruendosa, como si se estuviera ahogando con sus propios pulmones. Los carrillos se estremecen y su barriga bailan hacia adelante y hacia atrás.

—La galaxia es enorme, amigo. Es amplia como la boca dentada de un nexu. Las estrellas son ilimitadas. Los planetas son contables, pero no con los dedos de una mano ni los de cien. Tienes planetas y asteroides y estaciones y naves y… —ríe todavía más—. ¿Vienes *aquí*?

Corwin asiente con la cabeza.

—Pues sí.

—¿Por qué? Necesito saberlo. Necesito saber qué impulsa a alguien a hacer algo así.

—*Matheen vis-vis tho hwa-seen* —dice el uthuthma.

—Cállate, Gazwin —gruñe Ergel—. Déjale terminar —entonces se dirige a Corwin—. Pasa del cara-cráneo. Tengo que saberlo.

Corwin parpadea varias veces. Con cada parpadeo, revive los hechos en su ciudad natal, Maborn. En Mordal.

Su hija, ahí, en medio de la calle.

Su pecho se hincha y se deshincha.

Los imperiales están atrincherados en un extremo de la ciudad. Los rebeldes en el otro.

Corwin está apartado, escondido detrás de unas cajas de comida con su mujer Lynnta. De repente, Lynnta se levanta y corre hacia la niña. Y él sale corriendo detrás de su mujer, corre con furia, alargando los brazos hacia ella…

Disparos láser. Desde ambas direcciones.

La cabeza de Lynnta hace un movimiento brusco…

Y cae.

Corwin salta…

Pero nota una quemadura en el costado. Que lo atraviesa con un silbido letal. Nota todo su cuerpo en estado de shock, como una bomba detonando bajo el agua. *Bum*.

Entonces pierde el conocimiento.

Se despierta unas semanas más tarde, con un gota a gota de bacta, en un reptador a las afueras de la ciudad. Su familia no está. Ya están enterradas. Ninguno de los bandos ganó la guerra. Ambos volvieron a casa lamiéndose las heridas.

—La guerra —dice Corwin—. Estoy cansado de la guerra.

—No pareces imperial. Eres un rebelde, supongo.

—No, tampoco soy un rebelde. Solo soy un hombre que intenta tirar adelante su familia.

—¿Has traído a tu familia aquí?

—Sí —dice Corwin, aunque no explica que la ha traído en el corazón. Y en una fotografía que lleva escondida en la bota—. Quería alejarlas de la guerra tanto como fuera posible. A un lugar donde la guerra no nos encuentre nunca. El rincón más remoto del mapa estelar.

—Pues lo has encontrado, amigo. No encontrarás un rincón más remoto de la galaxia. No hay motivo alguno para que la guerra llegue hasta esta roca.

—¿Me lo prometes?

—Si la guerra llega hasta aquí, te invitaré a todo el Néctar Tetumba que quieras.

—Trato hecho.

—Este sitio está muerto, ¿lo sabes?

—Lo sé.

Muy adecuado para Corwin. Un lugar muerto para un hombre que está como muerto.

CUARTA PARTE



CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Y entonces, recobra el conocimiento.

Norra grita en la oscuridad. Entra la luz. Todo parece electrificado. Su cuerpo se ilumina, se ilumina demasiado. Todo vibra y quema. Se estremece. Tiene algo en el brazo. Empieza a sacudir el brazo. También tiene algo en la nariz y en la boca. También tira de eso. Siente arcadas. Tose. De repente, hay alguien ahí. La sujeta. Le contiene los brazos. *Déjame*, quiere decir. Intenta decirlo pero su voz es un rumor ronco y rasposo. Lo único que oye es una voz:

—*Chsss*. Mamá. *Chhhsss*. Está bien. Está bien —dice Temmin.

Oh, por todos los dioses de todas las estrellas, es su hijo. Temmin la abraza. Ella lo abraza a él.

Por fin puede ver algo. Está en una sala blanca. Fuera, el cielo es azul. Tiene un droide médico al lado, a punto para actuar.

Temmin le da un beso en la mejilla. Ella le da un beso en la frente con los labios agrietados.

Y llora.

Días más tarde. Ya ha recuperado la voz. Está sentada en la sala de estar del complejo médico de Ciudad Hanna. Por la ventana puede ver la ciudad y, a lo lejos, las praderas

ventosas. Chandrila sigue siendo un lugar pacífico, alejado de la guerra desde hace tiempo. Parece un artefacto atemporal. Como un recuerdo de una época pasada.

Está sentada con dos personas más: el Almirante Ackbar y el Capitán Wedge Antilles.

Wedge tiene mejor aspecto que ella, aunque solo sea un poco. Utiliza un bastón para caminar, pero espera que por poco tiempo.

Ackbar hace cara de cansado, pero parece muy contento de verla.

—Es usted admirable, Norra —dice Ackbar.

—Eso no lo sé, señor —dice. Su voz todavía suena rasposa. Todavía se siente tensa, susceptible. Desde que el droide la ha despertado del coma con ese combinado químico, se siente como una batería sobrecargada. Como si quisiera levantarse y correr, saltar, bailar. Pero su cuerpo no puede hacer nada de todo eso. Tiene el cuerpo pesado, irritado y viejo como un viejo sabueso almizclero.

Ackbar y Wedge intercambian una mirada. Wedge asiente. Ackbar le da una cajita a Norra:

—Esto es para usted.

Norra mira a Ackbar con perplejidad y coge la caja. Duda un poco, pero Wedge la apremia:

—Ábrala, Norra.

Dentro hay una medalla.

—Ya recibí una —dice Norra—, debe tratarse de un error.

—Se puede ganar más de una medalla —dice Ackbar, un poco seco. Pero entonces sus labios forman una sonrisa extraña—. Sus esfuerzos en Akiva han tenido un efecto tremendo.

—Yo… no sé cómo…

—La humildad está bien, pero lo hechos son los hechos. Y hablan más que nuestros propios sentimientos —dice Ackbar—. Salvó al Capitán Antilles. Ayudó a capturar dos objetivos imperiales de un gran valor: la General Jylia Shale y el consejero de Palpatine, Yupe Tashu. También se ha confirmado la muerte de dos más: Moff Valco Pandion y el esclavista Arsin Crassus —Ackbar pronuncia la palabra *esclavista* con rabia y desdén.

—¿Y la Almirante Sloane? —pregunta Norra—. ¿Qué ha sido de ella?

Wedge suspira.

—Capturamos a su asistente, Adea Rite. Pero la almirante logró escapar. Es la razón por la que usted lleva un mes aquí, en coma. Hizo explotar la lanzadera y huyó en una cápsula de escape.

Norra lo entiende: *Por supuesto*. La carlinga de estas lanzaderas clase Lambda se convierte en la cápsula de escape. Norra termina la historia por él:

—Déjeme adivinar. Huyó en la cápsula de escape hasta el destructor estelar…

—Y entonces el destructor estelar saltó a la velocidad de la luz. Sí.

Norra frunce el ceño. Siente un pinchazo de decepción.

Wedge la coge de las manos.

—La vamos a encontrar. En cualquier caso, derrotamos a dos destructores estelares. Fue una victoria para la Nueva República.

Norra asiente y fuerza una sonrisa.

—Gracias, Capitán.

—Hay algo más —dice Ackbar.

—¿Señor?

—Tengo más trabajo para usted, si lo quiere.

—Yo… No lo sé, señor. Mi hijo. Yo…

—Escúcheme, ¿de acuerdo?

Norra asiente y escucha.

Y al final, dice que sí.

Akiva. El planeta sigue dominado por el calor y la humedad. Ayer cayó una tormenta, y ahora la plataforma de aterrizaje está cubierta de hojas de palmera, ramas gruesas y flores azules arrugadas de los árboles asuka. Las flores caídas en el suelo están arrugadas, pero siguen siendo bellas a su manera.

Norra está ahí de pie, con una mochila en la espalda.

Temmin está a su lado. También lleva una mochila.

Una bandera de la Nueva República ondea por encima de esta plataforma de aterrizaje. Delante de ellos, resuenan los motores de una corbeta coreliana. Akiva es el primer planeta del Borde Exterior en unirse oficialmente al contingente de planetas de la Nueva República. Los sátrapas han visto la traición del Imperio y la furia de la gente de Myrra y han decidido que la única forma de salvar la piel y su reinado es ceder en parte a la República. Norra da las gracias a las estrellas porque la primera medida del nuevo gobierno ha sido perseguir la corrupción y el crimen. Surat ha huido y el resto de su banda ha caído. Muchos están en la cárcel. El resto cayó. Probablemente a ellos les pareció un acto glorioso, pero pasarán a la Historia como una nota a pie de página brutal y sangrienta.

—¿Estás seguro? —pregunta Norra.

—Sí. Estoy seguro.

—Puedes quedarte aquí. Lo entendería.

—No quiero quedarme aquí. Pensaba que este era mi hogar. Pero no lo es.

Norra sonríe.

—Todavía podría serlo —insiste ella.

—Mi hogar eres tú. Allá donde tú vayas, es donde viviré yo —dice él. Norra lo rodea con el brazo y lo estruja. Temmin le pregunta—. ¿Crees que todavía podemos encontrar a papá?

—Es posible. Esos cubos de datos que le robaste a Surat tenían mucha información sobre las actividades criminales del Imperio —Jas logró decodificar la información.

Parece ser que Surat había estado recopilando toda esa información por si acaso tenía que negociar su libertad con la incipiente Nueva República. Al robarle los cubos, Temmin le arrebató a Surat su único as en la manga. El archivo contiene información abundante que conecta el Imperio con varios sindicatos del crimen de toda la galaxia—. Los hutt y otros sindicatos tienen cárceles clandestinas para el Imperio. Espero que nuestros pasos nos lleven hacia allí —Los holocrones les darán información sobre su nueva misión—. Pero tampoco quiero prometerte nada. No como hice antes. No sé qué es lo que va a ocurrir ahí fuera. Tienes que saberlo, Temmin. Pero lo intentaremos. ¿De acuerdo? Lo intentaremos.

—Lo sé —mira hacia arriba—. Mira, ahí está nuestro transporte.

Una nave desciende. Sus motores gemelos giran hacia abajo y se encienden para frenar el descenso. Es una nave de asalto SS-54. En un lado hay una pintura vieja y rasgada que representa una pequeña muñeca tooka con un cuchillo afilado en la mano. Hay un texto pero casi todas las palabras están borradas. Excepto dos:

PÓRTATE BIEN.

La nave aterriza. De su interior, salen tres personas. La primera es Jas, moviendo el cuello a lado y lado y haciendo crujir los nudillos. Le sigue Sinjir. Su aspecto es igual de andrajoso, quizá un poco más. Aunque sigue teniendo una especie de *aura* imperial, que lo rodea como una nube de contaminación.

Por último, un hombre con patillas gruesas que conectan con un bigote poblado. Lleva un brazo escayolado y un bláster en el cinturón. El casco en la mano.

Se dirige directamente a Norra, con la mano extendida.

—Norra Wexley, supongo —le dice.

—Jom Barel —dice ella, dándole la mano—. Es un placer conocerte por fin. Solo quiero volver a darte las gracias por luchar en la batalla de Myrra. Pensaba que todos los miembros de las SpecForce habían caído ese día. Me gusta ver que me equivocaba. Gracias por tomar la iniciativa.

Temmin pasa por ahí, murmurando:

—Aunque por poco nos matas.

—¿Es tu hijo? —pregunta Jom.

—Mi hijo —responde Norra.

Temmin abraza a Jas. Y a Sinjir le da un puñetazo en el brazo.

Norra lo llama:

—Temmin, creo que te olvidas de algo.

—¡Ah! Sí —se pone dos dedos en la boca y silba—. ¡Eh! ¡Huesos! Vamos.

Al fondo, ven aparecer la cabeza del Señor Huesos. Temmin y Norra lo han reconstruido durante esta última semana con restos que han encontrado en el sótano de Esmelle y Shirene. *Un proyecto familiar*, así lo llamó Norra. El droide saluda. En una mano lleva una flor. En la otra, un bláster.

—ENTENDIDO. ¡A LA ORDEN!

El droide de combate se acerca a ellos. Va dejando pequeños cráteres en la plataforma de aterrizaje. Esto le dice a Norra que tienen que trabajar en el sistema neumático.

Jas y Sinjir se acercan a ella.

—Entonces —dice Jas—, ¿estamos listos para cazar criminales de guerra imperiales?

—Ah, *supongo* —dice Sinjir, poniendo mala cara—. Me gusta la idea de cazar presas peligrosas. Pero acabaremos persiguiendo a un hatajo de contables rollizos por planetas perdidos.

—El deber nos llama —dice Norra—. Estoy contenta de que aceptéis la llamada. Nunca hubiera pensado que me acompañaríais. Cuando Ackbar sugirió que volviéramos a trabajar todos juntos… pensé que era una locura.

—Hay dinero —dice Jas, encogiéndose de hombros.

—Y hay bebidas —añade Sinjir.

Jom frunce el ceño.

—Esto va a ser divertido. Vamos. Tenemos que ponernos manos a la obra.

Norra sonríe.

Temmin está ya en la rampa de la nave de Jas. Saluda a su madre. Ella le devuelve el saludo y entra en la nave, impaciente por ver adonde les lleva la siguiente aventura.

INTERLUDIO

CHANDRILA

—Dígame su nombre y rango —dice Olia.

El hombre que encabeza la procesión de prisioneros parece sorprendido.

—Soy el Cabo Argell. Camerand Argell… señora. ¿Y usted es?

Pero ella no responde. En lugar de ello, le pregunta:

—¿Qué es esto? —y señala a la fila de prisioneros. Imperiales todavía de uniforme, total o parcialmente: soldados de asalto en ropa interior, oficiales con su uniforme gris y negro. No es un grupo grande. Aproximadamente una docena.

—Creo que… es obvio. Son prisioneros —dice, mirando nervioso a Lug el trandoshano, que lo está enfocando con la cámara.

—Hemos capturado una pequeña guarnición que se resistía en Coruscant. Los estamos trasladando a uno de los campos de aquí. El Comandante Rohr ha pensado que sería prudente hacerlos desfilar un poco teniendo en cuenta… esto… el triunfo del día —Argell parpadea—. ¿Me estáis grabando?

—*Sí*—dice ella— y esto no está bien. Llevad a estos hombres a su destino. No son ganado. ¡No son vuestra presa!

—Pero tenemos que estar satisfechos de haber ganado la guerra…

—Nadie debería estar orgulloso de la guerra, Cabo. Nadie. No es algo que hagamos porque nos gusta ganar. Ni por la gloria que supone dominar a alguien. Lo hacemos porque queremos estar en el lado correcto de las cosas. Este… —agita las manos en el aire, intentando contener la ira, sin lograrlo—. Cosas como estas las haría el Imperio. Hacer un desfile con los prisioneros. Un espectáculo para hacerles hervir la sangre a los fieles. Nosotros no hacemos cosas así. Tenemos que ser mejores que eso. Haga que *sí* con la cabeza si me entiende.

Argell duda un poco, pero asiente con la cabeza.

—Por supuesto. Señora.

—Muy bien. Muy bien. Continúe. Dígale a su comandante que los planes han cambiado.

Argell traga saliva visiblemente y le hace un saludo extraño a la cámara. Entonces se va por donde vino, llevándose a la hilera de prisioneros. Olia se queda ahí, echando fuego por la boca.

Se le acerca Tracene. La cámara sigue encendida.

Le pone la mano en el hombro a la pantorana. Es un gesto pequeño, pero suficiente: Olia suelta el aliento que tenía contenido.

—Has estado genial. Se te da bastante bien.

Olia le dedica una sonrisa seca.

—Tenemos que hacerlo mejor. Todos. Si vamos a seguir con todo esto, tenemos que hacerlo bien.

—¿Te preocupa que la Nueva República no funcione? ¿Crees que todo esto son señales de aviso? ¿Las protestas, los huérfanos, el desfile de prisioneros? ¿Crees que la Nueva República sobrevivirá?

Olia se da la vuelta y levanta la barbilla. Habla con autoridad.

—Esto es la democracia —dice—. Es algo extraño y confuso. No se trata de tener razón. Se trata de hacer las cosas bien. Sí, es un poco caótico. Seguro que haremos algunas cosas mal. ¿El Imperio? A ellos no les interesaba la democracia. Valoraban el orden por encima de todo. Tenían tantas ganas de tener la razón que todo aquel que parecía que iba a equivocarse o a hacer las cosas de otra forma se convertía en enemigo y acababa en una cárcel oscura en algún lugar perdido. Destruyeron todas las otras voces, de modo que solo quedaba la suya. Nosotros no somos así. No siempre haremos las cosas bien. Nunca seremos perfectos. Pero escucharemos. A las incontables voces que gritan a lo largo y ancho de la galaxia. Hemos abierto los oídos y siempre escucharemos. Así es como sobrevive la democracia. Así es como *prospera*. Mira. Ahí.

Señala con el dedo.

Hay otra procesión, aunque distinta: senadores. Un centenar, quizá más. De sistemas de toda la galaxia. Incluso hay algunos del Borde Exterior. Se dirigen hacia el viejo Senado de Chandrila. Se reúnen pequeños grupos de ciudadanos, que aplauden y silban. Es solo el principio. Un nuevo principio humilde. Pero ahí está.

Olia sonríe.

—Esto es la democracia. Esto es la Nueva República. Y ahora, si me permites, tenemos mucho trabajo que hacer. Que la Fuerza te acompañe, Tracene.

La reportera sonríe y dice:

—¡A por ellos, Olia!

EPÍLOGO

Rae se encuentra en el puente de mando del *Devastador*. Junto a ella está el Almirante de la Flota, contemplando la luminosa Nebulosa de Vulpinus al otro lado de la ventana.

Tiene las manos detrás de la espalda. Está tarareando. Algo clásico. Algo de la época de la Antigua República. Rae escucha. La Sextina de Imperator Vex, quizá.

—Señor —dice Rae.

Él levanta un dedo. Signo de paciencia. Sigue tarareando, moviendo la cabeza, hasta que alcanza un pequeño crescendo. Entonces, sin volverse hacia ella, baja el dedo y dice:

—¿Sí, Almirante Sloane?

—Hay algo que he querido preguntarle.

—Siempre puede hablar con franqueza conmigo —se gira hacia ella. Tiene una expresión fría. Mirada escudriñante. Como si ella fuera un corte de carne fresca y él la estuviera diseccionando en busca de los trozos más sabrosos—. Por favor.

—La cumbre. En Akiva.

—Una cosa terrible.

—No ha ido como estaba previsto —dice Rae, vacilante—. Aunque no estoy muy segura. ¿Usted… planificó que saliera así?

—Explíquese —dice él, sonriendo.

—He… estado pensando. Todo pasó tan rápido. Mucho más rápido de lo normal. Más rápido de lo previsto. Y me pregunté: ¿teníamos a alguien entre nuestras filas que avisó a los rebeldes? Lo investigué y encontré… comunicaciones. Por un canal encriptado, a través de esta misma nave. Enviadas a lo que parece una frecuencia rebelde.

—Ilumíneme. ¿Por qué iba yo a tener motivos para hacer algo así?

Rae duda.

—He estado pensando sobre ello. Supongo… que para eliminar la competencia.

—Una teoría interesante.

—Lo que me interesa es saber si la teoría es correcta, Almirante.

Le coge la mano y se la aprieta.

—Era una prueba.

—Podría haber muerto ahí. En Akiva. O me hubieran podido capturar.

—Pero eso no ha ocurrido. No le capturaron. Sigue viva. Es la mejor, la más brillante. Y por esto ha pasado la prueba. Necesito gente como usted.

Ahora, la pregunta que odia tener que hacerle:

—¿Y si no hubiera sobrevivido?

—Entonces mi estimación sobre usted hubiera sido incorrecta. No hubiera sido la mejor, la más brillante. Sería como los demás. Pandion, Shale, todos esos. Eran débiles. Animales enfermos que había que apartar del rebaño. No han pasado la prueba y ahora ya no suponen una carga.

Rae intenta contener un escalofrío.

—Mire —dice el almirante, señalando las franjas rojas brillantes de la Nebulosa de Vulpinus, las espirales de nubes carmesí y las estrellas que hay detrás—. Mire ahí fuera. Esta ya no es nuestra galaxia.

—Almirante, todavía no hemos perdido.

—Oh, claro que sí. Veo la consternación en su mirada, pero no es motivo para desesperarse, Almirante Sloane. Así es como tiene que ser. El Imperio se había convertido en una maquinaria… fea y poco elegante. Cruda, ineficaz. Necesitábamos rompernos en mil pedazos. Necesitábamos librarnos de esos que querían que esa vieja máquina avanzara de cualquier manera, aunque fuera renqueando. Ha llegado la hora de algo mejor. Algo nuevo. Un Imperio digno de la galaxia que dominará.

Sloane no sabe qué sentir. Ahora mismo es una extraña mezcla de terror y repugnancia… pero hay algo más. Esperanza.

¿Ha intentado traicionarla? ¿O ha sido realmente una prueba que ella tenía que superar?

Ahora mismo, lo único que puede decir es:

—Por supuesto, Almirante.

—Ahora, si me disculpa, tengo muchas cosas en las que pensar.

Pone la mano en el hombro de Rae. Un gesto aparentemente cálido. Hasta que usa esa mano para darle la vuelta y hacer que se vaya.